



De Catalina la Grande  
a Grace Kelly:  
la historia de las mujeres  
que se atrevieron  
a disponer de su sexo

Alicia  
Misrahi  
Los poderes  
de Venus

## LOS PODERES DE VENUS

Alicia Misrahi

LOS PODERES DE VENUS

De Catalina la Grande a Grace Kelly: la historia de las mujeres  
que se atrevieron a disponer de su sexo

# Índice

## **Grecia**

Aspasia  
Lais de Corinto  
Friné  
Thaïs

## **Imperio romano**

Julia la Mayor  
Mesalina  
Agripina la Menor  
Popea  
Teodora de Bizancio

## **Renacimiento**

Imperia  
Tullia d'Aragona  
Gaspara Stampa  
Veronica Franco

## **Siglos XVI y XVII**

Margarita de Valois  
Gabrielle d'Estrees  
Marion Delorme  
Ninon de Lenclos  
Nell Gwyn  
Catalina I  
La duquesa de Berry

## **Siglo XVIII**

Madame Pompadour  
Madame du Deffand  
Catalina II  
Madame du Barry  
Théroigne de Méricourt  
Josefina  
Madame de Staël  
Julie Récamier  
Paulina Bonaparte

## **Siglo XIX**

Teresa Lachmann  
George Sand  
Jane Ellenborough  
Lola Montes  
Madame Sabatier  
Marie Duplessis  
La reina Pomaré  
Céleste Mogador  
Cora Pearl  
Virginia de Castiglione  
Isabel II  
Alice Ozy  
Sarah Bernhardt  
Carolina Otero  
Émilienne d'Alençon  
Natalie Clifford Barney  
Liane de Pougy  
Colette  
Cléo de Mérode  
Mata Hari  
Lou Andreas-Salomé  
Alma Mahler

## **Siglo XX**

Isadora Duncan  
Frieda Lawrence  
Sister Aimee  
Edna St. Vincent Millay  
Dolly Wilde  
Anaïs Nin  
Peggy Guggenheim  
Clara Bow  
Greta Garbo  
Mercedes de Acosta  
Marlene Dietrich  
Mae West  
Joan Crawford  
Vivien Leigh  
Ava Gardner  
Lana Turner  
Grace Kelly  
Mineko Iwasaki  
Zsa Zsa Gabor  
Traci Lords

Bibliografía

# Introducción

Las grandes amantes no fueron siempre las que mejor supieron moverse en la cama o las más expertas en el arte de amar, sino, en muchas ocasiones, las que supieron saltar más ventajosamente de cama o en cama o las que, como madame Pompadour, favorita de Luis XV durante diecinueve años, supieron interpretar los gustos de sus amantes para buscarles mujeres que los encandilaran en el lecho, pero no pudieran hacerles sombra política.

Algunas amaron con locura, otras se dejaron querer y algunas más buscaron la compañía y el amor de los grandes hombres de su época, a quienes parecían coleccionar. Otras, como Mesalina, tuvieron un apetito sexual desmesurado y acudieron a los prostíbulos para encontrar amantes. Otras, como Lou Andreas-Salomé o madame Récamier, mantuvieron una relación complicada con el sexo, y, sin embargo, consiguieron encandilar a los hombres más ilustres de su tiempo. (En el currículum vitae de la inteligente Lou se encuentran Paul Ree, Nietzsche y Rilke.) Algunas más, protagonizaron escándalos sonados, como la viajera lady Jane Ellenborough, que se fugó con un príncipe austríaco y acabó su vida en el desierto felizmente emparejada con un beduino.

También hubo mujeres que se dedicaron al sutil oficio de cortesana, consideradas menos que una amante y más que una prostituta, y que compartieron el favor de los grandes de la época: nobles, príncipes, reyes... Entre ellas destacaron Émilienne d'Alençon y Cléo de Mérode y, en una época anterior, Marion Delorme y Ninon de Lenclos.

Hubo seductoras de mujeres como Natalie Clifford Barney, la amazona, quien sedujo, entre otras, a una célebre cortesana, Liane de Pougy, la más encarnizada rival de la Bella Otero, o Mercedes de Acosta, que tuvo relaciones con Greta Garbo, Marlene Dietrich y Tallulah Bankhead; y también hubo mujeres que consiguieron auparse hasta lo más alto con sus encantos, como Thaïs, que fue amante de Alejandro Magno y después de su general favorito, Tolomeo, y subió al trono de Egipto; Teodora de Bizancio y Catalina I de Rusia, que pasaron de prostitutas a emperatrices, o, en nuestra época, Zsa Zsa Gabor y su apabullante colección de millonarios.

Este libro es una mirada pícara a los anhelos, sueños y realidades de estas mujeres que cambiaron la historia con sus devaneos y caprichos: sus secretos de alcoba, sus amantes, sus triquiñuelas, sus trucos de belleza, los hombres que perdieron la cabeza por ellas, los que perdieron su fortuna y, también, los que perdieron incluso la vida.

Estas bellas de todos los tiempos provocaron duelos, suicidios, infidelidades, peleas, pasiones... Este libro propone un jugueteo repaso de sus interioridades, como que la bella y casquivana hermana de Napoleón, Paulina Bonaparte, fue avergonzada en público por tener unas orejas demasiado grandes o que la muerte impidió finalmente a la deslumbrante Gabrielle d'Estrees, tal como le predijo un adivino, convertirse en la esposa de Enrique IV.

GRECIA

En Grecia tuvo una gran importancia la relación entre los hombres y la prostitución, pues el matrimonio y la concepción se disociaban del placer, para el que se escogían esclavas, pero también viudas, esposas abandonadas y otras mujeres que no podían mantenerse por su cuenta, y, por supuesto, hombres. Muchas prostitutas lo eran porque las habían vendido, por eso se las llamaba *pornè* (de *pernemi*, vender), término del que deriva la actual palabra pornografía. Las reputadas cortesanas eran conocidas como hetairas y su función no era tanto dar placer sensual como proporcionar compañía, comprensión y conversación inteligente a los hombres, ya fueran artistas, escritores, militares o políticos. La palabra heter, “compañía”, deriva del símbolo egipcio de la palabra amistad, que muestra a dos mujeres cogidas de la mano.

La prostitución era un próspero negocio en todos los niveles de la sociedad. Las prostitutas de nivel inferior trabajaban en burdeles legales y tenían que llevar una vestimenta especial como símbolo de su profesión, mientras que las de nivel medio solían ser hábiles bailarinas y cantantes. Las que alcanzaban el nivel superior (hetairas) se reunían en salones con los políticos y podían llegar a lograr poder e influencia.

Las hetairas eran requeridas para dar placer al cuerpo, pero también al espíritu. Eran mujeres cultivadas que gozaban de cierta consideración social y que podían tener esclavos y propiedades, aunque no tierras. Fueron muy famosas en la Grecia clásica y en la Alejandría helénica.

Habían sido educadas cuidadosamente en centros especiales que las preparaban para la conversación, la poesía, la danza, la música, el canto, la pintura y la gimnasia. Los principales centros de hetairas estaban en Lesbos, Mileto y Corinto. Las hetairas habían iniciado su carrera ejerciendo de prostitutas sagradas en los templos de Afrodita.

Llevaban una vida absolutamente libre, a diferencia de las mujeres casadas griegas, que estaban casi recluidas en el hogar, y llenaban el vacío que éstas dejaban en los lugares públicos, como festines o representaciones teatrales.

Un texto atribuido a Demóstenes aclara el papel de las mujeres: “Las hetairas sirven para proporcionarnos placer, las concubinas para nuestras necesidades cotidianas y las esposas para darnos hijos legítimos y cuidar la casa”.

En Atenas, si las hetairas eran extranjeras debían ser avaladas por un próstas, un tutor que tenía que presentarlas antes los tribunales y hacerse fiador de cualquier transacción que llevaran a cabo. De ahí deriva la palabra prostitución, aunque las hetairas tenían mejor reputación que las prostitutas de esa época.

En cuanto a las concubinas, no tenían la consideración social de las hetairas y corrían el riesgo de que su señor las vendiera si se cansaba de ellas.

Plauto expresaba en su comedia *El gorgojo*, en el siglo III a.C., la liberalidad de los griegos: “Nadie te impide ni te prohíbe comprar con tu dinero, si es que lo tienes, lo que te ofrecen. La vía pública no le está prohibida a nadie. Con tal de que no practiques en el terreno privado de otro, con tal de que te abstengas de las mujeres casadas, viudas, muchachas, muchachos y niños nacidos libres, ama a quien te plazca”.



En el Antikensammlung de Múnich hay una curiosa colección de cerámica griega erótica en la que se ven todo tipo de posturas sexuales, excepto el misionero. A los griegos les gustaban mucho las nalgas de las mujeres, y también de los hombres, como ya es sabido. En estas cerámicas se repite el coito anal y la felación y también el placer solitario de las mujeres, que se divierten introduciéndose consoladores de todos los tamaños por diversos orificios.

## Aspasia

Aspasia de Mileto (470-410 a.C.) fue una de las más célebres, hermosas e influyentes hetairas. Por su belleza fue comparada con Afrodita. Pericles de Atenas (495-429 a.C.), padre de la democracia ateniense, sucumbió a sus encantos cerca de los 50 años de edad y abandonó a su esposa, con quien se había casado a los 40, y a sus dos hijos por ella. Finalmente pagó su devoción con su cargo, pero estuvo junto a Aspasia desde que se unieron, en 445 a.C., hasta la muerte de él. La ley de ciudadanía promulgada en 451 a.C., que establecía que para ser un ciudadano ateniense el padre y la madre tenían que serlo, fue un obstáculo para que el hijo de ambos lograra la ciudadanía.

Aspasia era hija de los griegos Acilia y Axioco. De pequeña fue confiada a la custodia de Targelia, una belleza legendaria, para que la formara como hetaira.

En la escuela de la cortesana en Mileto estudió matemáticas, filosofía, política, caligrafía, estética, declamación, canto, danza, deportes, oratoria, cocina, poesía, escultura, pintura, fisioculturismo y artes amatorias, pues las cortesanas de la época tenían que ser capaces de enamorar a los hombres en «cuerpo y alma».

Los principios de Aspasia fueron duros, ya que empezó siendo vendida a un sátrapa persa que la llevó a su harén. Con su encanto consiguió convencerle para que le diera la libertad; una vez lograda ésta se trasladó a Atenas, jurándose no volver a ser denigrada.

Para Aspasia la única forma de desarrollar su talento y acceder a la cultura era convertirse en hetaira. Fundó una academia en la que las chicas de 12 a 17 años accedían a la cultura y aprendían a ser libres, y fue maestra de retórica y aprendiz de filosofía de Sócrates, al mismo tiempo que conferenciante en el Pritaneo de Atenas.

Pericles repudió a su esposa legítima y vivió muchos años con Aspasia, aunque no pudo casarse con ella porque era hija de un extranjero, un hombre de Mileto. Sin embargo, los ciudadanos y sus esposas hicieron caso omiso de esta situación y la trataron con todo respeto y normalidad.

Aspasia, además de muy bella, con cabello rubio dorado y voz melodiosa, era una mujer de talento que enseñó el arte de la elocuencia a Pericles. Se rumoreaba que ella le escribía los discursos, como la oración fúnebre que pronunció al comenzar la guerra del Peloponeso. Además, convirtió su casa en el centro de reunión de los poetas griegos y de otras importantes figuras de la cultura. Sus cenas eran famosas porque en ellas departían en igualdad de condiciones hombres y mujeres. Pericles y

Aspasia se rodearon de las mejores mentes del momento: Eurípides, Sófocles, Herodoto de Halicarnaso, Tucídides y el ya mencionado Sócrates, quien, según Jenofonte, tuvo una relación con Teodota, la amiga de Alcibiades.

Los poetas, siempre proclives a la fabulación, le atribuyeron a Aspasia ser la causante de dos guerras. Según Aristófanes en su comedia *Los Acarnienses*, Aspasia fue la instigadora de la guerra del Peloponeso (431 a.C.) en venganza porque los hombres de Megara raptaron a dos de sus pupilas, lo que a su vez fue una represalia ante el rapto de la hetaira Simete por parte de unos jóvenes de Atenas. Según otro autor, Pericles atacó Samos para vengar la ciudad de Mileto, patria de su amada, aunque parece más plausible que estas guerras de debieran al enorme poder que tenía Atenas, a sus afanes expansionistas y a los roces con sus vecinos.

Otros escritores la acusaron de muchas otras cosas: Dropeitos afirmó que enseñaba a amar contra natura y Hermipo que era la corruptora de la juventud ateniense.

Las guerras que afectaron a la paz de Atenas enturbiaron la visión de los conciudadanos de Pericles, y lo que antes aceptaban con normalidad, su relación con Aspasia, empezó a ser criticado. Fue acusada de despreciar a los dioses. Pericles la defendió con un parlamento que duró tres horas y utilizó todos los recursos a su alcance, como suplicar a los jueces con lágrimas en los ojos. La causa fue sobreseída. A consecuencia de este escándalo, Pericles perdió temporalmente el poder en 430 a.C., aunque lo recuperó un año después. Fue por poco tiempo, porque murió de peste ese mismo año. Dejó toda su fortuna al hijo que había tenido con Aspasia.

El siempre crítico Plutarco fue, sin embargo, amable con Aspasia y escribió sobre ella que “a veces Sócrates iba a visitarla con alguno de sus conocidos y los que la frecuentaban llevaban consigo a sus esposas para que la escucharan”.

En 432 a.C. se representó *Medea*, obra de Eurípides en la que algunos historiadores han visto alusiones a Aspasia.

Una vez muerto Pericles, Aspasia se casó en 428 a.C. con Lisicles, un rico comerciante a quien también ayudó a triunfar en la política. Para seguir manteniendo su influencia, continuó enseñando su oficio en la Academia de Elocuencia y Arte Amatoria, a la que iban a estudiar las jóvenes que querían ser hetairas. Su más célebre discípula fue Lais de Corinto.

### **El rostro de la belleza**

Las mujeres casadas, recluidas en sus casas, debían tener una tez muy pálida y tenían prohibido usar maquillaje. Lo fueron adoptando poco a poco para no perder la batalla contra las cortesanas. Durante el período helenístico (siglos III-I a.C.), las mujeres empezaron a salir más de casa y a arreglarse más.

Para embellecerse, las hetairas griegas pasaban la noche con el rostro cubierto por una máscara de albayalde y miel. Al levantarse se lavaban la cara con agua fría y se impregnaban el rostro con una capa de albayalde muy diluido. El objetivo, tanto entre las griegas como, posteriormente, entre las romanas, era conseguir una piel muy blanca.

Sobre esta cara muy pálida, las griegas se daban en las mejillas el color rojo extraído de una flor espinosa de Egipto. Este producto, que resultaba muy caro, se aplicaba diluido en vinagre. Los ojos los maquillaban con azafrán o ceniza y las cejas y pestañas se ennegrecían con antimonio o se engominaban con una brillantina hecha con clara de huevo y goma de amoníaco. La ceja griega, es decir, las dos cejas unidas, se obtenía dibujando un trazo oscuro.

En cuanto al pelo, que para cualquier cortesana que se preciara debía ser rubio, se teñía con flor de azafrán o se cubría con una peluca.

La lengua griega disoció el arte del aseo (*kosmetike techne*), la higiene y las técnicas médicas de prevención, del arte del maquillaje (*kommatike techne*).

## Lais de Corinto

De Lais de Corinto (siglo IV a.C.), discípula de Aspasia, Propertio dijo que “toda Grecia dormía a su puerta”. Fue amante de Aristipo, alumno de Sócrates.

Lais era huérfana, por lo que un comerciante la recogió a los pocos meses de edad. Cuando fue algo mayor, la empezó a mandar cada día a vender coronas de flores al templo de la diosa Hera.

Con 10 años la vio el escultor Apeles y la tomó de modelo para una estatua de Afrodita. Luego la llevó a Atenas. Desde los 16 años, Lais fue aceptada en los lechos más importantes, pero su añoranza de Corinto la hizo regresar. Nada más llegar ofrendó una corona de flores a Afrodita. Aquel día el templo estaba lleno de prostitutas que rogaban a la diosa que alejara la guerra que amenazaba la ciudad y que podía acabar con su modo de vida. La entrada de Lais fue triunfal. Las mismas cortesanas le abrieron paso, impresionadas por su belleza. Depositó una corona de flores a los pies de Afrodita y se despojó de la túnica que la cubría para ofrendársela también. Los reunidos quedaron fascinados y se la llevaron a hombros. De Lais se decía que tenía los pechos más bellos de Grecia.

Se convirtió en la reina de las hetairas de Corinto y tenía cientos de admiradores que la pretendían. Ella escogió a un viudo muy rico y viejo que prometió convertirla en su heredera y que, gracias a las enseñanzas de Aspasia, pronto pasó a mejor vida. Lais se vio dueña de una gran fortuna. Fundó el Jardín de Elocuencia y Arte de Amor, en Corinto. Los griegos se enorgullecían de esta institución: “Atenas puede vanagloriarse del Partenón y Corinto del jardín de Lais”. En el jardín se celebraban fastuosas reuniones, se hablaba de ciencias y artes y también podía verse pasear a Platón, que instruía a Lais en los secretos de la filosofía.

Llegó a ser tan célebre que en una ocasión Demóstenes viajó de Atenas a Corinto sólo para conocerla. Lais le pidió al brillante orador una considerable suma, a lo que Demóstenes repuso: “No pago tan caro un arrepentimiento”, y se volvió sin más por donde había venido. Cuentan que éste es el germen del proverbio griego “el viaje a Corinto no es para todos los hombres”, porque los que no podían pagar a Lais lo que pedía viajaban a Corinto en vano.

En otra ocasión, el famoso escultor Mirón se presentó en casa de Lais para solicitar sus favores y fue rechazado. El hombre creyó que era a causa de su edad. Para remediarlo, se tiñó el pelo y regresó. Lais volvió a negarse, diciéndole: “¡Tonto! Tú pides una cosa que le he negado a tu padre”.

Según Epícrates, después de su gran fama y fortuna, la vejez de Lais fue trágica: “Detenía al primero que pasaba para beber con él. Una estera, una moneda de tres óbolos ya son una fortuna para ella: jóvenes, viejos, libres y esclavos, todos pueden obtener sus favores. Lais tiende la mano por un óbolo”. Epícrates no escatimó descripciones sobre su decadencia: “Lais es perezosa y borracha. Se acerca y vaga por las mesas. Para mí es como una de aquellas aves rapaces que en el esplendor de su juventud se abaten desde las cumbres de los montes arrebatando cabritos, y que, en la vejez, permanecen lánguidamente posadas en los pináculos de los templos donde viven consumidas por el hambre, siniestro augurio”.

Murió a los 70 años lapidada por una multitud. Su delito fue enamorarse de un joven al que siguió hasta Tesalia y al que acosó en el templo de Venus. Su actitud fue calificada de obscena y profana y el pueblo no esperó a que fuera juzgada, dándole esa muerte cruel.

## Friné

Entre las grandes cortesanas de Grecia se encuentra por méritos propios Friné, nacida en Thespies, Beocia, hacia 328 a.C. Se cuenta de ella que se hizo célebre gracias a una puesta en escena que puede considerarse el antecedente del actual *striptease*.

En una ocasión, cuando se celebraban las fiestas de Neptuno cerca de Eleusis, se situó en la parte más alta del templo, permaneció un instante inmóvil y, seguidamente, bajó la escalinata lentamente despojándose de las ropas que la cubrían y dejando que sus cabellos dorados velaran en parte su desnudez. Una vez desnuda, corrió hacia la playa, se sumergió en el mar y emergió a imagen y semejanza de Afrodita.

De Friné, comparándola con otra de las grandes, se decía una frase muy famosa: “Friné piensa peor que Aspasia, pero ama mejor”. Desde la antigüedad, el oficio de cortesana fue una forma de ascender rápido en la escala social (en sus primeros años Friné se dedicó a cuidar cabras).

La griega era ingeniosa y astuta, lo que demostró en un banquete cuando se estableció un juego mediante el cual todas las mujeres, por turno, debían imitar lo que hiciera una de ellas. Cuando le tocó a Friné, mandó traer una jofaina y se lavó la cara. Ella, que no usaba afeites ni maquillaje de ningún tipo, apareció tan hermosa como antes, pero no así las otras mujeres, que solían ir muy arregladas.

Friné se enriqueció tanto que levantó una estatua de oro macizo a Júpiter con la inscripción: “Gracias a la intemperancia de los griegos”. El santuario de Apolo admitió una estatua de Friné, obra de Praxíteles, uno de sus más constantes amantes.

Otro de sus intentos de notoriedad fracasó estrepitosamente. Decidió invertir parte de la colosal fortuna que había conseguido con sus encantos en reconstruir Tebas. Sin embargo, no fue aceptada su condición de que en la principal puerta de la ciudad figurara la leyenda: “Alejandro la ha destruido, Friné la ha reconstruido”.

Ateneo dijo de ella que era bella “en aquello que no se ve”, y realmente tenía razón ya que Friné era recatada y discreta y no acudía a los baños públicos.

Fue una mujer astuta e inteligente y también ávida de riquezas. La llamaban “El cedazo” o “La criba”, porque sabía hacer pasar por su cedazo las más grandes fortunas de su época.

Entre sus clientes-amantes tuvo a los hombres más notables del momento, además del escultor Praxíteles, también estuvo entre sus devotos el pintor Apeles. Ambos se inspiraron en ella para algunas de sus obras.

Se dice que la célebre Venus de Médicis es Friné representada en su juventud por Praxíteles. Cuando Apeles la vio desnuda en los Misterios de Eleusis, se sintió tan turbado e impresionado que esbozó su Venus Anadiómena, es decir, la venus saliendo de las olas. Botticelli se inspiró en esta pintura para su famosa Venus.

Con quien Friné fracasó fue con el filósofo Xenócrates. Célebre por su integridad y austeridad, la bella apostó una cantidad considerable a que conseguiría encandilarle, pero no lo consiguió. Se comentó que la razón fue que Xenócrates era eunuco, debido a que siendo joven un golpe de espada recibido en un combate le cercenó sus atributos.

Se cuenta también que en una ocasión el escultor Praxíteles le ofreció a Friné regalarle una de sus obras, la que quisiera. Como no estaba segura de cuál era la mejor, Friné hizo que uno de sus sirvientes entrara como un loco en el taller y gritara que había fuego. Praxíteles exclamó: “¡Ay, mi Cupido!”, así supo Friné qué obra era la mejor.

## **EL JUICIO DE FRINÉ**

Si Paris tuvo que juzgar quién era la más bella de las tres diosas, Friné salvó la piel precisamente por su hermosura. Fue acusada por Eutias, un galán despechado, de impiedad por haber hecho una parodia sacrílega de los misterios de Deméter. Este delito era considerado tan grave que estaba castigado con la muerte, pero Hipérides, su defensor, que también era otro de sus amantes, pidió a los jueces que mirasen a la acusada, que apareció con una túnica liviana y transparente: “Comprenderéis, ¡oh, jueces!, que una belleza tan sobrehumana no puede ser impía”.

Para reforzar su argumento, rasgó la túnica que cubría a Friné, la desnudó y exclamó: “¡Ved! ¿No os dolería dar muerte a la misma diosa Afrodita?”. Los jueces, evidentemente, no se atrevieron a condenarla.

# Thaïs

Thais, célebre cortesana ateniense del siglo IV a.C., fue amante de Alejandro Magno, que por amor a ella quemó Persépolis, una de las cinco grandes ciudades de la antigüedad.

Thaïs acompañó a Alejandro Magno por Persia y la India y durante una estancia en Persépolis, en una fiesta regada abundantemente por el alcohol, según cuentan Plutarco y Diódoro de Sicilia, consiguió que los asistentes la siguieran con una antorcha en la mano y quemaran el palacio edificado por Jerjes, el hijo de Darío, que destruyó Atenas en el pasado.

Tras la muerte de Alejandro Magno, en 323 a.C., fue amante del general favorito de éste, Tolomeo, quien subió al trono de Egipto. Thaïs fue antepasada de la célebre Cleopatra, la séptima de este nombre, que subió al trono junto a su hermano Tolomeo XII.

La descendiente de Thaïs, Cleopatra, otra gran seductora que logró embrujar a César y Marco Antonio con su conversación, su cultura, su voluptuosidad y su carisma, escribió un tratado de belleza, desgraciadamente perdido, del que se conocen algunos fragmentos citados por Galeno, Aecio y Pablo de Egina.

De Cleopatra se sabe que se bañaba en leche de burra mezclada con miel y que usaba una crema de albaricoque para disimular las arrugas de los ojos.

En cuanto al maquillaje, se pintaba los párpados de color verde, usaba pestañas postizas y mezclaba en sus mejillas rojo y bermellón. Los labios los realzaba con rojo y destacaba las venas de su frente y de sus manos con color azul.

## **Historias de cortesanas y prostitutas**

Una prostituta llamada Metiké fue llamada Clepsidra porque utilizaba un reloj de agua para medir el tiempo que dedicaba a cada cliente.

Una hetaira, Filomena, escribió una nota tan franca como cruda a un enamorado suyo: “¿Por qué me escribes tan largas cartas? No necesito epístolas sino cincuenta monedas de oro. Si me quieres, paga; si prefieres el dinero a mí, deja de molestarme. Adiós”.

Las hetairas tuvieron mucha influencia y escribieron sus propios tratados amatorios, como el de Artyanassa y el de Filenis de Samos. El juerguista emperador Tiberio tenía en su dormitorio estos libros, aparte de otras del mismo tema, para que, según explicaba Suetonio, “cada figurante siempre encontrase el modelo de posturas que debía ejecutar”.

Las hetairas tuvieron mucha influencia y admiradores: Glycera se convirtió en musa del poeta cómico Menandro; Leontion, fue compañera del filósofo Epicuro; Teoris le dio un hijo a Sófocles en su ancianidad que intentó heredar declarando a su padre incapacitado mentalmente; Cirene era muy solicitada porque corrió el rumor de que conocía doce formas distintas de efectuar el acto sexual; Lamia de Atenas llegó a la cima al convertirse en diosa por voluntad de su amante, el gran Demetrio

Poliorcetas, que la instaló en la Acrópolis e hizo que los ciudadanos de Atenas le erigiesen un altar como Afrodita Lamia. Además, Lamia, muy aficionada al arte, dejó a su muerte una fundación en una pequeña ciudad cercana a Corinto, Scion, que se convirtió en uno de los primeros museos de pintura del mundo.

## IMPERIO ROMANO



Durante la República, más honesta en líneas generales que la época imperial, se empezó a perfilar el libertinaje posterior. Los matrimonios con fines políticos eran habituales y también era frecuente el adulterio.

Contaba Horacio que «cuando hago el amor, tengo miedo de que el marido regrese súbitamente del campo, la puerta sea forzada o el perro ladre. Que la mujer, terriblemente pálida, salte de la cama y la cómplice sirvienta grite. Y tengo que huir, con la túnica suelta y los pies descalzos, temiendo que mi trasero o, en todo caso, mi reputación, salgan mal parados...».

En todo caso, los hombres se esforzaban por mantener a sus esposas a raya, a fin de no tener que cargar con los hijos de otros, y no faltó algún teórico, como Soranos de Éfeso, que, en época de Trajano y Adriano (siglo II), recomendó que las mujeres no gozaran. Soranos escribió que si se movían lascivamente apartaban su conducto y expulsaban el semen, y que, de hecho, éste era un método que usaban las prostitutas para evitar quedar embarazadas.

Durante la época imperial, las cosas empeoraron (o mejoraron, según se mire). Los emperadores y los patricios fueron reconocidos viciosos: Livia buscaba concubinas para su esposo, Augusto, y hasta hubo quien decidió sacar un sobresueldo para su esposa y montó un prostíbulo en casa, como Menandro en Pompeya. Los jóvenes también participaban de este clima de placer y solían requebrar en grupo con las jóvenes de túnicas cortas (esclavas) y las prostitutas. Les pellizcaban, les cantaban canciones obscenas y les hacían todo tipo de proposiciones.

El Circo, además de sede de las más salvajes diversiones, también se convirtió en punto de encuentro entre mujeres y hombres y de allí salieron muchas relaciones adúlteras. Fue una época en la que los hombres empezaron a arreglarse y las mujeres a utilizar trucos de seducción. En este clima, Augusto, que no predicaba con el ejemplo, decidió convertirse junto a su esposa en adalid de la moralidad con leyes que aseguraban, entre otras cosas, el derecho del padre o del marido de matar al amante, aunque no a la mujer, que, sin embargo, podía acabar en un cruel destierro. Además, si no asesinaban al adúltero, podían acusarlo de proxenetismo; en todo caso, cualquier ciudadano podía acusar de adúltera a una mujer si no lo hacían su padre o su marido. Sólo se prohibía la homosexualidad con hombres libres.

La mayoría de emperadores fueron disolutos y pasto de las murmuraciones: a César se le conocía como “el adúltero calvo” y se rumoreaba que era afeminado y que tenía relaciones sexuales con otros hombres; Sexto Pompeyo acusó a Octavio Augusto de haber perdido la virginidad con César; Tiberio se reunía con jóvenes libertinos en Capri y participaba en orgías varias; Calígula practicó el incesto con sus tres hermanas; Nerón cometió incesto con su madre y se casó con un hombre, Esporo. Los primeros en criticar esta forma de vida fueron los moralistas satíricos Marcial y Juvenal. El pueblo, harto de los excesos de sus gobernantes, adoptó otra moral, y, como reacción, el cristianismo empezó a florecer.

Estos tres textos de autores famosos pueden dar una idea de la sensualidad romana:

Ovidio (43 a.C.-17) en *Amores*: “Le arranqué la túnica. Muy sutil, poco molestaba en realidad; ella, sin embargo, procuraba cubrirse. Pero al

debatirse ella como quien no tiene interés en vencer, fue fácilmente vencida con la ayuda de su propia complicidad. Cuando, despojada de su ropa, estuvo en pie ante mis ojos, no encontré en parte alguna de su cuerpo la más mínima imperfección. ¡Qué hombros, qué brazos vi y toqué! ¡Qué perfección la de sus pechos, ideales para abarcarlos con las manos! ¡Qué vientre más liso bajo su hermosísimo pecho! ¡Qué pronunciadas y perfectas caderas! ¡Qué juveniles muslos! ¿Para qué seguir describiéndola? Nada vi que no fuera digno de alabanza, y desnuda, la estreché apretadamente contra mi cuerpo. Lo demás, ¿quién no lo supone? Cuando estuvimos fatigados, descansamos los dos. ¡Ojalá me vengan muchos mediodías como éste!”.

O este texto de Catulo (87 a.C.- 54 a.C.): “Vivamos y amémonos, Lesbia mía, e impórtenos un comino las murmuraciones todas de los viejos demasiado severos. Los días pueden morir y renacer: pero nosotros, una vez se haya extinguido nuestra breve vida, debemos dormir una noche perpetua.

»Dame mil besos, luego cien, después otros mil, luego cien más, luego otros mil, después cien; por fin, cuando hayamos sumado muchos miles, embrollaremos la cuenta para no saberla y que ningún envidioso nos pueda echar mal de ojo cuando sepa que nos hemos dado tantos besos.

»Me preguntas, Lesbia, cuántos besos tuyos bastarían para saciarme. Tantos como los granos de arena que cubren en Libia el desierto de Cirene (...); tantos como las estrellas que, en el silencio de la noche, observan los furtivos amores de los mortales: tantísimos son los besos que tendrías que dar al enloquecido Catulo para sentirse saciado. Tantos que no pueden contarlos los curiosos ni echarnos un maleficio con su lengua envidiosa”.

O éste de Propertio (47 a.C.-15. a.C.): “¡Cuánto llegué yo a gozar la pasada noche! ¡Sería inmortal si obtengo otra noche semejante! ¡Oh, feliz de mí! ¡Oh, noche para mí resplandeciente, y tú, oh, lecho transformado en gozo para mis deliciosas delicias! ¡Cuántas palabras nos dijimos junto a la luz de la lámpara y cuántas risas hubo después de apagada la luz! Unas veces con los pechos desnudos, me hostigaba en amorosa lid, y otras, con la túnica puesta, hacíamos una pausa.

»Ella abrió con su boca mis ojos cerrados por el sueño, y dijo: “¿Así es, perezoso, como haces el amor?”. ¡Con qué variedad de abrazos estuvimos estrechándonos! ¡Cuán largo rato se detuvieron mis besos en tus labios! No está bien echar a perder el placer moviéndose a oscuras; por si no lo sabes, los ojos son los guías del amor. Se dice que Paris se enamoró perdidamente de Helena cuando, desnuda, salía del lecho de Menéalo. También cuentan que desnudo cautivó Endimión a la hermana de Apolo y que se acostó con la diosa, desnuda también. Y si, obstinadamente, te acostaras vestida, rasgada la túnica, experimentarías mis manos”.

## EL ADEREZO FEMENINO

Las mujeres no usaban habitualmente ropa interior. No llevaban bragas nunca y en los baños públicos sólo se cubrían con el *subligar*, que era como una pequeño tanga. En casa o en la calle, su única ropa interior era una camisa de lino o de hilo que por delante les llegaba hasta las rodillas y por

detrás a la altura de las pantorrillas, y, directamente sobre la piel, una especie de venda o faja que sujetaba y alzaba el pecho.

Las romanas del Imperio fueron muy aficionadas a los afeites y a los perfumes, mientras que las de la República (siglos I a V a.C.) eran más naturales.

Si Grecia tenía la cosmética, Roma se valía con el *ars ornatix*, que eran cosméticos inofensivos para el cuidado del cuerpo, y del *ars fucatrix*, que incluía productos tóxicos.

El aseo de las romanas principales era trabajoso. Cada orificio del cuerpo tenía que limpiarse y friccionarse. Además, se depilaban brazos, axilas, piernas y bigote. Se ponían postizos en el pelo para hacerlo más abundante y se esmaltaban los dientes con un compuesto de asta molida. Evitaban con perejil el mal aliento, que era bastante común, pues las comidas romanas eran copiosas y grasientas y las manipulaciones a las que sometían a los vinos, añadiéndoles, por ejemplo, plomo, no ayudaban a la salud.

Los granos y las verrugas, también muy frecuentes porque malograban la piel con la vida insalubre que llevaban, se disimulaban con lunares postizos; las espaldas deformes se nivelaban con almohadillas y tablillas y se usaban una especie de corsés para afinar el talle.

En cuanto al maquillaje, se aplicaban albayalde para blanquear la cara; se oscurecían los ojos con antimonio y se coloreaban las mejillas con minio, que era tóxico y avejentaba la piel prematuramente. De hecho, los productos de belleza eran causantes, en gran medida, de todos los estragos que pretendían disimular.

## Julia la Mayor

El primer emperador, Augusto (63 a.C.-14), apoyado por su mujer, Livia (55 a.C.-31), intentó reformar las costumbres romanas y hacer que la moralidad volviera a la corrupta Roma. Paradójicamente, a pesar de sus esfuerzos, su amada hija Julia (39 a.C.-14) se convirtió en símbolo de la promiscuidad. No cabe pensar que Augusto fuera un hombre fiel, más bien al contrario, se convirtió en paladín de la doble moral, pues si públicamente defendía la moralidad, engañó reiteradamente a su esposa. Marco Antonio le acusaba de haber conseguido que su tío César le adoptara a cambio de algunas noches de pasión.

Julia, que recibió una severa educación de Livia, una mujer muy tradicional y rígida, reaccionó con rebeldía a los límites impuestos y se dejó llevar por su sensualidad a pesar de los desesperados intentos de su padre de meterla en vereda.

Para no poder ser acusadas de adulterio -lo que podía acarrearles la pérdida de un tercio de sus bienes, la mitad de su dote o el destierro-, las mujeres romanas de la época de Augusto recurrían a inscribirse en el censo de prostitutas o cortesanas de Roma, porque éstas sí podían ejercer su oficio en total libertad. (Tiberio, sucesor de Augusto, descubrió el engaño e impuso penas aun mayores a las falsas cortesanas.)

El primer error de Augusto fue casar a su hija, de 14 años, con Marcelo, hijo de su tía Octavia, del que enviudó al cabo de dos años, en 23 a.C. Según los historiadores, Julia se convirtió en “la viuda alegre de Roma”, hazaña de la que gustaba presumir. El emperador, tras dos años de devaneos, le buscó un nuevo marido —otro nuevo error—, Marco Vipsanio Agripa, de 46 años, al que hizo divorciar de su esposa Marcela, con quien era muy feliz. Agripa se dejó seducir por la posibilidad de ser emperador y secundó el proyecto de Augusto. Se casaron el año 21 a.C. Marco Vipsanio Agripa, general de confianza de Octavio Augusto, amigo y consejero suyo, logró su más famosa victoria en la batalla de Accio (31 a.C.), donde venció a Cleopatra y Marco Antonio.

Julia tenía en contra a Livia, que quería conseguir la sucesión para Tiberio o para Druso, hijos de su anterior matrimonio. Iniciando una larga saga de intrigas familiares, la ambiciosa Livia abandonó a su primer esposo, del que estaba embarazada, por Augusto, aunque, según los rumores, este nuevo hijo, Druso, ya era de Octavio.

A pesar de ser un matrimonio muy mal avenido, Agripa y Julia tuvieron cinco hijos, entre ellos Agripina la Mayor, que se parecía muchísimo a Agripa (para sorpresa de sus allegados). Cuando se lo comentaron a Julia, ella respondió: “Yo no hago subir más marineros a la nave cuando ya está cargada”, dando a entender que era fiel. Algunos maliciosos aseguraban que lo que hacía Julia era serle infiel a su marido cuando estaba embarazada.

Cuando Agripa murió, Augusto adoptó a sus dos hijos varones, Cayo y Lucio, y apostó por su sucesión, consiguiendo que el Senado les otorgara el título de Príncipes de la Juventud y les concediera el privilegio de que ambos pudieran acceder al consulado antes de la edad reglamentaria.

En 11 a.C., Augusto obligó a Tiberio a que repudiara a Vipsania, con la que estaba felizmente casado, para casarse con Julia, pero no le incorporó al proyecto de sucesión hasta que en 2 murió Lucio y en 4, Cayo.

Según Marañón, Julia era el arquetipo de las mujeres mundanas que “no sólo pueden asustar a las naturalezas cohibidas, sumergiéndolas en el terror más absoluto, sino que incluso pueden intimidar a los audaces”.

Tiberio, que desde que sufrió el trauma del divorcio de su madre y su padre se convirtió en un hombre retraído, se sentía profundamente intimidado por su esposa, de temperamento vivaz, alegre e ingenioso, y huyó a Rodas, donde permaneció siete años. Julia, que vivió de escándalo en escándalo, escribió una carta a su padre en la que afirmaba que su marido era impotente. Lo cierto es que marido y mujer se repugnaban mutuamente y que Tiberio era demasiado apocado para la experiencia de Julia. Además, el futuro emperador empezó a sufrir por aquella época los abscesos y erupciones cutáneas que le desfigurarían y estropearían aún más su carácter.

Durante el exilio de su marido, Julia aprovechó para tener amantes y para intrigar con su hijo Cayo César, a fin de que éste lograra suceder a su abuelo. El partido de Julia ganó muchos adeptos, pero un círculo que permanecía fiel a Tiberio asestó un golpe de gracia a la seductora e inteligente Julia: usando la Lex Julia de adulteriis, promulgada por Augusto el año 18, que permitía a cualquier ciudadano acusar ante un tribunal a la mujer que había cometido adulterio, acusaron a Julia, que, en aquellos

momentos, mantenía relaciones amorosas con Sempronio Graco, quien ya había sido su amante durante su matrimonio con Agripa. Livia aportó pruebas de la culpabilidad de su hijastra.

Por culpa de esta ley que él mismo había dictado, Augusto se vio obligado a desterrar a su hija a la isla Pandataria. Julia murió de hambre en el exilio el mismo año que falleció su padre.

El primer acto del reinado de Tiberio, cuando subió al poder tras la muerte de Augusto en 14, fue el asesinato de Agripa Póstumo, el nieto de Augusto. Hasta 23 fue un gobernante aceptable, pero después empezó a sufrir manía persecutoria y mandó ajusticiar a muchos de sus colaboradores. De él se decía que no había familia romana que no hubiera perdido a uno de los suyos por su culpa.

### **JULIA LA MENOR, LA SUCESORA**

La nieta de Augusto, Julia la Menor, se ganó el cariño de su abuelo. Asimismo, el partido leal a Julia y hostil a Tiberio también pensó en ella para desbaratar los planes de éste cuando murió su madre.

Julia se rodeó de una corte de escritores y poetas, entre los que se contaba Ovidio, y, lo que resultaba más preocupante, de vividores.

Pasó por alto la ley sobre el lujo de Augusto y edificó una magnífica villa, y, al igual que su madre, cometió adulterio y fue condenada al destierro por ello. La acompañó en el exilio Ovidio por un "error", según sus propias palabras, que no se ha podido esclarecer, aunque se especula con que contradujo abiertamente las ideas políticas de Augusto.

### **Una reina bárbara**

Anula fue reina de Ceilán (Sri Lanka) durante los años 48 a 44 a.C. Comenzó su carrera de ninfómana casándose con el rey Coranaga, al que envenenó inmediatamente. En su lugar, puso al príncipe Tissa, que le duró un año y cuatro meses y que siguió el mismo camino que Coranaga. El siguiente rey fue Siva, un guardia de palacio, del que se cansó al año y dos meses.

Le sustituyó Vatuka, un carpintero, después vino un leñador... Sus cónyuges cada vez le duraban menos. El siguiente, un brahmán, gozó del beneplácito de Anula sólo durante seis meses.

En los cuatro meses que le quedaban de reinado, la reina se entregó a las orgías y sedujo a treinta y dos guardias de palacio.

## **Mesalina**

Valeria Mesalina (25-48), esposa del emperador Claudio (10 a.C.-54), ha pasado a la posteridad, sobre todo, por su ímpetu sexual. De ella se cuenta que hizo una apuesta con una conocida prostituta a ver quién podía contentar a más hombres en veinticuatro horas; ganó Mesalina, que en un

día estuvo con veinticinco hombres. Un récord que, sin embargo, queda muy lejos de los de las actuales estrellas del *gang bang*.<sup>1</sup>

Mesalina tuvo una intensa vida antes de casarse a los 18 años con Claudio. Posteriormente, tras un tiempo en que disimuló un poco su verdadero ser, se convirtió en una mujer sanguinaria que abusó de su poder como emperatriz y vivió libremente, engañando a su esposo con todos los hombres que le apeteció. El matrimonio tuvo dos hijos: Británico y Octavia.

En *Yo, Claudio*, Robert Graves puso en boca del emperador la siguiente descripción: “La belleza de Mesalina era extraordinaria. Tenía los ojos negros y una cabellera espesa y rizada, del mismo color. Era delgada y sus movimientos gráciles y excitantes. Al principio apenas pronunciaba palabra, limitándose a sonreír enigmáticamente, lo que excitaba mi amor hasta el enloquecimiento”.

De Mesalina cuentan que acudía a los prostíbulos de la Suburra, uno de los peores barrios de Roma, para saciar su apetito sexual y que no dudaba en recorrer las calles de noche para buscar hombres. Refieren los historiadores de la época que Mesalina acudía a su cita con la prostitución con una peluca rubia, distintiva de la profesión, y se presentaba con el nombre de Lycisca (Lice, perra, hija de perro y loba, o al revés).

Así lo narró Juvenal: “Tan pronto como creía que su marido estaba dormido, esta prostituta imperial vestía la capa que llevaba por la noche y salía de la casa acompañada de una esclava, pues prefería un lecho barato a la cama real. Disimulaba su negro cabello con una peluca rubia y se dirigía al lupanar de tapicerías gastadas, donde tenía reservada una cámara. Entonces tomaba su puesto, desnuda y con sus pezones dorados, atendiendo al nombre de Lycisca y exhibiendo el estómago de donde vienes, noble Británico.

»Ella recibía atentamente a sus clientes, les cobraba su precio y se pasaba la noche tendida recibiendo las embestidas de todos los contendientes.

»Al final, cuando el leno [sería el chulo, de ahí viene la palabra lenocinio] mandaba a las mujeres a su casa, se iba triste, y (esto es lo único que podía hacer al respecto) era la última en cerrar su celda. Todavía ardía, su vagina seguía dura y erecta; estaba cansada por los hombres, pero todavía insatisfecha. Se iba con la cara sucia y magullada, mugrienta por el humo de las lámparas: se llevaba el olor del burdel consigo”.

Las celdas en las que trabajaban las prostitutas se llamaban “fornices”, de ahí deriva el verbo fornicar.

Cuando Mesalina se empeñaba en conseguir un hombre, lo mejor era no interponerse porque cualquier negativa u oposición podía pagarse con la muerte. El poder de seducción de Mesalina se basaba en su belleza, en su influencia como emperatriz y en lo peligroso que podía ser contrariarla. Era veleidosa y en más de una ocasión citaba a los hombres que escogía y los despedía poco después, como le ocurrió a Traulo Montano, un bello joven del que se encaprichó.

Mesalina y Claudio se casaron en el año 39 o 40. Ella tenía 18 años y era su primer matrimonio, mientras que él, que ha pasado a la historia como

---

<sup>1</sup> Especialidad de las películas porno en que una mujer practica sexo con, al menos, cuatro hombres, uno detrás de otro. El récord lo tiene Houston, una actriz porno que en 1999 se acostó con seiscientos veinte hombres.

un torpe y un inepto, aunque hay historiadores que lo discuten y se sabe que era especialista en historia, era la tercera vez que se desposaba.

Cuando se casó, Mesalina pareció conformarse con un destino sin mucho brillo, ya que Claudio llegó a ser emperador por casualidad. Tras el asesinato de Calígula, en el año 41, este hombre retraído fue el nuevo emperador simplemente por estar en el lugar adecuado en el momento justo. Intentó rehusar el cargo. Mesalina, por el contrario, estuvo encantada de su cambio de condición.

En el año 41, Mesalina dio a luz a su hijo, Británico, y al año siguiente a su hija Octavia, futura esposa de Nerón. Después se aseguró de no tener más hijos, práctica que era corriente entre las mujeres acomodadas, que conocían remedios variados para malograr los embarazos. Juvenal, en un texto que parece escrito expresamente para Mesalina y para Agripina la Joven, describió así esta costumbre: “En un lecho de oro no se ven mujeres que esperan un hijo: tan eficaces son las prácticas que las hacen estériles, matando a un precio convenido los niños en el seno materno. ¡Alégrate, hombre infeliz, preséntale tú mismo la pócima, la que sea, pues si tu mujer consiente en sentir en su dilatado seno las dolorosas convulsiones de la criatura, podrías ser padre de un etíope”.

Mesalina, acuciada por su deseo sexual, era capaz de perder el norte en sus maquinaciones. Sus excesos eran tales y fueron recogidos con tal celeridad y lujo de detalles por sus críticos, entre ellos Suetonio, que el nombre Mesalina pasó a ser sinónimo de mujer corrompida.

Cuentan sus detractores que fue instruida en todos los vicios y maldades y que antes de desposarse con Claudio había sido desvirgada por un sacerdote de una extraña religión oriental prohibida en Roma. Anteriormente, tuvo varios devaneos con otros hombres.

Mesalina conquistó a Claudio halagándole, sirviéndole suntuosas comidas, embriagándole, seduciéndole y llevando a su cama a las más hermosas esclavas y prostitutas.

Claudio fue un buen gobernante, excepto en lo que concierne a la dureza de los castigos y a los asesinatos, en la mayoría de los casos instigados por su esposa.

## **CRÍMENES Y MÁS CRÍMENES**

El suegro de Mesalina, Silano, hizo caso omiso de sus insinuaciones, y lo pagó caro. Mesalina le acusó de atentar contra el emperador y éste tuvo bastante con que Narciso, el liberto de Claudio, lo confirmara, porque un sueño así se lo había revelado. Silano fue ejecutado.

Otro de los hombres que la rechazó, el senador Vinicio, que enviudó de su esposa Julia por culpa de los celos de Mesalina, fue envenenado por orden suya. También se rumorea que consiguió seducir a su padrastro, Sila, con la ayuda de una droga. Cuando le volvió a llamar y se negó a acudir logró que Claudio le condenara a la pena de muerte.

No estaban a salvo tampoco los que poseían algo que a ella le interesara. Como la vez que se encaprichó de los jardines del anciano cónsul Valerio Asiático, que había sido su amante. Mesalina siguió su proceder habitual: lo denunció ante Claudio, quien lo hizo conducir a Roma

cargado de cadenas. Después de exponer su defensa, que fue muy elocuente, Asiático vivió un día con total normalidad: se bañó y cenó. Al levantarse de la mesa, poco antes de hacerse abrir las venas, visitó su pira funeraria y ordenó que la cambiaran de lugar, pues estaba demasiado próxima a los árboles y podía dañarlos.

Las competidoras también salían malparadas: ya hemos hablado de Julia, sobrina de Claudio, a quien Mesalina mandó desterrar por celos – curiosamente Mesalina era muy celosa-, y que fue asesinada. Pero hubo otras damnificadas. Una joven, Popea, le disputó a Mesalina los favores de un actor llamado Mnester. Mesalina la acusó de adulterio y la obligó a suicidarse; consiguió, también, que el propio Claudio le diera la orden al comediante de obedecerla en todo... Claudio no llegó a ser consciente nunca de los desmanes de su esposa, quien le tenía embrujado. Además, como era desmemoriado, Mesalina le hacía creer que las órdenes de ejecución las había firmado él mismo.

De hecho, el día que Mesalina fue asesinada, Claudio se extrañó de que no bajara a cenar con él...

De las pérdidas de memoria de Claudio narra Suetonio que nunca recordaba qué estaba diciendo y que perdía lamentablemente el hilo de los discursos. Sus consejeros más comprensivos le recomendaban interrumpir su parlamento de vez en cuando diciendo: “¡Ah, no tengo palabras para expresar la intensidad de mis sentimientos sobre este particular”, intentando, de esta manera, reconducir el discurso y dotarlo de cierta coherencia.

En la época de Mesalina, las mujeres disfrutaban de libertad, podían ir a donde quisieran y tenían derecho a la propiedad privada.

Por otro lado, era una época de libertinaje en la que la matrona romana de la República, símbolo de honestidad y de buenas costumbres y también de cierto puritanismo, había pasado ya a la historia. Las mujeres podían ser repudiadas en cualquier momento porque su marido se hubiera encaprichado de otra o le conviniera una alianza con alguna familia o incrementar su patrimonio. La inestabilidad matrimonial devaluaba la fidelidad.

Entre las innovaciones eróticas que se le atribuyen a Mesalina está el masoquismo: se hacía azotar y le gustaba que la cabalgasen rudamente. Suetonio relató que en las casas de lenocinio a las que acudía “tasaba cada golpe o cabalgata haciéndose pagar, hasta el último sestercio, como un comisario que va tras los deudores”. También hizo que Claudio la azotase.

En el año 48, el amante más asiduo de Mesalina era el cónsul Cayo Silio, un patricio muy guapo e intrigante, “el más bello de los romanos”. Entre los dos organizaron una charada, un matrimonio para el cual Mesalina aportó un contrato en el que Claudio concedía una jugosa dote para la novia. Naturalmente, Mesalina había falsificado el documento o se lo había dado a firmar a Claudio cuando estaba borracho. Otra versión cuenta que Mesalina sí quería casarse con él y que engañó a Claudio diciéndole que lo hacía por su bien, ya que un adivino le había pronosticado la muerte de su marido, por lo que accedió al matrimonio para protegerse. Con lo que no contaba Claudio es con que Mesalina se entregara ardientemente a este hombre. Al día siguiente actuó como una bacante, bailando despeinada



junto a unas mujeres ataviadas con pieles frente a Silio, coronado de hiedra y calzando el coturno.

Sea como fuere, los hombres del entorno de Claudio vieron peligrar su puesto y atajaron con mano de hierro lo que percibían como una conspiración. Narciso tomó las riendas del asunto y presentó al César un documento con los nombres de los hombres que habían pasado por el lecho de Mesalina, unos 160, según se dijo en la época. El primer ejecutado fue Silio, luego murió Mnester, a quien el mismo Claudio había empujado sin querer al lecho de su esposa, y la misma suerte corrieron otros muchos.

Narciso ordenó a los centuriones y al tribuno de guardia que asesinaran a la emperatriz, alegando que era una orden directa de Claudio. La madre de Mesalina, que le había llevado un puñal, le rogó que no esperase a sus asesinos. La joven empuñó la daga para cortarse el cuello, pero no fue capaz y el tribuno la atravesó con una espada.

Las estatuas de Mesalina fueron demolidas. Claudio juró no casarse nunca más, pero al final se desposó con Agripina la Menor, otra mala elección: su nueva esposa le envenenó en el año 54.

### **La prostitución en Roma**

La Roma antigua toleró la prostitución, pero con restricciones. Las mujeres que se dedicaban a este oficio no tenían derecho a ponerse la túnica larga como las demás mujeres. Muchas tenían un nombre de guerra, con resonancias orientales y llevaban vestidos extravagantes. No usaban las fajas con las que las mujeres se sostenían el pecho y portaban vestidos tenues o bien se ofrecían desnudas.

En Roma las prostitutas participaban como un colectivo profesional en un desfile de las Vinalia, las fiestas celebradas en honor de Venus. Muchas de ellas eran esclavas capturadas en la guerra, pero no faltaban tampoco mujeres que no tenían otra forma de ganarse la vida.

Para referirse a las prostitutas, los romanos usaban el término lupa (lobo, de donde deriva la palabra lupanar, que se anunciaban con un farol rojo en la entrada) o meretriz, construido a partir de mereo (ganar dinero). Éste era el término culto usado para designar a la mujer de «cascos ligeros». También se utilizaban algunos derivados de prostrare (ofrecerse a las miradas), palam, que significa “sin elección”, y scortum o pellejo

Las prostitutas eran aceptadas como necesarias, pero despreciadas, de hecho, por la sociedad. El emperador Augusto hizo un censo de prostitutas y Calígula creó un impuesto.

El sustantivo latino puta procede del vocablo griego *budza*, que significaba sabiduría hacia el siglo VI a.C.

Las esclavas capturadas estaban encerradas en burdeles y eran explotadas por sus dueños, aunque también había profesionales libres, las *bonae meretrices*. Asimismo estaba muy extendida la prostitución masculina: los hombres iban depilados, perfumados, maquillados y peinados con bucles.

## Agripina la Menor

Si su madre, Agripina la Mayor, vivió enamorada de su marido Germánico y fue una mujer discreta y honesta, según cuentan sus admirados y algo conservadores biógrafos, Agripina (15-59) fue una de las damas más disolutas de Roma. Nació en Oppidum Ubiorum, un puesto fronterizo romano en el río Rin, que más tarde se llamó Colonia Claudia Ara Agrippinensis en su honor y que ha pasado a nuestra época como Colonia.

Madre de Nerón, que había tenido con su primer marido, Cneo Domicio Aenobardo, se casó en terceras nupcias con su tío, el emperador Claudio, de quien consiguió que adoptara a Nerón y lo nombrara su heredero en lugar de Británico.

El segundo marido de Agripina murió envenenado, lo que se comenta fue su primer ensayo para asesinar posteriormente a Claudio en 54 y conseguir entronizar a Nerón. Así describe Tácito a la ambiciosa Agripina: "En actitud provocativa hacia su hijo, preparada y dispuesta al incesto, ofreciendo a los allegados el espectáculo de sus besos amorosos y caricias como preludio a la consumación de la infamia".

En un primer momento, Agripina fue capaz de dominar a Nerón, pero cuando se opuso a su boda con Poppaea, éste intentó matarla en repetidas ocasiones con trucos tan ingeniosos como hacerla subir a un barco que había arreglado para que naufragara. Agripina, gracias a que era una buena nadadora, logró salvarse. También sobrevivió a un intento de envenenamiento tomando un antídoto. Nerón, para acabar con ella de una vez por todas, mandó a sus centuriones que la pasaran por la espada. Al verles, Agripina les ofreció el vientre, que había alumbrado a su cruel hijo, del que contaban que había nacido con los pies por delante, "como una bestia".

Agripina la Menor se propuso conseguir llegar a ser alguien importante, al contrario que su madre, Agripina la Mayor -hija de Julia, hija predilecta de Augusto, y de Agripa y madre de Calígula-, que, a pesar de su ambición, no había conseguido demasiado en la vida salvo tener fama de sensible, discreta, virtuosa e inteligente.

Agripina la Mayor había sido poseída por una gran ambición: que su marido Germánico, o alguno de los numerosos hijos que había tenido con él, se convirtiera en emperador. Su problema fue que sus esfuerzos se basaban en la constancia y en el trabajo y estaba rodeada de personas que no dudaban en emplear métodos más contundentes, como por ejemplo hacer desaparecer a sus enemigos. El esposo de Agripina, Germánico, murió en Antioquía en extrañas circunstancias (según los rumores ayudado por su padrastro Tiberio, que veía en él un competidor).

Agripina la Mayor salvó la vida, pero a costa de que sus ambiciones se esfumaran y de sufrir múltiples humillaciones de la corte.

En este clima se forjó el carácter de Agripina la Menor, que se convirtió en una mujer ambiciosa e intrigante dispuesta a emplear armas que su madre no hubiera usado jamás. La muerte de Agripina la Mayor cuando su hija contaba tan sólo con 16 años, decidió el destino de esta mujer que aspiraba a sobrevivir y a conseguir el poder.

Agripina la Mayor sucumbió finalmente a las intrigas de Tiberio. Desterrada a la isla Pandataria, después de que un centurión la golpeará

hasta hacerle perder un ojo cuando imprecaba a Tiberio, se dejó morir de hambre. Para prosperar, su hija, una mujer muy hermosa, de carnes abundantes al gusto de la época, cara redonda, labios sensuales y mentón decidido, recurrió a sus armas de mujer.

Su primera escuela fue su propia familia, pues su hermano Cayo Julio César Germánico –más conocido como Calígula por el calzado militar que llevaba desde pequeño, las caliga- mantuvo relaciones sexuales con sus tres hermanas, Agripina, Drusila y Livila.

Cuando Tiberio tuvo conocimiento de este hecho, buscó parejas para los cuatro. A Agripina le tocó Gneo Domicio Enobardo, un hombre bastante mayor que ella, de buena familia y atractivo, pero de mal carácter, que se separó de Agripina a los pocos meses de la boda. Cuando Calígula se proclamó emperador, Gneo Domicio rectificó su decisión, y de esta unión nació Lucio Domicio Enobardo, que pasaría a la historia como Nerón.

Calígula estaba apasionadamente enamorado de su hermana Drusila y convenció al Senado para que le autorizara a casarse con ella, a imitación de los antiguos faraones. Antes de poder desposarla, Drusila murió (38) y Calígula perpetuó su memoria instaurando un culto religioso dedicado a su memoria.

Fue en ese momento, con Calígula tomando decisiones descabelladas, cuando Agripina la Menor vio su oportunidad. Se convirtió en amante de su cuñado, Lépido, el viudo de Drusila, y juntos partieron con Calígula y Livila a las Galias, donde la pareja intentó conseguir el alzamiento de las tropas.

## **CONVIVIR CON UN MUERTO**

Calígula, no obstante, les castigó. Lépido fue ajusticiado y Agripina desterrada a las islas Pónticas en compañía del cadáver de su amante.

El destierro duró poco porque el cruel Calígula fue asesinado y le sucedió su tío Claudio, quien la mandó llamar. Al convertirse en una mujer viuda, Agripina adquirió plena libertad de movimientos, tantos que Mesalina, experta en sus mismas artes, empezó a desconfiar de ella; y buenos motivos tenía.

El primer paso de Agripina fue casarse con Cayo Salustio Crispo Paiseno, un hombre extraordinariamente rico. Agripina fue mucho más inteligente que su hermana Livila, quien no dejó de intrigar contra ella y lo pagó primero con su destierro, junto al filósofo Séneca, y después con la vida, pues Agripina la mandó asesinar.

Muerta Livila, Agripina, valiéndose de su condición de sobrina, hizo todo lo posible para seducir a su tío Claudio abrazándole y siendo cariñosa con él.

Consiguió que Claudio convenciera al Senado para que derogara la ley que impedía el matrimonio entre parientes próximos, como ya había intentado hacer en su día Calígula, y contrajo matrimonio con el sesentón en 49, un año después de la muerte de Mesalina.

Agripina consiguió el poder que tanto ansiaba y algo aún mejor, la posibilidad de ser origen de una dinastía. No se limitó, como Livia, esposa

de Agripa y madre de Tiberio, a ejercer de primera matrona o, una vez muerto su marido, a usar el poder desde la sombra moviendo los hilos de su hijo Tiberio. Agripina ciñó la corona de laurel reservada a los emperadores, participó en las decisiones políticas y recibió a embajadores de las colonias, dispensó audiencias públicas y acuñó monedas con su efigie. Con sus intrigas, también consiguió que Claudio adoptara a su hijo Nerón y lo escogiera como heredero. Mientras tanto, Agripina tuvo varios amantes y concedió sus favores a otros hombres para que la ayudaran en sus tejemanejes.

Claudio, que estuvo a punto de morir, volvió a nombrar heredero a Británico, de resultas de lo cual Agripina planeó deshacerse de él con la ayuda de una experta en venenos, Locusta, que preparó un succulento plato de setas que «sólo» proporcionó desarreglos intestinales al emperador. Llamó Agripina al médico imperial, Estertinio Jenofonte, y le apremió para que salvara al emperador haciéndole vomitar. Ella misma le facilitó la pluma que Jenofonte introdujo en la garganta a Claudio para provocarle el vómito. Tras entrar en contacto con la pluma envenenada, el emperador sólo sobrevivió una hora.

Nerón se hizo con el poder y lo compartió con su madre durante un tiempo... El primero en caer asesinado fue Británico, por si acaso se le ocurría reclamar algún derecho sobre el trono, y la siguiente fue Agripina, que, después de ofrecer su vientre a sus verdugos, murió sin un lamento.

## Popea

Todo lo que consiguió Popea, la segunda esposa de Nerón, fue fruto de su belleza y su capacidad de seducción. Entre sus secretos de belleza estaba bañarse en una bañera de plata con la leche que le proporcionaban las quinientas burras que poseía. Popea, que también tenía por costumbre bañarse cuando estaba de viaje, consideraba parte de su séquito a sus animales.

Fue famosa por su hermosura, sus extravagancias –entre ellas poner herraduras de oro a sus caballos- y sus artes amatorias. A la segunda esposa de Nerón la llamaban “la Venus”, alababan su nariz y la llamaban “la de la nariz más bella de la tierra”, y ensalzaban su cabello, de un bello rubio natural descrito por los poetas como “la mata de ámbar vivo”, que las damas romanas intentaban imitar usando polvos de azafrán. Otro de los encantos de Popea eran sus andares; parecía flotar sobre el mármol. Usaba sandalias de piel de cabritillo blanco con una fina suela de oro que al pisar producían un ruido parecido al murmullo de las aguas.

Nerón, enamorado, voluble y cruel se encaprichó de la bella Popea Sabina en el año 58, cuando oyó a su marido, Marco Otón, alardear de las proezas de su esposa. Para distraerle, Nerón nombró a Otón gobernador de Lusitania.

Aunque Nerón quería deshacerse de su mujer, Octavia, la hija de Claudio, la unión era políticamente importante y tuvo que esperar hasta el año 62. Finalmente, el emperador zanjó la cuestión con su habitual

mentalidad práctica: mandó a prisión a Octavia a la isla Pandataria, acusándola de adulterio. Fue asesinada ese mismo año y llevaron la cabeza a Roma para que Popea celebrara su victoria.

Como las damas de su época, Popea pasaba en público por mujer honesta, aunque se entregaba a la vida disoluta.

Popea tampoco dio un hijo a Nerón. Su hija Claudia, nacida en el 63, sólo vivió cuatro meses, y en el verano del 65, Popea, de nuevo embarazada, murió de la patada que le propinó en el estómago su marido en un ataque de rabia. La leyenda cuenta que Nerón, apesadumbrado, la mandó embalsamar y conservó su cuerpo.

Posteriormente concibió un nuevo homenaje: se enamoró de Esporo, un joven muy parecido a Popea, al que hizo castrar para desposarse, más tarde, con él.

### **Veinticuatro horas en la belleza de una mujer**

Además de los célebres baños en leche de burra, Popea también usaba una mascarilla de belleza y juventud, la máscara Popea, cuya composición no ha pasado a la historia. El éxito de esta mujer se fundamentaba en que estaba la mitad del tiempo cuidándose y la otra mitad conquistando a todos con su hermosura.

Los tratamientos de belleza que se le atribuyen a Popea son más bien exóticos: empleaba grasa de cocodrilo para que sus manos fueran blancas y suaves; tomaba pastillas de mirto para refrescar su aliento y, después del baño, sus esclavas le secaban el cuerpo con plumas de cisne, que se renovaban cada día, y la frotaban con suaves pieles de armiño.

Popea también sabía vestirse. Fue la primera mujer romana en usar túnicas de seda pura y en llevar la cabeza envuelta en un sugestivo velo semitransparente.

## **Teodora de Bizancio**

Entre las grandes seductoras, Teodora (500-548) merece un lugar de honor. Todas estas mujeres intentaron, de una u otra forma, que los hombres atendieran sus caprichos, pero Teodora consiguió dominar a su amante, el emperador Justiniano (482-565), hasta el punto de que la hizo emperatriz, aun sabiendo que había sido prostituta, y de que atendía a todos sus deseos, incluido el de mandar asesinar a quien no le gustaba.

En el siglo VI, Teodora consiguió hacerse respetar por los patricios, que la conocían como prostituta de lujo, y también por los proletarios de la capital bizantina, que ya sabían de ella cuando las cosas no le iban tan bien. Teodora y sus hermanas se habían dedicado desde la pubertad a la prostitución.

Después de las invasiones bárbaras, el Imperio romano se había dividido: la parte oriental era Bizancio. Durante el gobierno de Justiniano, el imperio de oriente alcanzó su máxima extensión territorial y comercial. Además, el emperador revolucionó el mundo jurídico y artístico.

## DIVERSIONES BIZANTINAS

La gran pasión de los bizantinos eran las carreras de cuadrigas y en los espectáculos que se podían ver en el hipódromo, que era una especie de circo romano donde había espectáculos de todo tipo (gladiadores, fieras...), se gozaba de gran libertad, a los espectadores, incluso, se les permitía gritar las consignas que estaban prohibidas en las calles. El hipódromo funcionaba también como parlamento oficioso.

Los seguidores se organizaban en cuatro colores que representaban bandos políticos y religiosos, por lo que los enfrentamientos eran enconados y a veces violentos. Teodora era hija del cuidador de los osos de los Verdes, que representaban el bando popular. Cuando su padre fue destrozado por las fieras, los Verdes expulsaron a la familia del hipódromo. Los Azules, que eran aristocráticos, dieron un trabajo al nuevo compañero de la madre de Teodora.

En el hipódromo, Teodora se inició como actriz; primero en papeles secundarios junto a su hermana mayor y luego, cuando creció, en pequeñas obritas que ella misma arreglaba y en las que terminaba desnudándose. Aunque no podía mostrarse totalmente desnuda, se las ingenió para combinar las posturas necesarias en las que pudiera admirarse todo su cuerpo mientras redondeaba sus ingresos como prostituta. Pronto se hizo célebre y rica.

Cuando la invitaron a actuar en las cenas de los patricios de Constantinopla, Teodora empezó a prostituirse para obtener la protección de los poderosos: comerciantes, senadores... Se convirtió en una de las hetairas más famosas de la ciudad.

Procopio de Cesárea, biógrafo contemporáneo de Teodora que no se atrevió a publicar su obra en vida, explicó sobre las artes de Teodora como prostituta que “se reunía con diez o doce amigos y se entregaba a ellos sucesiva y repetidamente en varias posiciones, y no teniendo bastante con ellos llamaba a sus criados y esclavos, y aún éstos no eran suficientes, pues podía ser abatida por el cansancio, pero satisfacía a todos”, y afirmaba que “había abierto a los embajadores de Eros las tres puertas naturales de su cuerpo, y lamentaba no tener otra entre los senos para ofrecérsela también”. Por dinero o por deleite “ninguna exigencia de un príncipe depravado le desagradaba”, según su biógrafo Francis Fèvre.

Enamorada de un oscuro funcionario, Hecebolos, le siguió a Pentapolis, en Cirenaica (África), adonde fue a ocupar el cargo de gobernador. Sin embargo, en su nuevo destino, Hecebolos la maltrató y la abandonó.

Teodora no tuvo más remedio que dedicarse a la prostitución con toscos labradores y no menos toscos marineros, hasta que consiguió ahorrar suficiente dinero para irse a Alejandría. Empezó en los barrios bajos y fue escalando posiciones. En el camino, esta mujer inteligente se inició en el saber y partió de nuevo a Constantinopla.

Una inesperada escala en Antioquía alteró sus planes, ya que volvió a quedarse sin dinero y, peor aún, perdió el barco donde tenía pagado el pasaje.

Nuevamente se vio obligada a ejercer la prostitución y volvió a abrirse camino hasta los más deseables triclinios y lechos. Regresó a Constantinopla en el año 521, con 22 años.

Con una hija con la que se paseaba orgullosa y decidida a llevar una vida honrada, instaló un taller de hilaturas de lana, pero pronto se dio cuenta de que ser honrada era más cansado y menos lucrativo que su antiguo oficio. Cuando no había pasado ni un año desde su cambio de ocupación, decidió aceptar las invitaciones de los poderosos. Entonces conoció a Justiniano, sobrino del emperador, y, según el ojo clínico de Teodora, futuro emperador. “Justiniano se enamoró de ella apasionadamente –escribió Procopio de Cesárea-. Al principio vivían como amantes, pese a que había sido elevado a la categoría de patricio, pues se encontraba plenamente satisfecho en su compañía. Le fue fácil adquirir una gran ascendencia sobre él, de modo que acumuló grandes riquezas, dado que su amigo, como hacen todos aquellos que pierden la cabeza por una mujer, complacía todos sus deseos y la cubría de regalos. De este modo colaboró con Justiniano a arruinar a los pueblos, no solamente de Constantinopla, sino de la totalidad del Imperio romano...”.

El único obstáculo para los planes de legitimación de Teodora era la vieja emperatriz Eufemia, que se oponía al matrimonio. Se casaron, finalmente, cuando ésta murió, en el año 523. Fueron coronados en abril de 527. Entre tanto, la hija de Teodora desapareció misteriosamente de la escena. Teodora, que había tenido varios abortos, no pudo darle un heredero a Justiniano.

## **GOBIERNO AL ALIMÓN**

Aunque Justiniano fue un emperador justo y benévolo, su emperatriz, que según el obispo Juan de Éfeso fue “una excelente, bella y sabia soberana”, le llevó a cometer algunos excesos. Teodora apoyó a la facción azul, que la ayudó de pequeña, y la convirtió en muy poderosa. Asimismo dictó leyes que favorecían a las prostitutas.

Una revuelta en el hipódromo en enero de 532, en la que los Verdes se quejaban de los abusivos impuestos y en la que a punto estuvieron de derrocar al emperador, se saldó, a instancias de Teodora, que se mostró más firme en este asunto que su marido, con treinta mil muertos de la facción verde, entre hombres, mujeres y niños.

En febrero se iniciaron las obras de una nueva iglesia de Santa Sofía, mucho más lujosa, que se terminó en 537.

Teodora falleció a los 48 años a consecuencia de un cáncer de mama. El emperador le sobrevivió diecisiete años y no se volvió a casar. Nunca la olvidó: hasta su muerte, cada vez que hacía un juramento solemne, era en nombre de Teodora.

Como legado, Justiniano dejó el Corpus juris civilis, que es la base de los modernos ordenamientos jurídicos de todos los países de Europa y de América.

## RENACIMIENTO



La Edad Media fue una época de cierta recesión sexual, debido, fundamentalmente, a dos factores: el retroceso cultural y social, que relegó a la mujer al hogar, le negó la cultura y la libertad y condenó la sexualidad, calificando el instinto sexual como demoníaco, y la aparición de las primeras enfermedades de transmisión sexual a mediados del siglo XV, que fueron interpretadas como un castigo divino.

Aun así, hubo mujeres ardientes y transgresoras, como la reina Juana, esposa de Felipe de Francia, que, aburrida de la austeridad de su esposo, con quien se casó en 1284, recibía a sus amantes en la torre de Nesle, o Margarita de Borgoña y sus cuñadas. Casada ésta desde los 15 años, en 1305, su esposo no estaba por la labor de satisfacerla sexualmente. Margarita y sus cuñadas reunieron una corte de mujeres y hombres jóvenes con los que intercambiaban poesías eróticas, debatían temas apasionantes y jugaban a juegos intelectuales y al escondite, lo que les permitía algún que otro encuentro secreto que nunca terminaba, por respeto, a satisfacción de Margarita o de las otras damas. Finalmente, las jóvenes consiguieron amantes que supieron estar a la altura.

Durante el Renacimiento, las mujeres empezaron a tener más opciones que quedarse en el hogar, aunque, como ocurría en la Grecia clásica, una de las principales salidas para las que querían ser independientes era para convertirse en hetairas. A pesar de esto, ni las cortesanas gozaron de tanta libertad, por la oleada de conservadurismo que recorrió Europa, ni las “mujeres decentes” de las clases pudientes estuvieron tan claramente bajo el yugo de los hombres como en otros tiempos, ya que empezaron a ser apreciadas las mujeres ilustradas.

En este contexto, destacaron algunas de noble cuna y alta cultura, como Catalina Sforza o Isabel Gonzaga, duquesa de Mantua.

Las cortesanas romanas no poseían la misma libertad de movimientos que las de Venecia, considerada la ciudad del placer, y como Venecia giraba en torno al poder del papa, ejercían su poder en la sombra. Las cortesanas romanas presumían de unos recursos amatorios más variados que las venecianas, versión que confirman algunos testimonios de la época.

Las cortesanas no sólo eran expertas en el amor, sino también en las relaciones humanas, y apreciaban la literatura, la música –sabían tocar varios instrumentos- y el canto. Muchas de ellas fueron poetisas o compositoras de canciones. Su cometido no era sólo proporcionar placer sexual, también otorgaban brillo social a las reuniones y entretenían con su conversación y sus habilidades musicales o artísticas.

En 1490 había censadas en Roma, una ciudad de 40.000 habitantes, 6.800 prostitutas. Francisco Delicado, autor de *La lozana andaluza*, contó, se cree que exageradamente, 30.000 prostitutas y 9.000 rufianes, aunque siguiendo en esta línea, en 1588 el holandés Buchuel contabilizó 40.000 cortesanas. Se trata, sin duda, de exageraciones y son más fiables los datos que estiman que en 1526 había 5.000 prostitutas por 55.000 habitantes, lo que equivale a casi el diez por ciento de la población.

El boom de prostitutas en Roma se debía, en gran parte, a que la ciudad estaba habitada por un sesenta por ciento de hombres, lo que hacía el negocio altamente lucrativo.

## LA BELLEZA DEL RENACIMIENTO

Catalina Sforza, autora de *Experimentos* (publicado entre 1492 y 1509), ofrecía en esta obra un completo muestrario de productos para el aseo, la farmacopea y la magia.

En materia de mujeres y hombres vuelve otra vez el canon griego con sus complicadas correspondencias entre las distintas partes del cuerpo y el rostro: la distancia vertical entre la parte inferior del mentón y la horizontal de las fosas nasales debe ser igual a un tercio de la altura del rostro, por ejemplo.

Los escritores describen a la mujer soñada: “Sus pequeños dientes de marfil” (Boccaccio); “las cejas sutiles” (Ariosto); “la pupila de una negrura perfecta, el blanco de los ojos tirando al color de la flor del lino, los párpados blancos surcados por pequeñas venas rojas; las mejillas delicadamente hinchadas, la boca, fuente de todos los placeres amorosos, pequeña, sin mostrar más que los cinco o seis dientes de arriba, el mentón redondo” (Firenzola).

Catalina de Médicis se convirtió en la artífice de la belleza. Las venecianas alcanzaron un gran conocimiento del teñido del cabello, que debía ser rubio. Para el secado, se ponían sombreros sin fondo, pero con una ancha ala para evitar que el sol les diera en la cara. La piel y los dientes tenían que ser blancos (para blanquear éstos se usaban preparados a base de polvo de coral rojo, sangre de dragón, hueso de melocotón, hueso de jibia...).

Las manos se aclaraban usando por la noche un preparado compuesto de miel, mostaza y almendras amargas. Se cubrían con unos guantes y por la mañana se aclaraban con agua de lluvia o aceite de benjuí. Los lunares disimulaban granos, cicatrices o manchas.

Las cortesanas venecianas se empolvaban el cuerpo por completo, moda seguida por algunas mujeres que no eran del oficio, que se empolvaban los pechos y el escote para resaltar su blancura. Arreglarse antes de salir podía llevarles varias horas de trabajo.

Lucrecia Borgia y otras damas cuidaban sus cabelleras lavándolas dos veces por semana. Catalina de Médicis introdujo en Francia, además del tenedor, perfumes con los que hombres y mujeres disimulaban el mal olor corporal, fruto de que no se lavaban tanto como debieran.

El deslenguado, divertido y desvergonzado Pietro Aretino (1492-1556), considerado el teórico de la prostitución, plasmó en sus diálogos y obras de teatro muchas de las costumbres de las cortesanas y prostitutas de la época. En sus *Sonetos lujuriosos*, también titulados *I Modi* (Los modos), realizó un catálogo de posturas sexuales en verso que destaca por su lenguaje soez y directo.

Aretino recogió con detalle las costumbres sexuales de su época en obras como *Diálogos amenos*; *La cortesana* o *Las seis jornadas*, las memorias de una imaginaria cortesana llamada Nanna que aconseja a su joven hija inexperta, Pippa, sobre cómo triunfar entre los hombres, y en las que recuerda también los trucos que ha usado para sacarles dinero.

Del salaz Aretino se dice que murió en un prostíbulo, aunque lo cierto es que falleció en su casa, donde tenía un harén. ¿La causa de la muerte? La rotura de una vena de la garganta cuando reía desaforadamente al celebrar un chiste obsceno que una de las prostitutas que tenía a su servicio le contaba. Lo más seguro es que, a pesar de esta pintoresca explicación, este hombre glotón, vital y lujurioso muriera de una apoplejía.

A continuación, ofrecemos un fragmento de *Las seis jornadas* en el que Nanna cuenta a Pippa algunas de sus triquiñuelas:

Pippa: ¿Qué debo hacer después de que hayamos cenado?

Nanna: Quédate un poquito con quien está cerca de ti, sin apartarte nunca del lado de tu amante, y, llegada la hora de ir a dormir, me dejarás regresar a casa, y después de haber dicho educadamente: “Buenas noches a vuestras señorías”, guárdate más que del fuego de que te vean u oigan mear, soltar el vientre, o llevar pañuelo para limpiártelo porque tales cosas harían vomitar a los mismos pollos que, sin embargo, picotean en cualquier mierda. Una vez encerrada en la alcoba, mira bien si hay alguna toalla o cofia que te guste y, sin pedir nada, pondera las toallas y las cofias.

Pippa: ¿Con qué fin?

Nanna: Con el fin de que el perro, que está tras la perra, te ofrezca la una o la otra.

Pippa: ¿Y si me las ofrece?

Nanna: Suéltale un beso con la punta de la lengua y acepta.

Pippa: Así lo haré.

Nanna: Luego, mientras él se acuesta presuroso, tú desnúdate muy lentamente y musita para ti misma algunas palabras entremezclándolas con algún que otro suspiro, con lo cual se verá forzado a preguntarte cuando te acuestes a su lado: “¿Por qué estos suspiros, mi alma?” Entonces lanza otro y dile: “¡Vuestra señoría me ha hechizado!” y diciéndolo abrázale fuerte y una vez lo hayas besado y vuelto a besar, santíguate, fingiendo haberte olvidado al acostarte, y si no deseas rezar, mueve suavemente los labios a fin de que parezca que lo estás haciendo para ser discreta en todo.

Mientras tanto, el bribón que estaba esperándote en la cama, como uno que muerto de hambre se ha sentado a la mesa antes de que se halla puesto en ella todavía el pan o el vino, te irá acariciando con las manos las tetas, hundiendo en ellas la boca como si quisiera bebérselas, y luego todo el cuerpo; bajará lentamente la mano hacia el conejito y después de darte algunos cachetes, te manoseará los muslos; y como las nalguitas están imantadas, atraerán hacia sí dichas manos, y después de haber jugueteado con ellas un rato, intentará, deslizándote su rodilla entre las piernas, que te des la vuelta (no atreviéndose a pedírtelo a la primera); mantente firme y, aunque maullando se comporte como un niño haciendo grandes gaterías, no te des la vuelta.

## Imperia

Imperia (1485-1512) fue una cortesana ilustrada que escribía poesía en latín y griego, danzaba, cantaba y conocía la obra de Platón. Pertenecía a una familia burguesa que la educó de forma excelente: idiomas, letras clásicas, retórica, filosofía... Fue la más célebre entre las cortesanas romanas.

Era una mujer bellísima que realizó su primera conquista a los 15 años: huyó de casa con un caballero romano. Cuando volvió, tuvo varios amantes ricos y poderosos, entre ellos el banquero Agostino Chigi y el mismísimo Rafael.

Su madre, Diana Cognati, fue ya una cortesana famosa. Imperia se inició en estas artes cuando era muy joven, y tuvo su primera hija, de nombre Lucrecia, a los 17 años. Se prometió a sí misma que ninguna de sus hijas seguiría su oficio, razón por la cual fue cuidadosa con su dinero. Adquirió un terreno a un sobrino del papa Pío IV en unas condiciones tan ventajosas que se piensa que se trataba de uno de sus amantes. Además, consiguió buenas alianzas matrimoniales para sus dos hijas.

Imperia tuvo como maestro a Lostraccino, que era poeta, bufón, mímico y comediante. Su palacio se convirtió en punto de encuentro para escritores, sabios, eclesiásticos y artistas, en el que ella brillaba por su ingeniosa conversación, sus poemas y dibujos y su elegancia, pues impuso la moda para las damas nobles y las princesas de Roma.

En un principio se encargó de las finanzas de Imperia su padrastro, Paolo Trotti, miembro del coro sixtino, con quien su madre se casó cuando vio que su carrera estaba a punto de terminar, pero a los 29 años, Imperia tomó las riendas de su fortuna.

Agostino Chigi, a quien el sultán de Turquía calificó como “el mayor comerciante de la cristiandad”, recibió de Julio II el derecho a llamarse Chigi Della Rovere. Con él, Imperia tuvo su segunda hija, Margherita, a quien el banquero reconoció.

Imperia y Chigi sabían disfrutar de la vida. Fue famosa una cena en la que se sirvieron los manjares en carísimos platos de oro y de plata y los invitados, siguiendo el ejemplo de Chigi, lanzaron los platos al Tíber. No obstante, Chigi se aseguró de que fueran recogidos posteriormente.

### RETRATO DE UNA CORTESANA

Rafael pintó a Imperia como una Venus en un cuadro encargado por Agostino Chigi, patrón y amigo del pintor, y en la fachada de la elegante casa del enamorado, La Farnesina.

Casanova recordó este hecho en un epigrama en latín: “*Vulcanus nudam Imperian quam vidit: Apelles / Aspexist nudadm quando, ait, hic Venerem?*”

(Cuando Vulcano vio a Imperia desnuda preguntó: ¿cuándo vio Apeles a Venus desnuda?)

Hay una doble comparación elogiosa: Rafael es identificado con Apeles por su talento e Imperia es comparada a Venus por la perfección de su cuerpo. Era habitual que las cortesanas posaran para cuadros de Venus o de Flora que sus amantes exhibían en habitaciones más o menos públicas. Estos cuadros también recordaban a los contemporáneos la belleza “eterna” de las cortesanas y las definían como diosas entre los mortales y como dispensadoras de placer, arte y estética. Desde las hetairas, la diosa del amor Afrodita y las prostitutas eran las dos caras de la misma moneda. Durante siglos, los expertos en arte han intentado rastrear la figura de Imperia en las pinturas de Rafael y la han identificado con la Safo o la Calíope del *Parnaso* que se encuentra en El Vaticano; la sibila Frigia del fresco *Sibilas y ángeles*, en Santa Maria della Pace; la Galatea de la villa Chigi, La Farnesina...

Otros pintores que inmortalizaron a las cortesanas fueron Giorgione, en su cuadro *Laura*, o Tiziano, en su *Flora*, donde retrata a una bellísima rubia de cara serena muy al estilo de la época. El oficio de ambas queda claro por las plantas que las acompañan, símbolos de Venus, la diosa del amor: laurel para Laura y mirto y rosas para Flora, que lleva en la mano.

Al parecer, Imperia se suicidó por amor. Valtesse de La Bigne, que siglos después se convirtió en una célebre cortesana, aseguraba que las mujeres de su profesión no podían tener corazón. Imperia cometió el error de enamorarse. Angelo del Bufalo era un hombre atractivo, agradable, culto, casado y, en principio, estaba interesado por Imperia. Él empezó a verse con otra mujer y fue apartándose poco a poco de Imperia, hasta que al final le comunicó que había dejado de quererla y la abandonó. Ella se envenenó. Se le atribuyeron mil amantes.

### Un regalo para Roma

La importancia de Imperia queda reflejada en este elogio:

Dii duo magna duo dederant munera Romae:  
Imperium Mavors et Venus Imperiam...  
Hos contra steterunt Mors et Fortuna, rapitque:  
Fortuna imperium, mors rapit Imperiam.  
Imperium luxere patres, nos luximus ipsi hanc:  
Illi orbem, nos nos cordaque perdidimus.

(Los dioses han dado a Roma dos grandes regalos:

Marte les dio el Imperio y Venus les dio a Imperia.

La muerte y la fortuna estaban en su contra:

la fortuna acabó con el Imperio y la muerte se llevó a Imperia.

Nuestros padres lloran por el Imperio, y nosotros también lloramos por ella:

ellos perdieron el imperio, mientras nosotros, nosotros perdimos nuestros corazones.)

## Tullia d'Aragona

Tullia d'Aragona (1510-1556) nació en Roma; al parecer, era hija de un cardenal, y fue criada en Siena por su madre (con el tiempo, Tullia se convirtió en cortesana al igual que ella). Recibió una esmerada educación para que pudiera ascender de categoría social y brilló en música —tocaba el laúd— y en literatura.

Con su madre viajó por varias ciudades, entre ellas Venecia y Ferrara, buscando un clima más favorable a las cortesanas en una época en la que en la Ciudad Eterna se intentaba imponer la moralidad. Con el auge del humanismo, las mujeres interesantes y cultas empezaron a ser apreciadas. En ambas ciudades, Aragona se relacionó con la élite filosófica y literaria, que apreció que fuera versada en muchos temas de conversación y también adoró sus trenzas doradas y sus ojos resplandecientes.

Según algunas crónicas, la especialidad de las cortesanas renacentistas era un prolongado beso con lengua que recorría de arriba abajo los cuerpos masculinos con estratégicas y húmedas paradas, que terminaba en la ansiada felación.

Si sus primeros pasos fueron como cortesana, pronto instauró en su casa un prestigioso salón y su escritura comenzó a valorarse. En una carta a Isabel de Este, el embajador de Mantua en Roma narró la impresión que recibió al conocerla: “Debo mencionar la llegada a nuestro círculo de una dama gentilísima, de conducta tan modesta y modales tan fascinantes que no podemos evitar considerarla como algo divino. No hay una sola dama que yo conozca aquí, ni siquiera Vittoria Colonna, duquesa de Pescara, que pueda compararse con Tullia”.

Hacia 1540, Tullia se instaló en Siena y, al igual que otras cortesanas, se vio afectada por la ola de conservadurismo propia de la época, reacción a la reforma protestante, que desembocaría en el Concilio de Trento en 1545.

Con la promulgación de nuevas leyes y la recuperación de otras que ya no se aplicaban, la sociedad limitó el movimiento de las cortesanas y las obligó a vestirse de una forma distintiva. La propia Aragona fue denunciada por violar las leyes de la moralidad de Siena en 1544. Un año antes, en un intento por regularizar su situación social, se había casado, aunque no se sabe nada del marido.

En 1546, Aragona se estableció en Florencia y se puso bajo la tutela del escritor Benedetto Varchi, quien tenía influencia sobre el duque de Florencia, Cósimo de Médicis. En 1547, Aragona volvió a ser acusada de violar otra ley de moralidad, pero Benedetto la ayudó a salir con bien de la situación escribiendo a las autoridades: “Sean compasivos con ella, como la gran poeta que es”.

Pocos meses después, se publicó *Rime della Signora Tullia d'Aragona; et di diversi a lui*, dedicado a la mujer de Cósimo. El libro constaba de 56 poemas de Aragona y 74 poemas de varios poetas varones.

A finales de 1547, vio la luz la obra en prosa *Dialogo della infinita d'amore*, dedicada a Cósimo. Cinco años antes, Sperone Speroni, un escritor que D'Aragona había conocido en Venecia, había editado *Dialogo d'amore*, en el que intervenía un personaje que representaba el papel de cortesana (Tullia), que defendía el amor apasionado y consideraba que éste

y la razón no podían coexistir. En su propia obra, Aragona presentó un punto de vista opuesto a la interpretación que había hecho de su pensamiento Speroni. Tullia se hizo famosa por atreverse a escribir sobre el amor desde su condición de mujer aportando nuevas ideas y combatiendo los habituales prejuicios contra las féminas. En sus escritos partía de la premisa de que los hombres y las mujeres eran iguales, en un claro precedente de las feministas de varios siglos después, y pedía la libertad de expresión y de pensamiento.

En 1548, Tullia dejó Florencia y se dirigió a Roma, donde vivió hasta su muerte.

Tullia d’Aragona, conocida como “la cortesana de los académicos”, logró de sus amantes poetas que la convirtieran en la ficción en una deidad, para mayor gloria de las mujeres en general. Girolamo Muzio, uno de sus amantes, la metamorfoseó de Tullia a la ninfa Tirrenia y luego la ensalzó como la musa Talía, que se correspondía casi fonéticamente con su propio nombre, y era también el nombre de una de las Tres Gracias, diosas de la belleza, el hechizo y la alegría, hijas de Zeus y de la ninfa Eurinome, hija del titán Océano. D’Aragona se convirtió así, tanto en la realidad como en la ficción, en sacerdotisa del amor y aprovechó esta característica para sus escritos. Un año después de la ruptura con Muzio, empezó a cantarla otro poeta, Benedetto Varchi, que la describió como Filli y Damone. Otros poetas la cantaron como Safo o como la Laura de Petrarca.

Su última obra fue un poema épico, el primero de este género escrito por una mujer, *Il Meschino, altramente detto il Guerrino*, en el que el noble Guerrino es capturado por los piratas y vendido como esclavo. La obra de Tullia, inspirada en un texto en prosa del siglo XIV escrito por Andrea da Barberino, narra las aventuras de este hombre valiente que seguía la pista de sus padres y que trataba temas como la búsqueda de la propia identidad y la homosexualidad.

A diferencia de otras cortesanas coetáneas, Tullia mantuvo su prestigio hasta el día de su muerte.

## Gaspara Stampa

Gaspara Stampa (1523-1554) es, junto con Tullia d’Aragona, una de las grandes poetisas cortesanas. Nació en Padua, pero vivió desde niña en Venecia. Cuando su padre murió, su madre trasladó a la familia a esta ciudad. Stampa desafió a su época dedicándose a las artes y permaneciendo soltera.

A los 25 años, esta mujer inteligente y educada –conocía el latín, el griego y a los grandes poetas toscanos-, conoció al amor de su vida, el conde di Collalto, de su misma edad.

Gaspara fue una mujer libre que accedió a la cultura y participó en varios salones literarios, uno de ellos en su casa, auspiciado primero por su hermano Baltasar y, tras su muerte prematura, sostenido por la propia Gaspara.

Al conde le dedicó Gaspara sus más famosas poesías, donde expresa el amor femenino y la pérdida con un estilo personal que hace evocar a

Petrarca y a su Laura. Tras tres años de convivencia, el conde marchó a Francia para luchar contra los ingleses y contrajo matrimonio con una francesa.

Tras el abandono, que nunca llegó a superar, mantuvo una relación con un caballero veneciano, Bartolomeo Zen.

Murió a los 31 años sin que las causas de su muerte quedaran muy claras. Se especuló con un posible suicidio por envenenamiento. En 1554, su hermana Casandra publicó su libro *Rime*.

En sus poesías hablaba sobre el amor y sobre sus sentimientos; ésta es una pequeña muestra:

Cuando delante de esos ojos, mi vida y luz,  
mi belleza y fortuna en el mundo, comparezco,  
mando al estilo, al lenguaje, a la pasión y al genio,  
incito los pensamientos, las ideas, los sentimientos,  
estoy sobrepasada, audiblemente consumida,  
como un sordomudo, literalmente estupefacta, todo reverencia,  
nada más que sorprendida  
en esa amada luz, estoy curada y pagada.  
Suficiente, no puedo entonar ni una palabra,  
pues ese divino ícubo nunca se va,  
minando mi resistencia, dejando mi alma postrada.  
Oh, Amor, qué extraño y maravilloso ajuste:  
una sola cosa, una sola belleza,  
puede darme la vida y quitarme el entendimiento.

### **Una mujer combativa**

Si aun siendo como soy abyecta y vil  
mujer, puedo llevar tan alto fuego,  
¿por qué no lo hago arder, siquiera un poco,  
y se lo muestro al mundo con estilo? /  
Si amor con nuevo, extraordinario ardor,  
que no esquivé, tan alto me condujo,  
¿por qué no puedo yo, con juego insólito,  
hermanar en mi alma pena y pluma?  
Y si no puedo por naturaleza,  
por milagro podré, que tantas veces  
vence, traspasa y rompe toda regla.  
Yo no acierto a expresar si esto es posible,  
pero empiezo a sentir, para mi suerte,  
el corazón de un nuevo estilo impreso.



## Veronica Franco

Veronica Franco (1546-1591) fue una veneciana exquisita que, además de por sus dotes en el amor, ha pasado a la historia por sus poesías y por sus inquietudes feministas: “Cuando nosotras también estemos armadas y entrenadas, podremos convencer a los hombres de que poseemos manos, pies y corazón como los suyos; y aunque seamos delicadas y suaves, algunos hombres que son delicados son también fuertes; y otros, toscos y severos, son cobardes. Las mujeres todavía no se han dado cuenta de esto, pero cuando lo hagan, serán capaces de combatirlos hasta la muerte; y para probar que digo la verdad sobre la mayoría de mujeres seré la primera en actuar, proporcionándoles un ejemplo a seguir”.

Como “honesta cortesana”, es decir, aquellas que habían trascendido su condición de prostitutas para convertirse en mujeres de cierta relevancia social, era admirada por su belleza y cultura, pero también es cierto que fue considerada un símbolo de la inmoralidad.

Hija de una antigua cortesana, Veronica se vio obligada a dedicarse al oficio de su madre, Paola Franco, cuando fracasó su matrimonio con un médico llamado Paolo Pannizza. A los 18 años, embarazada de su primer hijo, Veronica se separó de su marido y pidió que le restituyera la dote, lo que no consiguió. Sin dote ni recursos y con un hijo a su cargo, se vio obligada a dedicarse al oficio de su madre.

En 1565, cuando tenía 20 años, Veronica Franco figuraba en *// Catalogo di tutte le principale et piu honorate cortigiane di Venezia*, que ofrecía nombres, direcciones y tarifas de las principales prostitutas. Su madre aparecía como la persona a la que se debía pagar. En este catálogo estaban inscritas doscientas quince de las más ilustres prostitutas, cuando en aquellos momentos Venecia tenía más de cinco mil cortesanas registradas.

En 1572, último año en que sale en el catálogo, Verónica, la número 204, tiene esta mención: “Precio medio, dos escudos”, una cifra no muy elevada. Después de ese año, ya con 28 años y tres hijos, ascendió de categoría. Veronica tuvo en total siete hijos, de los cuales sólo tres alcanzaron la mayoría de edad.

Como cortesana, Veronica tuvo acceso a una vida más libre y a la cultura, como sus antepasadas las antiguas hetairas, y se relacionó con hombres influyentes y poderosos. Debido a que pudo acceder al mundo de las letras, empezó a escribir e incluso publicar sus obras, en las que defendía los derechos de las mujeres, particularmente los de las cortesanas.

### **MIMADA POR LA FORTUNA**

Que era una mujer con prestigio lo demuestra el hecho de que cuando el rey Enrique III de Francia visitó Venecia, en 1574, una de las primeras personas que le fueron presentadas fue Veronica. También la visitaron Francisco I de Francia y el escritor Michel de Montaigne, introductor de los

ensayos como género literario. Tintoretto la pintó, según varios autores, en la bella *Dama enseñando el pecho*, que muestra, por un lado, cómo imponía su moda y, por otro, que la forma de vestir de las cortesanas no se diferenciaba en nada del de las damas “honestas”. En reconocimiento a la visita real y a su patronazgo, Veronica le dedicó varios poemas.

Entre 1570 y 1580, Veronica escribió diversas poesías y poemas y contó con el apoyo económico de muchos caballeros notables.

Entre los secretos de belleza de Veronica estaba el uso de esencia de anís, con la que se perfumaba el espacio entre los pechos y las axilas. Seguramente conocía el tratado del médico y naturalista Dioscórides en el que afirmaba que el anís aviva la lujuria de la mujer. Existía también la creencia de que el anís, al mezclarse con el sudor natural, se transformaba en una eficaz feromona.

A partir de 1573, la veneciana se relacionó con Domenico Venier, que se convirtió en su principal protector. Este antiguo senador de Venecia, miembro de una familia noble, era el anfitrión de un influyente salón de Venecia. Fue él quien convirtió a Veronica en una “honesta cortesana” y quien la financió para que consiguiera una vasta biblioteca, que llegó a ser la envidia de los ilustrados de la época, y para que publicara antologías de poesía. Franco no sólo aportó ideas, sino que también pasó a la acción y creó una casa de apoyo a cortesanas necesitadas y sus hijos, que mantenía con lo que ganó con la publicación de sus obras.

## LA OBRA DE VERONICA

Con un primo de Domenico, Maffio, de quien también fue amante, empezó una pugna poética satírica en italiano y veneciano que fue seguida con mucho interés. Finalmente, el caballero consideró que ella había ganado y enmudeció.

El grueso de su poesía y de sus cartas, en las que exponía sin tapujos el punto de vista de las mujeres en oposición a creaciones anteriores que intentaban no herir a los hombres, fue escrito durante su exilio de Venecia, a causa de la peste que asoló la ciudad. Sus poesías tenían a menudo un tinte erótico y hablaban de sus relaciones con los hombres. En 1575 publicó su libro de poemas amorosos *Terze rime*, que dedicó a su mecenas, el duque de Mantua, y en los que se comparaba con la diosa del amor Venus. Ninguna mujer del *Cinquecento* escribió de una forma tan franca y sensual sobre el amor y el sexo.

Entre 1575 y 1577, Veronica vivió fuera de Venecia. A su regreso, su casa había sido saqueada y le habían robado todas sus pertenencias. En 1577 propuso al consejo de la ciudad que fundara un establecimiento para mujeres pobres que ella misma administraría. En ese momento tenía a su cargo a tres hijos y a varios sobrinos que habían quedado huérfanos a consecuencia de la plaga. Su propuesta fue rechazada.

Verónica, además, tuvo que afrontar en 1580 un proceso por brujería. La denunció el preceptor de uno de sus hijos. Consiguió librarse de los cargos de la Inquisición gracias a sus relaciones, pero su fama se vio muy afectada. Ese mismo año publicó *Lettere familiari a diversi*.

En 1582 sufrió un nuevo golpe: murió su principal patrocinador, Domenico Venier. Al parecer, Veronica pasó sus últimos años modestamente, pero sin llegar a padecer la miseria.

En el registro del “Magistrato alla Sanità” apareció un breve anuncio: “Dama Veronica Franco ha muerto de fiebre a principios de julio de 1591, a la edad de cuarenta y cinco años”.

El prestigio de las cortesanas de Venecia continuó hasta el fin de la República, a finales del siglo XVIII.

El director Marshall Herskovitz rodó en 1998 *Más fuerte que su destino* (*Dangerous Beauty*), inspirada en la vida de Veronica Franco y protagonizada por Catherine McCormack, Rufus Sewell y Jacqueline Bisset en el papel de la madre de Veronica. El director se basó para la película en una biografía de Margaret F. Rosenthal, *The Honest Courtesan; Veronica Franco, Citizen and Writer in sixteenth-Century Venice*.

## SIGLOS XVI Y XVII

Los siglos XVI y XVII tienen sabor francés. En el terreno erótico estuvieron dominados por una reina, una favorita y dos cortesanas que, aunque de vidas e intereses muy diversos, tuvieron en común, pese a las limitaciones que imponía la época, una cosa: vivieron como quisieron. También destacó una británica, Nell Gwyn, la favorita del pueblo, con diferencia, entre todas las queridas de Carlos II.

Otra gran favorita de esta época fue Catalina I, que, al igual que Teodora de Bizancio, pasó de meretriz a emperatriz.

Poco a poco las mujeres empezaron a salir del ostracismo, hasta que Francia se convirtió en el siglo XVIII en el paraíso de los amores clandestinos; en algunos otros países, las mujeres comenzaron a asomar la cabeza lentamente.

A pesar de algunas transgresoras, como Margarita de Valois, en el siglo XVI la situación era complicada. Como afirma Guy Breton en *Historias de amor de la historia de Francia*: “En aquella época el matrimonio es la única excusa legítima de la sexualidad. En la ideología dominante en Europa occidental existen dos arquetipos de conducta sexual: el comportamiento conyugal, que debía tener por fin la procreación, y el comportamiento caracterizado por la pasión amorosa y la búsqueda del placer culpable a los ojos de la Iglesia, ya que la infecundidad era lógica en este comportamiento.

»El matrimonio no se fundaba en el amor sino que era una asociación gracias a la cual dos individuos, o mejor, dos familias esperaban resolver una parte de sus dificultades económicas y sociales. El matrimonio era, para el hombre del siglo XVI, el medio de procurarse los servicios y la obediencia de una sirvienta y de mantener la supervivencia de su raza. La esposa debe comportarse con resignación, pues en el siglo XVI es incapaz, y los actos que haga sin la autorización de su marido serían radicalmente nulos. Contrariamente a la Edad Media, en que gracias a las ausencias del marido, debido generalmente a las guerras, la mujer era dueña y señora, en el siglo XVI se asiste a una degradación progresiva de la situación de la mujer en la familia, mientras aumenta el poder del marido, que acaba por ejercer una especie de monarquía doméstica”.

## LECCIONES DE HIGIENE

La costumbre de bañarse a menudo se perdió y, en detrimento, aumentó el uso de perfumes. Si el olor de Enrique IV de Francia era descrito como el de un macho cabrío, algunas damas que no se bañaban luchaban contra su “olor a carneros” poniéndose esponjas perfumadas entre los muslos y en las axilas.

La batalla del mal olor se ganó, en parte, cuando volvió la sana costumbre de bañarse, pero no se pudo dar por terminada hasta finales del siglo XIX, cuando los científicos descubrieron el papel que desempeñaban las bacterias en el desarrollo del mal olor. El primer desodorante apareció en Estados Unidos en 1888; se trataba de Mum, una crema bactericida que se convirtió en una marca de desodorantes todavía muy popular. Hasta entonces la única solución era impregnarse de perfume o frotar las axilas con amoníaco diluido en un poco de agua.

A finales del siglo XVI, el teñido, los afeites y la depilación ya habían sido adoptados por todas las clases urbanas acomodadas.

En la corte del Rey Sol, la práctica del maquillaje tenía un papel transgresor contra los moralistas y también era una forma de esconder los estragos que causaban los excesos alimenticios, la edad y la mala calidad de la piel. La marquesa de Rambouillet y la escritora Madeleine de Scudéry, de las que se mofó Molière en *Las preciosas ridículas*, propusieron transformar el lenguaje en una metáfora continuada y exaltar el rostro albayaldado con mejillas sonrosadas. Si las españolas gustaban de amontonar el colorete en las mejillas, las francesas preferían administrarlo sabiamente para que resaltara la blancura de su tez.

Para protegerse del sol, las damas llevaban una máscara que sostenían entre los dientes, y cuidaban su tez, además, con agua destilada de flor de lis, de nenúfar o de flor de haba. El colorete se puso de moda a partir de 1673 por influencia de madame de Montespan, favorita de Luis XIV, y se adoptó el uso de la peluca blanca para ensalzar la blancura.

Entre los productos estrella de belleza estaba la *crème de beauté du sieur Ray privilégié du roi*, “tan perfecta para la piel que es imposible darse cuenta de que la belleza que proporciona no viene de la naturaleza sino del arte. Esta crema cuida la frescura de la piel, a la que da palidez, repara los percances que en la cara hubiesen podido causar drogas tales como pomadas u otros pretendidos secretos que se usan y frecuentemente son perjudiciales para la tez. Las damas que usan colorete deben hacerlo por la noche al quitarse el maquillaje y por la mañana antes de maquillarse, y en pocos días quedarán sorprendidas por el efecto que habrá producido la *crème de beauté du sieur Ray*, que conserva la belleza y elimina las arrugas”, según se anunciaba.

En aquella época también se utilizaban lunares, llamados *mouches*, que se colocaban en puntos estratégicos de la cara (cada punto tenía su significado).

## Margarita de Valois

Margarita de Francia (1553-1615), hija del siempre triste rey Enrique II y de Catalina de Médicis, y hermana de tres reyes de Francia (Francisco II, Carlos IX y Enrique III), fue una de las grandes seductoras de su época. El poeta Brantôme la describió así: “Sus bellos atavíos y peinados jamás se atrevieron a ocultar su hermosa garganta ni su bellísimo gesto, como si temiesen causar un perjuicio a las miradas que se saciaban en tan atractivo espectáculo”. Otro poeta cortesano le dedicó una bella imagen: “El claro sol de sus ojos”.

Margarita destacó por su belleza, su apetito sexual, su cultura y su capacidad para sobrevivir a las múltiples intrigas que la rodearon, y que costaron la vida a varios de sus amantes. Uno de los primeros fue su hermano Enrique III, un hombre estéril y amante de las mujeres que luego se inclinó por la homosexualidad y que murió asesinado.

La confirmación de los amores incestuosos la hallamos en las célebres memorias de la reina, más en concreto en un pasaje de cuando su

hermano, ya rey, la había expulsado de la corte por sus escándalos: “Se queja de que paso mi tiempo entregada a las pasiones del amor y no se acuerda que fue él el primero que *m’a mise au montoir* [que me dio el impulso]”. Las memorias se publicaron por primera vez en 1628, trece años después de su muerte. Asimismo, su confesor, Bocicault, obispo de Grasse, traicionó la confesión que la reina le había hecho al respecto en los últimos años de su vida.

Entre los admiradores de Margarita estuvo el poeta Pierre de Ronsard, que le dedicó bellos elogios en su francés vibrante. Gracias a él conocemos la arrogancia y elegancia de la “divina morena”, pues Margarita tenía el cabello negro y ensortijado y su famosa melena de oro con menudos bucles no era más que una peluca.

Margarita, si hacemos caso a sus conquistas y a Brantôme, quien, embobado, le dedica casi cien páginas de sus *Damas ilustres*, era una seductora nata: “Ninguna dama supo subrayar con tanto arte sus encantos... La he visto resplandecer a veces con sus cabellos naturales, sin añadir ningún artificio de peluca, los cuales, aunque fueran muy negros, ella los sabía rizar y acomodar de tal manera que su peinado era siempre impecable... La he visto vestida de satén blanco y encarnado y con un velo tirado sobre la cabeza negligentemente, y he de decir que jamás vi cosa más bella. También la vi ataviada con un magnífico vestido de terciopelo rojo de España y con un cubrecabezas del mismo terciopelo lleno de plumas y de pedrerías que le daban un aire gentil a su cabeza, y era maravilloso verla bailar la pavana de España, el *passemazzo* de Italia o la branle de las antorchas, con una gracia tan gentil y tal gravedad que los ojos no podían apartarse de ella ante un tan agradable espectáculo”.

Como su madre, y el resto de damas de la corte de los Valois, Margarita se entregó a los placeres. Su corte fue famosa por el “escuadrón volante”, un grupo de damas cuyos encantos utilizaba Catalina para fines políticos y que a veces tuvieron que sufrir unas recetas de belleza tan originales como inicuas. En una ocasión se arruinó el rostro de una dama al aplicársele la siguiente receta: «Se toma plata y mercurio y se muelen en un mortero, se le añade albayalde y alumbre y se deslíe con saliva, haciéndose hervir con agua de lluvia; cuando empieza la ebullición se mezcla todo en un mortero”.

Entre las damas del «escuadrón de espías» de Catalina destacó la rubia Charlotte de Sauves, viuda del barón de Sauves, que en una misma época tuvo amores con el duque de Alençon, su cuñado Enrique, el rey de Navarra –al que le gustaba engañar con falsas informaciones a las damas del escuadrón- y el duque de Guisa, rival de los dos últimos. El objetivo de la reina era enemistar al rey y a Alençon, pero no lo consiguió, ya que en sus aventuras Enrique no ponía el corazón, por lo que era incapaz de sentir celos.

A pesar de su ejemplo, Catalina tomó medidas para reprimir la voluptuosidad de su hija, según explicó el divertido Brantôme: “Catalina de Médicis, constatando que tenía una sangre cálida y ardiente, la hizo beber en todas sus comidas una decocción llamada *jus de vinette* (zumo de acederas)”. El preparado no dio ningún resultado y Margarita se enamoró de Enrique de Guisa, hijo de Francisco, el Acuchillado, que también moriría por este sistema y llevaría el mismo apodo. Enrique era un hombre alto y

arrogante, valiente, autoritario, atrevido, seductor y con un apetito sexual tan desarrollado como el de la princesa.

Aunque la relación tenía que mantenerse en secreto, se hizo pública y notoria, pues se amaban allí donde el deseo les asaltaba, ya fuera un pasillo, un jardín o cualquier aposento que tuvieran a mano. Ella tenía 17 años.

Catalina y su hijo Carlos IX de Francia, el hermano de Margarita, raptaron a Guisa, le golpearon y le prohibieron que tuviera cualquier trato con ella, pero fallaron en la tentativa de asesinarle posiblemente porque Margarita le avisó a tiempo.

## **EL MEJOR REMEDIO: EL MATRIMONIO**

Para mantener en vereda a Margarita era urgente casarla. El elegido fue Enrique de Borbón, hijo de Antonio de Borbón y de Juana de Albret. La boda, celebrada el 18 de agosto de 1572, empezó mal ya que en el momento de la misa de esponsales, el novio, el futuro Enrique IV de Francia, desapareció. Él era protestante y como Margarita no quiso renunciar a su religión, tuvo que ocupar su lugar el hermano de la novia. Además, ante la falta de decisión de Margarita, fue su hermano Carlos IX, promotor de la boda, quien la obligó a inclinar la cabeza hacia adelante para dar el sí. Enrique se convirtió ese mismo año en Enrique III de Navarra, en sucesión de su madre, Juana de Albret.

No se sabe a ciencia cierta qué pasó la noche de bodas, pues los dos eran muy fogosos. La misma reina afirmó: “El día de nuestro matrimonio, tanto el uno como el otro éramos tan rijosos que fue imposible impedir que hiciéramos el amor”. Enrique, a veces, estuvo de acuerdo con esta versión y otras, según convenía a sus planes de que se anulara el matrimonio, afirmaba que durante las noches permanecían siempre echados el uno al lado del otro sin hablarse. De todas formas, al decir de las damas con las que tuvo relaciones, Enrique era un hombre ardiente, aunque su calidad como amante no era muy buena.

## **LOS AMANTES REALES**

Los recién casados se instalaron en el castillo de Nérac, donde fueron felices coleccionando conquistas. Margarita, que consideraba su matrimonio con Enrique una asociación, detestaba su molesto “olor a pies y a ajo”.

La boda estuvo salpicada de sangre: la noche de San Bartolomé, el 24 de agosto de 1572, donde fueron asesinados los hugonotes, fue ordenada por Carlos IX y por Catalina –apodada la “banquera florentina”, madame Satán y madame serpiente-, y también acabó con la muerte del viejo almirante Coligny, cabeza visible de los hugonotes a quien horas antes Carlos IX agasajaba llamándole “padre mío”. Algunos cronistas, entre ellos el poeta hugonote Agrippa d’Aubigné, y el más fidedigno, por su lealtad a los Valois, Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme, contaron que el mismo rey participó en la matanza. Brantôme escribió al respecto: “Gozó [el rey] del gran placer de ver pasar bajo su ventana cuatro mil cuerpos de gentes



asesinadas, o ahogadas flotar en el río”. Además, el rey arcabuceó los cadáveres para entretenerse.

Los ánimos entre católicos y protestantes estaban crispados y Francia dividida en luchas internas. En ese momento entró en escena el conde de La Môle, un seductor que amó sinceramente a Margarita y que fue correspondido. En un momento de debilidad e intimidad, el conde contó a Margarita su plan para liberar a Enrique, que se hallaba medio recluido en la corte francesa por sus ideas políticas y su religión.

Inexplicablemente, y a pesar de que Margarita estaba de acuerdo con la libertad de su marido, denunció a su amante. De todas formas, la reina ya estaba sobre aviso, pues La Môle y su cómplice, Coconas, habían sido denunciados por un perfumista en cuya tienda habían realizado un hechizo para ayudarse en sus propósitos.

La Môle y Coconas fueron decapitados en mayo de 1574 en la plaza de la Grève después de ser torturados. Descuartizaron sus cuerpos y los expusieron en las puertas de la ciudad para que sirviera de ejemplo. La leyenda cuenta que Margarita conservó la cabeza de su amante.

Para salvar la vida, Enrique se convirtió oficialmente al catolicismo el 5 de febrero de 1576. A finales de ese año, consiguió escapar de la corte francesa, donde se hallaba confinado, y se declaró de nuevo calvinista. Margarita quedó retenida en París.

Tras la muerte de La Môle, Margarita tuvo nuevos amoríos con un mozo de la corte llamado Saint Luc y el guapo Carlos de Balzac de Entragues, puesto en su camino por Enrique de Guisa, miembro de la Liga Católica, que quería atraerla hacia su causa.

Margarita se fijó en Luis de Clermont d’Amboise, señor de Bussy, hombre valiente y arriesgado, insolente y una de las mejores espadas de Francia. Escribía versos, era inquieto y célebre por su temeridad, y también por presumir de sus gestas guerreras y de sus conquistas. Margarita no fue una excepción y toda la corte tuvo noticia de sus amores que, por lo demás, no escondían. Precisamente el alardear de una de sus conquistas costó a Bussy la vida años después, en 1579.

El rey, que se oponía a estas relaciones, ordenó que dos caballeros le atacaran en el muelle del Louvre. Bussy consiguió escapar y salió de París el 22 de mayo de 1575. Lucía en su sombrero, con orgullo, los colores de la reina.

Sin embargo, no siempre salió indemne de sus lances amorosos. En 1579, Bussy conquistó a Françoise, una de las antiguas damas del «escuadrón volante», ahora esposa de Charles de Chambes, conde de Monsoreau, Grand Veneur<sup>2</sup> del duque de Anjou. A oídos de éste llegaron las indiscreciones de Bussy sobre los “refinamientos amorosos” que había compartido con su esposa. Monsoreau le tendió una emboscada con más de diez hombres que le costó la vida.

Margarita, quien lloró la muerte de su ex amante, había conseguido ya escapar de la corte francesa y estaba en aquellos momentos inmersa en amoríos con pajes, tañedores de laúd y gentiles hombres montaraces del reino de Navarra.

---

<sup>2</sup> Montero mayor.

En 1580 comenzó una tórrida relación con el seductor Jacobo Harlay de Champvallon. Hacían el amor por todos los rincones. El duque de Anjou, Francisco, decidió abandonar Nérac y, para desesperación de Margarita, llevarse a Champvallon con él. La separación no hizo más que reavivar su pasión, que volvió a enardecerse tras el reencuentro que se produjo a la vuelta de Champvallon de la campaña en los Países Bajos. Fueron la comidilla de la corte. Se contaba que él se hacía transportar dentro de un cofre de madera hasta la habitación de la reina, donde ella le esperaba totalmente desnuda tendida sobre una sábana de tafetán negro.

Margarita retornó a París en 1582. Deseaba que su estancia fuera corta, pero una serie de desgraciados hechos la alargaron dos años. Con la excusa de su ligereza, Enrique III echó de su reino a su hermana, que le estaba presionando para que iniciara una nueva campaña en los Países Bajos. Durante una fiesta, Enrique interrumpió la danza de Margarita gritando: “¡Matadla”. Luego se dirigió a los aterrorizados bailarines: “La reina de Navarra no se ha contentado con prostituirse con todos los jóvenes de la Gascuña, sino que ha ido a buscar arrieros en la Auvernia y a Champvallon”. Enrique de Navarra protegió a su mujer y Champvallon se salvó huyendo a Sedan, un principado independiente donde reinaba el padre de su nueva flamante esposa, pues Margarita tuvo la funesta idea de casarlo para acallar los rumores. Para su desgracia, la novia fue demasiado del gusto de su amante...

Una de las armas de seducción de Margarita fue su verbo fácil. Nos quedan diecisiete cartas de las que escribió al señor de Champvallon, su amante desde 1580, poemas en prosa llenos de contenido sexual: “Adiós, mi querido sol, adiós mi ángel amado; bello milagro de la naturaleza: beso un millón de veces este millón de perfecciones con las que me he complacido”. Margarita, enamorada, grababa el nombre de su amante ausente, pues se hallaba en la campaña de Flandes, en las rocas: “Os diré que en las más duras rocas y en mil lugares he grabado vuestro nombre, vuestra belleza y mis pasiones, y os pueden testimoniar si mi alma es de cera que el tiempo y la ausencia cambian y recambian cada día en cien diversas formas. Adiós, mi vida. Beso un millón de veces tus bellos ojos, tus bellos cabellos, mis dulces y caros lazos”.

Después de pasar una temporada en Agen dedicada a la vida piadosa y de que Enrique de Navarra exigiera a Enrique III que rehabilitara el honor de su esposa, Margarita regresó a Nérac el 13 de abril de 1584.

La convivencia entre los dos cónyuges no fue pacífica y no les ayudaron las extravagancias de la nueva amante del rey, Corisandre, rodeada de servidores vestidos de manera estafalaria y de una colección de loros. En aquel momento, la belleza de Margarita estaba ya muy deteriorada y era una mujer muy gruesa. Sus amantes eran cada vez más importantes, pero menos jóvenes.

Enrique III de Francia reconoció como sucesor a Enrique de Navarra el 30 de abril de 1589 después de que muriera el duque de Anjou, antiguo duque de Alençon.

Otro de los hombres de Margarita que murió asesinado fue su hermano Enrique III, que pagó con su vida el haber nombrado heredero a su esposo. Enrique III, que era ya un viejo tembloroso a los 39 años, murió de la puñalada que le asestó, cuando se hallaba sentado en su letrina

portátil y cubierto sólo con un batín, un monje fanático, Jacques Clement, el 1 de agosto de 1589, el mismo año que murió Catalina de Médicis.

La muerte del rey Enrique III de Francia convirtió a Enrique de Navarra en su sucesor, tal como había querido el fallecido monarca.

Margarita había cometido el error de conspirar contra su hermano y su esposo, lo que le costó el trono. Enrique, que reinó de 1589 a 1610, aunque los primeros años los pasó luchando para conquistar París con las armas, estuvo batallando de 1592 a 1599 para conseguir la anulación de su matrimonio.

Margarita era una seductora nata que conversaba con fluidez, poseía una inteligencia viva, hablaba muy bien y tenía talento, como demostró tanto en sus memorias como en sus escritos políticos. Con la edad, tuvo que apoyarse más en su talento que en su físico, pues se convirtió en una mujer muy obesa. Sus voluminosos senos, que siempre habían sido muy llamativos, y que gustaba mostrar generosamente, se convirtieron, sin embargo, en objeto de burla en más de una ocasión, e incluso su marido, en una carta a Corisandre, se refirió a ella como *la dame au chameau* [la dama camello]. Se sabe que una vez recompensó con una bolsa de dinero a un carmelita que en un sermón comparó sus pechos con “las tetas de la Virgen”.

En 1593, Enrique de Navarra abjuró de su religión, el calvinismo, y se convirtió al catolicismo. (Se le atribuye la frase: “París bien vale una misa”.) Un año más tarde llegó a Francia, tras esa conversión destinada a apaciguar los ánimos, y se convirtió en uno de sus reyes más populares.

En 1599, Enrique IV obtuvo del papa la anulación matrimonial con Margarita de Valois y se casó con María de Médicis, con la que tuvo cuatro hijos y un matrimonio desgraciado, plagado de celos por parte de ella.

## ÚLTIMOS AMANTES

Los últimos amantes de la reina Margarita, cuando ya estaba casi prisionera en el castillo de Usson, fueron muy jóvenes y tuvieron también fines trágicos. El capitán D’Aubiac, hermano de una de sus damas de honor, fue acusado de envenenamiento, ahorcado por los pies y enterrado en una fosa al lado del cadalso. Silvio, hijo de un boticario, fue descubierto en la cama de la reina por otro enamorado, Lignerac, que le apuñaló. Silvio murió en los brazos de la reina. Margarita se consolaba pronto con nuevos amantes, como “su guardián”, el marqués de Canillac, que pasó “de ser su carcelero a su amoroso encarcelado”, en palabras de Brantôme.

El espectáculo de su gordura, como comprobaron cuando volvió a París en 1605, se convirtió en algo casi dantesco. Sus senos, enormes y caídos, seguía mostrándolos en grandes escotes, dentro de los cuales se bamboleaban libremente. Llevaba una especie de corsé, una imponente armadura de metal y un gran verdugado a fin de parecer más ancha de cintura para abajo. El cinturón del verdugado tenía unos pequeños bolsillos en los cuales portaban los corazones disecados de sus amantes trágicamente fallecidos. Su cutis estaba ajado y lleno de arrugas y su cabellera era cada vez más escasa.

Para paliar estos defectos recurrió a la perfumería: jazmín para disimular el mal olor; extraños crecepelos; polvos para blanquear el rostro – una novedad por aquel entonces en la corte de Francia- y las modas elegantes y refinadas de las cortes de sus hermanos, en una época en la que se había impuesto la sobriedad. Margarita se integró en la corte y tomó gran cariño al hijo mayor de María de Médicis, el futuro Luis XIII.

La vida amorosa de Margarita tuvo una penúltima tragedia: acudía a dar gracias a la iglesia porque las tropas del rey habían tomado Sedan cuando un antiguo amante despechado mató de un disparo a su acompañante, un paje provenzal de 20 años llamado Date Saint Julien. La reina se volvió a manchar de sangre. Cuando atraparon al asesino, Margarita se levantó la falda y ofreció sus ligas como medio para estrangularle.

A Saint Julien le sucedió Bajaumont, un paje que había tenido a su servicio y que era tan notorio por su belleza como por su cortedad de luces. Murió al poco y su lugar fue reemplazado por un músico llamado Villars, al que se le conocía, maliciosamente, como El rey Margot.

La última muerte violenta fue la de Enrique IV, que la había repudiado, pero con quien al final mantuvo una amistosa relación de ex esposos. Fue asesinado por Ravailac en las calles de París en mayo de 1610.

Margarita murió en 1615 después de padecer una pleuresía, de la que se curó, y una afección tuberculosa prácticamente seguidas. Dejó una gran deuda que vinieron a cobrar varias decenas de proveedores y usureros. El obispo de Grasse pronunció un original panegírico: “Ha muerto Margarita de Francia. Adiós a las delicias del reino, el paraíso de los placeres de la corte, el brillante sol de nuestros días, el día de las bellezas, la belleza de las virtudes, la gentileza de los lises y los lises de las princesas, la reina de las grandezas, la reina de los espíritus, el espíritu de la sabiduría, la prudencia de los nobles, la prudencia de las flores, la flor de las margaritas, la flor de Francia”.

## **LA REINA MARGOT**

En 1845, Alejandro Dumas padre publicó *La reina Margot*, la primera novela de una trilogía sobre los Valois. (Los otros títulos son *La dama de Monsoreau* y *Los cuarenta y cinco*.) *La reina Margot* es una de las novelas históricas con más fuerza de Alejandro Dumas, quizá por el indudable atractivo del personaje, pero también por su amor contrariado por Enrique de Guisa, sus bodas sangrientas con Enrique IV y su apetito sexual.

Finalmente, en 1994 Patrice Chéreau dirigió la película *La Reina Margot*, con Isabelle Adjani, Daniel Auteuil, Vincent Perez y Virna Lisi como protagonistas.

### **Lucha a muerte por la reina**

La reina de Angola Zingua (principios del siglo XVI) tuvo un gran harén de hombres. Disfrutaba organizando luchas a muerte entre ellos y yéndose a la cama con el vencedor. Hacía el amor con un hombre diferente cada noche y

a la mañana siguiente mandaba asesinarlo. Su vida salvaje continuó hasta que se convirtió al catolicismo a los 77 años.

## Gabrielle d'Estrees

Gabrielle d'Estrees (1573-1599) fue una de las cortesanas favoritas de Enrique IV de Francia (1553-1610), un rey que no se lavaba nunca y tumbaba (literalmente) a sus amantes por su olor (algunas damas llegaron a sufrir vahídos al compartir su lecho). Enrique IV, llamado El Vert Galant,<sup>3</sup> era tan mujeriego como mal amante, si atendemos al testimonio de algunas de sus preferidas.

Gabrielle tenía muy mala reputación y era conocida como la “duquesa del lodo” por su pasado en Coeuvres, residencia familiar en la cual, según las malas lenguas, el marqués d'Estrees, comerciaba con sus “siete pecados capitales”: es decir, sus cinco hijas y sus dos hijos, que desde tierna edad sabían cómo hacer felices a sus amantes.

Cuando el rey conoció a Gabrielle, ella tenía 18 años y ya era una mujer muy hermosa. Tenía un cutis muy blanco, lo que en aquella época resultaba muy deseable, los cabellos dorados y muy largos, los ojos celestes y un cuerpo delicioso.

Que se conocieran fue culpa del amor de Gabrielle, el duque de Bellegarde, que, en un gesto muy masculino, presumió de su amada y dijo que era mucho más bella que la amante del rey, Claude de Beauveillier, una abadesa que había colgado los hábitos por el monarca. Para desgracia de Bellegarde, el rey le dio la razón e intentó seducirla. Gabrielle no se sintió en principio impresionada por este cuarentón desaseado y poco agraciado.

La principal arma de seducción de Gabrielle con el rey fue la negativa. En este caso no fue una actitud estudiada, aunque podría haberlo sido perfectamente, tal era el nivel de las intrigas de la corte; Gabrielle simplemente amaba a Bellegarde.

El rey intentó todo para conseguirla, incluso hacer comparecer al amante ante su presencia y ordenarle que la dejara, pero fue Gabrielle quien le desafió. Se presentó ante él y le hizo saber que si le obligaba a dejar a Bellegarde lo único que obtendría de ella sería su odio.

Enamorado como nunca creía que volvería a estarlo, Enrique fue capaz de deslizarse entre las líneas enemigas para poder visitarla disfrazado de aldeano y con un saco lleno de paja a las espaldas, gesto que Gabrielle no pareció apreciar.

El siguiente paso de Enrique fue más inteligente. Nombró al padre de Gabrielle, Antoine, miembro de su consejo privado y así se aseguró que ella pasara a formar parte de su corte trashumante y guerrera.

Por esta mujer, el rey llegó a cambiar sus planes de gobierno. Supo por la tía de Gabrielle, la señora Sourdis, que intrigaba al lado de la joven, que ella se sentiría muy agradecida si conquistaba Chartres y su tío volvía a ser el gobernador. Ni aun ganada la plaza cedió Gabrielle, que, sin embargo, permitió que la agasajara con bailes y fiestas en su honor.

---

<sup>3</sup> El viejo verde.

Finalmente, cedió a las pretensiones del monarca poco después de que cayera Chartres. Apareció entonces el padre de Gabrielle, que interpretó el papel de progenitor ofendido y obtuvo, por compensación y tras amenazar casar a su hija con otro caballero, el señor de Liancourt, la gobernación de Noyon.

## UN TOQUE DE INFIDELIDAD

Sobre la pareja pesó siempre la sombra de Bellegarde, que no desapareció de la vida de ella; siempre que el rey se ausentaba se las arreglaba para acercarse a Gabrielle. Para evitar un matrimonio con este hombre, que no le hubiera convenido en absoluto, Enrique IV la casó con el complaciente señor de Liancourt.

A cambio, Gabrielle le rechazó de nuevo. El rey, armado de paciencia, volvió a hacer nuevas ofertas a la familia D'Estrees: Antoine se convirtió en gobernador de la Île-de-France, Gabrielle recibió el castillo de Saint Lambert y el señorío de Assy y Liancourt se estrenó como flamante gentilhomme de cámara.

El rey, Bellegarde y Gabrielle protagonizaron diversas escenas propias de un vodevil. En una ocasión en que el rey visitó a su favorita, Bellegarde estaba escondido debajo de la cama, y, en otra, Gabrielle tuvo que recurrir a un ardid para no ser descubierta cuando Enrique volvió por sorpresa a Saint Denis: encerró a su amante en la despensa, le dio la llave a la señora de Mainville, La Rosa, y la mandó desaparecer. Cuando el rey le pidió mermelada para reponer fuerzas tras la acción, Gabrielle le contestó que la llave la tenía La Rosa y que había ido a la ciudad a visitar a su familia. El rey mostró su extrañeza y desconfianza a su amada. Mientras tanto, el amante se deslizó por un ventanuco que había en la despensa. Cuando la camarera “volvió” entregó la llave al rey y éste tuvo que deshacerse en disculpas ante su amante ofendida.

(Se cuenta, respecto a la ocasión en que Bellegarde estaba oculto debajo de la cama, que el rey tuvo la ocurrencia, al detectar la presencia de su rival —lo que probablemente no sea cierto—, de llenar un plato de mermelada y hacérselo llegar con estas palabras: “Tomad, todos tienen derecho a vivir”.)

El problema de la relación entre Enrique IV y Gabrielle es que ella quería casarse con él y convertirse en reina; aunque el rey no descartaba la posibilidad de desposarla -ya tenían un hijo en común, el duque de Vendôme-, y conseguir el ansiado heredero que su esposa no le daba, la pésima reputación de Gabrielle era un obstáculo. No obstante, algunas dificultades se fueron allanando, como que el matrimonio de Gabrielle se anulase. En 1598, dio a luz al tercer hijo de ambos. Un año después obtuvo de Enrique la promesa de que la haría reina. Por su ascendiente, el pueblo la llamaba Cleopatra y la acusaba de tener hechizado y dominado a su “César”.

Además de posesiones, riquezas y joyas, el rey obsequió a su amada con versos de su cosecha. Si bien no era tan buen poeta como escritor de cartas, había un par de estrofas que entusiasmaban a la ambiciosa joven:

No he sabido en la guerra  
más que un solo reino conquistar;  
Pero sobre toda la tierra,  
bella, debéis reinar.

Recibid la corona,  
premio de mi valor:  
La he obtenido en Belona;  
Recibidla de mi corazón.

Son frases prometedoras y esperanzadoras, aunque no tan bellas como las cartas que el rey le escribió, como ésta, fechada el 23 de julio de 1593, víspera de su conversión al catolicismo para obtener el trono de Francia:

“Va a ser domingo el día que doy el salto peligroso. En el momento que te escribo, tengo a cien importunos sobre mi espalda, que me hacen odiar a Saint Denis como tú odias a Mantes. Buenos días, corazón mío, ven mañana pronto, pues me parece que hace ya un año que no te he visto. Beso un millón de veces las bellas manos de mi ángel y la boca de mi amiga”.

La anulación del matrimonio con Margarita, que se hallaba confinada, se retrasaba para desesperación de Gabrielle, que obtuvo un leve consuelo al ser nombrada duquesa de Beaufort.

Una prueba de la firme voluntad de Enrique IV de convertir a Gabrielle en su consorte la encontramos en esta anécdota. El rey explicó al ministro Sully que una reina debía tener siete cualidades esenciales: belleza de aspecto, honestidad en la conducta, complacencia en el humor, viveza de ingenio, nobleza de origen, fecundidad y posesión de grandes estados. El rey concluyó que ninguna de las princesas de Europa disponibles poseía todas estas cualidades, y Sully le respondió que bastaban tres gracias: belleza, humor y capacidad de traer al mundo hijos. Enrique, que esperaba una respuesta semejante, le espetó que estas tres cualidades las poseía en grado máximo la duquesa de Beaufort.

Gabrielle, según la historia oficial, murió a consecuencia de un parto prematuro, y, según los que observaron sus síntomas y los que practicaron la autopsia a su cadáver, de envenenamiento. Descubrieron que tenía los pulmones, el hígado y los riñones gravemente dañados. Su muerte resultó muy conveniente para muchos, pues sólo así se pudo evitar que esta seductora se convirtiera en reina de Francia.

Cuentan que tenía la cara negra mientras agonizaba, que su belleza estaba devastada, que perdió el oído y la vista y que sufría atroces cólicos. Al rey, que acudió a toda prisa para verla, le mintieron para evitar un encuentro, diciéndole que había muerto. Falleció sola el 10 de abril de 1599, puesto que la tía Sourdis no llegó a tiempo para darle el último adiós.

Un adivino ya le vaticinó que no habría un segundo matrimonio para ella, que moriría joven y que no llegaría a ser reina de Francia... aunque por poco.

Gracias a un inventario realizado tras su muerte, sabemos que poseía una fabulosa colección de joyas, entre las que destacaban siete collares de oro y piedras preciosas; un brazalete de diamantes y rubíes valorado en ocho mil escudos; un par de pendientes formados por dos enormes perlas

de gota; mil botones para los vestidos de gala ornados con perlas y diamantes y una gruesa cadena cuyos eslabones eran las letras H y G cuajadas de diamantes.

Enrique IV permaneció durante varios meses inconsolable, a pesar de los esfuerzos de las aspirantes a nuevas favoritas.

### **Un rey rechazado**

No todas las mujeres se rindieron al rey. Cuando Enrique IV conoció en París a Antoinette de Guecherville, se encontró con que, después de la cena, al ir a su lecho lo encontró abierto con una nota: "Soy demasiado pobre para ser vuestra esposa y de una casa demasiado buena para ser vuestra amante".

El rey se distrajo con la guerra, pero no olvidó a la mujer y le escribió una carta que es un prodigio de seducción e ingenio: "Tras haber girado en torno al tiesto que queráis, si hay que llegar a este punto, que Antoinette confiese que ama a Enrique. Mi querida, mi cuerpo empieza a sufrir en su salud, pero mi alma puede salir de esta aflicción si le franqueáis el salto. Puesto que tenéis la seguridad de mis palabras, ¿qué dificultad detiene vuestra resolución? ¿Qué os impide hacerme feliz? Mi felicidad merece allanar todos los obstáculos. Hacedlo, corazón mío, y apostemos quién será testigo de un verdadero y fiel amor. Si empleo términos demasiado familiares con vos y os ofenden, decídmelo y perdonádmelos al mismo tiempo. Deseando establecer con vos una eterna familiaridad, me sirvo de términos que estimo muy apropiados. No sé cuándo tendré la dicha de veros. Vamos a sitiar Saint Denis esta noche, lo cual hará que deba estar cierto tiempo aún con el ejército. Vos habrías realizado una obra más piadosa enviando aquí vuestro amor en peregrinación que yendo yo a donde estáis. ¡Jesús, qué bien os hubiese recibido! Si el tiempo me lo permitiese, os haría un discurso de una hoja de extensión respecto al tratamiento que os habría dado.

»Mi todo, amadme como el que os adorará hasta la tumba. Con esta seguridad, beso un millón de veces vuestras blancas manos".

La relación nunca llegó a concretarse, pues los asuntos de guerra fueron llevando a Enrique IV de aquí para allá.

## **Marion Delorme**

Marion Delorme (1613-1650) es otro ejemplo de cortesana y de mujer que no vivió de acuerdo con las limitaciones de su época y que se rebeló contra ésta. Según Tallemant des Réaux, Marion tenía "buen aspecto, con gracia, una figura muy cumplida y unos ojos lascivos".

Marion, a diferencia de la cínica Ninon de Lenclos, era fiel al hombre con el que estaba en cada momento porque creía vivir en esa aventura el auténtico amor: "El pasado del corazón desaparecía bajo la embriaguez presente", en palabras del mismo autor.



Marion también tuvo paganos que hacían frente a sus gastos; entre sus más famosos amantes estuvo el cardenal Richelieu, de quien el deslenguado Tallemant decía: “No pagaba las señoritas mucho mejor que los cuadros”.

Hija de Jean de Lon, señor de L’Orme, y de Marie Chastelain, Marion accedió a los placeres y a la filosofía gracias a un hombre guapísimo llamado Jacques Vallée, señor Des Barreaux, poeta y libertino que hasta la fecha se mostraba más interesado por los jóvenes que por las mujeres, pero que cayó rendido a los pies de la hermosísima Marion.

De ella, Des Barreaux escribió:

Je suis vainqueur d’une maitresse  
que seule j’estimais digne de mes soupirs,  
et quoiqu’elle ait l’orgueil d’une déesse  
j’eteins dans son beu sein le feu de mes désirs

(Soy el vencedor de una amante  
única que yo juzgaba digna de mis suspiros,  
y aunque tenga el orgullo de una diosa  
apago en su hermoso seno el fuego de mis deseos.)

Cuando el barón de Lon, el padre de Marion, descubrió su relación, montó en cólera y le prohibió que volviera a ver a Des Barreaux. Marion, que le había escondido en el depósito de leña del castillo, acudía por el día para darle de comer y por la noche para amarlo.

Al morir el padre de Marion, ella se instaló en París, en el número 11 de la Place Royale, posteriormente Place des Vosges, donde vivió de 1639 a 1648.

Su amor por Des Barreaux no duró mucho. El joven abandonó el lugar no sin antes escribir unos desgarrados versos:

J’aimais de deux beaux yeux la lumière si pure,  
ces beaux yeux n’eurent pas à dédain mon désir,  
un temps je fus heureux, elle devint perjure:  
que me ret-t-il plus à faire qu’a mourir?

(Yo amaba de dos ojos bellos su luz tan pura,  
aquellos ojos bellos no desdeñaron mi deseo,  
por un tiempo fui feliz, ella fue perjura:  
¿qué puedo hacer ya si no morir?)

## LOS TUMULTUOSOS AMORES DE CINQ-MARS

Tras dejar a Des Barreaux, Marion se enamoró de Henri d’Effiat, marqués de Cinq-Mars (1620-1642), un hombre problemático y caprichoso que traía por el camino de la amargura al mismísimo Luis XIII, del que fue amado favorito, y que era conocido como monsieur Le Grand Ecuyer.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> El gran escudero.

El cardenal Richelieu le acusaba de martirizar al soberano, lo cual se acerca bastante a la realidad si atendemos a las cartas en las que el rey se queja de su favorito al cardenal: “Me siento fuera de mis casillas –escribió el rey- desde ayer por la tarde, cuando se le antojó a M. le Grand disputar conmigo y ponerme mala cara. A Dios gracias, tengo testigos y él no podría negarlo... Cuanto más se le demuestra quererlo y se le halaga, tanto más él se subleva y se deja llevar por el genio...”

»En toda la noche la ira no me ha dejado dormir y he sentido una cierta emoción. No puedo soportar por más tiempo sus altanerías, pues ha llegado a un punto excesivo”.

Después, el rey y su favorito se reconciliaban... hasta la próxima pelea. No era raro que el rey tuviera que suplicar a su caprichoso amigo que olvidara cualquier cosa que pudiera haberle hecho enfadar.

Cuando Luis XIII se acostaba, Cinq-Mars se dirigía a caballo a ver a Marion, y al aproximarse la llegada del alba volvía a galopar para llegar antes de la hora en que se despertaba el rey. Lógicamente, por el día se quedaba dormido por todas partes. El rey se encolerizaba y le amenazaba con no volver a verle, pero, una vez más, terminaba perdonándole.

Cinq-Mars proyectaba contraer matrimonio con Marion, pero el cardenal puso todos los obstáculos posibles pensando en la desesperación que esto provocaría en el rey. Al final, se casaron en secreto y una fallida conspiración contra el cardenal, en la que estuvo involucrado el hermano de Luis XIII, el duque de Orléans, le costó la vida a Cinq-Mars, que fue decapitado cuando sólo tenía 22 años.

Una anécdota no comprobada cuenta que en el momento en que la cabeza de Cinq-Mars rodó por el suelo, el rey estaba jugando al ajedrez. Luis XIII tuvo un pensamiento para su ex favorito: “Me gustaría ver la mueca que M. le Grand debe de hacer en estos momentos”.

## **VENGANZA MÁGICA**

Tras la ejecución de Cinq-Mars en 1642, Marion buscó la manera de vengarse; cuenta la leyenda que recurrió a las artes mágicas para deshacerse de sus principales rivales. Richelieu murió el mismo año que Cinq-Mars y el rey en 1643...

Cuando se quedó viuda, Marion cayó enferma y juró llevar una vida más tranquila si se curaba. Incluso se dedicó a la religión, pero los hombres la perseguían y volvió a coleccionar amantes.

Los primeros que se contaron entre sus favoritos en esta nueva época de seducción fueron dos jóvenes oficiales hugonotes: Chavagnac y Gaspar de Coligny. Para conjugar su nueva dedicación religiosa con los amores, Marion les pidió que se convirtieran, algo que ambos aceptaron. Marion les confió a un monje para que les instruyera en su nueva fe. Cuando estuvieron preparados, fueron confesados. Chavagnac se arrodilló y el monje quedó horrorizado por sus bárbaros pecados, pero el joven le puso sobre aviso: “Paciencia, padre, oiréis muchas más cosas cuando le toque el turno a mi compañero” Así fue...

Marion murió de una sobredosis de antimonio, que había tomado para provocarse un aborto. Antes de fallecer se confesó diez veces, porque continuaba recordando los pecados que había olvidado en su lista anterior.

Una leyenda cuenta que vivió hasta 1706, y que le sucedieron las más fantásticas aventuras, como casarse con un lord inglés. Terminó sus días en París viviendo en la miseria.

Tiempo después, Voltaire escribiría:

Ici, les amours sont en deuil,  
et la volupté desolé  
cherche à l'entour de son cercueil  
où son ombre s'en est allée.

(Aquí los amores guardan luto,  
y la voluptuosidad desolada  
busca alrededor de su ataúd,  
donde se ha marchado su sombra.)

### **MARION CONVERTIDA EN INSPIRACIÓN**

Fueron muchos los artistas que se fijaron en esta cortesana para recrear sus obras: Víctor Hugo escribió su célebre *Marion Delorme*, Alfred de Vigny, la novela *Cinq-Mars*, centrada en la conspiración de su amado; Charles Francois Gounod compuso una ópera del mismo título y el pintor Henri Gervex protagonizó un escándalo cuando en 1878 su pintura *Rolla*, basada en la bella cortesana, fue calificada de inmoral y rechazada por el Salón. El artista expuso entonces su pintura en el escaparate de un almacén de muebles, donde fue visitada por una multitud de parisienses. Gervex se hizo famoso por el escándalo. En el cuadro muestra a una bellísima mujer en primer plano, totalmente desnuda, que está durmiendo tendida en una lujosa cama y un hombre vestido que la mira arrobado desde la ventana de la habitación. Al fondo se ve la ciudad y a los pies de la cama los vestidos de la dama.

Gervex se inspiró en un poema del poeta Alfred de Musset de 1833, en el que contaba la historia de un hombre que se gastó todo lo que tenía en pasar una noche con una carísima cortesana, Marion.

### **La muerte de Cinq-Mars**

Un testimonio de la época de Luis XIII nos relata la ejecución del conspirador Cinq-Mars, a mediados del siglo XVII: «El señor de Cinq-Mars, sin venda en los ojos, colocó cuidadosamente el cuello sobre el tajo; dirigió el rostro hacia la parte anterior del cadalso, asió fuertemente el tajo con ambos brazos, cerró los ojos y la boca y se dispuso a esperar el golpe, que el verdugo le asestó lenta y pausadamente [...]. Al recibir el golpe, profirió en voz alta una exclamación que quedó ahogada por su propia sangre, alzó las rodillas como si quisiera levantarse y volvió a caer. Como la cabeza no había quedado totalmente separada del cuerpo, el verdugo pasó por detrás

a la derecha del condenado, tomó la cabeza por los cabellos con la mano derecha y segó con la cuchilla la parte de la tráquea y de la piel del cuello que no estaban cortadas; después, arrojó sobre el cadalso la cabeza, que desde ahí saltó al suelo, donde observamos que dio media vuelta y siguió palpitando durante cierto tiempo».

## Ninon de Lenclos

Ninon de Lenclos (1620-1705), llamada en realidad Anne, nació siete años después que Marion Delorme, con quien se disputaba amantes o se los robaban mutuamente. Ha pasado también a la historia por su nombre de pila, como ha ocurrido con la mayoría de cortesanas de todas las épocas. Ninon es, quizá, a nuestros ojos, menos atractiva que Marion, pero su personalidad la hacía destacar. De la inteligente y aguda Ninon dedían que era ingeniosa, alegre, soñadora y a veces con un punto de melancolía que realzaba su atractivo. Caprichosa, juguetona, exigente y chispeante, sabía cómo encandilar a los hombres, si atendemos a sus coquetas y engatusadoras cartas. Era, en definitiva, muy consciente de los trucos para seducir: “La belleza sin gracia es un anzuelo sin cebo”, afirmaba.

Ninon fue más atractiva que bella y seguramente su belleza era más evidente cuando se la veía moverse, aunque, según sus contemporáneos, su cutis era hermoso y sus ojos, que delataban su ardiente temperamento, “magníficos y refulgentes con voluptuosa languidez”. Saint-Évremond, uno de sus amantes reciclado a devoto amigo, era capaz de leer en sus ojos: “Sabía siempre cuándo Ninon había hecho una nueva conquista porque entonces sus ojos brillaban mucho más de ordinario”. Y es que era una enamorada del amor: “No existe nada en la naturaleza tan variado como los placeres del amor, y, sin embargo, ¡siempre son iguales!”.

Ninon ha pasado a la historia, sobre todo, por su temperamento, por su salón y porque fue una de las primeras mujeres que se sublevó contra la tiranía del matrimonio en el siglo XVII y la dominación masculina, apostando por el amor libre: “El amor es una comedia en la cual los actos son muy cortos y los entreactos más largos: ¿cómo llenar los intermedios si no mediante el ingenio”.

### EN RIGUROSA JERARQUÍA

Ninon se rodeó de hombres que esperaban obtener sus favores y que se organizaban siguiendo una rigurosa jerarquía. En penúltimo lugar estaban los “paganos”, que financiaban a la cortesana y que a cambio de su dinero recibían una mano que estrechar o, como mucho, un beso robado, que, por supuesto, Ninon se dejaba arrebatarse cuando le convenía. Aun así, estos hombres, a pesar de lo poco que obtenían, eran envidiados por los “mártires” o “suspirantes”, como ella misma los llamaba, que no eran ni ricos ni seductores y no tenían ninguna esperanza de conseguir los favores de la dueña de la casa. Se limitaban a dar color al salón, la ingeniosa y brillante tertulia que Ninon mantenía en su casa de la calle des Tournelles.

Unos y otros se inclinaban ante el favorito de turno, quien podía mantener su puesto una noche, una semana o incluso varios meses, pero no más porque iba en contra de las normas de la seductora. Ninon lo tenía muy claro: “El amor nunca muere de hambre; con frecuencia de indigestión”. Entre sus famosos amantes estuvieron el gran conde La Rochefoucauld y Saint-Évremond.

Aunque la relación siempre tenía fecha de caducidad, Ninon se comprometía a no engañar a su enamorado. “Durante sus pasiones – explica Tallemant- sólo éste la veía; iban otros muchos a su casa, pero sólo para conversar, y, a veces, para cenar.” La atrevida y cínica Ninon, aunque defendía que amar estaba en la naturaleza de la mujer, no se hacía muchas ilusiones: “Los juramentos son la moneda falsa con la que se paga la mercancía del amor”.

Su salón, que frecuentaron, entre otros, Saint-Évremond; Felipe de Orléans, futuro regente de Francia; Charles Perrault; Charles de Sevigné – hijo de madame de Sevigné-; Jean Racine; Molière; su buena amiga Françoise Scarron –por nacimiento François d’Aubigné, futura madame de Maintenon-, casada en aquel momento con el poeta satírico Paul Scarron, quien también acudía a estas veladas, y el entonces joven Voltaire, llegó a ser considerado una escuela de perfeccionamiento para jóvenes donde aprendían a desarrollar su gusto, cuidar sus maneras y conseguir un estilo depurado.

De ella y de su salón dijo Saint Simon: “Era encantadora, desinteresada, fiel, discreta, segura hasta el último extremo. En casa de Mlle. de Lenclos todo transcurría con un respeto y una decencia exterior que las princesas más honestas rara vez mantienen con debilidades. Tuvo como amigos a los más educados y encopetados de la corte, hasta el punto de que se puso de moda ser recibido en su casa, y no faltaban motivos para desearlo, por las relaciones que allí se fomentaban.

»Jamás ni juego, ni risas desaforadas, ni disputas, ni comentarios sobre religión o gobierno; mucho ingenio y bien adornado, noticias antiguas y modernas, noticias de galanterías, y todo ello sin abrir la puerta a la maledicencia, pues todo era allí delicado, ligero y mesurado, y formaba las conversaciones que ella supo sostener con su talento y con todo lo que sabía acerca de hechos de todas las épocas”.

Ninon era discreta y generosa. Tanto, que cuando descubrió que su amado Villarceaux y Françoise Scarron tenían una *liaison*, ni se inmutó, e incluso se afirma que les prestó alguna de sus habitaciones. No está históricamente probado que tuvieran algo que ver, a pesar de que Villarceaux sintió pasión por la futura favorita y de que Ninon dijo claramente que había algo entre ambos: “Scarron era mi amigo. Su mujer me proporcionó mil placeres con su conversación, y con el tiempo me di cuenta de que era demasiado torpe para el amor. En cuanto a los detalles, yo no sé nada, yo no he visto nada. Pero yo he prestado a menudo mi cuarto amarillo a ella y a Villarceaux”.

Como Diana de Poitiers, adorada favorita de Enrique II, Ninon conservó su atractivo hasta muy mayor e hizo perder la cabeza a varias generaciones de hombres. En su haber se encuentra haber enamorado locamente a tres marqueses de Sevigné, para desesperación de la célebre madame de Sevigné, que en sus famosas cartas se quejó con amargura de

las artes de la cortesana; su marido estaba totalmente enamorado de ella; su hijo, Charles, como demuestran las cartas que Ninon le dirigió, también, y el nieto de madame de Sevigné, el marqués de Grignan, se contó asimismo entre sus conquistas.

### UNA AMANTE SELECTA

No fueron las riquezas las que tentaron a Ninon. Aunque su forma de abrirse camino, después de que se quedara huérfana muy joven, fue acudir a un protector y luego a otro –lo que hacía presentir que se iba a dedicar a la prostitución- supo medrar y tener la posibilidad de escoger a sus amantes según sus gustos y no según sus necesidades.

En una ocasión, el duque de Vendôme, hijo natural de Enrique IV y de Gabrielle d'Estrees, quiso seducirla. Ninon recibió muchas presiones para que le aceptara como amante, pero se opuso. A lo único que accedió es a incluirle entre los “mártires”.

Vendôme dejó en el tocador de la dama el siguiente epigrama:

Indigne de mes feux, indigne de mes larmes,  
he renonce sans peine à tes faibles appas;  
mon amour te prêtait des charmes,  
ingrate, que tu n'avais pas.

(Indigna de mis ardores,  
indigna de mis lágrimas,  
renuncio sin pesar a tus menguados encantos;  
mi amor te prestaba unos atractivos,  
ingrata, que tú no poseías.)

Ella le contestó:

Insensible à tes feux, insensible à tes larmes,  
je te vois renoncer à mes faibles appas;  
mais si l'amour pret des charmes,  
pourquoi n'en empruntais-tu pas?

(Insensible a tus ardores, insensible a tus lágrimas,  
Te veo renunciar a mis menguados encantos;  
Pero si el amor presta atractivos,  
¿por qué no los adquirirías tú?)

### UN CHASCO

Aunque fue siempre ella quien escogió a sus amantes y no permitió que la eligieran, en alguna ocasión calculó mal las posibilidades del caballero en cuestión.

Un mal día conoció a Navailles, un hombre muy rubio y apuesto. Ninon le envió un billete para comunicarle que le esperaba a cenar. Al principio

todo fue muy bien y se divertieron conversando. Cuando la velada terminó, Ninon condujo al caballero a su habitación y le rogó que esperara. Un cuarto de hora más tarde, apareció con un salto de cama de indiana forrado de tafetán color aurora. Navailles, que ya se había acostado para recibirla, se quedó dormido... y roncaba.

A la mañana siguiente, cuando despertó, Navailles encontró junto a su cama un joven con una espada en la mano que le miraba amenazador: «Ah, monsieur! –exclamó el durmiente-. Soy un hombre de honor y os daré una satisfacción”.

El joven se echó a reír: era la propia Ninon, que se había vestido con las ropas de su “amante”. Al parecer, Navailles intentó cumplir con ella, pero no supo estar a la altura. A partir de ese momento, Ninon se juró preferir a los morenos en lugar de a los rubios.

### **NINON ENAMORADA**

A pesar de que disfrutaba del amor con fecha de caducidad, se enamoró sin condiciones en una ocasión. Tenía 30 años y por el caballero en cuestión, Louis de Mornay, marqués de Villarceaux, cerró su salón y despidió a su corte de admiradores. Ninon amaba y era amada.

Ella le rogó que la llevara lejos de París porque quería dejar atrás su vida. Fueron muy felices en el castillo de Ruel, cerca de Meulany, y, posteriormente, en el propio Villarceaux. En invierno regresaron a París. Villarceaux instaló a Ninon en una vivienda de la calle Richelieu y adquirió para sí el hotel vecino. De esta forma, podía observar la silueta de Ninon cuando ya había abandonado su casa. Villarceaux vio la luz de una vela en una de las habitaciones de Ninon y se convenció de que le engañaba. Fue a verla y ella, enfadada, no quiso explicarle nada. El marqués volvió a su casa con fiebre. Cuando Ninon supo que estaba enfermo y que en su delirio no paraba de llamarla, se apiadó de él, se cortó la cabellera y se la envió. Nació así el peinado “a lo Ninon” y renació la confianza en el marqués.

Ninon de Lenclos le escribió una airada y quejumbrosa carta, en el primer año de su relación, en la que reclamaba más atención:

10 de diciembre de 1650

Desde hace más de un mes que estáis en París; no estoy contenta de vos. No sé si me amáis tanto como antes... Antes, ibais a las reuniones pero os costaba tanto esfuerzo como a mí. No me decíais: “Me gusta el baile, me gusta la compañía”; esto es como decirme: “Os amo débilmente; el amor no es ya el mayor interés de mi vida”. No vayáis a pensar que hablo de la sociedad y de la corte como las mujeres de los banqueros hablan de las mujeres de la nobleza. Tenéis una idea muy equivocada de mi filosofía; no, no tengo odio sino a todo lo que os aleja de mí: ¡si al menos compartierais mis pesares!... Cuando os vais de mi lado, ¿no es ello un sacrificio que hacéis al deber? Si os costara más trabajo cumplirlo yo uniría mi esfuerzo al vuestro, pero vos no lo necesitáis, y esta idea me irrita más cada día. Sí, lo juro, renunciaré a vos, como sea

menester renunciar a a la esperanza de agradaros yo sola; si otros intereses os ocupan, os placen, mi suerte está decidida. Osasteis decirme ayer que deseabais verme divertir. ¡Insensato! Sabed que en el momento en que podré distraerme, en que vuestra imagen desaparezca un instante, ya no os amaré... No digáis más: “Puedo amaros con locura y divertirme”; no, no, no, si os complacéis en hallaros donde yo no estoy, es que ya no me amáis.

Por lo demás, lo habéis adivinado: yo no sabía que tuviese un amador comediante. Imagino que será alguna noticia que os han traído de provincias. Puesto que intentan alarmaros, debieran a lo menos contar chismes más razonables. Noto que las mujeres, aunque se tengan mucha caridad unas con otras, en este punto se tienen más miramientos que los hombres. Es raro que una mujer diga a otra: “Vuestro amante os engaña”, como no sea muy mal intencionada, o se trate de una amiga a quien piensa tener el deber de advertir; mientras que entre los hombres esto es casi una diversión: vuestros amigos os dicen esas cosas sin escrúpulos. Creo adivinar la razón de esto.

Cuando un hombre avisa a otro, espera curarlo; en cambio, una mujer sabe perfectamente que, por lo común, al abrir los ojos a su amiga no la cura de nada.

Yo estoy muy segura, y no es vanidad, que las personas que os hablan mal de mí no obran de buena fe: afectan una severidad que no tienen; y sin el interés que piensan tener en desprenderos de mí, tal vez quien de mí os habla mal os hablaría bien.

Os pido perdón sinceramente por mis numerosos arañazos. Vos herís mi corazón, y yo hiero vuestras manos. Me convendría ser más diestra y más justa en mis venganzas. ¿Seguiré hablandoos? No; precisamente porque tengo mil cosas que deciros, y acaso os importunaría; es menester privarnos de nuestros gustos para conservar, si podemos, nuestra felicidad. Pasáis vuestra vida en casa de la señorita d’Aubigné; ¿pensáis que me agrada esa amistad? Ayer cené con personas que os conocen mucho; querían convencerme de que sois ligero y hasta infiel... ¡qué malas personas! Pronto he terminado la conversación...; tal vez hubieran acabado por destruir mi tranquilidad... La ceguera es preferible a una luz que hiere.

Tuvieron un hijo, Louis François de Mornay, pero finalmente, al cabo de tres años, su relación terminó. Villarceaux fue el único que no aceptó quedarse dentro de su círculo como amigo, algo que Ninon entendió.

Saint-Évremont lamentó que se hubiera terminado su historia de amor y le escribió unos versos de consuelo:

Vous reprenez votre premier visage,  
en reprenant votre premier usage;  
et le retour de vos légéretés,  
nous fera voir celui de vos beautés.

(Recuperaréis vuestro primer rostro,  
al recuperar vuestra primera práctica:



y el retorno de vuestras ligerezas  
nos permitirá ver vuestras bellezas.)

Cuentan que fue François Scarron –que enviudaría en 1660 tras nueve años de insatisfactorio matrimonio- quien socorrió a Ninon y logró sacarla del convento Les filles repenties,<sup>5</sup> donde la había mandado ingresar la reina Ana de Austria (1601-1666) por diversas intrigas y envidias. A pesar de su sentido del humor, que le hizo exclamar cuando le comunicaron la decisión que ella no podía ingresar allí puesto que ni era joven ni se arrepentía, no pudo eludir su reclusión. También cuentan que antes de decidir que fuera a parar a Les filles repenties le dejaron escoger el convento donde quería vivir Ninón, dio el nombre de uno para hombres.

### **UNA REBELDE DESDE LA CUNA**

Ya desde pequeña no estaba de acuerdo con la educación que le tocaba en suerte por ser mujer y así se lo hizo saber a su padre en una carta que escribió cuando tenía siete años. Por suerte para ella, su padre era un hombre divertido, amable y también muy libre, que le enseñó italiano, español e inglés, alentó su curiosidad y su afán de conocimientos y la llevaba a cabalgar con él por el bosque de Bolonia.

Éste es el texto de la valiente carta que la niña escribió: “Si hubiera sido un muchacho me habría enseñado el manejo de las armas y a montar a caballo, lo que me hubiera gustado mucho más que dar vueltas a las cuentas de un rosario.

»En este momento le comunico que he decidido no continuar siendo una joven y que quiero convertirme en un muchacho. Por tanto, ¿me enviará a buscar para darme una educación de acuerdo con mi nuevo sexo?”. Mandó por correo la carta sin que su madre se diera cuenta. A su padre le divirtió tanto, que intentó contentarla.

Muchas veces protestó Ninon contra el papel asignado a las mujeres con frases que usaba de plegaria: “Dios mío, haz de mí un hombre honesto y no permitas jamás que sea una mujer honesta”. Y es que la honestidad de las mujeres se relacionaba directamente con su castidad... Y también con el pudor, la contención, la modestia...

### **CÓMO NO CASARSE...**

Ninon no creía en el matrimonio, decía de él que era “la tumba donde enterramos el amor”. Fueron muchos los hombres que se lo pidieron, pero ella siempre se resistió. No contestaba: se reía y esperaba a que se les pasara. Una vez un joven estaba tan decidido a conseguir que se convirtiera en su esposa que Ninon logró convencerle para que le transfiriera, por medio de una firma, casi toda su fortuna. Mucho antes de llegar la fecha de la boda, los propósitos del muchacho se habían enfriado. Entonces, mientras estaba sentada en su tocador, Ninon le pidió que

---

<sup>5</sup> Las hijas arrepentidas.

desenrollará el papelito de rizar de su sien izquierda: "Puedes conservarlo como recuerdo", le dijo. El joven respiró muy aliviado: era la letra que había firmado por valor de ochenta mil libras.

Ninon era maestra en el arte de amar y de la galantería. Sus valiosos consejos estaban muy cotizados. Un buen ejemplo es el siguiente: "Incluso cuando se muestran moderados en sus manifestaciones, los celos son un gran insulto a la dama de vuestros pensamientos, y a ésta le asiste el derecho de quejarse. Y, sin embargo, se mostrará vejada si afectáis a su respecto una tranquilidad perfecta. Esto no tiene nada de fácil. Os voy a contar un secreto: si sois celosos, fingid no serlo, y si no lo sois, fingid serlo un poco".

Sus consejos eran atrevidos y sinceros: "Los hombres que fingen estar enamorados consiguen más que los que realmente lo están" o "En relación con las mujeres, tengo que decirte que no existe ninguna de nosotras que no prefiera un poco de trato áspero a una excesiva consideración".

## SUICIDIO FILIAL

Ninon tuvo una hija, pero nunca estuvo muy segura de la paternidad. El conde de Fiesque y el abate d'Effat se jugaron a los dados quién tenía derecho a reclamarla. Venció el conde, que se hizo cargo de la criatura, la crió y la educó. Ninon, más tarde, intentó encontrarla, pero al final tuvo que darse por vencida.

Su falta de instinto maternal causó una gran tragedia: tuvo otros dos hijos, uno de los cuales, que había crecido sin saber quién era su madre, coincidió con Ninon cuando la cortesana contaba ya casi 60 años y se enamoró de ella. Cuando le desveló su identidad, el joven se suicidó. (Cuenta la historia que su hijo llegó a la casa de Ninon porque su padre, el marqués de Gersay de Bretaña, ex amante de Ninon, consideró que el joven, de 22 años, debía completar su educación en el salón de la cortesana, pero no estaba dispuesto a que se enterara del parentesco. Ninon se dedicó a su hijo y éste perdió la cabeza por ella. Cuando el marqués se dio cuenta de todo, le prohibió regresar a la casa, pero él no cejó; en una entrevista final, cuando el joven se disponía a besarla, ella gritó: "¡Soy tu madre!". El muchacho se dirigió al jardín corriendo, desenvainó su espada y se atravesó el corazón.) Como consecuencia de esta tragedia, Ninon sufrió una larga enfermedad. Cuando se recuperó, vivió más modestamente y pasó a llamarse mademoiselle de Lenclos.

Unas horas antes de morir, el 17 de octubre de 1705, escribió una cuarteta:

Qu'un vain espoir ne vienne point s'offrir,  
qui puisse ébranler mon courage.  
je suis en âge de mourir,  
que ferais-je ici davantage?

(Que no venga a ofrecerse una vana esperanza  
que pueda quebrantar mi valor.  
Estoy en edad de morir,

¿qué haría yo aquí por más tiempo?)

Después pidió la comunión y falleció. En su testamento dejó mil francos “al pequeño Arouet, que está en los jesuitas, para que tenga libros”. (Era el futuro Voltaire, del que ella intuyó su talento.)

Años después de su muerte, Horace Walpole la llamó *Notre Dame des Amours*. También ha sido llamada “la catedrática del amor”.

## Nell Gwyn

Casi con toda seguridad, Nell Gwyn (1650-1687) fue la única amante a la que Carlos II realmente amó, y, dentro de la extraordinaria gama de rapaces y antipáticas favoritas, la única que se ganó el favor del pueblo. Carlos II fue un rey mujeriego pero de buen corazón, ya que reconoció a sus hijos bastardos. Inició su larga lista de amantes con Lucy Walter, una galesa morena y provocativa a quien conoció en Holanda cuando huyó de la guerra civil en la que se hallaba inmerso su padre.

En una ocasión en que se encontró con una revuelta popular que impedía el paso de su carroza, Nell Gwyn sacó su pelirroja cabeza y gritó: “Os ruego tranquilidad, yo soy la puta protestante”, en alusión a otra amante del rey, la católica Louise de Keroualle (1649-1734), duquesa de Portsmouth, y, para más señas, espía al servicio del rey de Francia y mujer muy odiada por el pueblo.

La rapacidad de Carlos II con las mujeres dio origen a anécdotas graciosas como que en 1670 se tuvieron que suspender varias funciones del King’s House porque las dos primeras actrices, Moll Davis y Nell Gwyn, se hallaban en avanzado estado de gestación en espera de un hijo del monarca. Moll Davis, pequeña y traviesa, era una excepcional cantante y bailarina que según sus admiradores era todo “fuego e ingenio”, mientras que Nell era una gran actriz cómica para la que Dryden escribió diversas obras.

Entre 1660 y 1671 el rey tuvo cuatro amantes. La cuarta, que se sumaba a Nell, Moll y Louise, era Barbara de Villiers, la más antigua, que se había convertido en duquesa de Cleveland. Era hija de lord Gradison y prima del duque de Buckingham, célebre libertino; le dio al rey cinco hijos. Barbara también se dedicaba a coleccionar amantes y por este motivo y por su codicia, el interés del rey por ella se enfrió en 1670, aunque nunca llegó a perderla de vista del todo. Años más tarde se convertiría en duquesa de Castlemaine.

El encuentro entre el rey y Nell fue espontáneo: se conocieron en 1668 en el teatro donde ella trabajaba y el monarca no desaprovechó la oportunidad de invitarla a cenar. Fueron acompañados por el protector de Carlos, Villiers, y el hermano del rey, el duque de York. En el momento de pagar la cuenta ni Carlos ni su hermano pudieron reunir el dinero suficiente. Villiers tuvo que pagar por todos y Nell exclamó: “¡Jamás había estado en una taberna con gentes tan desdineradas!”. Para Carlos, hartos de las adulaciones de la corte, Nelly fue siempre como un sople de aire fresco.

Por el contrario, Moll Davis era una mujer algo afectada que se preocupaba constantemente por pasar por una gran dama, lo que le restaba espontaneidad. En 1670 Carlos le retiró con una generosa pensión. Tuvieron una hija, María, futura condesa de Derwentwater pues el rey nunca renegó de sus hijos bastardos y les dio una posición.

## **DISPUTA REAL**

Fue en 1671 cuando la actriz Nell Gwyn y Louise de Keroualle empezaron a disputarse el afecto del rey.

Louise conoció a Carlos porque formaba parte del séquito de su hermana, Henriette, que acompañó a su cuñado Luis XIV a Flandes. En un principio, Henriette, que conocía a su hermano –que la llamaba cariñosamente Minette–, se negó a que Louise se convirtiera en su amante, pero cuando murió quince días después del tratado de Douvres nada impidió al rey obtener lo que quería. A cambio, Louise se inmiscuyó en política, ganó varios ministros para la causa francesa y mantuvo los ojos bien abiertos para el rey de Francia.

En 1675 hizo su aparición Hortensia Mancini, sobrina del cardenal Mazarino. Tras dejar a su marido, esta mujer de 30 años, ojos verdes y tez morena se propuso conquistar a Carlos, lo que consiguió. Nell se lo tomó con calma, pero la duquesa de Porstmouth no. El rey respondió a sus celos apartándose de ella. La duquesa era famosa por su belleza –era alta, tenía una larga cabellera negra y ojos misteriosos– y también por que jugaba compulsivamente, por su habilidad con la pistola y la espada y porque le gustaba vestir de hombre.

## **LA BRILLANTE NELLY**

Nell, llamada por Samuel Pepys “la bella y brillante Nelly”, estuvo con el monarca, que era veinte años mayor que ella, hasta el fin de sus días. Nell, una mujer muy espontánea e ingeniosa, llamaba a su rey “Carlo Magno”, y también Carlos III, porque el actor Carlos Hart era “Carlos I” y Carlos Sackville, lord Buckhurst, era su «Carlos II».

Un contemporáneo describió así su relación con él: “Nell Gwyn nunca fue infiel al rey como lo fueron las demás: su amor a Carlos fue auténtico y sincero, no como el de sus rivales, que valoraban más los títulos y las grandezas. Se hizo querer por todos, hasta por la misma reina, y, a pesar de ser analfabeta, con su carácter vivo y refinado disfrutaba de la compañía de célebres escritores. Su pasado era humilde pues su madre, una alcohólica, la había vendido a una alcahueta de niña; empezó vendiendo naranjas en el teatro hasta que alguien se fijó en su talento para la comedia».

A Nell se le debe la calle King’s Road de Chelsea (Londres), pues el rey le construyó una casa en Fulham y acostumbraba visitarla pasando por el camino a una granja que se convirtió en una carretera privada del rey y que terminó conociéndose por esta razón como King’s Road.

El último pensamiento del rey, cuando murió de una enfermedad venérea en 1685, fue para ella, y le dijo a su heredero, el duque de York: "No dejéis que mi pobre Nelly se muera de hambre". Ella falleció dos años después, un 14 de noviembre de 1687, en la pobreza absoluta con tan sólo 37 años en su casa de Pall Mall. Si Carlos hubiera vivido más años, habría obtenido el título de duquesa de Greenwich, que no le fue otorgado antes por sus orígenes humildes.

Hortensia Mancini, duquesa de Mazarino, murió cargada de deudas a los 44 años (1669).

Mejor suerte corrieron las otras tres integrantes del «repóquer» de damas, aunque el rey no se limitó a ellas y a lo largo de su vida tuvo trece amantes de importancia.

Louise volvió a Francia, pero su época había pasado y le faltaba ingenio para brillar en la corte. A pesar de sus carísimos vestidos y sus 500.000 escudos en joyas, no logró triunfar y finalmente tuvo que retirarse a su dominio de Aubigny, donde murió a los 85 años. Saint-Évremont reconoció sus servicios a la causa: "La cinta de seda que ceñía el talle de Mlle. de Keroualle unía Francia e Inglaterra". Voltaire, que la conoció cuando tenía 70 años, la describió "con una figura todavía agradable y noble que los años no habían marchitado".

Barbara de Villiers, duquesa de Cleveland, se casó, a la muerte de su marido y después de innumerables amores, con un aventurero, Robert Fielding. Este matrimonio fue declarado inválido porque Robert ya estaba casado. La duquesa murió en su casa de Chiswick Mall a los 68 años (1709).

## **CRISIS FAMILIARES**

Cuando en 1662 Carlos se casó con Catalina de Braganza algunos pensaron que iba a sentar la cabeza. Nada más lejos de la realidad. La primera crisis del matrimonio se produjo cuando la flamante esposa se enteró de que la duquesa de Cleveland había dado a luz al segundo hijo del rey, Carlos, duque de Southampton. Catalina no estuvo de acuerdo con que su marido se hiciera cargo de la duquesa y de su hijo.

Lord Claredon, ministro del rey, la convenció de que un hombre del temperamento de Carlos necesitaba no sólo una esposa sino también amantes, y un buen día, el 7 de noviembre de 1662, se vio a los tres en el mismo coche en señal de reconciliación.

Poco tiempo después, hubo una crisis entre Barbara y el rey porque éste la sorprendió casi in fraganti en compañía de John Curchill, duque de Malborough (el popular Mambrú que se fue a la guerra).

## La toilette de una dama

En 1679, más o menos en la época de Nell Gwyn, la condesa de Aulnoy realizó un viaje por España que le inspiró un libro sobre las costumbres españolas. En este fragmento que reproducimos, aclaraba que si bien en Francia era costumbre entre las damas recibir visitas mientras estaban en la cama, en España no se les permitía entrar.

Así narró una visita a una señora con la que trabó amistad: “Doña Teresa me recibió tan cariñosa como si fuéramos amigas; pero es necesario advertir, a favor de los españoles, que no degeneran sus confianzas en la familiaridad, que se convierte pronto en falta de respeto y mala educación, pues con mucho agrado, hasta en sus expresivos afectos, recuerdan siempre la consideración que merecen los demás y la que a sí mismos se deben.

Doña Teresa estaba echada sin gorro ni papalina, con los cabellos partidos a uno y otro lado de la cabeza por una raya, y sujetos por detrás con una cinta; cubría su cuerpo una camisa muy delgada y muy larga, cuyas mangas le llegaban a las muñecas, con botones de diamantes; los puños y el cuello eran de seda, con flores bordadas. Apoyaba la cabeza entre varias almohadas pequeñas y guarnecidas con lazos de cinta y anchos encajes. Un cobertor bordado con oro y seda la cubría. La cama era de cobre dorado y tenía una cabecera muy alta labrada con bellas labores.

Me pidió que la permitiese levantarse en mi presencia, y en cuanto puso los pies en las chinelas mandó correr el cerrojo por dentro. Pregunté a qué obedecía tanta precaución, y me contestó que por haber quedado en la sala contigua los caballeros, pues antes prefería morir que darles ocasión de verle un pie. Reíme y le rogué que a mí no me los ocultara por no tener el caso malicia, y vi unos pies diminutos, menores que los de muchos niños de cinco años.”

Madame de Aulnoy siguió describiendo la peculiar toilette: «Luego cogió un frasco lleno de colorete, y con un pincel se lo puso no sólo en las mejillas, en la barba, en los labios, en las orejas y en la frente, sino también en las palmas de las manos y en los hombros. Díjome que así se pintaba todas las noches al acostarse y todas las mañanas al levantarse; que no le agradaba mucho acicalarse de tal modo, y que de buena gana dejaría de usar el colorete; pero que, siendo una costumbre tan admitida, no era posible prescindir de ella, pareciendo, por muy buenos colores que se tuvieran, pálida como una enferma, cuando se comparan los naturales con los debidos a los afeites de otras damas. Una de sus doncellas la perfumó luego desde los pies a la cabeza con excelentes pastillas; otra la roció con agua de azahar, tomada sorbo a sorbo, y con los dientes cerrados, impelida en tenues gotas para refrescar el cuerpo de su señora. Díjome que nada estropeaba tanto los dientes como esta manera de rociar; pero que así el agua olía mucho mejor, lo cual dudo, y me parece muy desagradable que una vieja, como la que cumplía tal empleo, arrojase a la cara de una dama el agua que tiene en la boca”.

## Catalina I

En Rusia, el zar Pedro I (1672-1725) se divorció de su primera esposa, Eudoxia, para casarse con Martha Skavronskaya (1684-1727), una rolliza prostituta livonia. En los tiempos en que ejercía esta profesión la llamaban la “cantimplora sexual”, porque estuvo con medio ejército ruso, incluido el príncipe Menshikov, amigo de Pedro. Martha ayudó en muchas ocasiones a Pedro a superar sus colapsos nerviosos. Bautizada como Catalina en la fe ortodoxa y casada con Pedro I, le engañó repetidamente, aunque fue tolerante y cariñosa con él. Compartía el amor de Pedro por los animales y tuvo varias focas y osos que ella misma alimentaba. Tenía, además, un gran sentido del humor.

Su primer amante fue Guillermo Mons, hermano menor de Anna Mons, que fue a su vez querida de Pedro I años atrás. El zar la hizo decapitar y puso la cabeza en un vaso sobre el tocador a su esposa.

Cuando Pedro I murió, Catalina siguió con sus costumbres licenciosas y se convirtió en su sucesora. Se gastó gran parte del tesoro real en caprichos y en regalos para sus amantes. Su salud se estropeó mucho debido al vodka, las orgías y el desenfreno en general.

## La duquesa de Berry

La duquesa de Berry (1695-1719), María Luisa Isabel de Orléans, hija de Felipe de Orléans, futuro regente de Francia y nieta de Luis XIV, fue apodada la Mesalina de Francia. La casaron a los 14 años, en 1710, con el tercer hijo del gran delfín de Francia, Carlos, y se quedó embarazada cinco veces, pero ninguno de sus hijos sobrevivió más de cinco semanas. Su padre la visitó a menudo cuando estaba encinta de su primer hijo, por lo que corrió el rumor, debido a las muchas horas que pasaban juntos y a que Felipe, pintor aficionado, la retrató desnuda, de que eran amantes.

Mujer hermosa y elegante, su gusto por la buena cocina le hizo ganar peso muy pronto. A la muerte de su marido, cuando tenía 18 años, se desinhibió totalmente y a los 20 ya era extremadamente obesa. Le gustaban los hombres, el sexo, la bebida (preferiblemente la ginebra), era terriblemente arrogante, tanto que se hacía recitar en el teatro el discurso destinado a los monarcas, y una jugadora empedernida: se gastó cantidades ingentes de dinero en compañía de su padre.

El duque de San Simon escribió acerca de María Luisa: "Su arrogancia se acercaba a la extravagancia, y era capaz de las indecencias más lascivas. [...] Hizo todo lo que pudo para lograr que el duque de Berry, que era genuinamente devoto y completamente honrado, abandonase la religión. [...] Ella le engañó sin perder el tiempo con aventuras llevadas de un modo tan indiscreto que él se enteró pronto. Sus sesiones diarias e interminables con el duque de Orléans, donde quedaba claro que él [Berry]

no era deseado, le encolerizaron. [...] En cada una de las muchas comidas informales que tenía, ella se emborrachaba completamente y vomitaba todo lo que había ingerido". Al parecer, la duquesa padecía bulimia.

Sus cenas, celebradas sólo entre amigos íntimos, eran famosas por la comida, que los participantes se servían ellos mismos, por la bebida y por las orgías con que terminaban.

En 1716 su conducta cambió. Se enamoró del teniente Armand d'Avdie (1692-1741), un hombre bastante gordo y con la cara llena de pústulas que, sin embargo, la conquistó. Se casó con él en secreto (aunque Armand la presionó para que hiciera público el enlace, el padre de María Luisa, el regente, se lo prohibió) y pasó de ser una mujer orgullosa y castigadora a convertirse en una esclava. Cada día escribía al conde preguntándole cómo tenía que vestirse, y cuando estaba arreglada según sus órdenes, recibía un mensaje de que se cambiara totalmente de ropa. Armand también controlaba sus salidas y entradas.

María Luisa combinaba los excesos con una total obsesión por la religión y la muerte. No obstante, el rosario pronto fue sustituido por nuevos desmanes.

Pusieron fin a su vida dos embarazos más que castigaron su cuerpo: uno que llegó a término y del que nació una niña, y unas dolorosas fiebres que la hacían llorar de desesperación. Su padre quedó desconsolado tras su pérdida.



SIGLO XVIII

A principios del siglo XVIII se impusieron las figuras encorsetadas y la elegancia amanerada. Se disimulaban los bustos con camisas que estrechaban el talle, mientras que las caderas se ensanchaban con verdugados y los pies se empequeñecían con alzas o tacones. El cuerpo estaba dominado, contenido y remodelado, y se hinchaba estratégicamente sólo en los puntos adecuados. Tanto constreñimiento y amaneramiento provocaba desmayos y anemias.

Hacia 1750 se abandonaron estas formas artificiosas —que incluían hasta pantorrilleras para simular piernas más regordetas— en favor de una figura más natural. María Antonieta, que trajo de Austria el gusto por la belleza natural, y la retratista madame Vigée-Lebrun, que prefería también la naturalidad, lograron desterrar el colorete.

El siglo XVIII estuvo marcado por el esplendor de Francia y sus mujeres: primero, las favoritas del rey Luis XV, entre las que se contaban madame Pompadour y madame du Barry; seguidamente, las mujeres de la revolución, para terminar con las mujeres de Napoleón, dos grandes seductoras: su hermana Paulina y su esposa Josefina.

## Madame Pompadour

Curiosamente, la amante vitalicia del rey Luis XV (1710-1774) no fue una gran apasionada del sexo, sino más bien lo contrario. Fue educada esmeradamente, pues ya se adivinaba que su futuro sería brillante: “No serás reina, pero casi”, le pronosticó una adivina en clara alusión a que se convertiría en la amante de un rey. Si madame Pompadour (1721-1764) consiguió mantener al monarca a su lado no fue por sus cualidades como amante, sino por su inteligencia y talento.

En pocos años, madame Pompadour perdió la frescura de su rostro y ello, unido a su frigidez, no la hacía especialmente apetecible al rey, que, sin embargo, reconocía que sólo con ella podía sentirse animado y feliz. Madame Pompadour mantuvo intacta su influencia hasta el final e, incluso, se la acusó de tener demasiado poder político.

Jeanne-Antoinette Poisson, madame Pompadour, era hija de un rico financiero. Desde los siete años estuvo interna en el colegio de las ursulinas de Poissy, ya que su madre se desentendió por completo de ella. Otra coincidencia: las pensionistas la llamaban Reinette.<sup>6</sup>

Como años después señalaría el montero mayor de Versalles en una breve descripción redactada para un compilador, Jeanne era seductora y vivaz, siempre sorprendente y tenía su mejor baza en sus ojos: “No tenían el brillo vivaracho de los ojos negros, la tierna languidez de los azules, la delicadeza propia de los grises; su color indeterminado parecía adaptarlos a todos los géneros de seducción y permitirles expresar sucesivamente todas las impresiones de un alma muy movable”.

Cuando Le Normant, el nuevo amante de su madre, entró en escena todo cambió. Regresó al lado de su familia y fue educada en su casa:

---

<sup>6</sup> Pequeña reina.

música, danza, declamación y canto. Al cumplir los 20 años, en 1741, Le Normant la casó con un sobrino suyo, Charles Le Normant d'Etioles, un hombre bajito y poco apuesto pero muy culto y enamorado de su novia, además de muy rico. Mientras tanto, madre e hija se esforzaban por que Jeanne destacara y por conseguir algo que ambas siempre habían querido, que la chica ascendiera a la categoría de amante del rey.

Jeanne-Antoinette empezó a entrar en sociedad, incluso en los salones más exclusivos, como en casa de madame Geofrin y en la de Saint-Honoré, y recibía en su casa de Etioles. Luis XV sabía de Jeanne por comentarios de gente próxima, pero no se conocieron hasta años después.

En contacto con Marivaux, Montesquieu y Piron, además de con Richelieu, con quien bromeaba, Jeanne adquirió el definitivo barniz de refinamiento. Madame Pompadour era de una estatura superior a la media, esbelta y grácil y, según el montero mayor de Versalles, con una actitud "que parecía matizarse entre el último grado de la elegancia y el primero de la nobleza". Su rostro era ovalado y regular, dientes hermosos, sonrisa natural, cabellos rubios, piel muy suave y blanca...

Además de una educación refinada, su madre, Madeleine de La Motte, le dio un consejo tan valioso como gráfico: «*Le c... et la bouche! Il n' y a que ça pour retenir un homme!*» (¡El c... y la boca! No hay nada mejor para retener a un hombre).

Conoció a Luis XV en el famoso Le bal des ifs (el baile de los árboles de tejo), celebrado el 25 de febrero de 1745. Se sabía que el rey iba vestido de tejo, pero apareció con siete tejos igual que él. Las damas se alborotaron, pues el monarca se encontraba en esos momentos sin amante oficial después de la muerte de madame de Châteauroux, a causa de una pulmonía contraída tras acudir presurosa y poco abrigada a la llamada nocturna de Luis XV. También fue el causante indirecto de la muerte de una hermana de su amante, madame de Vintimille, que murió de parto. Y anteriormente fue amante también de otra de las cinco hermanas De Nesle: madame de Mailly, que fue la primera en rendirse a su encanto.

Las damas se afanaban por descubrir quién era el rey y una de ellas, madame de Portail, que creyó haberlo identificado, se lo llevó a una habitación aparte. Tardó demasiado tiempo en darse cuenta de su error... El rey sólo se dio a conocer a las dos de la madrugada, cuando dirigió un cumplido a una mujer disfrazada de Diana cazadora. Jeanne consiguió destacar entre las demás damas quitándose la máscara para descubrir su rostro. En un momento dado, dejó caer un pañuelo al suelo y el rey lo recogió. Ella se apartó y Luis XV le lanzó el pañuelo. El gesto fue interpretado como que el rey había designado a su nueva favorita.

El primer lance sexual entre el monarca y la dama se produjo en abril de 1745, pero no fue nada satisfactorio. Después de este encuentro, convenía que el rey no la olvidara. Para ello, Jeanne convenció a un camarero para que le hiciera saber a su real amante que había estado llorando inconsolablemente porque se había enamorado de Luis XV, y, además, se debatía entre su amor y su fidelidad a su marido. El rey aseguró que se había mostrado un poco indiferente para ver cómo reaccionaba y concertó una segunda entrevista. Al parecer, este segundo encuentro fue mucho mejor.

Jeanne supo conquistar a Luis XV por su alegría y porque era capaz de entretenerle a pesar de que este hombre era poco alegre en un siglo donde reinaba el optimismo. Además, le incomodaban las multitudes y le costaba hablar en público. Se ha atribuido su melancolía al hecho de que no sabía entretenerse y de que su vida interior era limitada. Jeanne se esforzó por remediarlo convirtiéndose en una fuente de sorpresas e interpretando los deseos ocultos del rey, lo que siempre ha sido una excelente forma de seducir. A veces acudía a las citas vestida de lechera y con un cubo de leche recién ordeñada, o se disfrazaba de hermana de la caridad.

Jeanne le enseñó al rey a escuchar música y el gusto por el teatro, cantó para él y le transmitió su pasión por la pintura, la construcción y la decoración. Como dijo uno de sus biógrafos, su estrategia era “recuperar durante el día el prestigio perdido por la noche”.

No es del todo cierto que el rey no supiera divertirse por sí mismo. A los 27 años, padre ya de diez hijos con la reina, le gustaba pasearse por los tejados, hacer acrobacias por los desagües y lanzar gritos a través de las chimeneas aterrizando a los que estaban dentro de las habitaciones.

Al poco tiempo, Jeanne se instaló en Versalles, presionando un poco al rey con su celoso marido y lo que era capaz de hacerle. Luis XV, para evitar que la menospreciaran por ser burguesa, compró para ella el marquesado de Pompadour. Cuando su marido se enteró, cayó desvanecido y al volver en sí cogió una pistola para dirigirse a palacio y reclamar que le devolviesen a su esposa. Sus familiares consiguieron detenerle. Normant d’Etioules evitó el escándalo yéndose a vivir al campo.

## **A FUERZA DE AFRODISÍACOS**

En la época de sus primeros encuentros con Luis XV, Jeanne empezó a consumir todo tipo de pociones para curarse de su frigidez. Para comer tomaba, según una dama que la conoció, chocolate a la triple vainilla y “ambarino”, además de muchas trufas, diversas especias y sopa de apio.

En una ocasión, un “entendido” le preparó un elixir que le iba a ser de gran ayuda, pero una amiga suya, la duquesa de Brancas, cuando vio el preparado lo tiró a la chimenea. Madame Le Normant no pudo más y se echó a llorar porque la trataban como a una niña, pero luego reconoció a su amiga que las drogas que tomaba estaban minando su salud, que, ya de por sí, no era muy vigorosa. El rey la definía, a veces, como “una foca”, que, según la creencia popular, tiene sangre fría en las venas. Aludía a la incapacidad de sentir de Jeanne y, por lo que se ve, también de fingirlo.

Refinada y culta, se convirtió en el árbitro del buen gusto en la corte, y en inspiradora de las modas, pues sabía combinar colores, texturas y joyas. A ella se debe la creación de una compañía de aficionados al teatro que representaba obras muy variadas y que ofrecía la variante de que eran las mujeres las que mandaban. Madame Pompadour actuaba en las representaciones del Théâtre des Petits-Cabinets y se hizo cargo durante cinco años de la preparación de las obras. Cuando pasado ese tiempo renunció a organizarlas, la moda ya se había implantado y duró hasta la Revolución. Fue patrocinadora de artistas y escritores y a su impulso le debe Francia la porcelana de Sèvres, ya que reorganizó una fábrica de

porcelanas, la transportó a Sèvres y se convirtió en comerciante y propagandista.

Atesoró muchas casas y tierras y una gran colección de joyas, cuadros, porcelanas, animales decorativos de porcelana, alfombras, tapices, grabados, libros, muebles preciosos, coches y vino. Fue una apasionada del coleccionismo.

La marquesa Pompadour, a la que se le reprochaban sus orígenes burgueses, adoptó desafiante el símbolo de los peces –su apellido, Poisson, significa pez en francés- que lucía en los objetos de su propiedad, como la plata o los adornos de la chimenea. Fue su manera de contestar a las *poissonnades*, las canciones satíricas y obscenas que el pueblo le dedicaba.

Debido al desinterés del rey Luis XV por los asuntos de gobierno, ella tomó las riendas de la política interior y exterior, aunque hay autores que afirman que su papel político se ha exagerado. Asimismo, también abogó por la reina María Leczinska, hija del antiguo rey de Polonia, en lugar de enfrentarse a ella, como habían hecho las otras favoritas. Madame Pompadour, cuyo título fue escogido por el rey porque rimaba con *amour*, sabía que no tenía nada que temer de la pobre reina, que era ocho años mayor que el rey y estaba en franca decadencia.

La reina acogió con benevolencia a madame Pompadour, diciendo que si el rey tenía que tener una amante la prefería a ella mil veces antes que a cualquier otra. (Los hijos de la reina la llamaban “mamá puta”.) La favorita real tenía una hija de su matrimonio, Alejandrina, que murió a los diez años de edad de una peritonitis.

Era conocido en todo el palacio que Jeanne se reunía a las diez de la noche con el monarca. Es conocido que una vez que estaba jugando a las cartas con la reina sonaron las diez y, azorada, empezó a buscar excusas para poder ausentarse. La reina sonrió con bondad y le dijo: “Id, ya es la hora”.

## RENUNCIA A LOS DEBERES PASIONALES

A los 30 años, habiendo conquistado ya una sólida posición, renunció a sus “deberes pasionales”, como ella los llamaba, y dejó de ser la amante del rey. Para evitar que otra favorita la desplazara, empezó a organizar las distracciones eróticas de Luis XV. Así podía escoger muchachas bellísimas que no le hicieran ninguna sombra en el campo intelectual. Le organizó citas clandestinas en el pabellón del parque de los Ciervos. Las elegidas no llegaron a saber nunca que estaban con el rey, ya que se le presentaba como un conde.

Jeanne intentó reconciliarse con su marido una vez que dejó de ser la amante de Luis XV, pero fracasó por la negativa de éste a perdonarla.

Más que amante, Pompadour fue amiga del rey, admiraba sobre todo lo que representaba y le quería sinceramente. Luis XV le dijo a madame de Seran que si él la hubiera desdeñado, ella hubiera muerto de pena. El rey, por su parte, también la quería como a una amiga... Las mujeres que más amó Luis XV fueron su esposa, cuando era adolescente, y la duquesa de Châteauroux, cuya muerte le causó una honda tristeza.

El peor momento de madame Pompadour fue cuando un desconocido apuñaló al rey. Aunque la herida no era grave, la marquesa no le pudo ver durante su convalecencia y pensó que Luis XV, por el susto, iba a arrepentirse de sus pecados y a alejarla de la corte, como ya le había ocurrido a alguna antecesora. Aún recuperándose y más desalentado que nunca, Luis XV pidió un día a madame Brancas, después de almorzar, su abrigo y salió: “No me sigáis”, dijo. Volvió entre las tres y las cuatro. Así narró el lance uno de los presentes: “Regresó y no nos costó adivinar que acababa de visitar a madame Pompadour. Una sola charla con una amiga interesada en su conversación, mejor para él que una conversación con cualquier otra persona en el reino, había sanado su espíritu, más enfermo que todo el resto de su ser”.

### **LA DESPEDIDA**

Mujer de débil salud, Jeanne contrajo una pulmonía en 1774 y estuvo entre la vida y la muerte durante seis o siete semanas. Pidió un sacerdote para confesarse y recibió la extremaunción. Cuando iba a retirarse, ella le atajó: “Un momento, padre, nos marcharemos juntos”, y expiró. Lo hizo en Versalles, un privilegio inaudito, pues allí sólo habían muerto reyes y reinas y cuando alguien que no pertenecía a la realeza iba a fallecer, se le trasladaba.

El rey contempló en silencio cómo se alejaba el cortejo fúnebre. Dos gruesas lágrimas cayeron de sus ojos: “Es el único homenaje que puedo rendirle”, le dijo al escritor y moralista Nicholas Chamfort, en cuyo brazo se apoyaba.

Un anónimo parisino compuso después de la muerte de madame Pompadour el siguiente epitafio:

Veinte años muchacha,  
siete años ramera,  
ocho años celestina  
y ahora yace aquí.

### **Las amantes del rey**

Parece ser que a Luis XV le inició en el amor madame de Falaris, una sensual noble que había sido amante de su tío abuelo Felipe. Cuando su esposa María Leczinska le cerró la entrada a su lecho, Luis ya tenía de querida a madame de Mailly, una de las cinco hermanas De Nesle. Luego, Luis XV se enamoró de madame de Vintimille, hermana de Mailly, quién murió al parir un hijo suyo. Luis XV fue el azote de las hermanas De Nesle, ya que también acabó en la cama de madame de Châteauroux.

Se cuenta que Luis XV mandó construir en el parque de los Ciervos una modesta casita donde solazarse a gusto con sus amantes, de forma que, según las malas lenguas, no se oyeran los gritos. Aunque la leyenda cuenta que 1.800 muchachas estuvieron allí, en realidad no fueron tantas, y, como

mucho, pasaron por la casa de dos en dos. A las jovencitas se les hacía creer que el rey era un conde polaco.

## Madame du Deffand

Madame du Deffand, Marie de Vichy-Chamrond, marquesa du Deffand (1697-1780), fue una de las más célebres mujeres de su tiempo y presidió un prestigioso salón, que tuvo un carácter muy mundano. Madame du Deffand leía poco, menos de lo que sus admiradores creían, pero tenía la perspicacia de hacer que los asistentes a su salón le resumieran las lecturas, poseía el don de la conversación y era cínica, aguda y divertida, aunque muchas veces poco sutil. Decían de ella que tenía la mejor inteligencia y el peor carácter de todas las *salonnières*. Entre sus defectos se contaban, según los que la trataron, ser fría, egoísta y autoritaria.

Con 18 años, recién salida del convento donde se ganó fama de rebelde, se casó con el rico marqués Jean-Baptiste-Jacques du Deffand, al que se negó a seguir en sus diferentes destinos, separándose finalmente cuando su marido aceptó el gobierno del Orléanais.

Habitual de las veladas de Sceaux y de los famosos refrigerios del Palais Royal, tuvo una serie rapidísima de amantes. Entre ellos, el regente. Sólo fueron quince días de relación, el tiempo justo para ser merecedora de una renta vitalicia de seis mil libras anuales.

En 1730 inició una relación con el presidente Jean-François Hénault, de 45 años, superintendente de la Casa de la reina, que la ayudó a establecer su posición social llevando a su casa a sus amigos. Fue su primer salón. Debió esperar a 1747 para prosperar económicamente y establecer su segundo salón en la calle Saint Dominique, en los aposentos en los que madame de Montespan residió cuando cayó en desgracia.

El gran salón, que destacaba por sus cortinajes de seda amarilla, recibió a muchos otros personajes famosos, como Montesquieu, Rousseau, Diderot y Sainte-Beuve. Aunque Voltaire no frecuentaba su salón, porque madame du Deffand tenía antipatía a su amigo Emilie du Châtelet, trabó con él amistad, le ayudó económicamente y mantuvieron una extensa correspondencia.

En 1754 perdió la vista. La ayudaba su sobrina morganática, Julia Lespinasse, pero cuando notó que sus tertulios eran demasiado amigos de la joven y que tenían su propio círculo en el salón, la despidió. Era 1764 y se quedó prácticamente sola. Entonces, con 67 años, se enamoró de Horace Walpole, veintidós años menor que ella, que hizo, sin éxito, todo lo posible para reconvertir su amor en amistad.

## Catalina II

Catalina II la Grande (1729-1796), esposa de Pedro III (1728-1762), gozaba en la época más activa de su vida de un promedio de seis relaciones

sexuales al día. Para mantenerla contenta y entretenida, se convirtió en una cuestión de estado buscarle amantes.

El indudable apetito sexual de la zarina se vio adornado por una leyenda negra sobre su zoofilia, llegándose a decir que había muerto aplastada cuando se encontraba practicando sexo con su caballo favorito, un imponente animal blanco, porque se rompió el soporte que aguantaba al equino. En realidad murió de una embolia en el retrete.

Catalina II se mantuvo virgen los ocho primeros años de su matrimonio como consecuencia de la fimosis que padecía su marido, Pedro III. Luego se resarcía del tiempo perdido: contaba con una media de veinte amantes oficiales, aunque en alguna ocasión llegó a los ochenta. A los 23 años, tuvo el primero, Serguéi Saltikov (de 1752 a 1754), seguramente el padre de su primer hijo, Pablo, nacido en 1754. El gran duque Pedro reconoció al niño.

El 9 de julio de 1762, la Guardia Imperial derrocó a Pedro III debido a que su debilidad mental le impedía gobernar y puso en su lugar a Catalina. El instigador de la revuelta fue un amante suyo, Gregori Orlov. Su relación duró trece años y la zarina nunca quiso casarse con él por las dudas que albergaba sobre si estaba con ella sólo por el poder. Terminaron en 1773.

En cierta ocasión, tras haber dejado la apasionada zarina al antiguo favorito Orlov por el príncipe Potemkin, se cruzaron ambos caballeros en la escalinata de palacio, cerca de las habitaciones privadas de la soberana. En lo embarazoso del momento, Potemkin, sin perder las formas, se vio en la obligación de saludar y decir algo: "¿Qué tal, conde? ¿Qué novedades hay en palacio?". A lo que Orlov contestó sin inmutarse: "Nada, príncipe, lo que veis: yo bajo y vos subís".

Catalina fue llamada "La Grande" porque su reinado fue el más próspero del Imperio ruso. Construyó los más importantes palacios de San Petersburgo y fundó el Museo del Hermitage.

El gran amor de Catalina, no del todo correspondido, fue Gregori Potemkin, diez años más joven que ella. Era un militar intrigante, perezoso y arrogante, muy brillante y agudo y muy poco agraciado físicamente. Se casaron en secreto en 1774. Una vez que Potemkin tomó el poder dejó su relación sentimental en un segundo plano. Como ocurrió con madame Pompadour y Luis XV, su papel fue el de alcahuete; durante más de veinte años escogió a los amantes de Catalina. Entre éstos figuraron Stanislaw Poniatowski (1755 a 1760), noble polaco con quien tuvo una hija que murió a la edad de tres años, y al que convirtió en rey de Polonia; Ivan Rimsky-Korsakov (1778), músico y antepasado del famoso compositor, y Plato Zubov (1789 a 1796), oficial de la guardia, quien acompañó e hizo feliz a la zarina hasta su muerte.

## Madame du Barry

La última amante de Luis XV pagó con su vida, cercenada por la guillotina, una vez ya muerto el rey, su defensa de la monarquía.

El pasado de Jeanne Bécu (1743-1793), verdadero nombre de la favorita, era tormentoso. De padre desconocido, aunque se especuló con la posibilidad de que hubiese sido un sacerdote, su madre se llamaba Anne



Bécu. Jeanne había sido costurera, dama de compañía, vendedora y modelo de artistas, como Drouais, y su ambición en la vida era convertirse en amante de un noble.

Posteriormente, esta mujer rubia de cara ovalada y ojos dulces se inició en el mundo galante y fue conocida por diversos nombres, entre ellos Manon Lançon y Lange, que, con apóstrofo, significaba “el ángel”.

En este estado de cosas, Jeanne cayó en 1764 en las manos de Jean du Barry, el Disipado, quien explotaba un título de conde al que no tenía derecho. Du Barry, con gran visión comercial, creó un origen escandaloso para su pupila y se inventó que era hija de un religioso llamado fray Ángel y de una cocinera (esto último sí era cierto). Además, se convirtió en su proxeneta, aunque estaba enamorado de ella, y le consiguió amantes de la categoría del marqués de Arcobol, el mariscal Richelieu o el financiero Sainte-Foy. Ella no le amaba, pero le gustaba la vida de lujo que le ofrecía y las relaciones con personas de alto nivel que le proporcionaba. Además, du Barry completó la educación que había recibido con las monjas enseñándole arte, literatura, música y conversación.

## **LOS PLACERES REALES**

La presentó al rey un criado, Lebel, que la había conocido en la casa de juego que regentaba el amante de ella, quien seguramente estaba al corriente de todo. Lebel, lejos de pensar que el rey se enamoraría, creyó que le daría algunas noches de placer. Antes de ser aceptada en la corte fue amante de Luis XV durante un año. Cuando les presentaron, lejos de interpretar el papel de joven ingenua y avergonzada, Jeanne se presentó como lo que era, una experta en el amor con más de diez años de experiencia; el monarca se quedó prendado de sus artes. Incluso dejó de frecuentar a las jovencitas del parque de los Ciervos. (Muchas de ellas debieron de respirar aliviadas si hacemos caso a la descripción del historiador Sismondi sobre las aficiones reales: “Muchachitas de nueve a doce años, cuando atraían la mirada de la policía por su belleza, eran secuestradas, previo pago a la madre de una suma de dinero y enviadas a Versalles. Allí, Luis XV pasaba varias horas con ellas; se divertía desnudándolas, lavándolas y atendiéndolas. Le gustaba instruir las en los deberes de la religión, les enseñaba a leer, a escribir y a rogar a Dios. Hacía aún más, ya que cuando las iniciaba en los placeres, rezaba con ellas arrodillado”.)

La relación con Jeanne fue descrita por el duque de Croy de la siguiente manera: “A los 60 años de edad, el rey se ha enamorado como nunca. Parece rejuvenecido, y yo lo he encontrado en condiciones de espíritu inmejorables; de un extraordinario buen humor y de un talante que nunca había tenido”.

Un poeta cortesano, Louis Reboux, dejó esta semblanza de madame du Barry: “Su belleza era arrebatadora. La cara mostraba el más perfecto óvalo. Sus ojos giraban con lentitud y sensualidad como si hicieran una delicada promesa a la sombra de la decencia. Su azul era el azul vivo del miosotis. Sus largas pestañas se curvaban al final y eran de un esplendor sorprendente. La nariz, definidora de una sensualidad contenida, palpataba

en sus aletas gordezuelas según las emociones que experimentara. Su boca, exquisita, se abrió suavemente sobre los dientes perfectos y blanquísimos”.

Sin embargo, había un grave obstáculo para las relaciones; si el rey, muy amante del protocolo, se hubiera enterado de que Jeanne no era condesa no habrían seguido juntos.

La boda con Guillaume du Barry, el auténtico conde du Barry, se celebró el 1 de septiembre de 1768. El objetivo era dotar de cierta respetabilidad a Jeanne para que pudiera ser presentada en la corte. El novio recibió cinco mil francos de su hermano y desapareció después de la boda por donde había venido.

Antes de presentar en sociedad a la mujer que logró consolarle de la muerte de la marquesa Pompadour hacía ya cuatro años, el rey quiso que terminara el año de luto por la muerte de la reina. En esta carta fechada en mayo de 1769 queda clara la pasión que sentía Luis XV por ella, ya que era la única mujer que le hacía olvidar que era sexagenario: “En lugar de esperar a mañana, ven esta noche. Tengo algo que decirte, algo que te complacerá. Adiós, créeme cuando te digo que te quiero. Louis”.

En su contra, la condesa du Barry tenía su humilde origen, nada que ver con la procedencia de la alta burguesía de madame Pompadour y con su excelente educación. Ninguna dama quería ser la madrina de esta mujer que se había dedicado a la prostitución, sangrada por su amante. La baronesa de Montmorency estuvo a punto de acceder, pero se lo pensó mejor. La corte se divertía con todas estas intrigas y la noche fijada para la presentación, el 21 de abril, se preparó regocijada para burlarse y reírse de Jeanne por su retraso en llegar. Finalmente apareció acompañada de la condesa de Béarn, una viuda que se hallaba en graves dificultades económicas y a la que se hizo saber que este acto le ayudaría a resolver sus problemas.

La condesa du Barry se convirtió así en la amante oficial del rey. A partir de ese momento ya no tenía que ocultarse en sus habitaciones, podía sentarse a la mesa con Luis XV e, incluso, acompañarle en los actos oficiales.

La nueva favorita tuvo que sufrir los alfilerazos de las hijas del monarca, que la despreciaban, y de la nuera, María Antonieta, quien ni siquiera le dirigía la palabra. El rey era feliz y para demostrárselo a su favorita le regaló en usufructo el precioso palacio de Louveciennes. El marido consentidor, Jean Baptiste, no consiguió todos los beneficios que esperaba. Aunque al principio obtuvo el pago de varios pagarés suculentos, el condado de L'Isle-Jourdain y unas atractivas ventajas fiscales, no llegó a entrar nunca en el círculo del rey. La favorita no quiso meterse en política, porque no le divertía, pero hubo quienes se aprovecharon para sus fines de la gran influencia que tenía sobre Luis XV.

La condesa du Barry tenía aficiones sencillas y no era excesivamente rapaz, aunque consiguió una magnífica colección de joyas. Amante de la música, disponía de una pequeña orquesta de cámara a la que a veces se sumaba tocando el arpa. Cuando no había reuniones palaciegas ni diversiones, se acostaba temprano y esperaba en la cama a su amante. Tenía un ejército de joyeros, modistos y peluqueras que la dejaban impecable, y sólo dejaba entrar al rey cuando habían terminado su trabajo.

Entonces, el monarca la desnudaba con parsimonia, seguramente como gustaba hacer con las jovencitas del parque de los Ciervos.

## **EL FIN DE LUIS XV**

En abril de 1774 el rey tuvo que abandonar una cacería porque se encontraba indispuerto. El mal era mortal. madame du Barry quería permanecer con él, pero el monarca, enterado de que padecía viruela, se lo impidió. Luis XV murió el 10 de mayo. La condesa había acumulado una deuda de más de un millón de francos y se rumoreó que había desviado fondos.

El nuevo rey, Luis XVI, odiaba a la favorita y la obligó a recluírse en la abadía de Pont Aux Dames. El destierro sólo duró unos meses y cuando fue rehabilitada y le devolvieron sus bienes se instaló en su propiedad de Louveciennes, donde favoreció a los necesitados distribuyendo víveres y ropas entre ellos y atendiéndoles cuando necesitaban cuidados médicos.

Allí fue agasajada por varios caballeros, entre ellos un lord inglés, William Seymour, que se retiró ante el empuje del celoso duque de Brissac, un antiguo enamorado de Jeanne que se tuvo que olvidar de ella cuando se convirtió en amante de Luis XV, pero que no iba a dejar pasar una nueva oportunidad por un lord.

Se vivían tiempos revueltos, se estaba en plena revolución y sus consecuencias, y la mansión de Louveciennes fue saqueada en julio de 1791, desapareciendo las joyas de la condesa.

En septiembre de 1792, Brissac fue ajusticiado por su cargo de capitán de la Guardia Real y por sus conspiraciones a favor de la restauración monárquica. Su cabeza, ensartada en una pica, fue arrojada a los pies de Jeanne en el salón de Louveciennes.

Un detective contratado para tal fin, encontró una pista sobre el paradero de las joyas que conducía a Londres. Como no se podía alejar demasiado tiempo de la corte debido a la inestabilidad política, Jeanne hizo varios viajes a Londres. En uno de ellos conoció a un amigo del duque de Brissac, el duque de Rohan-Chabot, con quien mantuvo un intenso y breve idilio que terminó cuando la encarcelaron en septiembre de 1793 acusada de sacar dinero del país de forma fraudulenta. Tres meses más tarde la guillotinaron por colaborar con la contrarrevolución.

## **El hartazgo necesario**

Al parecer, el marqués de Sade se inspiró en madame Dubois (siglo XVIII), una renombrada actriz francesa, para crear su personaje de madame de Saint-Ange de *La filosofía en el tocador*. Al hacer decir a Saint-Ange: “En los doce años en los que he estado casada he tenido quizá a diez o doce mil individuos”, se quedó corto, pues la artista, que realizó un catálogo de sus amantes durante veinte años, contabilizó un total de 16.527, de dos a tres por día.

## Théroigne de Méricourt

Théroigne de Méricourt (1762-1817) fue una de las mujeres más interesantes de la Revolución francesa. Esta hija de familia acomodada empezó su trayectoria como prostituta, se convirtió en líder destacada de las feministas revolucionarias y, posteriormente, terminó internada en un psiquiátrico por culpa de un suceso traumático.

Anne Joséphine Terwane empezó a usar el nombre de Théroigne a los 14 años, cuando era una joven delgada, de formas graciosas, larga cabellera castaña y ojos azules. En aquella época su padre la puso a servir porque se había empobrecido. La separación de su familia resultó muy dolorosa para ella.

De suaves maneras y mucho más educada de lo que correspondía a su condición de sirvienta, se fijó en ella un anciano caballero inglés que la llevó a Inglaterra. Allí adoptó el nombre de Théroigne de Méricourt.

Cuando su protector murió, se vio obligada a sobrevivir por su cuenta. Se preocupó por instruirse y aprender música y a familiarizarse con todo tipo de temas. Después de unos años en Londres se instaló en París, que en aquel momento era un hervidero de ideas y movimientos políticos.

Como si de una calculada venganza se tratara, Théroigne fue arruinando a todos sus admiradores. (Uno de sus pretendientes firmó el siguiente documento: “Nicolás Dovillet de Persant, hidalgo, marqués de Persant, conde de Dens y de Pateau, se obliga a abonar a la señorita Anne Théroigne, menor de edad, cinco mil libras anuales de renta vitalicia, pagadera en dos cuotas anuales. Este convenio se firma en virtud de haber recibido el marqués de Persant, arriba mencionado, la suma de cincuenta mil libras de la señorita Théroigne. Podrá librarse del pago de la renta devolviéndole la suma mencionada”.)

Gracias a sus conquistas, Théroigne consiguió una hermosa casa, sirvientes y carruajes. En su inquietud por cultivarse y huir de una melancolía que empezaba a hacerse crónica, estudió canto, pues en Inglaterra habían descubierto que tenía una voz privilegiada. En 1789, con los acontecimientos ocurridos en Francia, abandonó sus sueños de triunfar en el canto y se apresuró a regresar a París. Allí su existencia dio un vuelco.

Su casa se transformó en una sala de reuniones frecuentada por Marat, Robespierre, Danton, Desmoulins, Mirabeau y Saint-Just.

El 14 de julio de 1789, Théroigne se puso al frente de un grupo de mujeres, espada en mano, y formó parte de la toma de La Bastilla. Fue proclamada “primera amazona de la Libertad” y, como tal, defendió la igualdad de las mujeres. En 1790 la enviaron a Lieja para levantar al pueblo.

Siguió siendo una mujer elegante que, por ejemplo, llevaba un látigo cuya empuñadura era una cajita de perfumes. Cuando la revolución avanzó e hicieron falta más fondos, no vaciló en entregar sus joyas e instar a las demás mujeres a que siguieran su ejemplo.

### **INSTIGADORA FEMENISTA**

Théroigne pasó a ser la máxima defensora de los derechos de las mujeres, y también de sus deberes: “¡Ciudadanas! ¡No olvidemos que debemos entregar

nuestra vida a la patria! ¡Armémonos! La naturaleza y las leyes nos dan derecho a eso. Demostremos a los hombres que no somos inferiores a ellos en valentía y bravura; demostremos a toda Europa que las mujeres francesas conocen y están a la altura de las ideas de su siglo, despreciando los prejuicios absurdos y antinaturales. ¡Mujeres francesas! Compáren lo que somos en el orden social con lo que deberíamos ser. Para conocer nuestros derechos y nuestras obligaciones es necesario que nos dirijamos al juicio de la inteligencia, para con su ayuda poder distinguir lo justo de lo injusto. ¡Mujeres francesas! Lo repito otra vez: nuestra misión debe ser alta. Librémonos de las cadenas que nos atan; ya es tiempo de que la mujer salga del ambiente en que estuvo encerrada durante tanto tiempo, esclavizada por el orgullo, la ignorancia y la injusticia de los hombres; recordemos los tiempos en que nuestras madres, las mujeres galas y las orgullosas mujeres alemanas, intervenían en las reuniones y luchaban al lado de los hombres, venciendo a los enemigos”.

En enero de 1791 fue arrestada por los austríacos. El emperador Leopoldo quiso verla, y, fascinado por su verbo, le concedió la libertad. Retornó a París aprovechando la amnistía concedida. A partir de entonces se decantó por la causa girondina, específicamente por los brissotistas, que quería continuar la guerra exterior pero que se oponía a las reformas internas como forma de garantizar el orden.

En 1793 su vida volvió a cambiar. Cuando un grupo de mujeres gritaba contra Brissot en las Tullerías, éste apareció de repente. Théroigne quiso protegerlo pero la sujetaron, la azotaron y le rasgaron los vestidos. Se salvó porque Marat, de quien se rumoreaba que había sido su amante, se interpuso. Después de este episodio, Théroigne perdió la razón.

Se ha especulado con que fue ingresada en el psiquiátrico por sus enemigos políticos, pero el duro tratamiento al que se sometía ella misma durante su reclusión hace pensar que realmente había perdido la cordura: dormía en un jergón de paja, que mojaba con agua fría, ya fuera invierno o verano, y rehusaba ponerse vestidos o calzarse. En invierno se tapaba con una manta y rara vez salía de su celda, donde se le oía mascullar palabras relacionadas con la libertad o con su pasado revolucionario: pícaros, comité, revolución, fraternidad...

### **Los derechos de las mujeres**

Los clubes de mujeres abogaron por sus derechos. Algunas, como Etta Palm, Pauline Leon, Claire Lacombe, Olympe de Gouges y la misma Théroigne, fueron las pioneras de la lucha de los derechos de la mujer en la época moderna.

Olympe escribió la Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana. El siglo, libertario pero machista, no las perdonó. En noviembre de 1793, los clubes de mujeres fueron prohibidos, Olympe ajusticiada y el resto enviadas a prisión o al exilio.

## Josefina

De Josefina Beauharnais (1763-1814) dicen que fue el único amor real de Napoleón Bonaparte (1769-1821), aunque la amante de Paul Barras, uno de los hombres fuertes del directorio, no le correspondió. Como testimonio del inmenso amor que sintió Napoleón por su primera esposa quedan las fervorosas misivas que le escribió cuando estaba en la campaña de Italia, al poco de casarse.

Josefina, viuda en el momento de conocer a Napoleón, sabía que debía jugar bien sus cartas si quería hacer algo con su vida, pues la juventud ya se le estaba pasando. Tenía deudas que pagaba como podía, recibía dinero de sus amantes, especialmente de Barras, pedía dinero prestado a sus amigos y era perfectamente consciente de que no podría vivir eternamente de los hombres.

Esta gran seductora jugó con coquetería y con un viejo truco, el de reprochar a su amante que la tenía desatendida. En una carta del 28 de septiembre de 1795 Josefina escribió a Napoleón: “Ya no venís a ver a una amiga que os ama. La habéis olvidado completamente. Es un error por vuestra parte, pues ella os tiene gran apego”. Se conocieron en la casa de Barras, aunque una leyenda cuenta que fue cuando mandó a su hijo Eugenio a pedirle la espada de su padre, el general Beauharnais, requisada junto con otras armas cuando cayó en desgracia ante los mandos revolucionarios por su ineptitud.

Josefina rindió a Napoleón con un arma de seductora: mostrarse esquiva, pudorosa y tímida y alentarle con mil argucias sutiles de forma que él pensara que era en todo momento quien llevaba la iniciativa. Cuando se le entregó, lo hizo de forma que se diera cuenta de que era su salvador y su protector y el único que podía hacerla feliz.

En enero de 1796 ya se acostaban juntos, con la aprobación de Barras. Tras la caída de los reyes y la aristocracia, la élite superviviente creó un nuevo orden con sus propias reglas. Barras no quería que Napoleón le hiciera sombra política, pero no olvidaba que le había salvado y que todavía podía aportar mucho a Francia, como por ejemplo un ambicioso plan para conquistar Italia.

### **UN AMANTE FUERA DE LO COMÚN**

Tras su primera cita sensual, Napoleón le escribió: “He despertado lleno de ti, tu retrato y el recuerdo de la embriagadora velada de anoche no han dejado reposo a mis sentidos... ¡Ay! Esta noche me he dado cuenta de que tu retrato no eres tú. Te vas a mediodía. Voy a verte a las tres. Mientras tanto, te mando mil besos; pero no me los devuelvas porque me queman la sangre”. Ésta era la visión de Napoleón, no conocemos la de Josefina, pero si atendemos a los testimonios de insatisfacción de muchas mujeres que estuvieron con Napoleón, seguramente debió de ser muy diferente.

Madame Duchâtel, por ejemplo, solía adelantar las manecillas del reloj para apresurar la marcha del general en el caso de que mostrara algún interés en quedarse después. Madame Rémusat le reprochó su actuación amorosa y Napoleón le contestó que Dios y la naturaleza habían querido

que las mujeres fuesen siervas de los hombres, destinadas a satisfacerles y “nada más”.

Josefina le había dicho a Napoleón que era más joven. Confesó 28 años, cuatro menos de los que tenía realmente, y justificó que no aportaba su partida de nacimiento gracias a un amigo notario, que certificó que no podía obtenerlo porque su isla natal estaba bajo dominio inglés. Para no parecer tan bisoño, Napoleón se agregó un par de años y dijo tener 28, en lugar de los 26 con que contaba.

Se casaron el 9 de marzo de 1796, y dos días después Napoleón salió de París para tomar el mando del ejército en Italia.

La primera noche de casados fue poco afortunada (o quizá demasiado, según como se mire...) pues *Fortuné*, el perro de Josefina, acostumbrado a dormir en la amplia cama de su dueña le mordió en la pantorrilla a Napoleón, que había invadido «su territorio».

Durante su ausencia, Josefina acudió a fiestas y le engañó con su antiguo amante, Barras, y con uno nuevo, Junot.

Napoleón le escribía desesperado, temiendo que le engañara, pero sin creerse realmente que ella le fue infiel:

Verona, el 3 frimario, año V.

Ya no te amo; al contrario, te detesto. Eres mala, torpe, muy necia, muy poco agraciada. Nunca me escribes; no amas a tu marido: sabes el placer que le procuran tus cartas y no le escribes seis líneas, aunque sea de mala gana. ¿Qué hace, usted, señora, en todo el día? ¿Qué ocupación importante le impide escribir a su buen amante? ¿Qué afecto mata y hace olvidar el amor, el tierno y constante amor que le había prometido? ¿Quién puede ser ese maravilloso, ese nuevo amante que absorbe todos sus instantes, tiraniza vuestras horas y le impide ocuparse de su marido? ¡Josefina, ten cuidado! La noche menos pensada caen las puertas derribadas y aparezco yo.

Finalmente Napoleón no admitió más excusas por la demora de las cartas ni más pretextos para que se reuniera con él. Josefina viajó a Milán acompañada en su coche por un subteniente de 24 años, Hippolyte Charles, con quien se acostaba desde abril. Hippolyte, el último amante ilícito de Josefina, publicó sus relaciones en un folleto cuando Napoleón fue vencido.

En las misivas de Napoleón a Josefina durante la campaña de 1806-1807 se detecta afecto pero también cierta ironía: “Gran emperatriz: desde que te dejé en Estrasburgo no he recibido una sola letra... Los rusos van de retirada; veré qué puedo hacer en el término de pocos días... Dígname, desde lo alto de tu grandeza, preocuparte un poco de tus esclavos...”. Josefina intentó anteriormente darle celos, pero sus intentos resultaron infructuosos, entretanto como estaba por aquel entonces Napoleón con María Walewska.

En aquella ocasión fue a Josefina a quien le tocó experimentar la tormenta de los celos:

31 de diciembre:

Vuestras últimas cartas me han hecho gracia. Vos idealizáis a las bellas de la gran Polonia como ellas no se merecen... Me río de la estupidez de Mme. L [La Rochefoucauld]; sin embargo, debisteis mostrarle vuestro disgusto y aconsejarle no ser tan idiota. Son cosas que se hacen del dominio público y mueven a mucha gente a enojo. Por mi parte, considero la ingratitud como el peor defecto del corazón humano. Sé bien que en vez de consolaros, esta gente no hace más que causaros penas.

Josefina dilapidaba el dinero a manos llenas y siempre estaba endeudada. Gastaba mucho más de la asignación que le tocaba. Para “ir tirando” aceptó obsequios de todos y participó en negocios sucios.

Tenía a su servicio un ejército de peluqueras, encargadas, camareras, sastres y bordadoras, además de un pedicuro y un zapatero, que se encargaba de los ochocientos pares de zapatos que poseía. En sus armarios tuvo seiscientos setenta y seis trajes y cuatrocientas camisas hechas a mano. Dos veces al año, Josefina y sus damas repasaban su vestuario (incluidos gorros, pañuelos, chales, corsés, medias...) y demás pertenencias y las sustituían por otras nuevas. Muchas veces daba a sirvientas o amigas ropa que ni siquiera había estrenado.

Josefina era encantadora y seductora hasta tal punto que Napoleón dijo de ella una vez: “Yo sólo gano batallas, Josefina gana corazones para mí”. En 1804 fue coronada emperatriz y participó en muchos actos benéficos. En esos momentos, Napoleón ya la engañaba con otras muchas mujeres y ella jamás dejó de serle infiel, normalmente por puro capricho.

La duquesa de Abrantes se mostró impresionada por el porte de Josefina: “He tenido el honor de ser presentada a muchas verdaderas princesas, como se decía en el Faubourg Saint-Germain, y debo decir en conciencia que no he visto ninguna que impusiese más que Josefina. Era la elegancia y la majestad personificada”.

Después de la coronación, Napoleón pidió a Josefina que aceptara hacerse pasar por la madre del hijo que había tenido con otra mujer para que así pudiera conseguir su ansiado heredero. Aunque Josefina, convertida ya más en amiga que en amante, aceptó, el médico del emperador se negó en nombre de la ética profesional.

Finalmente, Napoleón la repudió en 1809 —aunque la recompensó generosamente—, y se casó con María Teresa, hija del emperador Francisco I. El 20 de febrero nació Francisco Carlos José Bonaparte, el rey de Roma, que en principio tenía que heredar el mundo y que sólo vivió hasta los 21 años. Josefina se retiró a Malmaison, su residencia favorita.

En 1814 Napoleón lo había perdido todo y al mes de su caída, Josefina murió, con 51 años. En su exilio final en Santa Helena, Napoleón escribió: “Josefina es la única mujer a la que verdaderamente he amado. Ella reina en mi corazón y llevo luto por ella”.

El zar Alejandro cuidó de Josefina en los últimos tiempos. Le asignó un millón de francos al año y acudió a su lecho de muerte cuando la emperatriz contrajo una difteria fulminante.



## UNA DELICIOSA CRIOLLA

Antes de Napoleón, Josefina tuvo un pasado «movido»; aunque empezó como inocente muchacha criolla de Martinica casada con el vizconde Beauharnais. María Josefa Tascher de la Pagerie, llamada también Josefina o Gayette, para su padre, llegó a París el 10 de noviembre de 1799. Era una deliciosa jovencita de piel blanquísima y ojos azules que tenía una gracia natural. Los dos novios se casaron el 13 de diciembre y aunque Alejandro estuvo en principio encantado de su inocencia y quedó complacido por el entusiasmo que ella ponía en la cama, le reprochaba sus lagunas culturales. Además, cuando nació Hortensia en 1803 la acusó de que no era hija suya.

La justicia reconoció como no culpable a Josefina, pero el veredicto fue ambiguo, ya que concedió la custodia del niño al padre y la de la niña a la madre. Con la exigua pensión que recibía de su marido, Josefina se vio obligada a regresar a Martinica, pero tuvo que huir a causa de una revuelta de esclavos. El resultado fue que se escapó de la inestabilidad de Martinica para caer en la inestabilidad de Francia, donde las diversas facciones revolucionarias se enfrentaban entre sí.

Fue a partir de la muerte de su marido cuando Josefina empezó realmente a brillar, a convertirse en una mujer de mundo y a iniciarse en el camino de la seducción. Fue en la cárcel donde Josefina dio sus primeros pasos en el mundo galante, pues se hizo amante del general Hoche.

A pesar de sus deudas y de que Hoche tuvo que dejar París y casi la abandonó a su suerte, Josefina, haciendo verdad el dicho de «dinero llama a dinero», alquiló un precioso pabellón de dos plantas y contrató más servicio: un cochero y un cocinero para las cenas con sus invitados. En ese momento fue cuando empezó a depender de sus amantes.

### La prueba de la seducción

Josefina logró seducir a Napoleón hasta el punto de que él siempre la echaba de menos y le escribía hermosas cartas de amor, como ésta: “¿Qué haces a estas horas? ¿Duermes acaso? Yo no estoy ahí para respirar tu aliento, contemplar tus encantos y colmarte con mis caricias. Lejos de ti, las noches son largas, aburridas y tristes. Mientras que junto a ti, no hay por menos que lamentar que no sea siempre de noche. Adiós, hermosa y buena, tan incomparable, toda tú divina. Mil besos amorosos en todas partes, en todas partes...”.

## Madame de Staël

Anne Louise Germaine Necker (1766-1817), baronesa de Staël-Holstein y más conocida como madame de Staël, fue la amante símbolo de su época y una mujer libre, luchadora por los derechos de las mujeres, máxima

opositora a Napoleón e influyente escritora e ideóloga política que pasó gran parte de su vida en el exilio debido a sus ideas.

Entre otros tuvo relaciones con Montmorency, el conde Luis de Narbona –presumiblemente hijo ilegítimo de Luis XV-, Talleyrand; el conde Adolph von Ribbing -quien planeó el asesinato de Gustavo II, rey de Suecia y Finlandia- y José Bonaparte. En 1952 salieron a la luz, gracias a la publicación íntegra del diario de 1807, sus relaciones con un hombre al que amó, Benjamin Constant, y al que, como otros amantes, gratificó generosamente. En total, recibió 80.000 francos, equivalentes a muchos millones de francos de finales del siglo XX.

La hija del financiero y político Jacques Necker tuvo acceso a la cultura y a la política desde muy joven ya que su madre tenía en la casa familiar un prestigioso salón donde también se hablaba de literatura y se organizaban representaciones teatrales, en las que intervenía la propia Germaine. Acudía tanta gente a estos espectáculos que los camareros tenían que pasar las bebidas por las ventanas.

Madame de Staël fue una seductora, en efecto, pero lo fue en gran parte gracias a su dinero y a su capacidad para humillarse ante los que amaba por retenerlos, especialmente con Constant.

Entre sus pretendientes estuvieron el príncipe de Mecklenburg y William Pitt –que más tarde se convertiría en un célebre político-, aunque finalmente se casó a los 20 años, sin mucho entusiasmo, con el embajador de Suecia, el barón Eric-Magnus Staël-Holstein, diecisiete años mayor que ella. Con su primer amante durante su vida matrimonial, con el que empezó a verse en 1788, el conde de Narbona, tuvo dos hijos, Albert y Auguste.

En 1788, con 22 años, su prestigio literario ya estaba consolidado gracias a la publicación de *Lettres sur les écrits et le caractère de J. J. Rousseau*.

Constant escribió sobre Germaine, a quien conoció en 1794 lo siguiente: “Su inteligencia me deslumbró, su alegría me entusiasmó, sus elogios me hicieron perder la cabeza. Al cabo de una hora tuvo sobre mí el poder más ilimitado que jamás haya ejercido una mujer”. Cuando la relación entre ambos terminó y ella quiso saber si la había amado, Constant, con sinceridad y crueldad, le respondió: “No, Germaine, nunca he amado a una mujer durante más de tres meses”. Quizá por eso, Germaine pudo pronunciar frases como: “El amor, que no es más que un episodio en la vida de los hombres, es la historia entera en la vida de las mujeres”, o esta otra: “La libertad es incompatible con el amor. Un amante es siempre un esclavo”. Su matrimonio con el barón terminó formalmente en 1797 y los dos cónyuges se separaron legalmente.

## **DEL ODIOS AL AMOR**

Ni aun para su tiempo, Germaine era una mujer guapa: era rellenita y su cara demasiado redonda. No podía considerarse hermosa, pero sí brillante y con talento; además, tenía una luz especial en los ojos, una sonrisa encantadora y una seductora voz, lo que le valió para tener éxito tanto en la época del Antiguo Régimen como en la de la Revolución francesa o durante

el gobierno de Napoleón. Y eso que no sabía nada de etiqueta y vestía bastante mal, según sus más acerbados críticos.

Su relación con Constant fue tormentosa. A veces vivían momentos de ternura, pero en otras ocasiones se hacían la vida imposible el uno al otro. Pese a las palabras de Constant, fue, sin duda, un gran amor, aunque no siempre supieron comprenderse y pasaban de la diversión al hastío y de la adoración a la repugnancia, mintiéndose constantemente el uno al otro, aunque en algo sí eran sinceros: ambos eran conscientes de su infidelidad. Tuvieron una hija, Albertine.

La complejidad de sus relaciones puede seguirse leyendo el diario de Constant, que escribía en clave (por ejemplo, el 2 significaba romper con ella). En 1807 hay muchas anotaciones del tipo: “2 decidirá mi vida” o “2, 2, 2, 2”, para más tarde anotar: “Se ha ido, mi corazón se ha quedado destrozado. ¡Me ama tan tiernamente”. En anotaciones de 1806 podía leerse: “Es una parte de mí mismo; no puedo separarla de mí”.

Constant intentó envenenarse en una ocasión en Coppet, tras un fuerte altercado con ella. Germaine, una noche que él la abandonó porque iba a casarse con una mujer tan femenina como insípida, corrió a la casa de él en un carruaje; Benjamin la encontró gritando y llorando y con las ropas rotas, el pecho arañado y el pelo enredado.

Durante la Revolución francesa, Germaine tuvo un importante salón de tertulia política y luchó abiertamente contra todas aquellas personas o instituciones que querían desvirtuar los ideales de la Revolución o los que querían radicalizarla. En esta época tumultuosa ayudó a escapar a su amante, el conde de Narbona, a Inglaterra, y ayudó a muchas otras personas a huir de la guillotina, proporcionándoles documentos falsos y sobornando a funcionarios.

Como escritora, destacó por sus escritos y sus comentarios políticos, como bien reflejan sus *Considérations sur les principaux événements de la révolution française* o sus *Cartas*, por obras como *Alemania*, un manifiesto romántico y político, o la novela de amor *Corina*. Madame de Staël creía en el progreso, como Voltaire, y sostenía que la libertad y la tolerancia religiosa eran necesarias para que la literatura alcanzara nuevas cimas.

En 1793 se ausentó por primera vez de París por razones políticas y, después de un viaje a Inglaterra en el que estuvo con otros exiliados, entre ellos Talleyrand, su preferido del momento, se estableció por un tiempo en Coppet (Suiza). Tuvo un breve idilio con Adolph von Ribbing y, gracias a sus conexiones, creó en el exilio otro importante salón donde fueron acogidos ministros, artistas, científicos y escritores perseguidos. Tras el final del «reino del terror», en 1794, regresó a París.

## LA «EMPERATRIZ DE LA MENTE» Y EL «EMPERADOR DE LA MATERIA»

En 1803, cuando Napoleón descubrió que en su salón se tramaban algunos complots políticos contra él, la expulsó, y Germaine se instaló en Alemania. Visitó Weimar, Berlín y Viena y llevó la vida errante que ella misma describió en *Diez años de destierro*. Estuvo también en Rusia; en Suecia, donde intervino en el complot de Bernadotte; en Italia y en Inglaterra. La

guerra entre el «emperador de la materia» y la «emperatriz de la mente», como los llamó el punzante Sainte-Beuve, duró catorce años.

En 1811, madame de Staël se casó en secreto con Jean Rocca, un joven oficial de 23 años al que casi doblaba en edad (en ese momento ella tenía 45). Se volvieron a casar públicamente al cabo de cinco años y tuvieron un hijo que era disminuido psíquico, Alphonse.

Volvió a París en 1814, después de Waterloo, y retomó la lucha por la tolerancia y la libertad. Debido a su fiero antagonismo con Napoleón, el padre de Germaine, Jacques Necker, llegó a decir que sus diferencias eran el resultado de un amor infeliz: el que ella alimentaba y él rechazaba. Constant, en cambio, sostenía la tesis de que madame de Staël quería estar cerca del poder y Napoleón no estaba dispuesto a tener ningún consejero ni consejera a su lado, por lo que sus posturas eran irreconciliables.

A pesar de su larga separación, Constant acudió al lecho de muerte de Germaine, donde agonizaba tras sobrevivir a una apoplejía. Como ella deseaba, murió antes que él. Rocca, que también estaba enfermo, murió varios meses después.

### **Sobre las mujeres**

“La opinión pública parece exonerar al hombre de toda obligación respecto a una mujer conocida por poseer una mente superior: uno puede ser desagradable, vicioso u ofensivo con ella sin despertar la cólera social. ¿No es ella una mujer extraordinaria? Nada más que alegar. Se la abandona a su propia suerte, a la lucha en vano y en solitario por remontar su dolor. A menudo, las mujeres de inteligencia extraordinaria carecen del interés que despierta una mujer en el género opuesto y del poder que garantiza un hombre. La mujer dirige su singular existencia, al igual que los parias indios, rodeada de todas las clases a las que jamás podrá pertenecer, las mismas clases que la repudian, obligándola a vivir por su cuenta. La relegan al papel de objeto curioso, quién sabe si por envidia, y por ello no merece nada más que compasión” (*De la littérature*, 1802).

## **Julie Reécamiér**

Madame Récamier (1777-1849) fue una destacada rompecorazones que necesitaba la adoración de los hombres, aunque nunca les hizo demasiado caso y siempre acabó abandonándolos antes de que la relación llegara a más. En un estudio sobre su caso, un grupo de médicos actuales ha concluido que padecía vaginismo con hiperestesia vulvar, lo que explicaría sus malas relaciones con el sexo, ya que estaba incapacitada para la penetración.

A pesar de ello, madame Récamier merece un apartado en este libro sobre coquetas y seductoras porque supo convertir en perritos fieles a los grandes hombres de su época, que esperaban tener más suerte que los precedentes y obtener de ella amor o... algo.

El salón de esta mujer culta e inteligente fue punto de encuentro por excelencia para gran parte de las personalidades del momento, y en él madame Récamier lucía sus talentos: cantar, bailar, tocar el arpa y, sobre todo, conversar y rechazar amablemente a sus pretendientes.

En su salón, por ejemplo, Chateaubriand leyó *Las aventuras del último abencerraje*; Constant su *Adolfo* o Balzac *La piel de chagrín*. Entre sus más asiduos visitantes estuvieron Metternich, Wellington, Lamartine, Cousin, Sainte-Beuve y Mérimée. Julie era amiga íntima de madame de Staël.

El escándalo de madame Récamier empezó con la creencia, fomentada por una de sus biógrafas, François Waganer, de que su padre natural la desposó para así poder heredar su fortuna y evitar el deshonor de reconocerla. Cuando contrajeron matrimonio, el 13 de diciembre de 1792, ella tenía 15 años y una amplia experiencia en quitarse docenas de adoradores de encima; él era un rico banquero llamado Jacques-Rose Récamier, de 42 años. No está demostrado que fuera su padre.

La sobrina de madame Récamier tuvo especial cuidado en dejar claro la naturaleza de las relaciones entre ambos cónyuges: “Madame Récamier no recibió nunca de su marido más que el nombre. Esto puede asombrar, pero no tengo el encargo de explicar el hecho; me limito a atestiguarlo, como hubieran podido hacerlo todos los que, conociendo a M. y Mme. Récamier, penetraron en su intimidad. Récamier no tuvo más que relaciones paternas con su mujer; no trató jamás a la joven e inocente niña que llevaba su nombre sino como a una hija cuya belleza alegraba la mirada y cuya celebridad adulaba su vanidad”.

A los 21 años se hizo amiga de madame de Staël, que tenía once años más, y que la ganó para su causa de oposición al Imperio. Uno de los contemporáneos de Julie la describió así: “Se parecía a las vírgenes de Rafael; su cuerpo era flexible y armonioso, su cuello muy esbelto y su tez de un matiz maravilloso que fue el asombro de cuantos la conocieron. Sus ojos grandes y hermosos miraban siempre con dulzura: la nariz era correcta y delicada, la boca pequeña, la dentadura magnífica, el pelo castaño y naturalmente rizado, y la expresión del rostro de una bondad tan incomparable que no podía ser más seductora”.

## **EN LUCHA CON NAPOLEÓN Y LA VIRTUD**

A Julie no le gustaban los Bonaparte. Además, uno de ellos, Lucien, se enamoró perdidamente de ella y le escribió apasionadas cartas de amor, persiguiéndola hasta la obsesión. Madame Récamier desdeñó a Napoleón negándose a sentarse junto a él en una comida oficial.

Sus admiradores se contaron por sagas: estuvieron enamorados de ella tres generaciones sucesivas de Montmorency: Matthieu, Adrien y Henri, y a todos los trató como al resto de sus pretendientes: con exquisita amabilidad y ninguna concesión.

Madame Récamier conoció al amor de su vida, Chateaubriand, en 1801. Ella causó una gran impresión en él: “Me pregunté si estaba viendo un retrato del candor o la voluptuosidad”, pero no volvieron a verse hasta julio de 1814, y no fue hasta el 28 de mayo de 1817 cuando surgió algo entre los dos. Madame Récamier, en palabras de Sainte-Beuve, era “Julie

transformada en Julieta, aunque nunca debiera tener un Romeo”. Encontró finalmente a su enamorado en René Chateaubriand, al que entregó “su virtud”. Él tenía 50 años y ella, 40.

Mientras, en 1807, ella quiso divorciarse para casarse con el príncipe Augusto de Prusia, quien logró arrancarle un compromiso escrito y firmó otro de su puño y letra, pero su marido no le dio la libertad. Julie pensó en el suicidio. A pesar de las presiones del príncipe, que la acusó de no amarle lo suficiente, ella permaneció junto a su marido, que en ese momento estaba arruinado.

## LOS DESENGAÑADOS

Fouché intentó «conseguirla» para Napoleón prometiéndole ser dama de la corte de aquél, lo que mejoraría los negocios de su marido, pero ella se negó y el Estado no le concedió un crédito que necesitaba, por lo que el banquero Récamier se arruinó.

Entre sus enamorados de esa época también se encontró el duque de Wellington, que en una carta le escribió: “Cada vez que os veo quedo más profundamente impresionado por vuestros encantos y menos inclinado a prestar atención a la política. Espero visitaros mañana a pesar de los peligrosos efectos que tales visitas producen en mí. Rendidamente a vuestros pies. Wellington”.

Otro de los damnificados fue Benjamin Constant, que enloqueció por ella en 1814. Como hacía siempre, Julie se limitó a atizar el fuego de Constant y no cederle terreno: le gustaba ser adorada. A Constant, como a otros muchos pretendientes, le animó: “¡Atreveos!”, pero en el caso de que este hombre más bien dubitativo se hubiera atrevido, ella hubiera sabido darle esquinazo, como al resto. Otros despechados fueron: Augusto de Staël, hijo de Germaine; el gastrónomo Brillat-Savarin... Y todo ello disfrazado de virtud y bondad, aunque bien sabían sus adoradores que el corazón de Julie era de piedra.

En 1814, se retiró a la Abbaye-aux-Bois y vendió, para ayudar a su marido, la magnífica residencia de la calle Mont-Blanc, incluidos los muebles, los cuadros, la vajilla de plata y las joyas. Allí la visitaban igualmente sus admiradores y allí fue donde Chateaubriand se prendó de ella. Julie tenía un doble talento: sabía convertir a sus adoradores en amigos sin que se enfadaran, por mucho que se hubieran sentido desengañados por sus constantes negativas, y no molestaba tampoco a las damas.

Su táctica era animar al hombre escogido, luchar con él para conseguir la victoria, prometer todo lo prometible y, finalmente, retirarse para dejarlo desconcertado. El golpe de gracia era hacerle saber que ya había otro. También se dice que fue causante de muchos duelos. Constant escribió sobre ella: “Daría diez años de mi vida con tal de vengarme de ella. Olvidarla, ¿pero cómo? ¡Dios mío, cómo la odio!”. No podía perdonarla y, sin embargo, escribía “Esta necesidad de verla...”.

Siguió siendo la anfitriona de un prestigioso salón al que asistían los pintores Ingres y Gérard, Stendhal, Víctor Hugo, Mérimée, Alfred de Vigny y Rossini.

Con Chateaubriand, a quien escuchaba embelesada y a quien nadie se atrevía a contradecir para no contrariarla, también reconvirtió al final la pasión en una gran amistad. Él le era infiel, pero volvía siempre a su lado. Una anécdota cuenta que a los 50 años, uno de sus futuros admiradores, al conocerla, no pensó que tuviera más de 25.

Julie enterró a sus últimos adoradores: el constante poeta Balanche, que murió en 1847 y al que ella le cedió un lugar en su panteón de Montmartre, y Chateaubriand, que murió al año siguiente. Madame Récamier, que estaba ciega, sólo le sobrevivió unos meses, por lo que no pudo ver publicadas sus memorias, por cuya edición tanto había luchado.

Chateaubriand había roto aquella calma glacial de la que Constant había escrito: “El corazón más árido que el cielo, el infierno haya producido nunca... Es un gorrión, una nube, sin memoria, sin discernimiento, sin preferencias”.

### **Carta de un verdadero amor**

Chateaubriand, el hombre que la «desheló», le escribió cartas muy bellas, como la que sigue:

Os veré en primavera... Lo demás no me importa... Os veré antes de dos meses. Ésta es una de las pocas ideas que me devuelven las ganas de vivir.

No os preocupéis, ángel mío: yo os sigo amando y os amaré siempre. No cambiaré nunca. Os escribiré y acudiré siempre que lo mandéis. Sé que todo esto durará poco y que algún día podré perteneceros del todo. Buenas noches. Os escribiré mañana desde Calais.

Quiero que encontréis esta carta al despertaros, como de costumbre. Os convenceréis de que nada cambiará en nuestra vida si no cambiáis vos. Me está esperando el coche. Son las ocho y media. Hasta muy pronto. Os amo, ángel mío, para toda la vida.

Toda esta política que me tiene acaparado no significa sino que estoy muriendo de deseo de veros. No he podido escribiros en el último correo porque estaba demasiado triste y era demasiado desgraciado por culpa de vuestro silencio, pero ahora siento la necesidad de deciros una vez más que os amo.

No doy ninguna importancia a todo esto. Lo único que me importa es que me améis y vivir en paz con vos en un pequeño retiro con la única compañía de algunos libros. Ésta es la única verdad de mi deseo, de mi corazón. Escribidme, si os parece bien, un poco más largo.

He pasado tres cuartos de hora solo, esperando, recordando vuestro nombre y sintiéndome feliz de encontrarme entre vuestros libros, vuestras flores y todo esto que me habla de vuestra presencia. Hemos de pensar en tomar una decisión, pues no sé lo que será de mí sin vos. ¿Cómo habéis podido deciros a salir de casa a “nuestra hora”? ¿No podíais haber esperado un poco?

Se conoce que no os cuesta vivir sin mí. Yo, que lo había dejado todo para venir a veros.

Ángel mío, mi vida, y no sé qué más decir, como no sea que os amo con toda la locura de mis primeros años. Lo olvido todo desde que me habéis permitido caer a vuestros pies”.

## Paulina Bonaparte

Paulina Bonaparte (1780-1825), hermana preferida de Napoleón, nació para vivir y disfrutar... y para llevar de cabeza a su hermano, que no se veía capaz de domar a esta mujer que engañó a todos sus maridos y amantes por sistema y que desató un escándalo mayúsculo cuando se hizo esculpir como Venus vencedora por Cánova, posando desnuda para él.

En 1794, con 14 años, Paulina ya destacaba por su belleza y coquetería en la fortaleza de Sallé en Antibes, donde vivía con su familia. Allí se enamoró de ella un oficial, Junot, que cifraba sus esperanzas en una apetecible suma de dinero que había de heredar cuando su padre muriera. Napoleón le hizo saber a Paganetta, como le gustaba llamarla, o Paulette – nombre preferido por Junot-, lo descabellado de sus intenciones; sólo a partir de entonces Paulina se volvió más distante con el militar. Elisa y Paulina se convirtieron en las reinas del lugar y no faltaron quienes las acusaran de ser demasiado ligeras de cascos.

Cuando se trasladaron a Marsella, las dos hermanas despertaron al lujo y al gusto por los hombres, a pesar de la difícil situación económica de su familia, y si hemos de creer algunos testimonios de sus contemporáneos, no mostraban una “moral muy escrupulosa”. Un historiador de la época, el general de Ricard, hizo notar esta característica, “me acuerdo de ciertos detalles, a los que no concedí ninguna importancia, que demostraban demasiada frivolidad y excesiva coquetería con algunos jóvenes marseleses atraídos por los encantos de estas muchachas. Mas también es posible que entre ellos hubiese alguno demasiado fatuo para ufanarse de favores conseguidos, acaso por venganza de desdenes muy reiterados. No me atrevo a fallar el pleito; pero debo decir que la opinión en Marsella no les era muy favorable y les atribuían aventuras galantes y hasta escandalosas”.

### EL DON JUAN DEL TERROR

El siguiente pretendiente de Paulina fue un hombre mucho más peligroso. Comisario del Directorio de Marsella, y conocido como Don Juan del Terror, Fréron, que así se llamaba, era, además, un verdadero canalla de 40 años que acababa de abandonar en París a su última amante, la artista Luisa Masson, embarazada y con dos hijos suyos más.

Leticia, la madre de Paulina, no estaba muy conforme con dar el sí a la relación, pues Fréron tenía una pésima fama de mujeriego incorregible y se decía de él, incluso, que había tenido relaciones con hombres.

Paulina recurrió a su hermano con una emotiva carta en la que, siempre seductora, se despedía con un calculado saludo: “Recordad alguna que otra



vez la vida llena de amargura y las lágrimas que vierte todos los días Paulina Bonaparte”.

Ésta es la descripción que Henri D’Almeras hizo de Fréron: “Usaba el lenguaje afectado de la época, un lenguaje molesto y confuso que subrayaba las vocales y suprimía las consonantes difíciles de pronunciar. Vestía la casaca de cuello altísimo, se adornaba con grandes dijes y manejaba, con aire marcial y la más amable indolencia, un bastón fuerte. Sus calzones, con estampadas rosas, eran tan ajustados que parecía mentira hubiese podido entrar en ellos, y su petulancia juvenil acrecía considerablemente su prestigio de donjuan jacobino”.

Paulina llegó a estar tan desesperada que intentó suicidarse arrojándose al mar desde una barca, pero un hombre que estaba en la orilla la vio y la salvó. Las cartas de Paulina, tan apasionadas como repetitivas, dicen mucho sobre su persona. En italiano le escribía a Fréron: “Mi caro bien, qué sufrimiento estar así separados durante tanto tiempo...; todas mis acciones se vuelven hacia ti. Te amo siempre y apasionadísimo; por siempre te amo, ídolo mío, sé mi corazón, tierno amigo; te amo, amo, amo, sí, amadísimo amante”.

Paulina tenía una delicada figura y unos ojos maliciosos tan insinuantes como su sonrisa; y Napoleón ansiaba, por encima de todo, poder casarla.

## **SU AMANTE MARIDO**

Finalmente, la convenció para que contrajera matrimonio con Leclerc, quien estaba muy enamorado de ella, pero no se atrevía a dar el paso por miedo. Napoleón organizó cacerías, bailes y otras diversiones para que los dos se encontraran y un día preparó un encuentro “casual” entre ambos en su despacho. Paulina consiguió que Leclerc se abalanzara sobre ella y, justo en ese momento, irrumpió Napoleón, que exigió una reparación: el matrimonio. Sí, las grandes seductoras saben cómo conseguir lo que quieren. El enlace se celebró en 1799.

Los años comprendidos entre 1797 a 1802 fueron lo de esplendor de Paulina. Georgina Duprest la describió así: “Madame Leclerc era, sin disputa, la mujer más bonita de aquel tiempo. Los celos, las envidias, tan propicios a descubrir defectos en las personas de gran fama, no pudieron hallar la más ligera imperfección en esta belleza deliciosa, que tenía la figura más elegante, la distinción más atrayente y las gracias más seductoras. Criticar su persona era absolutamente imposible. Había que callarse o unirse al elogio que promovía en todas partes esta incomparable hermosura”. Duprest sí fue capaz de atribuirle defectos, pero no a su físico sino a su carácter: sólo le gustaba hablar de vestidos y de sombreros y no tenía ningún tipo de cultura.

Una noche, sin embargo, una avispada mujer, madame de Contades, fue lo suficientemente audaz como para encontrarle un fallo físico y airearlo de tal forma que resonara en toda la sala. Paulina vestía una falda de muselina de la India muy fina con un bordado en el bajo que representaba una guirnalda púrpura, una túnica de forma griega y una valiosa estola de piel y un bonito peinado que la hacía parecer una bacante. En medio de su triunfo, resonaron las palabras de madame de Contades: “¡Ay, Dios mío,

Dios mío que desgracia! Una criatura tan bella. Pero ¿cómo nadie se ha dado cuenta nunca de tal deformidad? Dios mío, ¡qué error! ¿Nadie se ha dado cuenta de sus grandes orejas? Si yo las tuviera parecidas me las haría cortar”. Un comentario muy poco caritativo...

Al cabo de diez meses de casados tuvieron un hijo, que Napoleón se empeñó en llamar Dermide. Este hecho no fue obstáculo para que Paulina engañara a su marido con Hippolyte Charles, amante de su cuñada Josefina, y con Lafont, un muy atractivo actor teatral trágico.

El matrimonio se estableció en París y a partir de ese momento Paulina se desató frecuentando la compañía de varios oficiales. Para acallar los rumores y los desmanes de su hermana, Napoleón envió a Leclerc a Santo Domingo a sofocar una rebelión. Paulina partió ataviada como una emperatriz y con un hermoso y carísimo ajuar de joyas y vestidos nuevos. De hecho, la partida se retrasó un mes en espera de que se completaran sus pedidos. El destino fue más incómodo que otra cosa, y Paulina se consoló con amantes de un día.

En la isla su sensualidad se disparó. Luis Goldsmith afirmó en *Historia secreta del gabinete de Napoleón Bonaparte, y de la corte de San Clud* (1813) que Paulina estuvo enamorada de Petion y Christopher, dos jefes negros. También se afirmó que Paulina había tenido relaciones con otras mujeres.

Para poner fin a estos entretenimientos, Leclerc le lanzó una advertencia. Como supo que algunos soldados habían descubierto una cesta de cartas amorosas dirigidas a Toussaint, otro de los cabecillas, redactó un aviso: “Las mujeres blancas que se prostituyan con los negros, cualquiera que sea su rango, serán enviadas a Francia”.

En una ocasión, ante el cariz que estaba tomando el asunto, las damas rogaron a Paulina que embarcara y huyera, pero ella las conminó a aguantar y les dijo que no tenía miedo, que era la hermana de Napoleón Bonaparte.

## **LA PRINCIPessa**

Leclerc murió de fiebre amarilla en 1802; en contra de lo que pudiera parecer, Paulina quedó completamente abatida, llegando a cortarse los cabellos en señal de duelo. Volvió a París, donde se consoló con otros hombres. Bonaparte intentó de nuevo reconducirla por “el buen camino” casándola. Esta vez el elegido fue Camillo Borghese, un príncipe italiano. Este hombre encumbrado tenía un gran inconveniente: era impotente. Uno de sus secretarios, Máximo de Villemarest, realizó esta semblanza de él: “Era el más extraño tipo de avaro fastuoso que se haya conocido jamás. No le importaba gastar miles de escudos en comprar elegantes fruslerías al Petit Dunquerque, del que fue el mejor cliente desde que llegó a París; en cambio, no daba cien francos para una obra de caridad”.

Paulina se dio a conocer en los selectos ambientes de Roma y entre los hombres atractivos, a los que seguía recibiendo. No obstante, se aburría, y no encontrando distracciones, decidió que Cánova le hiciera una estatua como Venus vencedora. Esto desató el escándalo y las visitas a la residencia de Turín, donde Camillo emplazó la estatua. Para evitar el

continuo desfilan de curiosos, la obra de Cánova acabó en un sótano de Roma, donde la visitaba Camillo cada vez que quería ver a su esposa...

Una de las principales rivales de Paulina, la condesa Venosta-Ricci, se vengó de ella exponiendo una reproducción de la Venus en su patio.

### **UNA FORMA ELEGANTE DE SALIR DE UN LANCE EMBARAZOSO**

Paulina fue sorprendida por su marido mientras le engañaba con el que, posiblemente, fue el amor de su vida, Augusto Forbin —un apuesto hombre de 30 años, poeta, arquitecto y pintor—, pero optó por seguir con lo que estaba haciendo. “Dad gracias a que sois la hermana del emperador”, le espetó entre dientes Camillo. Fue de nuevo Bonaparte quien puso fin al asunto nombrando subteniente al amado de su hermana y dándole un destino lejos de ella.

Otros escándalos sobre Paulina es que se supo que se calentaba los pies en los pechos de una de sus damas de compañía y que recibía masajes de un negro vestido con uniforme rojo. Paulina puso de moda las calentadoras de pies (incluso una especialista, madame de Château-Rouge, fue solicitada por la reina de Prusia, que la llevó a su palacio como dama favorita). Las encargadas de desvestirla, bañarla y vestirla eran cuatro esclavas negras que se turnaban en parejas para atenderla. Las ganas de probar nuevas emociones de Paulina hicieron que en una ocasión las sustituyera por un negro hercúleo que la metía en la bañera. Madame de Chabrouillon, su gran amiga, le preguntó al respecto y ella le contestó que era cierto, pero que “un negro no es un hombre”.

Y otro amante... el profesor Blangini, con quien, en teoría, aprendía canto, pero cuyas lecciones se prolongaban hasta la madrugada. Paulina gustaba de lucir sus amoríos en público, lo cual, a la larga, significaba que Napoleón los apartaba de su lado, pero esta princesa de la belleza y la volubilidad en seguida encontraba sustitutos.

La salud de Paulina siempre fue muy delicada. Con 28 años siempre se encontraba enferma y cansada, por lo que comenzó una larga peregrinación por diversos balnearios en los que, para distraerse, también participó en fastuosas fiestas. En realidad padecía tuberculosis. También se le diagnosticó histerismo y una irritación en la matriz, que en aquella época se consideraban vinculados. Este diagnóstico ha hecho pensar que la sensualidad de Paulina podía tener un origen patológico.

El siguiente amante, después del alejamiento de Blangini, fue el comandante Armando de Canouville, que se embriagó con su «éxito» y quiso hacer público el idilio. Napoleón lo descubrió todo cuando el caballo de Armando, *Alí*, a punto estuvo de tirarle; entonces, vio sobre sus hombros unas pieles con las que él había obsequiado a su hermana y que se las había regalado el zar Alejandro de Rusia. Para que a su caballo se le refrescara su sangre “demasiado joven y ardorosa” le mandaron a Portugal.

Volvió tan deprisa como pudo... pero para encontrarse con su sustituto, el capitán Aquiles Tourteau, que llevaba el mismo camino que él. Se quedó así sin Paulina y sin su verdadera amante, madame Barral, dama de honor de la princesa, que se lo cedió por «delicadeza». Ante la insistencia de

Canouville para volver junto a Paulina, Napoleón le envió a primera línea de fuego a Dantzig, donde murió al cabo de poco tiempo.

Cuando Napoleón fue desterrado, Paulina fue una de las pocas personas que no le abandonó. En Elba le visitó María Walewska con su hijo, Alejandro, pero Napoleón no aceptó que se quedara. Paulina vendió sus joyas para ayudarlo y se instaló con él en la isla, lo que se convirtió en nuevo objeto de murmuraciones para contemporáneos e historiadores, que hablaron de un componente faraónico en las relaciones de los dos hermanos. Paulina le acompañaba en sus cabalgatas, organizó bailes y consiguió dar cierto brillo social a la isla.

Cuando la estrella de Napoleón se apagó definitivamente en Waterloo, Paulina pidió acompañarlo en el destierro final de Santa Elena, pero no pudo conseguirlo.

Paulina Bonaparte murió en junio de 1825, con 44 años, acompañada de su marido Camillo y de sus hermanas. Su atractivo físico había permanecido intacto hasta casi los 40 años de edad, pero en el momento de su muerte la enfermedad la había minado.

SIGLO XIX

Alejandro Dumas hijo estaba fascinado por una bellísima italiana que se hacía llamar madame Adriani, y que luego resultó ser de Marsella. El pacato y pálido Alejandro se la presentó a su padre, totalmente opuesto a su vástago, pues era un vividor y un dilapidador de dinero. Al día siguiente, Alejandro padre buscó a su hijo y le dijo:

—¿Quieres que te diga una cosa. Tú no amas en absoluto a madame Adriani.

—Me guardaría mucho de amarla —contestó el hijo.

—¿Entonces para que te sirve?

—Para estudiar

—¿Para estudiar el qué? ¿*Le monde*? —se interesó el padre.

—No, *le demi-monde*.

Así nació esta popular expresión, que posteriormente fue adoptada por la sociedad para designar a las mujeres que emulaban a las grandes cortesanas de la antigüedad, como Aspasia o Friné. (Meses más tarde de ocurrida esta anécdota, el 20 de marzo de 1885, Alejandro Dumas hijo estrenaba *Le Demi-Monde*.)

Previamente, Alejandro Dumas hijo había pagado un caro tributo a las cortesanas; tuvo que renunciar a Marie Duplessis, que le inspiró su célebre novela *La dama de las camelias*, publicada en 1848.

El siglo XIX brindó a las cortesanas oportunidades que no habían tenido antes. Francia fue la abanderada del poder de estas mujeres que no sólo eran francesas, pues también las hubo irlandesas, españolas y británicas. Por primera vez en la historia, cualquiera podía ganar dinero si tenía determinación y sentido financiero, y las cortesanas supieron aprovecharse de esta situación y de las clases emergentes y consolidadas.

En Francia tuvieron cabida las mujeres de letras, libres y liberales, que forjaron su destino sin depender de los hombres y escandalizaron a la sociedad por sus amores. Entre ellas, por supuesto, George Sand.

Las *demi-mondaines* brillaron en el Bois de Boulogne, en Longchamp —desde donde imponían sus modas—, Vichy, Baden...

Las cortesanas eran conocidas en otros países con eufemismos como “aquellas señoras” o “las horizontales”. Paradójicamente, las mujeres de la nobleza no se trataban con ellas, pero sus esposos, hijos y hermanos las agasajaban.

Para ser una *demi-mondaine* había que tener gracia, belleza y talento, y también era necesario saber hacer gala de las riquezas. Las cortesanas del siglo XIX acumularon joyas y dinero sin fin. Recibían en grandes pisos, amueblados lujosamente, y tenían numerosos criados y doncellas. Además, en los buenos tiempos, poseyeron palacetes, mansiones, joyas, magníficos vestidos... Las más cultas o astutas también poseían un salón para aristócratas aburridos y ociosos y gente de letras.

Los hombres con los que se trataban eran, sobre todo, los miembros de las familias reales, príncipes, duques y grandes; tampoco desdeñaban a los grandes magnates, como Vanderbilt o Hearst. Émilienne d'Alençon, una de las cortesanas más rapaces, que integró junto a Carolina Otero y Liane de Pougy el grupo de «Las tres gracias», definió perfectamente el espíritu de las cortesanas: “Si te acuestas con un burgués no eres más que una puta, pero si lo haces con un rey eres una favorita; el matiz es

sensible y suena mucho mejor, ¿no?". (En una de las salas principales de Montecarlo puede verse un cuadro que se llama *Las tres gracias*. En él salen las tres ninfas desnudas: Liane de Pougy, Émilienne d'Alençon y Carolina Otero.)

Todas las cortesanas empezaron a destacar por dedicarse al mundo del espectáculo, pero ninguna, a excepción de Cléo de Mérode, que era una bailarina excelente, tuvo demasiadas dotes artísticas.

París, en aquella época, era un mundo lleno de glamour al que acudían muchos hombres para conocer y disfrutar de la compañía de las parisinas. Había seductoras para todos los gustos y posibilidades: desde las muchachas que abordaban a los hombres en los cafés a las grandes cortesanas, a las cuales era necesario ser presentado y poder ofrecer garantías de fondos sin fin aun para disfrutar de una *liaison* pasajera.

había todo tipo de placeres sexuales. Del siglo XIX data una de las referencias más explícitas al 69. Se produce en *Gamiani* de Alfred de Musset, de boca de la protagonista: "Sepulté la cabeza entre sus ingles, y tan constante y hábilmente chupeteé al sr. Priapo, que se despertó de un rubicundo y juguetón que daba gusto verlo. Acariciada yo a mi vez por una lengua experta, sentí bien pronto que se acercaba un supremo placer...".

## EL LUJO Y EL GLAMOUR

En el mundo de riqueza, diversión y brillo social que se estableció en París fueron determinantes dos establecimientos: Maxim's y el Folies Bergère...

Maxim's abrió sus puertas el 23 de mayo de 1893 y se convirtió en el más célebre de los restaurantes de Francia y en el símbolo de su capital y de una época.

Maxime Gaillard, por aquel entonces un joven y ambicioso camarero, compró el local en 1890, cuando el dueño de lo que entonces era una heladería tuvo la desgraciada idea de colocar una bandera alemana en el local. El resultado fue que le apedrearon las vidrieras.

En uno de sus salones, llamado Omnibus porque las mesas estaban en dos hileras frente a frente, tenían mesa propia las damas más ilustres del *demi-monde*: Cléo de Mérode, Carolina Otero, Liane de Pougy, rodeadas siempre de sus admiradores.

En 1900, Gaillard vendió el restaurante, que fue redecorado al estilo *art nouveau*. Durante la Primera Guerra Mundial perdió gran parte de su público habitual y en 1931 lo compró Gustave Vaudable, que consiguió que volviera a brillar y que en él se dieran citas personajes como Maurice Chevalier, Aristóteles Onassis, María Callas o Jacqueline Kennedy.

El Folies Bergère se fundó en 1869, en Montmartre, en un antiguo depósito de muebles. Sus primeros administradores fueron Leon Sari, secretario de Alejandro Dumas padre, y Albert Rosinski, vinculado con el circo Barnum. Combinaron las *variétés* con los saltimbanquis, naciendo así los frenéticos cancáns, que hicieron furor en París.

Cuando en 1881 el Folies cambió de dueño, suprimió el cancán a favor de la música clásica. Cuatro años después, cuando estaba al borde de la quiebra, un empresario tomó las riendas y restituyó el cancán. El Folies se

convirtió en el «coto de caza» de las bellas mujeres al estilo d'Alençon y Otero.

Las cortesanas fueron audaces, libres e imaginativas. En una ocasión, Cora Pearl se presentó cubierta de rosetas y lengüetas de crema, con una uva rematando su ombligo y una florecita blanca en el pezón derecho. Así narró, en sus supuestas memorias, tituladas *Confidencias de una cortesana*, este hecho: “En cuanto quitaron la tapadera mi compensación fue verme rodeada de ojos incrédulos y bocas entreabiertas. Monsieur Paul, como yo me lo esperaba, fue el primero en reponerse de la impresión, y con una frialdad afectada alargó el brazo, cogió la uva y se la introdujo amorosamente en la boca. Para no ser menos, monsieur Perriport se inclinó sobre la bandeja y con la lengua se hizo cargo de la florecita blanca que había puesto en mi pezón derecho. A continuación, todos, menos monsieur Goubouges, que, como yo esperaba, se limitó, como de costumbre, a disfrutar observándolo todo, se fueron acercando arrodillándose en las sillas o sobre la mesa, y pasaron por mi cuerpo lenguas y dedos para lamer aquellas dulzuras. El príncipe estaba tan enardecido por aquello que no pudo contenerse y, sin parar en mientes, me poseyó allí sobre la mesa, con el consiguiente deterioro de la decoración que quedaba en mi cuerpo y la ostensible irritación de los demás, que sólo en respeto a la alcurnia contuvieron su violencia.

El príncipe acabó tan deprisa que no tuvieron que aguardar mucho. Como el centro de una mesa y un revoltijo de merengues, copas de vino y cubiertos no es el más adecuado ni cómodo lecho de placer, el precio que puse a cambio de reconfortar a los otros comensales fue que, al menos, me dieran tiempo para acomodarme en uno de los divanes próximos, donde el duque prosiguió lo que el príncipe había comenzado; monsieur Capillon, por propia iniciativa, se contentó con una vigorosa masturbación (es algo bastante corriente entre los de su profesión, como he podido comprobar muchas veces para disgusto mío [era actor]), mientras monsieur Paul colocaba su badajo en mi boca y el coronel Aubry dejaba el suyo a cargo de mi más que experta manipulación. Finalmente, monsieur Perriport, en un estado de suma agitación, trató de desplazar al duque al llegarle el orgasmo acompañado de una exagerada verborrea que me pareció desvelar una juventud gastada en frecuentar círculos no precisamente de los más selectos”.

## Teresa Lachmann

Entre las grandes del Segundo Imperio está Teresa Lachmann (1823-1884), conocida como La Paiva, que aprovechando una época que dio alas a las mujeres hermosas, inteligentes y ambiciosas, supo salir de la nada para convertirse en una diosa. La Paiva fue también conocida como La Reina de París.

Teresa Lachmann, nacida en Moscú y de procedencia judía, fue considerada como la más cínica de todas las aventureras de su época... Cuentan que con 13 años, cobraba un rublo al que quería abrazarla. Empezó su andadura con un matrimonio concertado por su padre con un



sastre francés, Antoine Villong, que residía en Moscú. Lo abandonó al año de casados llevándose todo su dinero y dejándole un hijo de pocos meses.

Como otras grandes cortesanas de orígenes modestos, Teresa empezó practicando la prostitución primero en Constantinopla, luego en Viena y, finalmente, en París, hasta que conoció en el balneario alemán de Elm al pianista Henri Herz, una de las celebridades de la época. Fue el primer trampolín de Teresa, que a punto estuvo de arruinarle después de un tiempo de convivencia. En su primera época en París, la cortesana se prometió que tendría su casa en un hermoso solar de los Campos Elíseos.

Gracias a Herz conoció a los famosos de París y se relacionó con Wagner y Théophile Gautier, entre otros. En 1849 supo que su marido había muerto y se casó, por conveniencia, con un noble portugués arruinado por las mujeres, Araujo de Paiva, que le proporcionó el título de marquesado. Teresa le retuvo cerca de ella con el dinero que ingresaba con sus aventuras de cortesana.

El fin de Araujo fue a lo grande: ya arruinado y lejos de Teresa, invitó a sus amigos a una fastuosa comida en la Maison Doré, tras la cual se suicidó.

## **A LA CONQUISTA DEL IMPERIO**

El siguiente paso de Teresa fue más acorde con sus ambiciones. Conoció a uno de los hombres más ricos de Prusia, el príncipe Henkel de Donnesmarck, primo del príncipe Bismarck. Once años más joven que ella, este hombre era tan sensual como generoso: le regaló el castillo de Pontchatrian. Y fue él quien hizo realidad el sueño de Teresa de edificar su casa en los Campos Elíseos. También le dio el dinero necesario para que construyera un lujoso hotel de recargado estilo neogriego.

El hotel, hoy monumento protegido, fue propiedad de los Donnesmarck hasta 1893 y en 1895 se convirtió en un gran restaurante en el que trabajaba el famoso chef Cubat, que había sido cocinero del zar de Rusia.

En 1871 Teresa se casó con Donnesmarck, con lo que pasó a formar parte de la familia imperial alemana. Corrieron rumores de que era una espía al servicio de Alemania, sobre todo, cuando su marido fue nombrado gobernador de Alsacia y Lorena, territorios que Bismarck había incorporado al Imperio alemán. Teresa se dedicó con cierto éxito a la política, pero su proyecto más ambicioso, una entrevista entre Léon Gambetta y Otto von Bismarck, que podría haber mejorado las tensas relaciones entre Francia y Alemania, no se realizó porque los amigos del político republicano francés le convencieron de que no era oportuno el encuentro.

Su situación en Francia se fue complicando cada vez más y tuvo que marcharse a Alemania, enferma, en palabras de Horace de Viel Castel, de “la única víscera que no había dado muestras de poseer”, es decir, el corazón.

Como botín, se llevó un admirable collar de la emperatriz Eugenia. Su marido le edificó un palacio en Neudeck, Prusia.

Teresa envejeció rápidamente debido a su dolencia y murió en 1884.

## George Sand

Por méritos propios, George Sand (1804-1876), una mujer entregada y más bien maternal, merece formar parte de la lista de grandes amantes. Entre sus amados, casi siempre hombres más jóvenes que ella, enfermizos, desvalidos e incluso débiles, figuran Alfred de Musset, con quien protagonizó una rocambolesca historia, y Frédéric Chopin, con el que pasó una más que tensa temporada en Mallorca. Entre sus amigos incondicionales estuvieron Sainte-Beuve, Gustave Flaubert, Turguenev, Balzac, de quien dijo que era “infantil y potente [sic], siempre comprando chucherías, jamás envidioso de la gloria de los otros”, y Alejandro Dumas hijo. Fue una mujer apasionada y enamoradiza: “No puedo, ni quiero, vivir sin amor”, afirmaba.

Su verdadero nombre era Aurore Dupin y su nombre de casada Aurore Dudevant. Su educación la adquirió en la biblioteca familiar de Nohant, donde descubrió a Shakespeare y Voltaire, entre otros muchos autores. Leía hasta muy entrada la noche, montaba a caballo, paseaba o corría por la campiña vestida con pantalones de hombre...

Hasta los 17 años cuidó de ella su abuela, ya que su padre murió de una caída de caballo y su madre, que nunca fue aceptada por la familia, pues había sido prostituta, la dejó con su abuela a cambio de una suma de dinero. A los 17 años, su abuela murió y Aurore heredó Nohant.

Se casó en 1822 con Casimir Dudevant; el matrimonio, tormentoso, duró diez largos años. Tuvo dos hijos: Mauricio, nacido en 1823, y Solange, nacida en 1828, de la que se decía que era hija de su primer amante, Stéphane. Su marido no supo comprenderla e intentó «domarla». El primer atisbo que tuvo Aurore de que su esposo no era el hombre que le convenía fue cuando se encontraba jugando con unos niños y Casimir le gritó que se alejara de la terraza en la que se encontraba tomando café. Como el alboroto continuó, Casimir avanzó hacia ella a grandes pasos y le dio una sonora bofetada. Desde ese momento, Aurore padeció una pertinaz melancolía y en su diario escribió: “A partir de ese día apenas lo quise, y las cosas fueron de mal en peor”.

Aurore tuvo un admirador, Aurélien de Séze, con el que se intercambiaba encendidas promesas de amor. Al parecer, la falta de carácter de él hizo que no pudiera enfrentarse a las convenciones sociales y terminó casándose con su prometida, a la que definía como “muy bella, pero carente de ideas”. De Aurore, Aurélien admiraba su inteligencia: “Nadie habla como tú, nadie tiene tu acento, tu voz, tu risa, tu manera de ver algo y de expresar la idea. Yo soy el único que lo advierte”. Su amor jamás pasó de las palabras.

En una ocasión, al entrar de improviso en el salón, Casimir sorprendió a un admirador de su mujer de rodillas y llorando. Al parecer, la relación era puramente platónica y Aurore no había permitido que fuera más allá, pero su marido no la creyó. Además, eran absolutamente diferentes. “Tú lees porque sí –le recriminó ella-, y al cabo de un par de líneas el fastidio y

el sueño hacen que el libro se te caiga de las manos. El sonido del piano te hace huir y no conoces a ninguno de los autores de que te hablo...”

### **AMANTE Y COLABORADOR**

A los 27 años, en 1830, cuando colaboraba ya en varios periódicos para salir adelante, conoció a un hombre siete años menor, Jules Sandeau (1811-1883), que la ayudó a escribir y del que tomó la mitad del apellido. Ella fue el primer amor de Jules, a quien llamaba su *petit Jules*. Escribieron su primera novela juntos, *Rose y Blanche*, la firmaron con el seudónimo Jules Sand y obtuvieron un gran éxito.

Sobre Sandeau, después de una visita a Nohant, donde consiguió burlar la vigilancia de Casimir, Aurore escribió a Émile Regnault: “... Y esa noche él estaba aquí, en mi cuarto, en mis brazos, feliz, vencido, abrazado, mordido, gimiente, lloroso, risueño. Fue una furia de alegría como nunca antes habíamos gozado [...]. Esta noche también quiero que venga. Dos veces no es bastante. Más sería sumamente imprudente, mi marido no podría no advertirlo. Pero, hasta ahora, nada sabe. Está ocupado con la cosecha para el vino. Por la noche, duerme como un cerdo. Soy una imbécil. Estoy destrozada a mordiscos y a golpes. No puedo tenerme en pie. Me siento frenéticamente feliz. Si estuvieras aquí, te mordería hasta que la sangre fluyera para que pudieras participar un poco de nuestro furioso amor”.

Después de la publicación de su primera novela en solitario, *Indiana*, Aurore, que ya firmaba George Sand, empezó a ser considerada una gran escritora, comparable a Víctor Hugo, Dumas o Balzac. La obra que escribió Aurore fue el desencadenante de la ruptura con Jules, ya que éste no pudo asumir su éxito. Cuando ella descubrió que la había engañado con una lavandera analfabeta, le abandonó. Sainte-Beuve elogió su segunda novela, *Valentine*, diciendo que “el nombre George Sand esconde a un verdadero maestro”.

Aurore nunca se escondió. Vivió libremente, paseándose con sus amantes. Fue una mujer adelantada a su época que siempre defendió el ideal del matrimonio entre iguales y condenó la dominación del hombre. En realidad, lo que prefería era una relación en la que ella llevara la iniciativa y dominase a su pareja, por eso, en 1833, su unión con Prosper Mérimée, que le presentó el crítico Sainte-Beuve, su confidente, sólo duró una semana. Al cabo de ese tiempo, George escribió al mordaz crítico para que se llevase de su casa al escritor. Otra versión cuenta que fue él quien la dejó, depositando, despreciativamente, cinco francos sobre la chimenea y que ella se vengó diciéndole, a la que también sería su amante, la actriz María Dorval, sobre las habilidades amorosas del escritor: “Anoche estuve con Mérimée, no fue nada fuera de lo común”. María no pudo reprimirse y repitió estas palabras a un amigo; al poco tiempo todo París tuvo noticias de este hecho.

### **LA EMANCIPACIÓN DE SU MARIDO**

Después del nacimiento de Solange, Aurore sólo pasaba temporadas en Nohant. El compromiso con su marido era que estuviera tres meses en Nohant y otros tres en París, pero al cabo de un tiempo ella empezó no cumplir con el acuerdo.

Con María Dorval, una de las más famosas actrices del momento, a quien conoció en enero de 1833, la unió una gran pasión. Sand opinaba de María que «no era un cuerpo, sino una fisonomía, un espíritu». Dorval tuvo varios amantes, entre ellos Alfred de Vigny.

El texto de George Sand *Para el ángel sin nombre* deja claro que entre ambas hubo más que una intensa amistad: “Pon tu fría mano sobre mi hombro, que arde de amor, ningún hombre ha apretado sus labios contra él: sólo tu aliento perfumado, tus cabellos húmedos pueden refrescarlo. Esos perfumes intoxican [...], espárcelos sobre mí, despoja de hojas tu húmeda corona [...]”.

»Basta. Debería morir. Quiero vivir otro día y verte nuevamente. *Adieu* [...] vete, deprisa, que nadie te vea, porque te robarían de mi lado y me vería obligada a ofrecerme a los hombres. *Adieu*, déjame besar tu cuello blanco y tu frente [...]. Dame una pluma de tus alas para que pueda tener una prueba de tu presencia, un recuerdo de mi embriaguez”.

Por su forma de vivir, George fue duramente criticada por el grueso de la sociedad, pero sus iguales, los artistas y los intelectuales, la apoyaron y la aceptaron. También fue extraordinariamente generosa: daba dinero a sus hijos, a sus amantes, a sus ex amantes, a sus amigos, a sus compañeros de lucha política y, en general, proporcionaba ayuda a todos los que se la pidieran.

## EL AMOR NIÑO

George Sand y Alfred de Musset se conocieron en la primavera de 1833. Ella no iba vestida de hombre, como tenía por costumbre, sino que había adoptado una caprichosa indumentaria de estilo oriental; llevaba un turbante y un vestido vaporoso con una daga colgando del cinturón. Musset, de 23 años, era un poeta de moda y, según Lamartine, andaba “encorvado bajo el peso de su juventud”. En un principio, el escritor le propuso “una amistad sin consecuencias y sin derechos, y, por consiguiente, sin celos ni querellas”.

Pero a medida que fue tratándola, la pasión creció entre los dos. Alfred era un hombre al que le gustaba vivir deprisa y por ello escribió una apremiante tarjeta a Sand, en la que a pesar de que ambos se habían creído libres de tentaciones, afirmaba: “Os amo, señora, desde el primer día... Os amo como un niño”. La relación se consumó la noche del 28 de julio de 1833. Se sentían como hermano y hermana o como madre e hijo y su relación tenía un tinte incestuoso.

El 22 de diciembre de 1833 partieron juntos de viaje por Italia, como dos niños ilusionados, pero fue un desastre. En el barco Musset se mareó, aunque ella aguantó el tipo. En Génova, George padeció unas fiebres y él empezó a salir para entretenerse. Cuando se repuso, ella quería trabajar sus ocho horas diarias, pero él no entendía esta necesidad y la llamaba “el aburrimiento”. En Florencia, Alfred empezó a vivir por su cuenta y en

Venecia le hizo una terrible declaración: “No te amo, George. Perdóname. Ha sido un error”.

Ella siguió trabajando, tanto por necesidad como por puro despecho. Una mañana Alfred volvió al hotel con fiebre y en pleno delirium tremens. El médico, Pagello, un hombre rubio, atractivo y de buena familia, y la propia George le salvaron la vida. Repuesto de su enfermedad Musset empezó a sentir celos de Pagello. No iba muy desencaminado, pues George, para sorpresa y en principio terror del médico, le había escrito: “Vuestras miradas, el ardor de vuestro deseo me fascinan y me aterran, no puedo luchar contra vuestra pasión ni compartirla... En Francia los hombres no aman como ustedes...”. Sin embargo, era consciente de que su idilio no iba a durar: “No sé nada de vos y, no obstante, os amo. No nos comprendemos, pero no importa. Este amor no durará pero tanto peor. Por el momento, te amo, te quiero”.

Él, ante semejante declaración, se asustó y se fue, pero al día siguiente regresó. Años después escribiría: “No sentí dolor ni placer, me lancé al abismo con los ojos cerrados”. El escándalo fue mayúsculo, ya que viajaron juntos a los Alpes a pesar de que él estaba casado y tenía hijos.

Pasados los celos, Musset interpretó la situación a su conveniencia: “Me amáis”, dijo a George y a Pagello. Abandonó Venecia el 29 de marzo de 1834.

El 3 de abril George le escribió una tierna carta: “¿Qué ha pasado para que yo, que hubiese dado la última gota de mi sangre para que pasases una noche tranquila, me haya convertido en un tormento para ti? ¡Oh, mi niño, mi niño! Tengo necesidad de tu ternura y tu perdón. Sé que nos amaremos hasta el final de nuestra vida”.

Durante bastante tiempo, Alfred y George intercambiaron encendidas cartas de amor, a pesar de que ella seguía con Pagello, quien poco después, viendo que en ello le iba la cordura, se retiró.

George escribió: “Tu salud, desde ahora, es tan necesaria para mi vida como tu amistad (...). No creas, no creas, Alfred, que pueda ser feliz con la idea de haber perdido tu corazón. Que haya sido tu amante, o tu madre, poco importa; que te haya inspirado amor o amistad, que haya sido dichosa o desgraciada contigo, todo eso no cambia en nada mi actual estado de ánimo. Sé que te amo, y eso es todo...”. Por su parte, él respondió afirmando: “Te amo todavía como un amante. ¡Oh, mi única amiga, casi he sido tu verdugo! Escíbeme a Milán... ¡Oh, adorada mía!”.

Alfred y George revivieron su pasión, pero él volvió a sentir celos enfermizos y le insistía continuamente para que le contara hasta el último detalle de sus traiciones. Tuvieron varios encuentros y desencuentros, hasta que en 1835 ella le dejó. George Sand narró la historia en *Ella y él*, mientras que Musset dio su versión en *La confesión de un hijo del siglo*.

De Sand algunos biógrafos, entre ellos André Maurois, han dicho que no podía disfrutar del sexo y que por ello, al estilo de Don Juan, coleccionaba amantes. Sin embargo, autores posteriores han especificado que lo que le ocurría en realidad es que tenía una visión idealizada del amor y del sexo que en ningún modo podía corresponderse con la realidad.

## EL AMOR DE LEY

Por razones opuestas a las que le atrajeron de Musset y de Sandeau, George se enamoró de Michel de Bourges, un viril abogado cuarentón bajito, algo gordo y con resonante voz de barítono. En su larga batalla legal contra su marido Casimir Dudevant, la intervención de Michel fue decisiva. Finalmente, George consiguió el divorcio en 1837 sin perder la custodia de sus hijos. Michel influyó sobre las ideas políticas y sociales de George y al parecer fue mejor maestro que amante. George decía de él que su cabeza le recordaba a dos cráneos soldados y que vestía horriblemente mal.

Michel, a quien admiraba más como hombre político y de leyes que como amante, desempeñó con ella el papel de amo, y, según la lectura que hacen algunos biógrafos, establecieron en el lecho una relación sadomasoquista. Michel imaginaba a Sand como a un hijo (otra vez una relación de incesto...), mientras que Sand le veía como un monarca absoluto, y le dijo que ella sólo era “su más humilde sirviente y súbdito fiel”.

En una ocasión, Michel le escribió su deseo de retirarse y vivía como un ermitaño. Sand le respondió: “Me insultas con la idea de que vas a irte a vivir a una cabaña. Dios me cuidará si exorciza tu deseo. Pronto estaré a tu lado; en mí encontrarás a la negra dedicada a cuidar tu cuerpo; tu perra fiel, feliz de despertar al menos una devoción útil y reconocida. Y pronto entenderás que el amor de una mujer no es una cosa baja, y que los hombres inferiores, contra los cuales lamentas no ser capaz de medirte, no son –y nunca lo serán- como tú”.

A partir del otoño de 1837, Sand se enamoró del preceptor de su hijo Mauricio, un joven de 23 años llamado Félicien Mallefille, de quien hizo una reveladora observación: “Él es el único hombre que se ha entregado por entero y de manera absoluta a mí, sin lamentarse por el pasado, sin reservas por el futuro. Y, además, tiene una naturaleza tan buena y amable que no existe nada que no pueda comprender si cuenta con mi aliento y el tiempo suficiente; es maleable como la cera sobre la que he impuesto mi sello, y cuando quiera cambiar su impronta, con un poco de paciencia y precaución lograré hacerlo”.

Poco después, desengañada ya de la sumisión de Mallefille, insistió en su búsqueda del amor con un hombre débil, enfermo y neurótico al estilo de Alfred de Musset, Frédéric Chopin, de quien Sand pensaba que era un ángel y al que trató más como a un paciente que como a un amante.

George Sand intentó rescatar a Chopin de sí mismo y de la tuberculosis y se lo llevó a Palma de Mallorca, a la Cartuja de Valldemosa, donde todavía siguen venerando la memoria de la pareja. Eran muy diferentes, a ella le gustaba trabajar por la noche, mientras que él se acostaba pronto.

Tuvieron mala suerte en su viaje a la isla, ya que hizo un tiempo terrible que no hizo más que agravar el estado de salud de él. Su estancia en Palma inspiró a Chopin los *Preludios* y a George Sand *Un invierno en Mallorca*.

Chopin y su enfermera George terminaron mal. El músico, con quien vivía en castidad desde hacía bastantes años, la abandonó once años después de iniciar la relación. Sand, que ya estaba harta de él y había escrito una novela en la que lo ridiculizaba, *Lucrezia Floriani*, se sintió profundamente aliviada, de hecho, había escrito que los últimos siete años había vivido “con él y los demás como una virgen”, lo que desmiente los rumores de que fueron los excesos sexuales de Sand los que acabaron con Chopin. Sobre esta novela y la relación de Sand con Chopin, Liszt escribió: “La señora Sand había cazado una mariposa, la había encerrado en una hermosa cajita alimentándola con hierbas y flores. Fue el período del amor. Después clavó una aguja en el cuerpo de la mariposa y fue la despedida. Luego, ha practicado la vivisección para unir los despojos a su colección de protagonistas de su novela”.

Frédéric Chopin murió poco después, el 17 de octubre de 1849, llorando y reclamando la presencia de George, ya que ella le había prometido que le dejaría morir en sus brazos.

Era el segundo gran golpe para George: María Dorval había muerto pocos meses antes, el 20 de mayo de 1849.

## **EL AMOR VERDADERO**

El gran amor de su vida fue un grabador de 32 años, Alexander Manceau, al que conoció cuando ella tenía 45 años y con el que vivió quince años, hasta la muerte de él por tuberculosis.

Manceau, también un hombre enfermo, se volcó en ella: copiaba sus manuscritos, llevaba sus cuentas, la excusaba ante las visitas inoportunas y preparaba todo lo que necesitaba para escribir: pluma de ganso, papel rosado, tinta azul celeste, tabaco turco y sus golosinas preferidas...

Sand, que fue tranquilamente feliz con él, le cuidó hasta el último momento y cuando falleció le enterró en el jardín de la pequeña casa de Palaiseau, en el campo, donde se habían instalado en 1864.

Ya con 60 años cumplidos vivió una apasionada relación con Georges Marchal, un pintor veintidós años menor que ella. “Me parece que estoy empezando mi vida de nuevo.”

A los 72 años George enfermó de obstrucción intestinal. Ella supo que el final estaba próximo, aunque en ese momento no se encontraba muy mal. Días después los dolores se volvieron atroces. Durante toda su vida tuvo una salud de hierro; de hecho, a los 70 años todavía se bañaba en las frías aguas del río.

Dumas quiso rendirle un homenaje y pasó toda la noche escribiéndolo. Cuando llegó el momento de leerlo ante el ataúd de la escritora, no pudo: se echó a llorar.

Sobre su muerte, Flaubert, amigo de sus últimos años, escribió a Turguenev el 25 de junio de 1876: “La muerte de la pobre mamá Sand me ha dado mucha pena. En su entierro he llorado como una fuente dos veces: la primera, abrazado a su nietecilla Aurore (cuyos ojos aquel día se parecían tanto a los de ella que aparentaban una resurrección), y la segunda viendo pasar ante mí su féretro... ¡Pobre, nuestra querida gran mujer!... Había que conocerla como yo la conocí para saber la gran

femineidad que había en aquel gran hombre, la inmensidad de ternura que se albergaba en aquel genio”.

## Jane Ellenborough

Lady Jane Elizabeth Ellenborough (1807-1881) fue una de las viajeras y de las amantes más atrevidas. Lo fue, entre otros, de Luis I de Baviera y de Otón I de Grecia, y Balzac se inspiró en ella para su personaje de lady Arabella Dudley, la hermosa y escandalosa ninfómana inglesa de su novela *El Lirio del valle*. La inquieta Jane encabezaba partidas de caza montada en dromedario y terminó sus días casada con un beduino del desierto.

Nada en la vida y en los orígenes de Jane podían hacer sospechar la terrible conmoción que sacudiría Inglaterra en 1828 cuando se fugó. El padre de Jane era el almirante sir Henry Digby y su madre, lady Andover, que era la segunda esposa del militar.

A los 16 años conoció al hombre que sería su primer esposo Edward Law, lord Ellenborough, de 33 años y viudo. Él quedó fascinado por ella, pero pronto la dejó de lado para dedicarse a la política junto a los torys. Ella se buscó su primer amante, Madden, empleado del Museo Británico. Cuando éste la abandonó conquistó a su primo, el coronel George Anson.

Destacaba en Jane su encanto, su belleza, su sonrisa, su inteligencia y su apetito sexual. En 1828, se enamoró de un apuesto príncipe austríaco, Felix Schwarzenberg, agregado de la embajada austríaca. Jane no hizo ningún esfuerzo por guardar las apariencias. Además, se quedó embarazada. Los dos amantes huyeron a París. Cuando comenzó a cansarse de ella se buscó a otras amantes. Finalmente, pidió el traslado a Viena y abandonó a madre e hijo.

### UNA HERMOSA DAMA FRÁGIL

Entre las personas que conocieron a Jane estaba Honoré de Balzac, con quien mantuvo una relación de dos meses que dio como resultado a la ya citada Arabella. Balzac dejó una sugerente descripción de Jane: “Esta hermosa dama, tan débil, tan frágil, esta mujer de un blanco leche, tan lánguida, tan delicada, tan suave, con un rostro tan tierno, coronado por un precioso cabello color cervato, esta criatura cuya brillantez parece fosforescente y pasajera es de hierro.

»Por fogoso que sea, no hay caballo que resista su nerviosa muñeca, esta mano aparentemente débil, pero incansable. Tiene un pie de corzo, un pequeño pie duro y musculoso, bajo una apariencia externa indescriptiblemente graciosa... su cuerpo no conoce la transpiración, inhala el calor de la atmósfera y vive en el agua por temor a morir. Su pasión es también bastante africana”.

En 1831, se trasladó a Múnich y se convirtió en la amante de Luis I de Baviera. Poco más de un año después se casó con el barón Carl Venningen. A las seis semanas tuvo un hijo. Se sospechó que era de Luis



y que éste la había hecho casar para disimular. El matrimonio fue feliz, pero el deseo de él de convertirla en una madre de familia respetable la ahogó.

Jane se fugó con otro amante, el conde Spyridon Theotoky. La huida acabó con una persecución del marido abandonado y un duelo a pistola que casi le cuesta la vida al conde. Al final, el marido burlado se avino a razones y trasladaron a casa al herido para curarlo. Jane pidió al barón el divorcio, que éste le concedió. Durante toda la vida, le escribió dándole noticias de sus dos hijos, que quedaron a su cuidado.

## **AMOR EN UNA ISLA PEDREGOSA**

Jane y Spyridon vivieron cinco años como amantes en Francia e Italia a la espera de que el divorcio se hiciera efectivo. Cuando Jane se casó, tras ser bautizada en una bañera según el bautismo griego, tenía 34 años. Paradójicamente fue feliz en Tenos, una isla pedregosa de 21.000 habitantes y sin un solo árbol.

La paz de Jane se vio turbada con el nombramiento de su suegro como nuevo ayudante del rey de Grecia, Otón I. Todos se trasladaron a Atenas, la nueva capital. Allí recuperó el tiempo perdido y prosiguió con su afición a las joyas, los trajes caros y las comodidades. En ese momento estaba embarazada de un hijo, Leonidas, uno de los seis que tuvo.

Al cabo de diez años de matrimonio, se separaron. Meses antes del divorcio ella se convirtió en la amante del rey Otón I de Grecia, muy impopular entre su pueblo porque era católico. Tuvo varios amantes más, entre ellos el general Xristodolus Hadji Petros, un hombre del que se decía que tenía 70 años, aunque parecía más joven, y algo rudo que acabó cansándola.

La princesa Amalia de Oldenburg, de carácter mucho más fuerte que el rey, no podía soportar a Jane y no paró hasta que consiguió que se fuera. Viajó por Turquía, Italia y Suiza. En Roma fue amante de un oficial que le prometió en matrimonio, hasta que otro oficial, que también la pretendía, le hizo ver que su futuro marido estaba arruinado y que había robado el collar que le había regalado a un joyero. El segundo oficial le ofreció casarse con ella pero Jane ya se había fijado en un joven diplomático. El capitán retó a éste a duelo y ambos llegaron al acuerdo de que el que sobreviviera se convertiría en su esposo. Combatieron a espada. El diplomático quedó gravemente herido en la cara, pero hirió de muerte al capitán. Cuando el diplomático quiso casarse con Jane ella le rechazó y el pobre hombre, según cuenta la historia, acabó suicidándose.

En Siria conoció a un nuevo amor, Saleh, un árabe muy joven y atractivo que tenía tres esposas. Él le ofreció venderle una hermosa yegua que ella acababa de domar para él: "La yegua no tiene precio ahora que ha sido domada. Si la quiere, puede comprarla, pero no con dinero".

Para pagar el precio, Jane le pidió que prescindiera de su harén. Aunque Saleh se resistió, terminó accediendo. Tras varios meses de relación, ella decidió proseguir su viaje a Damasco y posteriormente a Palmira.

En este viaje conoció al hombre de su vida: Metjuel, un beduino delgado y de baja estatura que conocía varios idiomas, era muy culto y comerciaba con camellos, cabras y caballos. Entre ellos hablaban en francés.

Jane abandonó el desierto, regresó a Atenas y en un viaje posterior volvió a encontrarse con Saleh, pero éste había vuelto con sus tres esposas. En Bagdad tuvo una breve relación con un jeque que la maltrató. Entonces volvió a encontrarse a Metjuel, que se había enterado de su llegada y le había traído una yegua árabe como regalo. Metjuel le contó que se había separado de su esposa, que se había quedado con sus dos hijos y que quería casarse con ella.

## EN EL DESIERTO

En 1855, la antigua lady Ellenborough se casó con Metjuel y se convirtió en Jane Digby el Mezrab. Ella tenía 48 años y él 45, y convinieron que durante seis meses vivirían en Damasco al estilo occidental y el resto del año al estilo beduino en una tienda en el desierto. Estuvieron juntos veintiséis años, hasta la muerte de Jane.

A punto de cumplir 50 años regresó a Inglaterra, pero ni su hermano ni su madre quisieron saber nada de ella debido a su matrimonio con un beduino. Se quedó cuatro meses allí y nunca más volvió.

En Damasco escribió: “Llegué con el corazón latiendo. Después llegó él, Metjuel, el querido, el adorado, y en aquel momento de felicidad me olvidé de todo lo demás”. Terminó su vida junto a él, en el desierto, donde ordeñaba camellas, cuidaba de los animales y, pintada con kohl, lavaba los pies de su marido, que la adoraba, cuando estaba fatigado.

## Lola Montes

Irlandesa de nacimiento, Lola Montes (1818-1861), cuyo nombre verdadero era María Dolores Eliza Rosanna Gilbert, se hizo pasar por española. A pesar de que su talento como bailarina era más que discutible, esta mujer consiguió brillar y encandilar a Luis I de Baviera (1786-1868) hasta el punto de que le hizo perder la corona.

La trayectoria de Lola Montes fue extraña. El 17 de enero de 1861 falleció en el Asteria Sanatorium convertida en una fervorosa militante metodista que recitaba apasionados discursos de salvación. Tenía 43 años y, físicamente, estaba arruinada. Veinte años antes, poseía un cuerpo escultural, un rostro de gran belleza y unos ojos que un admirador describió como “más profundos que las aguas apaciguadas por el atardecer”. Eran de un profundo azul oscuro y, de hecho, lo único que le separaba de la perfección, pues, según los recetarios antiguos de belleza, tenía “tres partes del cuerpo blancas: la piel, los dientes, las manos; tres rojas: los labios, las mejillas, las uñas; tres largas: el cuerpo, los cabellos, las manos; tres cortas: las orejas, los dientes, la barbilla; tres anchas: el pecho, la frente, el entrecejo; tres estrechas: la cintura, las manos, los

pies; tres pequeñas: los dedos, los tobillos, la nariz, y tres carnosas: los labios, los brazos y las caderas”.

### **TORMENTOSOS COMIENZOS**

María Dolores Eliza, llamada así porque en la época de su nacimiento estaba de moda “lo español”, partió hacia la India cuando tenía cuatro años con sus padres, un teniente sin demasiadas posibilidades económicas y una mujer perteneciente a la aristocracia, pero también sin fortuna. En ese momento empezó una rocambolesca historia: su padre murió del cólera no sin antes encomendar a su compañero, el mayor John Craigie, que cuidara de su esposa y de su hija, para lo cual se casó con la viuda. El militar, harto de que Lola fuera una pequeña salvaje que trepaba a los árboles y no se comportaba como una señorita, la mandó a Londres para que se refinara. Cuando su madre volvió a verla, quince años más tarde, Dolores era una muchacha bellísima.

La madre, con gran sentido práctico, había pensado casarla con sir Abraham Linley, juez del tribunal supremo de la India, un hombre de 62 años que tenía una muy buena renta anual. La señora Craigie viajó a ver a su hija acompañada de su amante, el teniente Tom Jones, en lo que parecía ser una escapada de placer. Sin embargo, no le salió bien ya que Tom Jones y María Dolores se fugaron juntos, puesto que ella no estaba dispuesta a casarse con un hombre que podía ser su abuelo.

La vida con Jones no fue lo que esperaba: el sueldo de él no daba para mucho, vivían en un vetusto caserón y, además, él empezó a mostrarse desagradable con ella. El anuncio de que volvían a la India fue una liberación para Dolores, pero su tranquilidad no duró mucho ya que Jones la abandonó en 1841 por otra mujer y se llevó, de paso, todos los objetos valiosos que había en la casa.

### **LA BAILARINA ESPAÑOLA**

En 1842, Lola obtuvo el divorcio e inició su aventura. Intentó triunfar como bailarina española, pero el puritanismo imperante en la época acabó con sus aspiraciones y fue abucheada en su debut. Intentó viajar a París, pero acabó en Bruselas por falta de dinero.

En alguna de sus varias autobiografías, que adornaba a su gusto, Lola contó que se vio obligada a cantar y a bailar por las calles para subsistir y que allí la vio un alemán que se enamoró de ella y le consiguió un contrato para la Ópera de Varsovia. Allí tuvo oportunidad de demostrar por primera vez su valor y carácter. El virrey, el cruel príncipe Paskevitch, la pretendió sin éxito y amenazó con arruinar la temporada si ella no cedía. Le suplicaron que se plegara a los deseos del virrey, pero Lola no se avino e incluso se defendió con una pistola que sustrajo a uno de los policías que fueron a detenerla a su casa. Finalmente fue expulsada del país.

“Lola posee el don del embrujamiento: nadie la resiste; los policías encargados de llevarla a la frontera se apasionan por ella; y un sacerdote

que la califica de encarnación de Satán, murmura: «¡Pero qué bello es este demonio!», contó el profesor Alexandre Arnoux.

Franz Liszt, que la definía como “bella como una tigresa”, se enamoró de ella en 1844. Compartieron en Londres una suite en el hotel del Cisne. Sin embargo, una tarde Lola la encontró vacía; el músico, harto de sus caprichos, no pudo aguntar más y se marchó. Lola enfureció y estuvo a punto de destrozar la habitación con el látigo que portaba, pues venía de montar a caballo. A la mañana siguiente partió hacia París.

Lola fue todo un carácter. Cuando uno de sus amantes, Léon Dujarrier, se mostró molesto por que exhibiera su cuerpo –cubierto por un maillot de algodón- en público decidió darle un escarmiento y apareció totalmente desnuda en la Porte Saint-Martin de París. El escándalo terminó con su carrera como bailarina en la ciudad francesa.

## **LOLA Y EL REY**

En 1846 se trasladó a Múnich, capital de Baviera, donde reinaba Luis I, un soberano sexagenario, poeta mediocre y ferviente admirador de la belleza femenina y del arte, que construía edificios de inspiración griega. No tardó en conquistarle. Consiguió actuar en la capital de su reino el 13 de octubre de 1846 y los críticos escribieron que los fandangos y boleros de “la señorita Montes, de Madrid” no se parecían en nada al original. Pero como otra bella cortesana, Carolina Otero, Lola tenía fuego.

Se las arregló para hacer creer al rey de que era su primera pasión. Tan convencido quedó, que escribió a un compañero de estudios, el barón Enrique von der Tann, para explicarle que se conmovía “de haber inspirado una pasión –¡la primera!- a una joven meridional veinteañera, bonita, culta, chistosa, buena y de noble estirpe [...]. Yo creía que ya no podría sentir una pasión amorosa, consideraba mi corazón apagado, pensaba que ya no era el mismo hombre y esto me afligía. Pero la pasión se apoderó de mí como jamás lo había hecho: no como a un hombre de cuarenta años, sino como a un muchacho de veinte, mejor dicho, *comme un amoureux de quinze ans*. Mi vida ha recibido un nuevo frenesí, me he vuelto joven, el mundo me sonríe...”.

Al mes de tratarse, el rey añadió una cláusula en su testamento por el que le legaba, si a su muerte no estaba casada ni era viuda, cien mil florines.

En agosto de 1847, el rey, para contentarla, la nombró condesa de Landsfeld. Todos afirmaban que Baviera había encontrado a su madame Pompadour: los ministros se vieron obligados a agasajarla en su casa y los cuatro ayudantes de campo del rey tenían también la obligación de servirle. La policía tenía órdenes de arrestar a cualquiera que se dirigiera a ella sin usar su título. Se rumoreaba que tenía amigos con los que iba más allá de la amistad y disfrutaba de la riqueza del rey, permitiéndose, incluso, quedarse con los caballos que la reina prefería.

## **REBELIÓN POPULAR CONTRA LA FAVORITA**

Lola fue duramente criticada. En 1847, los estudiantes se manifestaron en su contra y la gente la siguió hasta el palacio gritándole y tirándole piedras. El 9 de febrero de 1848, a petición de su favorita, el rey dio órdenes para que los oficiales del ejército que habían caído en desgracia ante Lola fueran trasladados.

Los estudiantes volvieron a protestar, esta vez con mayor violencia; se dividían en dos facciones: los que apoyaban a Lola, que habían fundado la organización Alemania, y los que estaban en su contra, que eran la mayoría.

En esta situación, Lola dio muestras, una vez más, de su temple. Cuando le advirtieron de que sus seguidores estaban en peligro, acorralados por los «antilolistas», quiso presentarse en el café de la plaza del Odeón, donde estaban atrincherados, para socorrerlos. Como la multitud se lo impidió, ya que le cerró el camino, desenfundó su pistola, que era casi tan inseparable de ella como su fusta, y les fulminó con la mirada. Entre todos lograron reducirla, pero ella consiguió zafarse y entrar en una iglesia. Cuando volvió a salir, la turba cargó de nuevo contra ella; seguramente las consecuencias hubieran sido fatales de no haber intervenido una decena de gendarmes que la escoltaron al palacio.

Luis I, que siempre la apoyó, salió a recibirla y le ofreció el brazo delante de todo el mundo para conducirla a lugar seguro. A la mañana siguiente se ordenó el cierre de la universidad.

Metternich envió un emisario a Múnich para que ofreciera a la amante real dos mil libras esterlinas a cambio de que se marchara. Ella rompió la letra.

La tensión había llegado a su punto culminante. El príncipe Oettingen-Wallerstein presentó su dimisión y una manifestación de estudiantes y ciudadanos fue disuelta ante el Ministerio por la policía a caballo con los sables desenvainados y las bayonetas caladas. Hubo numerosos heridos y un muerto. El jefe de policía, Baur, fue destituido.

Los manifestantes también se presentaron en la casa de Lola, que se asomó temerariamente a la puerta y les gritó: “¡Estupendo, seguid así, estupendo!”. Los estudiantes empezaron a hablar de asaltar su casa y expulsarla.

A la una de la madrugada, el ministro del interior, Berks, se presentó ante el rey para informarle de que la vida de Lola corría peligro. Luis I se resistía a firmar la orden de expulsión contra ella.

## **LA SOMBRA DE UN REY**

El 12 de febrero, la reina rogó a su marido que cediera por el bien de todos. Luis I accedió por fin a echarla del territorio de Baviera. “Ya no soy más que la sombra de un rey”, exclamó desesperado.

Si quería salvar la corona para su hijo Maximiliano, sólo tenía una solución: abdicar. Lo hizo seis semanas después de la marcha de Lola.

Sorprendentemente, hay quien afirma que la relación entre Lola y Luis I no fue en absoluto carnal. El mismo monarca llegó a confirmar este

hecho, pero también dijo que “la contemplación de su belleza le había producido una embriaguez tan grande que no sentía ningún pesar de haber perdido la corona”. Como él había manifestado en tantas ocasiones, sin imaginar qué iba a pasar: “Mi reino para Lolita”.

El rey escribió unos últimos versos:

Me habéis expulsado de mi paraíso,  
habéis vertido hiel sobre mis días.

La estrella de Lola languideció. Marchó a Inglaterra y se casó con George Stafford Heald. Acusada de bigamia por la propia familia del novio, que no la consideraba adecuada para su hijo, huyó a España con él. Cuando le desheredaron, le abandonó y él se envenenó.

Después viajó a América, donde interpretó en la escena el musical autobiográfico *Lola en Baviera*. En 1852 se casó en California con el periodista Patrick Purdi Hill. Se divorció y contrajo un nuevo matrimonio con un médico alemán, que la dejó viuda poco después por culpa de un accidente de caza.

En 1855 se fue a Australia para actuar en un teatro de Sydney. Allí se enamoró del actor Follerie, que se ahogó ante los ojos de Lola en las turbulentas aguas del puerto de Melbourne. En las críticas de su espectáculo destacaban la extrema sensualidad que había en ellos: “La señora Lola Montes presentó la *performance* más libertina e indecorosa que pueda ofrecerse en un escenario público”, señalaba *The Sidney Morning Herald*.

Ajada y totalmente olvidada por el rey, que se consolaba con otras muchachas, y por la historia, cada vez tenía más dificultades para conseguir contratos. Volvió a Estados Unidos en 1857 y allí se quedó.

En algún momento su mente se extravió y acabó como militante metodista, arrepentida sinceramente de sus pecados. Murió con sólo 43 años, en 1861, de un ataque de apoplejía. Hollywood rodó varias películas sobre su vida con el título *Lola Montes*. La primera en encarnarla fue Leopoldine Konstantine, dirigida por Robert Heymann (1918); le siguió Conchita Montenegro (1944), a las órdenes de Antonio Román; después le dio vida Ivonne de Carlo (1948), a las órdenes de George Sherman, y, posteriormente, Martine Carol en una lujosa versión de Max Ophuls (1955).

## Madame Sabatier

Aglae-Josephine Sabatier (1822-1889), que cambió su nombre por Apolonia, fue una gran seductora que cosechó un sonado fracaso sentimental con Charles Baudelaire, que, sin embargo, la había perseguido durante mucho tiempo.

Hija natural de un vizconde y de una costurera, tomó su apellido, cambiándole una letra, del hombre con el que se casó su madre, el sargento André Savatier, gracias a la intervención de su amante.

Apolonia parecía destinada a ser cantante de ópera o concertista hasta que le presentaron a un antiguo diplomático belga, el industrial Alfred Mosselman, que quedó cautivado por su belleza, que llegaría a ser legendaria, y sus elegantes maneras. La instaló en un apartamento de la calle Frochot, donde le recibió de 1846 a 1861. Apolonia vestía de una forma original, en la que se involucraron los artistas que conocía, haciéndole sugerencias o diseñando modelos para ella.

Uno de los escándalos más sonados de madame Sabatier fue el de la estatua de Jean-Baptiste Clésinger llamada *Mujer mordida por una serpiente*, que fue expuesta en el Salón de 1847. Delacroix la definió como “un daguerrotipo en escultura”. Théophile Gautier difundió el rumor de que Apolonia había posado para este desnudo, creencia que se sustentó, sobre todo, en que la estatua mostraba algo de celulitis en las nalgas. Sea como fuere, esta obra provocó una revolución en la escultura; a partir de entonces las figuras femeninas se hicieron más curvilíneas. Ernest Meissonier retrató a Apolonia, y Ernest Feydeau la escogió como personaje central de su novela *Sylvie*.

#### EN LOS SUEÑOS DEL MAL

Fue en 1853 cuando Charles Baudelaire empezó a escribir cartas a Apolonia, conocida por sus cenas de los domingos en las que se reunían famosos artistas y escritores, como Gérard de Nerval, Hector Berlioz, Edouard Manet y Edmond y Jules de Goncourt.

Si Apolonia fue la “Venus blanca” de Baudelaire, y por ello se desvaneció en cuanto la tocó, Jeanne Duval fue su “Venus negra”. La conoció en París en 1842, después de recibir la herencia paterna. Jeanne era actriz y representaba un papel secundario en un vodevil del Teatro Parthénon. A ella le dedicó poemas como *Te adoro igual que a la bóveda nocturna*, *Sed non Satiata* o *El vampiro*. Sus relaciones tuvieron varias interrupciones, una de ellos en abril de 1852.

Baudelaire expresó su devoción a Apolonia con cartas y poemas entregados. Como Jeanne Duval, su musa oscura –además de la encarnación “del mal” era mulata- y Marie Daubrun, a quien conoció en 1847 y que fue su amante de 1855 a 1869, Apolonia le influyó en su poesía. Hacia 1854, Baudelaire estaba pensando en volver con Jeanne o con Marie Daubrun, pero seguía escribiendo a su musa blanca en la distancia.

Una carta del 16 de febrero de 1854 iba acompañada del poema *Himno a la belleza*, en el que hay una lucha entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad, Apolonia Sabatier y Jeanne Duval:

¿Bajas del cielo profundo o emerges del abismo,  
Belleza? Tu mirada infernal y divina  
confusamente vierte crimen y beneficio,  
y puedo por eso compararte al vino.

Albergas en tus ojos el ocaso y la aurora,  
exhalas tu perfume como una tarde de tormenta;

Son un filtro tus besos y un ánfora tu boca  
que vuelven al héroe cobarde y valiente al niño.

¿Emerges del negro abismo o bajas de los astros?  
El Destino hechizado te sigue como un perro,  
al azar siembras el luto y la alegría  
y gobiernas todo sin responder de nada.

Marchas sobre los muertos, Belleza, y de ellos te ríes;  
de tus joyas, el horror no es la menos hermosa,  
y el Crimen, entre todas tus costosas prendas,  
danza amorosamente sobre el vientre triunfal.

La aturdida falena vuela hasta ti, candela,  
crepita, estalla y grita: ¡Bendigamos la llama!  
El amante, jadeando sobre su bella amada,  
parece un moribundo que su tumba acaricia.

¿Qué importa que tú llegues del cielo o el infierno?  
Belleza, inmenso monstruo, pavoroso e ingenuo,  
Si tu mirar, tu risa, tu pie, me abren las puertas  
de un infinito que amo y nunca conocí.

Satánica o divina, ¿qué importa? Ángel o Sirena,  
¿qué importa? Si tú vuelves -hada de ojos de terciopelo,  
resplandor, ritmo, aroma, ¡oh mi única reina!  
menos odioso el mundo, más ligero el instante.

Cuando se enamoró de Apolonia, o creyó enamorarse de ella, Baudelaire la agasajó con cartas y poemas. En esta misiva de 1857 le ofrecía sus versos: "Mis mejores deseos, querida dama. Beso sus manos como signo de mi absoluta devoción. Todos los versos contenidos entre la página 84 y la página 105 son sólo para usted. Charles Baudelaire".

Sólo tuvieron un encuentro, el 30 de agosto, que ella concertó en reconocimiento a su homenaje en *Las flores del mal*. Al día siguiente, cuando Apolonia ya estaba enamorada, todo terminó. Él se alejó por carta y ella le contestó así: "Y bien, querido, ¿queréis saber cuál es mi pensamiento sobre este tema, un pensamiento extremadamente cruel y que me hace sufrir mucho? Creo que no me amáis. Y que esto es el origen de vuestro miedo y de vuestras dudas para iniciar una relación que, en estas condiciones, se convertiría en una fuente de angustia para vos y un constante tormento para mí".

Y es que en su única relación en el lecho no hubo demasiada satisfacción, para enojo de madame Sabatier: "Mi cólera era bien legítima. ¿Qué debía suponer cuando te veía huir de mis caricias, si no es que pensabas en la otra cuya alma y cara negras venían a interponerse entre nosotros? En fin, me siento humillada y rebajada. Sin el respeto que tengo por mí misma, te injuriaría". La conclusión de Baudelaire fue que "hace



unos días eras una deidad, que es muy conveniente, muy noble y por lo tanto inviolable. Y ahora eres una mujer”.

## LA RUINA DEL PROTECTOR

En 1861, Mosselman se arruinó. Quiso pasarle una pensión mensual a Apolonia, pero ella se negó e intentó ganarse la vida pintando y restaurando cuadros. Como esto no le daba para vivir, vendió algunos de los objetos de arte que llevaba años coleccionando. Ese año inició una nueva relación con sir Richard Wallace, hijo natural del marqués de Hertford, quien le prometió hacerse cargo de ella en cuanto dispusiera de su herencia.

En 1864, Apolonia se trasladó, gracias a su nuevo amante, que por fin heredó y cumplió su promesa, al número 10 de la rue de la Faisanderie. Wallace demostró su generosidad con la ciudad dotándola de cientos de fuentes públicas que llevan su nombre. Apolonia murió en 1889 de gripe. Tenía 67 años.

### Amor de papel

En estos bellos versos de Baudelaire dirigidos a Apolonia el sueño todavía no se había hecho mujer:

¿Qué dirás esta noche, pobre alma solitaria?,  
¿Qué dirás, corazón marchito hace tan poco,  
a la más bella, a la más buena, a la amadísima  
bajo cuya mirada floreciste de nuevo?  
El orgullo emplearemos en cantar sus alabanzas;  
Nada iguala el encanto de autoridad,  
su carne espiritual tiene la fragancia de los ángeles,  
y nos visten con purísimas ropas sus ojos.  
Sea en la oscuridad de la noche, en soledad,  
o en las calles entre la multitud,  
danza como una antorcha su fantasma en el aire.  
A veces habla y dice: "Yo soy la bella y ordeno  
que, por amor a mí, no améis sino lo bello.  
Soy el Ángel guardián, la Musa y la Madonna".

## Marie Duplessis

La inspiradora de Margarita Gautier en *La dama de las camelias*, de Dumas, o de Violetta Valéry en *La Traviata*, de Verdi fue Marie Duplessis (1824-1847), llamada en realidad Rose-Alphonsine Plessis, una bella cortesana con la que Alejandro Dumas hijo tuvo un lance. Alejandro escribió una novela sobre el tema cuando tenía 24 años, en 1848, y, dado su éxito, en 1852 creó un drama teatral.

Marie, que había nacido en Nonant (Normandía), llegó a París con 15 años. Era una chica ruda y sin cultura que, según se contaba, vestía harapos. A los 13 años su padre –que había sido abandonado por la madre de Alphonsine y de su hermana harta de los malos tratos- la entregó a un rico soltero llamado Plantier a cambio de dinero. Cuando al año de relación Plantier se cansó, Marie regresó con su padre y trabajó en una taberna, hasta que la envió a casa de unos parientes lejanos que vivían en París.

El escritor francés Nestor Roqueplan explicó que una vez vio junto a un vendedor de patatas fritas a una muchacha muy bonita que iba muy sucia. Le compró una bolsa de patatas por pena. Dos años más tarde se la volvió a encontrar en compañía de aristócratas y de otros hombres poderosos.

### **FULGURANTE ASCENSIÓN SOCIAL**

Con 16 años, Marie se «inventó a sí misma» y fue lo bastante lista como para ascender en la escala social. Empezó siendo la amante de un tabernero que se enamoró de ella y le puso un piso en París, cerca de la iglesia de la Madeleine, y continuó su carrera asistiendo a los estrenos teatrales y dejándose ver, de forma que se prendó de ella el conde Ferdinand de Monguyon, hombre rico e influyente, árbitro de la elegancia y propietario del «palco infernal», cuyos ocupantes daban el éxito o condenaban al fracaso a los autores y a los artistas. Marie se convirtió en “el amor de los cien mil francos”, pues sólo el hombre que tuviese esa renta podía intentar conquistarla.

Más tarde fue la amante del joven duque de Guiche, que llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón III. Según algunos autores, Marie tuvo un hijo de esa relación que fue entregado a unos padres adoptivos, los Judelet.

Marie también fue suficientemente avispada como para cultivarse: leía a Víctor Hugo, Lamartine y Musset y aprendió a tocar el piano. Los hombres poderosos se arruinaban por ella, en su casa se reunían representantes de la aristocracia francesa y tenía seis sirvientes. “Escogí Marie –explicaba- porque era el nombre de la Virgen, y Duplessis para darme un poco de importancia aristocrática y recordando el nombre de una propiedad importante de mi pueblo natal.”

Una de sus amigas, una de las principales intérpretes del Théâtre des Variétés, Judith Bernat, dejó un completo retrato de ella: “Poseía un encanto incomparable. Era muy esbelta, casi delgada, pero maravillosamente delicada y graciosa; su rostro presentaba un óvalo angelical, sus ojos oscuros poseían una melancolía acariciadora, su tez era deslumbrante y, por encima de todo, tenía un cabello precioso. ¡Oh! ¡Aquel fino y sedoso cabello oscuro!”.

Marie reinó en el Boulevard, en la zona que entonces se consideraba elegante en la capital. Como el resto de mujeres con clase, almorzaba en Tortoni, cenaba en el Café de París y a la salida de la Ópera detenía su calesa delante de Tortoni para degustar sus famosos helados, que, según la costumbre, le subían al coche.

Marie era ya la «dama de las camelias», flores que adoraba y que estaban presentes en su casa hasta la exageración. Eran sus preferidas porque no tenían olor, mientras que las rosas y otras flores fragantes le producían dolor de cabeza. Cuentan que durante veintisiete días al mes las flores eran blancas y los otros tres rojas.

Villemessant recoge en sus *Mémoires d'un journaliste* (seis volúmenes publicados entre 1867 y 1878), una divertida anécdota que da idea del poder sobre los hombres de esta mujer y del ambiente festivo que reinaba en la época. Cuenta que para llevar el tren de vida que deseaba, Marie precisó aceptar la creación de una asociación formada por siete componentes que ya eran amigos antes de compartir amante. Para festejar la firma del contrato le hicieron un regalo en común: un tocador con siete cajones, uno para cada uno de ellos. Cuando la asociación se rompió cada uno vació su cajón y se llevó sus efectos personales.

## **EL AFFAIRE CON DUMAS**

Alejandro Dumas hijo la conoció en 1844, cuando ambos tenían 20 años. Él se enamoró de ella y, al parecer, en cierta forma fue correspondido y pasó a ser amante del corazón –término que se usaba para distinguir a los amados de los amantes adinerados-, pero no podía mantener a la bella cortesana. Finalmente no pudo soportar sus infidelidades y triquiñuelas ni el gasto que suponía tratarla. Una vez que él la acusó de engañarle, Marie le contestó riendo: “Mentir blanquea los dientes”.

Dumas se despidió de ella en una carta que terminaba con estas palabras: “Adiós, pues. Tenéis demasiado corazón para no comprender la causa de mi carta y demasiado espíritu para no perdonarme. Mil recuerdos. A. D. 30 de agosto”. Cuatro años después escribió su novela. Curiosamente, el protagonista masculino tenía las mismas iniciales que él: A. D., Armando Duval. “Se veía que estaba aun en la virginidad del vicio”, recordaba en su obra un aún enamorado y deslumbrado Alejandro, quien también había escrito para ella un libro de poemas de amor, *Pecados de juventud*.

Marie siguió su destino y se convirtió en amante, entre otros, del conde de Stackelberg, un hombre de 80 años, casado y fabulosamente rico. Con el éxito se estableció en el número 17 del Bulevar de la Madeleine, en una bella y amplia casa por la que pagaba 3.200 francos de alquiler y que poseía un gran salón y habitaciones para el servicio.

Un año después de la ruptura con Dumas, Marie, muy bella, cargada de diamantes y de pieles que le regalaban sus amantes y muy enferma ya de la tuberculosis que la llevaría a la tumba, conoció a Franz Liszt, un hombre por el que se sintió profundamente atraída y al que sí hubiera podido amar. La enfermedad y el matrimonio por sorpresa de Marie con un antiguo amante, el vizconde de Perregaux, alejaron a los enamorados.

“Amor mío –le escribió Liszt en plena efervescencia-, estás hecha para mí. No quiero que vuelvas a ser desgraciada. Sí, te llevaré lejos de Alemania. Bien pronto iremos a la ciudad más bella del mundo, a Constantinopla, y a Pera, hacia los encantos del Bósforo. Turquía es semejante a tu alma, a tu cuerpo...”.

La «dama de las camelias» se casó el 21 de febrero de 1846 en Londres con el vizconde, que quería salvarla de su destino. El matrimonio no fue reconocido en Francia y él la abandonó. Marie le escribió una carta diciendo que podía considerarse libre para hacer lo que quisiera.

La tuberculosis la minó. Para poder mantenerse, tuvo que vender sus joyas, pues estaba demasiado enferma para seguir con su actividad. Murió el 3 de febrero de 1847, con sólo 23 años y ya casi olvidada. En la cabecera de su cama sólo estaba un antiguo amante, el conde de Saint Ives.

Tras la muerte de Marie, Liszt confesó que había sido la única mujer a la que había amado –un poco sorprendente teniendo en cuenta la larga relación que mantuvo previamente con Marie d'Agoult-, y se lamentó: “En general, no siento mucha ternura por Marion Delorme ni por Manon Lescaut..., pero ésta [Marie] era una excepción. Ella tenía un gran corazón, henchido de ideales, y yo sostengo que era única en su género... El viaje a Constantinopla, la perspectiva del cual la entusiasmaba, es, entre las etapas evitadas, no sin trabajo, de mi vida, una de las que más he lamentado”.

Alejandro Dumas, que estaba en España cuando Marie falleció y se enteró a su vuelta, escribió *La dama de las camelias* rápidamente, en una especie de fiebre que mezclaba la creatividad desbordada con los amargos recuerdos. El escritor dio a Margarita el rostro y la languidez de Marie, su gusto por las camelias y su encanto, pero la hizo más noble y, sobre todo, más sacrificada y también que su amado se alejara de ella mediante una mentira heroica.

El drama de Dumas fue representado por primera vez en febrero de 1852, protagonizado por Eugenia Doche. Sarah Bernhardt también representó con gran éxito a la heroína y en el cine fue interpretada, entre otras, por Greta Garbo.

## La reina Pomaré

La historia de la reina Pomaré (1824-1846) está ligada a la de otra artista y mujer de vida alegre con final muy diferente, Céleste Mogador, inventora del cancan y futura condesa de Chabریان, amiga y compañera suya.

La que sería la reina Pomaré, Lise Sergent, empezó su aventura con 17 años. Su padre se arruinó y la retiró del pensionado de Chaillot donde estaba interna. Pretextando que tenía que ir al dentista aquejada por un dolor de muelas, se fugó con un joven escultor llamado Marochetti, que la abandonó al poco tiempo después de haber tenido un hijo. Sola, Lise hizo todo lo que pudo para sobrevivir, y tuvo algunos amoríos desafortunados.

Compartió piso con la que llegó a ser la famosa bailarina Rose Pompon, que en aquellos momentos era cajera del Café du Divan, frecuentado por artistas como Balzac, Théophile Gautier o Gérard de Nerval. El dueño del café le comentó a Rose que no le gustaba su amistad con Lise porque era “una mujer de costumbres más que ligeras: cambia de amante como de camisa”. Cuando empezó a adquirir notoriedad, Rose

se inventó un pasado romántico, como muchas de sus colegas de profesión, y contó que era hija de Carlos X de Francia.

Las dos amigas vivían libremente, pero eran demasiado honestas como para sacar provecho económico de sus amantes, hasta que las cosas se empezaron a poner feas de verdad y Lise le declaró solemnemente, según contaba en sus memorias Rose, que “en un plazo de ocho días tendría un piso suntuoso, caballos, coches o diamantes... o se tiraría al río”.

Un día decidieron entre las dos lanzarse al mundo del espectáculo. Lise demostró tener talento y fuerza y un estilo especial, como relató Rose: “Iremos esta noche a Mabilille, bailaremos y me extrañará si alguien no se fija en mí. Convertiré en fuego mis piernas... y ya verás si no valgo yo tanto como otras que ya son célebres, dijo Lise.

»Y en enaguas y corsé blanco se puso a bailar de una forma extraña, pero tan encantadora que me dejó estupefacta. Al punto intenté hacerlo con ella. Sentía en mí el mismo genio que la había poseído ya. Naturalmente encontraba gestos, torsiones, movimientos en los que presentía el éxito futuro. Después de este ensayo, nos lanzamos la una en los brazos de la otra. Nuestra vocación acabada de nacer”.

Se presentaron al Bal Mabilille vestidas para la ocasión: Lise con un traje de seda verde y sombrero de paja adornado con margaritas y Rose con un vestido de organza y una capota blanca en la que había una rama de espino florido. El Bal Mabilille tenía la mejor orquesta de baile de París y las muchachas acudían allí para encontrar el príncipe azul que las retirara y para ver las danzas de las famosas bailarinas Frisette, Carabine y Mousqueton.

Cuando Rose y Lise empezaron a bailar, todos se pararon para contemplarlas. El público, espontáneamente, gritó: “¡Bravo! ¡Bravo!, es una reina!”. Una voz precisó: “La reina Pomaré”. La pasión que destilaba Lise en su forma de bailar fue su camino hacia el éxito.

La reina Pomaré vestía siempre con un toque exótico, llevaba las muñecas cubiertas de brazaletes y el cuello rodeado de collares coloristas. Las once de la noche era su hora y la del resto de bailarinas, Céleste Mogador, Rose Pompon y Mingnonnette, que, con sus nuevos ritmos y aires, habían destronado a Carabine, Mousqueton y Frisette.

## **EL FINAL**

Cuentan que cuando Céleste Mogador, ya convertida en la condesa de Chabrilan y con sus años encima, vio una escena de *Naná* de Zola en la que la reina Pomaré se había convertido en una vieja costurera desdentada y borracha, silbó y exclamó: “¡No se puede permitir que en mi presencia se ultraje la memoria de una muerta que fue mi amiga!”.

Céleste defendía que la reina Pomaré murió a los 22 años. Sólo la tuberculosis pudo conseguir que su estrella dejara de brillar.

“Fui a verla a su casa –escribió Céleste-, en la calle Sainte Georges, donde, entre dos ventanas, un soporte de madera dorada servía de pedestal a una Virgen de yeso. Las mejillas de Lise estaban pálidas, sus

labios demasiado rojos y su respiración ronca. Su hermana estaba con ella y le decía, rencorosa:

-Tú, que te creías amada por todos... ¿dónde están ahora tus amigos!

Lise me apretó la mano:

-Tiene razón, me han abandonado todos. —Contempló sus delgados brazos y me dijo—: ¡Qué bien has hecho en dejar esta vida! Se olvidará tu pasado, es probable que incluso lo olvides tú misma.

Enrolló su rosario alrededor de su brazo y comentó:

-¡Qué buena pulsera!

Las oraciones de su infancia volvían a sus labios. Me pidió que la dejáramos sola...”.

Cuando Céleste volvió a la habitación, estaba muerta. Era el 8 de diciembre de 1846 y, seguramente, para hacer perdonar los pecados de su amiga, Céleste le puso mucho «teatro» al asunto.

### **La auténtica reina Pomaré**

Vivió siempre lejos de París. Era la exótica princesa Aimata, de la familia real de Tahití, y había nacido en 1822. Fue proclamada reina cuando era muy niña y su conducta caprichosa estuvo a punto de costar una guerra entre Francia y Gran Bretaña.

Vivió entre las intrigas de los ingleses y de los franceses para influir sobre ella y esta notoriedad la convirtió en tema de noticias y canciones en París.

Finalmente aceptó el protectorado francés y murió en su isla natal en 1877. La sucedió su único hijo, Ariiaue, último rey de Tahití.

## **Céleste Mogador**

La vida de Céleste Mogador (1824-1909), llamada en realidad Céleste Vénard, fue diferente a la de su amiga Lise, la reina Pomaré.

Seguramente inspirada por los nuevos movimientos creados por Lise, Céleste dio forma al cancan. De hecho, fue contratada en el Ball Mabilie porque Lise ya estaba enferma de la tuberculosis que le costó la vida y estaban buscándole una sustituta. Contra todo lo que cabría suponer, ambas se hicieron amigas.

Céleste, que había sido prostituta y padeció una infancia muy desgraciada, cambió su apellido Vénard en el mismo Ball Mabilie, cuyos parroquianos eran especialmente aficionados a bautizar a las bailarinas. Recién llegada al *demi-monde* de París, se hallaba rodeada por una multitud de hombres. Su acompañante, Brididi, exclamo: “Sería más fácil defender Mogador que defender a mi nueva pareja”. Desde ese momento, Céleste fue conocida por el nombre de la fortaleza marroquí que había sido capturada por las tropas francesas. Durante las décadas de los cuarenta a los cincuenta fue una de las reinas de la escena.

A diferencia de otras mujeres bellas que envejecieron mal, que terminaron en la miseria o que murieron muy jóvenes, Céleste llegó a los

85 años en muy buenas condiciones. Su particular camino de “redención” pasó por casarse con Lionel, conde de Chabrilan, vivir en Melbourne dos años por la profesión de su marido (de 1854 a 1856) y, sobre todo, escribir, entre otras obras, unas completísimas memorias, *Memorias de una cortesana en el París del siglo XIX*, publicadas por primera vez en 1854.

Cuando Lionel se casó con Céleste, había perdido toda su fortuna y había sido desheredado por su familia. Sus planes pasaban por desposarse con una mujer adinerada, pero seguía loco por la bailarina. Viajó a Australia para prosperar, pero perdió lo poco que le quedaba, y regresó a París para casarse con la artista.

El escándalo impidió que Chabrilan consiguiera un destino diplomático en Europa, lo que les obligó a viajar juntos a Australia, donde la sociedad no la aceptó. Este rechazo lo expresó bien a las claras no convocándola a ninguna fiesta ni encuentro social (las invitaciones iban a nombre de Lionel, pero no decían nada de su esposa). Al poco tiempo él murió tras una rápida enfermedad.

Céleste se mantuvo el resto de su vida gracias a sus escritos. Con la ayuda de Dumas, retomó una novela ya acabada y la convirtió en la exitosa obra de teatro *Les Voleurs D'Or*. Escribió veintiséis obras de teatro, doce novelas y siete operetas.

En 1865, Céleste conoció a Georges Bizet, al que, parece ser, le inspiró algunas características de su *Carmen*. Se encontraron en un tren y hablando descubrieron que iban a ser vecinos. Ella, por sugerencia de Bizet, le dio una llave de su casa para que pudiera componer en paz. En sus memorias, Céleste insistía en que sus relaciones fueron solamente platónicas.

La amistad entre ambos terminó abruptamente porque los futuros suegros de Bizet, los Halevy, no la aprobaban. Genevieve Halevy y Georges se casaron en 1869, y en 1872 tuvieron un hijo, Jacques, pero el compositor no fue muy feliz en este matrimonio.

La vida de Céleste hasta su muerte estuvo rodeada por el escándalo: la sociedad no la quiso, a pesar de su matrimonio con el conde Chabrilan, y cuando fundó un orfanato con parte del dinero que había ganado con su producción literaria se vio obligada a permanecer en la sombra y desligada de él para evitar un nuevo altercado.

### **El Moulin Rouge**

Joseph Oller y Charles Zidler, jefes del Moulin Rouge, lo llamaban *El Primer Palacio de las Mujeres*. Además de muchas chicas enseñando carne y levantando la pierna lo más alto que podían, el Moulin Rouge también tenía círculos literarios, como *Les Hydropathes*, fundado por Emile Goudeau; compositores innovadores, como Jacques Offenbach, cuyas polkas inspiraron a Céleste el cancán, y artistas que plasmaron su alegría, como Toulouse-Lautrec.

# Cora Pearl

Cora Pearl (1835-1886) poseía el don de la puesta en escena como buena maestra en seducción que era: una vez, en el Café de París, se presentó vestida sólo con un collar de perlas de ocho vueltas tras salir de un pastel en forma de ostra como una Venus. Además, hacía beber a sus admiradores el champán en el que se había bañado previamente.

Eliza Emma Crouch, nacida en Plymouth (Gran Bretaña), tuvo el buen tino de cambiar su nombre por el mucho más evocador de Cora Pearl. Aunque, según sus detractores, era gritona y quizá demasiado vulgar en sus expresiones, fue capaz de convertir sus deficiencias en extravagancias apoyándose en su magnífico cuerpo y su brillante y larga cabellera pelirroja. El dinero de su padre hizo posible que recibiera educación en Francia.

Cora empezó su carrera cuando un desconocido la violó. Muy joven e inconsciente, aceptó alegremente tomar una copa con él; perdió la conciencia y se despertó doce horas después tendida junto al violador en una cama. Cuando se despertó, el hombre le dio cinco libras. Este hecho hizo que Cora odiara y despreciara a los hombres y se jurara aprovecharse de ellos todo lo que pudiera.

Su carrera de actriz despegó cuando un empresario la contrató para cantar y bailar en un café en el West End. Se llamaba Bill y fue la primera víctima de Cora, que tenía por aquel entonces 16 años. Bill tenía 35 y le propuso que le acompañara a París. Cuando un mes después él tuvo que volver, Cora rechazó acompañarle.

## SAQUEAR A LOS POBRES

A partir de ese momento comenzó su trayectoria rapaz con hombres que tenían poco dinero y a los que abandonaba después de haberles exprimido, pero su suerte cambió cuando al conocer a una persona del círculo de Napoleón III. Fue su entrada triunfal en los grandes ambientes.

En el currículum de Cora hubo muchos hombres arruinados. El caso más dramático fue el de Alexander Duval, hijo del famoso empresario que había amasado una gran fortuna fundando los restaurantes que llevaban su nombre. Al morir dejó a Alexander diez millones de francos. Alexander los invirtió en Cora. Previamente le había dicho: “Ordéneme morir y moriré”, pero ella repuso: “Prefiero que vivas y abones mis deudas”. Además de pagar sus facturas también le entregó cien mil libras, creyendo que esta suma la iba a hacer feliz durante mucho tiempo, pero la misma noche que las recibió Cora se gastó seis mil en un banquete. Formaba parte de su estrategia de “alimentar al animal para vaciarle los bolsillos”.

Alexander le regaló un precioso collar de diamantes, gruesos como un garbanzo, que le costó setecientos mil francos y un libro de ciento veinte páginas bellamente encuadernado que ella recibió con desprecio, hasta que le hicieron notar que cada página era un billete de mil francos.

Le recibía de cuando en cuando en su lecho, donde fingía un placer que no sentía, como confesó años más tarde en sus memorias oficiales, aunque en la segunda versión, mucho más jugosa, se mostraba más



ardiente y sexual. Finalmente, cuando Alexander lo perdió todo, dejó de recibirle y le sustituyó por Achille Murat, hijo del general Joachim Murat, al que Napoleón I había hecho príncipe. El escándalo que suscitó el suicidio de Alexander la obligó a mudarse de París.

## **GAJES GALANTES**

A los 28 años Cora protagonizó un duelo a latigazos con otra cortesana, Marta de Vere, en el Bois de Boulogne, para discutir quién se iba a quedar con un príncipe serbio. Durante varias semanas no pudieron mostrarse en público a causa de las heridas. Para acabar de estropearlo, el príncipe, que ni era príncipe ni tenía dinero alguno, se fugó con las joyas de ambas.

Las grandes seductoras no serían tales si no hubieran ideado todo tipo de extravagancias y se hubieran hecho propaganda con ellas. Con 30 años, Cora solía lucir una gruesa cadena de oro con doce medallones, cada uno de ellos con las armas de las más nobles y antiguas familias de Francia. En una ocasión tiñó de azul a su perro para que hiciera juego con su vestido y en otra comunicó a sus invitados que les iba a servir carne para comer, pero que ninguno de ellos se atreviera a cortarla. Una hora después, cuatro hombres aparecieron portando una honda fuente de plata. Cuando la descubrieron apareció Cora tendida, desnuda excepto por una o dos ramitas de perejil. Tenía cierta tendencia a usar fuentes para servirse a sí misma, era una de sus formas de expresar su total dominio sobre la situación y los hombres. El escultor Gallois la esculpió en mármol y se consideró su estatua como la rival de la Venus de Milo.

Su fortuna llegó a ser fabulosa, y entre sus amantes se contó el príncipe Napoleón; además, tuvo sus propios apartamentos en el Palais Royal.

En la capital francesa fue amante del duque de Morny, hermanastro de Napoleón III y ministro del Interior, y del príncipe Jerónimo Bonaparte, que la instaló en un magnífico castillo; como pago recibió una frase que se hizo célebre: “Nada de dinero, nada de amor”.

Los presentes con que la obsequiaban no eran menos fabulosos. El príncipe Napoleón le regaló un coche lleno de violetas salvajes, compradas fuera de estación a un precio exorbitante, pero a Cora le parecieron poco y a punto estuvo de pisotearlas. Como una broma privada entre los dos, cuando ella averiguó el valor del regalo, en los banquetes que Cora organizaba en su casa, para al menos quince caballeros, la carne se servía en un lecho de violetas. Otro hombre le regaló una estatua de plata de un caballo llena de oro y piedras preciosas.

Al igual que Carolina Otero, que más tarde aparecerá en estas páginas, Cora también tenía el vicio de jugar.

Durante la guerra francoprusiana de 1870, Cora abrió su casa para albergar a los heridos que llegaban del frente y ella misma les atendió sin descanso. Cuando terminó la guerra esperó en vano algún tipo de reconocimiento por parte del gobierno, pero su turbio pasado lo impidió.

El mundo de esplendor que Cora había conocido desapareció y en lugar de la brillante sociedad del Segundo Imperio y sus fabulosas fortunas, quedó una burguesía con muy poco glamour y muy avara.

Sobrevivió vendiendo sus cuadros, muebles y joyas y lentamente se arruinó.

### LA VENTA DE LA MEMORIA

En 1884 escribió sus memorias para ganar cien luisas que le habían prometido por ellas. Se cuenta que envió fragmentos a sus ex amantes para pedirles dinero a cambio de censurar los párrafos más escabrosos. El resultado fue bastante insípido, pero muchos años después salieron a la luz otras memorias, de las que se había hecho una edición reducida en las que revelaba con todo lujo de detalles las costumbres amorosas de los caballeros con los que había tenido relaciones. No hay forma de saber si son auténticas o no, pero lo cierto es que los lances que se relatan se ajustan a lo que se contaba sobre estos hombres.

En el invierno de 1886 murió de cáncer en medio de la miseria. Cuando su cuerpo iba a ser llevado a la fosa común, un caballero de aspecto aristocrático preguntó cuánto costaría el mejor entierro. Entregó la suma que le pidieron sin vacilar y Cora tuvo un funeral fastuoso. Emile Zola la inmortalizó en *Naná* como Lucy Stewart.

### LA INAPETENCIA Y EYACULACIÓN PRECOZ DEL PRÍNCIPE NAPOLEÓN

Sin ningún rubor, Cora contó como el príncipe Napoleón, primo del emperador, que tenía una de las vergas más largas que Cora había visto jamás, apenas aguantaba unos minutos en erección cuando estaba sobrio, mientras que si había bebido el suficiente coñac podía aguantar cuarenta minutos, lo que no convenía ciertamente a la cortesana.

Una noche en que se durmió y Cora sufrió una gran decepción, el príncipe halló una manera para compensarla: “Aquella misma noche volvimos a la ópera, y esta vez acompañados de un miembro de su séquito –el teniente de navío Brunet- y un joven amigo, André Hurion, que había sido actor en un teatro de provincias antes de heredar una modesta fortuna de un pariente lejano, convirtiéndose en un niño bonito. Los dos tenían la mitad de años que el príncipe [...]. Al acabar la cena, mientras bebíamos el coñac, Hurion, que estaba sentado frente a mí, me acarició la pierna con el pie mientras agarraba el fuste de la copa de tal forma que a nadie se le escapaba el significado.

»Yo me puse en pie pidiendo que nos marchásemos. Para mi sorpresa, Hurion nos acompañó al coche y a él subieron los dos con el príncipe, quien no hizo ningún gesto de desaprobación. Al llegar a casa ¡subieron las escaleras con nosotros y nos acompañaron al dormitorio! Yo empecé a sospechar lo que iba a ocurrir y, efectivamente, apenas se había cerrado la puerta los dos jóvenes estaban desvestidos.

»—Querida –dijo el príncipe-, siento que mi conducta anoche te dejara insatisfecha, pero, como ves, te he traído dos de mis mejores bestias y espero que te den cierta compensación. ¡Mira! –exclamó señalando con su bastón las nalgas de Brunet-. Charles es válido para cualquier potra y André –hizo un gesto e dirección a Hurion, que ya estaba en forma- tiene

unas piernas y unos riñones no inferiores a los míos en sus buenos tiempos. Caballeros, por favor, hagan como si yo no estuviera...», tras lo cual se acomodó en un sillón con una botella de coñac y un vaso a contemplar los acontecimientos.

»Los dos hombres, primero, con suma solicitud y no pocos murmullos de admiración, me desvistieron. Acabado esto, la virilidad de Hurion ya estaba enhiesta, una verga enorme, no tan grande como la del príncipe, pero evidentemente más vigorosa y presta para la batalla; era fuerte y gruesa, con una bolsa debajo con bolas de tamaño en consonancia, y se erguía desafiante sobre un vientre cubierto de pelo negro y rizado que se extendía hasta el pecho. Brunet, en cambio, era pequeño pero perfecto y parecía una estatua griega; el pelo de su cuerpo era tan claro que casi no se distinguía y lo tenía ensortijado en torno a su instrumento, que más que grande, era de corte clásico: un objeto artístico que sólo los insensibles no habrían admirado.

»A modo de inciso diré que sólo las mujeres que han tenido la oportunidad de ver muchos hombres en la intimidad saben cómo varían en tipo. Algunas vergas son más feas que el demonio y no siempre a juego con el rostro de su dueño. Otras son torcidas, otras rectas, otras demasiado delgadas, otras demasiado cortas y gruesas, algunas en reposo son pendulonas y gordas y cuando se excitan no superan mucho su estado original, otras aumentan desde el tamaño de una nuez al de una gran fruta en cuestión de segundos, Y lo mismo puede decirse de su sensibilidad, naturalmente. Algunas, al contacto de un dedo, derraman su jugo, otras son tan insensibles como madera, por lo que hay que dedicarles mucho esmero para que descarguen, aun con la mayor disposición de su dueño. Siempre ha sido para mí motivo de incesante curiosidad observar estas diferencias que, por cierto, no confirman los dichos tradicionales: los hombres de nariz grande pueden estar mal dotados, mientras que los dedos finos pueden tener cacharros enormes. La prueba ocular es la mejor.

»Aunque retraída al principio por la afabilidad del príncipe, ya que sus dos amigos se mostraban tan dispuestos a gozarme siguiendo sus orígenes habría sido innoble por mi parte no mostrar gratitud por su solicitud. Así, conduje a los dos a la cama y allí se tumbaron uno a cada lado, jugueteando con ternura con mis pechos y muslos, mientras yo disfrutaba con el efecto que producía la luz de los candelabros sobre la piel de sus cuerpos, uno tan oscuro que parecía el de un hindú y el otro tan blanco que se hubiera dicho el de una jovencita. Finalmente, Hurion se situó entre mis muslos y me fue penetrando suavemente, llenándome de inmenso placer. Conforme se movía lento pero persistente, levantó su pecho para que Brunet me besara las tetas y me pasara la lengua por los pezones, mientras yo le acariciaba la espalda y las nalgas. Sentí sus dedos moverse entre mi cuerpo y el de Hurion, acariciándonos a los dos cuando alcanzábamos el orgasmo.

»Al cabo de un rato, con cuidado para que Brunet alcanzara el placer que su amigo ya había gozado, insinué a Hurion que se levantara, apoyándose en las rodillas, de modo que mientras yo seguía empalada y le sostenía con los muslos, él quedara erguido dejando que su amigo se arrodillara frente a él y yo pudiese entretener mi boca. Por entonces ya

estábamos los tres en la cumbre del placer y en un instante alcanzamos el orgasmo, consumando nuestra pasión en muto deleite. Estábamos tan absortos que nos sorprendieron los aplausos con que el príncipe, desde el sillón, celebró nuestros empeños”.

## Virginia de Castiglione

Según Alejandro Dumas, inventor de la expresión, el *demi-monde* «empieza donde acaba la esposa legal y acaba donde la esposa legal comienza”. O sea que estaba formado por “escandalosas” adúlteras y por cortesanías dignificadas por el matrimonio o por *liaisons* más o menos duraderas.

De 1851 a 1870 París y Francia vivieron con un nuevo estilo, era una época dulce y próspera y extrañamente apacible. En oposición al *demi-monde* existía *le monde* del Segundo Imperio, formado por tres noblezas y la alta burguesía: las tres noblezas eran la legitimista, la del Primer Imperio, ya en segunda generación, y la del Segundo Imperio. Napoleón III (1808-1873) fue un hombre obsesionado por el sexo que llevó gustosamente a París la lujuria.

En este mundo galante y sensual hicieron fortuna muchas mujeres, entre ellas “la divina condesa”, la florentina Virginia de Castiglione (1837-1899), de soltera Virginia Oldoni. Se casó en 1854 con Francisco de Castiglione, escudero del rey de Cerdeña y, posteriormente de Italia, Víctor Manuel II.

Con 19 años, el 8 de marzo de 1855, Virginia, a la que sus amigos llamaban Nicchia, tuvo un hijo, Jorge. Pero este acontecimiento no sirvió para acercar a los dos esposos, ya que Virginia era una mujer alegre a la que le gustaba viajar y acudir a fiestas, mientras que el conde era un hombre reservado y poco sociable.

Virginia Oldoni, considerada como una de las mujeres más bellas de su época, tuvo pasión por el poder y la intriga. Prima del primer ministro Cavour, uno de los artífices de la unidad italiana, fue a París con su marido, agregado de embajada a la corte de Napoleón III. El consejo de Cavour a su prima no pudo ser más claro: “Debes triunfar. Italia lo necesita. Emplea los medios que quieras, pero triunfa. Cuando estés a punto de desfallecer o cuando tu sacrificio te parezca insoportable, piensa entonces en una sola cosa: la unidad de Italia”. Le urgía a que conquistara al emperador. Virginia se convirtió así en una especie de espía a favor de los intereses italianos.

### LA SEDUCCIÓN DE LA CORTE

Cuando Virginia llevaba pocos días en la capital francesa obtuvo su primer triunfo, pues el príncipe Poniatowski figuraba ya entre sus confidentes y pronto sería uno de sus enamorados. La princesa de Metternich, embajadora de Austria en París, escribió que al ver por primera vez a Virginia quedó “como petrificada ante semejante milagro de belleza. Su

talle era de una ninfa. Su cuello, hombros, brazos, manos parecían esculpidos en mármol color rosa. Su escote, aunque excesivo, no resultaba indecente: hasta tal punto se asemejaba a una escultura antigua esta soberbia criatura. El rostro estaba a tono con el cuerpo: un óvalo delicioso, una tez de frescura incomparable, los ojos color verde oscuro, con cejas que parecían haber sido trazadas por el pincel de un miniaturista, una naricilla caprichosa y, sin embargo, de una regularidad absoluta, y dientes de perlas; en una palabra: ¡Venus bajada del Olimpo!”. Y todo esto en palabras de una mujer que era más bien parca a la hora de elogiar a los demás. El primer encuentro con el emperador, sin embargo, no fue tan bien; tuvo la impresión de que Nicchia era tan hermosa como tonta.

La situación cambió cuando Virginia le contestó en una ocasión de forma bastante ingeniosa. Al llegar la condesa y su marido a un baile, Napoleón III, que ya se disponía a marcharse, les advirtió: “El conde y la condesa llegan con retraso”. Rápidamente, Virginia replicó: “¡Oh, no, sire, sois vos, que partís demasiado pronto”.

### **Al lado del emperador**

Virginia consiguió ganarse el favor del emperador en los años 1856 y 1857. Algunas veces el emperador se citaba con ella de manera imprudente, lo cual podría haber alertado a su mujer, Eugenia de Montijo, con quien no se llevaba nada bien debido a que era muy católica, rígida, extremadamente perfeccionista y muy exigente con su marido, a quien no era raro que regañara en público.

La tensión entre las dos mujeres creció. En un baile de disfraces, Virginia se presentó vestida de reina de corazones. Era un traje diseñado por ella misma con fondo blanco y corazones rojos de todos los tamaños. En la cintura llevaba prendido un vistoso colgante también en forma de corazón. Al verla, Eugenia le preguntó qué representaba su disfraz y al aclararle la condesa que iba de reina de corazones, la emperatriz, caústica, exclamó: “¡Ah!, ¿pero no le parece que el corazón está un poco bajo?”.

Para que el marido de Virginia no interfiriera en sus intrigas, Cavour consideró más prudente que se trasladara a Turín.

En su diario, Virginia escribió sobre el emperador: “Es generoso, pero con negligencia. Maestro del autocontrol. Es un sentimental agradecido y sensible a la cortesía. No olvida las ofensas. De su palabra debe una fiarse la mitad solamente”.

Todo fue en vano. Una conspiración por acabar con Napoleón, que según se rumoreaba fue sólo una pantomima instigada por la emperatriz, pero que acabó con la muerte del actor que hacía de presunto asesino, destapó las conspiraciones de la condesa. Se interceptaron también un par de mensajes cifrados e incluso el libro de claves y tuvo que abandonar precipitadamente París.

No está claro si Virginia tuvo otros amantes además de Napoleón, pero se han barajado, con bastantes posibilidades, los nombres del rey Víctor Manuel, del barón Alfonso de Rothschild, del banquero Laffitte, del

príncipe Poniatowski, y, posteriormente, del duque de Aumale, hijo de Luis Felipe, y del riquísimo conde de Hertford, en Inglaterra. Una relación con el general Luis Estancelin, uno de los principales impulsores de la causa orleanista, con quien mantenía una gran amistad, se malogró porque Virginia se presentó cubierta de joyas y tan apabullante que parecía una divinidad oriental; el pobre hombre quedó intimidado.

Algunos historiadores han intentado quitarle importancia al papel que desempeñó Virginia, pues sostienen que el emperador ya estaba interesado en la causa.

Virginia estaba muy segura de su belleza y, de hecho, solía decir: “Contemplarme contra mi voluntad es como robarme”. Por este motivo, solía ir por la calle tapada con un tupido velo. En una ocasión que salió de la casa de lord Holland, se encontró con un grupo de muchachos que empezaron a molestarla. Un caballero que pasaba por allí se ofreció galantemente a acompañarla. Cuando llegó a su casa, se apartó el velo y mostró el rostro al desconocido: “He aquí, señor, vuestra recompensa”.

Con su hijo Jorge tuvo muchos altercados, provocados, fundamentalmente, por temas económicos. Jorge murió muy joven en España, por la viruela, y su madre, dominada por la manía persecutoria, sostuvo que había sido envenenado. Durante años vivió discretamente; el gobierno piemontés le asignó una casita a las afueras de Turín y recibió una renta que le permitía vivir con holgura, pero echaba terriblemente de menos sus años de esplendor.

## **HACIA LA UNIFICACIÓN**

De todas formas, sus esfuerzos no fueron en vano. El 24 de abril de 1859, Napoleón III declaró la guerra a Austria. De la victoria, Cavour no consiguió tanto como esperaba, ya que Venecia siguió siendo austríaca, pero obtuvo Lombardía y Parma, y quedaron accesibles para la unificación italiana, como principados independientes, Módena y Florencia.

Cuando tras mucho insistir, Virginia consiguió volver a Francia, su momento ya había pasado. Asistió a una fiesta de disfraces en 1862 vestida de reina de Etruria, a lo que Eugenia replicó: “Bellísimo traje, pero de una reina caduca”. En 1868, Virginia enviudó y dos años después cayó el Segundo Imperio. Nicchia intentó una aventura con Enrique de Orléans, duque de Aumale, a quien intentó convencer sin éxito de que aspirara al trono de Francia. La condesa no podía resistirse a las intrigas y a las grandes causas políticas.

En 1878, Virginia se instaló en un entresuelo de la calle Vendôme. Su belleza languidecía y ella no lo podía asumir. Un elogio de un admirador: “Saludo a la belleza que pasa”, lo interpretó como que la hermosura se le iba y veló de negro los espejos, cerró las ventanas de su casa para que no entrara el sol y no salía más que de noche para no ser reconocida. Se había convertido en una neurótica. Empezó a ser conocida como “la loca de la plaza Vendôme”.

Disecaba los perros con los que vivía a medida que se iban muriendo y sufría una enfermedad de la columna vertebral que le causaba muchos

dolores. Cuando el dueño la echó, se trasladó a un cuchitril de la calle Chambón, cerca del restaurante Voisin, donde hizo leales amigos que la ayudaron. Murió el 28 de noviembre de 1899, en un salón de este restaurante, donde la habían trasladado después de que sufriera un ataque de apoplejía en la calle; estaba completamente sola.

Sus últimas voluntades fueron que dos de sus perros disecados la velaran, pero nadie se atrevió a cumplir este tétrico deseo. También quiso que la amortajaran con la camisa de dormir que llevó para recibir en su lecho a Napoleón III, pero este deseo tampoco se hizo realidad. Por último, quería que la enterraran en la Spezia, ciudad en la que fue feliz de niña, pero la sepultaron en el cementerio de Père-Lachaise...

### **Cortesananas, *lorettes* y *biches***

Además de las grandes cortesananas, que formaban parte del *demi-monde* debido a sus alianzas y que habían conseguido cierto prestigio por su cultura o por sus relaciones, había otras mujeres que vivían de alternar.

Entre las grandes, además de la condesa de Castiglione, estuvieron Anne Deslion, amiga de príncipes y de poetas, y la actriz de teatro Leonide Leblanc, de la que alababan su cutis, que “parecía una caricia”, y de la que decían, parafraseando el célebre dicho “la guardia muere pero no se rinde”, que se rendía siempre, pero no moría jamás.

Por debajo de las cortesananas, estaban las *lorettes*, cuyo nombre se debe al dandy, escritor y empresario Nestor Roqueplan, que lo tomó de la calle Notre Dame de Lorette, por donde paseaban estas mujeres, que, a diferencia de las “entretenidas”, no estaban obligadas a un hombre que las mantuviera, sino que tenían relaciones con más. Las aprendizas de *lorettes* se llamaban *biches*, es decir, corzas. Además, *biche* era el nombre con el que las cortesananas y las *lorettes* se llamaban entre sí cuando querían expresarse cariños.

Las *grisettes* eran las jóvenes obreras y se llamaban así por el vestido de tejido gris y de poco valor que vestían. Muchas *grisettes* tenían relaciones con estudiantes y artistas.

## **Isabel II**

“¡Con Paquita no, con Paquita no!”, en medio de un descomunal berrinche, una jovencita oronda de 16 años daba su rotunda opinión sobre la personalidad y cualidades de su futuro marido, con el que no quería casarse de ninguna de las maneras. Esa adolescente era reina desde los tres años.

Isabel II (1830-1904), hija de Fernando VII, monarca déspota e incapaz, había nacido cuando el rey estaba al final de su vida y se creía que ya no procrearía. Su nacimiento desvió la sucesión a la corona de su tío Carlos hacia ella y causó un gravísimo conflicto dinástico entre los Borbones: el origen de las guerras carlistas, que se extendieron durante todo el siglo XIX.

## **NACIDA PARA DISFRUTAR**

Isabel II no se ocupó ni preocupó de los asuntos de Estado ni un minuto durante los veintisiete años de su reinado, que destinó exclusivamente a sus amantes y francachelas; no es casual que su reinado conllevara la caída de su dinastía y, en último término, la del régimen monárquico, que luego se restauraría con su hijo Alfonso XII, tras unos breves años de gobierno republicano.

Un contemporáneo la describió como “mofletuda, gordezuela, pícara, poco agraciada, enormemente temperamental, exageradamente devota y piadosa, singularmente apasionada”. Añadiremos que era corta de estatura y totalmente inculta: escribía con terroríficas faltas de ortografía (que la regocijaban) y hablaba con un vocabulario limitado y vulgar. Pero era muy simpática y con esa llaneza y gusto por lo popular que ha caracterizado a los Borbones hasta nuestros días que disimulaba su soberbia y orgullo innato por formar parte de la realeza.

Y, sobre todo, lo que caracterizaba a Isabel era su sensualidad y su apetito sexual desbordante que jamás se molestó en reprimir o disimular.

## **Los salaces Borbones**

Los escándalos sexuales de las mujeres de la dinastía se remontaban a dos generaciones atrás. Los abuelos de Isabel, Carlos IV y su consorte, María Luisa de Parma, habían mantenido un plácido *ménage à trois* con el valido real, Manuel de Godoy (en una situación que se reproduciría más de cien años después con Rasputín y los últimos zares como protagonistas). Cuando María Luisa conoció a Godoy, era una mujer fea, desdentada y prematuramente envejecida por una docena de partos y abortos, y Godoy un joven y atractivo guardia de corps, pero su mutuo amor fue siempre sincero.

La pareja real entregó el gobierno del reino (y todos los honores posibles, hasta el absurdo) a Godoy. La relación entre la reina y el valido era notoria, y pese al escándalo público y el odio del pueblo hacia ambos, Carlos IV quiso hasta la adoración a Godoy, “el amigo Manuel”, que siempre les fue fiel y compartió las penurias de la pareja (exiliada de España con la invasión napoleónica y en perpetuo enfrentamiento con su hijo Fernando) hasta la muerte de los soberanos depuestos, que fallecieron en Italia: María Luisa primero, Carlos, quince días después. Es posible que los dos últimos hijos de la reina fueran de Godoy.

Dado que Isabel tenía tres años cuando heredó el trono, su madre María Cristina fue nombrada regente del reino, pero con la condición de no volver a contraer matrimonio, una penosa obligación para una viuda de 27 años que había pasado los últimos cuatro de su vida con el achacoso y francamente desagradable Fernando VII.



## LA FALSA VIUDA

Como antes hizo Godoy, otro oficial de la guardia apareció en escena: Fernando Muñoz, con el que la Regente se casó en secreto solamente tres meses después de la muerte del rey. El gobierno, enfrascado en los momentos más duros de la primera guerra carlista, no quiso intervenir, y durante los siguientes siete años se mantuvo la ficción de la viudedad de María Cristina, mientras ésta iba quedándose embarazada y daba a luz un hijo cada año. Como la Regente realizaba su vida con toda normalidad, exhibiéndose en público en todo tipo de actos y recepciones, y los embarazos eran imposibles de ocultar, la rechifla popular fue aumentando a medida que se incrementaba el número de “muñoces”, como se conocía a sus retoños.

La regencia de María Cristina también se caracterizó por la corrupción y la rapacidad del matrimonio Muñoz, que se dedicó, fundamentalmente, a incrementar su patrimonio, hasta que un golpe palaciego derrocó a la reina y la envió al exilio a Francia.

## MATRIMONIO DE INCONVENIENCIA

Con poco más de 13 años, Isabel fue declarada mayor de edad y reina con todos los poderes. Entonces se planteó su matrimonio. Los posibles candidatos fueron descartados uno a uno, hasta que solamente quedó el primo de Isabel, Francisco de Asís, hijo de la hermana de María Cristina. Era una pésima elección, puesto que Francisco (o Paquita, como decía su futura esposa) era homosexual, amanerado hasta lo ridículo y fetichista de la ropa interior recargada. Durante el reinado de Isabel compitió con ella en número de amantes masculinos.

El matrimonio fue un fracaso desde el primer momento. Cuando se le preguntó a Isabel sobre cómo habían ido las primeras experiencias con su marido, ésta contestó: “¿Qué pensarías de un hombre que en la noche de bodas llevaba sobre su cuerpo más puntillas que yo?”. Además, Francisco de Asís tenía una grave deformación en el pene, con la salida de la uretra por la base, que le dificultaba las relaciones sexuales y le obligaba a orinar sentado. Una copla muy popular decía:

Paco Natillas  
es de pasta flora  
y se mea en cuclillas  
como una señora.

Los caracteres de ambos eran totalmente incompatibles. La exuberante y dicharachera Isabel no podía congeniar con el gélido y reservado Francisco. Cinco meses después de la boda, hubo una gran discusión entre Asís y su suegra María Cristina, que le dijo: “No mereces compartir el lecho y el amor de mi hija”, a lo que aquél contestó: “Tranquila, mamá, no comparto ni lo uno ni lo otro”, e inmediatamente se separó de la reina y construyó una corte aparte en el Palacio del Pardo

con un reducido círculo de amistades, en especial su amante Antonio Ramos Meneses.

## EL PRIMER AMANTE

Isabel no le iba a la zaga. Había perdido su virginidad mucho antes de la boda, con un profesor de canto, pero su primer amante conocido fue Francisco Serrano, “el general bonito”, con el que inició su relación poco después del enlace con Asís. El general Serrano aprovechó su influencia con la reina para hacer carrera política y tomar el mando del país. El agudo Francisco de Asís dijo de él: «Es un pequeño Godoy que no ha sabido conducirse, porque éste, para obtener la privanza de mi abuela, enamoró primero a Carlos IV”, resumiendo de paso magistralmente el triángulo amoroso de sus antecesores.

La inquina del rey contra Serrano no era por celos, sino porque quería reducir sus ingresos. Presionando a su suegra y al Vaticano consiguió obligar a Isabel a que renunciara a su amante y lo alejara del poder, lo que la reina hizo con gran disgusto, aunque rápidamente encontró un sustituto.

Isabel siempre estaba acompañada de amigos, le entusiasmaba el canto y la equitación. Salía del céntrico Palacio Real conduciendo personalmente su coche de caballos y no se perdía ni una fiesta ni una verbena, lo que la hizo enormemente popular entre los madrileños. Su lugar de reunión preferido eran los salones privados del primer piso del restaurante Lhardy, donde se hicieron famosas sus tremendas y escandalosas juergas, que no excluían episodios eróticos (en Lhardy todavía se guarda un corsé de Isabel, extraviado en una de esas situaciones); a veces, era necesario el auxilio de la fuerza pública para calmar a los alborotados asistentes. La soberana tenía gustos sofisticados, baste como ejemplo que sólo comía cocido, tortilla de patatas y pollo con arroz, acompañados con bombones y golosinas.

Proporcionar un amante a Isabel, como había pasado en Rusia con Catalina la Grande, se volvió un asunto de Estado, y estar próximo al favorito de turno garantizaba la simpatía de la soberana. Los amantes se sucedieron, y con ellos los hijos, todos ilegítimos, aunque Francisco de Asís los iba reconociendo y los presentaba a la corte sobre una bandeja de plata, con un ritual previo que empezaba con las lamentaciones y protestas del rey por los engaños de su esposa, y a los que seguía un importante obsequio en metálico. La reina tuvo doce partos, de los que sobrevivieron cinco vástagos.

A su vez, los amantes conseguían honores, cargos, mucho dinero y apoyo a los proyectos de los padrinos políticos que los habían llevado al lecho de la soberana. En un momento en que se empezaban a construir las grandes infraestructuras, como los ferrocarriles y la expansión urbanística de las ciudades más importantes, este apoyo real era primordial.

Isabel tuvo un nutrido grupo de amantes relacionados con la música, como el compositor Emilio Arrieta, el cantante José Mirall o el músico italiano Temistocle Solera (libretista de *Nabucco*). Una gran pasión fue el

marqués de Bedmar, un ambicioso aristócrata íntimamente ligado al marqués de Salamanca, uno de los principales financieros del país.

Así las cosas, en 1848 se sublevó el general Serrano (su antiguo amante) y tras un brutal enfrentamiento en la Puerta del Sol, apareció en palacio el victorioso capitán José María Ruiz de Arana, con las huellas de la batalla en su uniforme, manchado de sangre y apestando a pólvora; la reina lo arrastró inmediatamente a su lecho y así se inició una relación que duró seis años y cuatro partos.

## EL PADRE DE ALFONSO XII

Al “pollo” Arana, como popularmente se le conocía, le siguió el oficial de ingenieros Enrique Puigmoltó, que fue padre del futuro Alfonso XII, el protagonista de la restauración monárquica y de la leyenda de amor más cursi (y falsa) de la historia de España, según la cual la muerte de María de las Mercedes lo sumió en la desesperación y en la desolación. En realidad se consoló rápidamente con otras mujeres.

Curiosamente, el furor erótico de Isabel estaba acompañado de un auténtico fervor religioso. Personajes fundamentales de su corte fueron el padre Claret (que llegó a ser canonizado) y la extravagante sor Patrocinio de las Llagas, una monja iluminada, presunta estigmatizada (nunca enseñó sus llagas en público, cuidadosamente cubiertas con vendas) introducida por Francisco de Asís, y que ejerció una gran influencia sobre Isabel. El Vaticano la consideraba *putana, ma pia*.

Luego vino un protegido de Narváez, el discretísimo Miguel Tenorio de Castilla, que fue secretario de la reina, y con el que mantuvo una relación de seis años, fruto de la cual fue la venida al mundo de que sus cuatro últimos hijos. Fue sustituido por el guapísimo tenor Tirso Obregón, y, tras una pasión inflamada pero breve, llegó un sobrino de Narváez, Carlos Marfori. Poco después, la revolución de 1868 acabó con los veintisiete años de reinado de Isabel. No se entristeció mucho. Cuando alguien le dijo que reclamara “la gloria y el laurel” ella contestó: “Mira hijo, la gloria para los recién nacidos y el laurel para la pepitoria”.

Se marchó a Francia diciendo alegremente en el tren con que atravesó la frontera: “Pensaba que tenía más raíces en este país”. Allí fue recibida con los brazos abiertos por Napoleón III y su compatriota Eugenia de Montijo, que poco después también fueron destronados. La reina era todavía joven, 38 años, y no cesó con su agitada vida sexual, ni con sus problemas con su esposo, también exiliado en Francia, pero su época de esplendor había pasado. En 1870 abdicó en favor de su hijo Alfonso (“¡Qué peso me he sacado de encima!”, llegó a afirmar) y se negó a volver a España o a intervenir en el reinado de su hijo durante la Restauración. Falleció en Francia en 1904.

## Alice Ozy

Alice Ozy (1820-1893), de nombre Julie-Justine Pilloy, combinaba la astucia con una apariencia ingenua y una genuina inocencia. Fue aclamada en París durante décadas, retratada en la literatura por Théophile Gautier y llevada a la inmortalidad en las artes plásticas por Théodore Chassériau y Doré, que diseñó su tumba en el cementerio Père-Lachaise. Con los tres mantuvo relaciones.

Alice nunca pedía joyas a sus amantes, antes bien, reclamaba de ellos acciones de la compañía ferroviaria, lo que le permitió hacerse rica muy joven.

La carrera de Ozy como cortesana se decidió a los 13 años, cuando la sedujo el dueño de la tienda donde trabajaba. Seguidamente se fugó con el actor Paul-Louis Brindeau. A los 20 años debutó en el Théâtre des Variétés y al poco tiempo ya ganaba unos mil doscientos francos al año.

Prosperó cuando se prendó de ella el duque d'Aumale, aunque esta relación duró poco tiempo, ya que no podía disponer de su propio dinero y Alice encontró un pretendiente más prometedor: el conde de Perregaux.

En su novela *Madelon*, Edmond About describió el efecto que producía Alice: "Tomaba posesión de un hombre en cuanto lo tocaba con la punta de los dedos".

Alice Ozy también estuvo vinculada sentimentalmente a Víctor Hugo. El hijo de éste, que estaba loco por ella, se encontraba furioso por sus infidelidades. En 1847, buscando una solución, fue con el cuento a su padre para que le ayudara a remediar el problema. Lo que hizo Víctor Hugo fue enviarle odas eróticas a Alice, que sucumbió a su encanto y se convirtió en una más de la larga lista de conquistas del autor de *Nuestra Señora de París*.

En 1848, Alice se unió al pintor Chassériau, pero esta unión sólo duró dos años. Ozy aparece en el centro de su pintura *Tepidarium de Pompei*.

Alice Ozy, muy previsora y con un talento natural para las finanzas, multiplicó sus bienes varias veces invirtiendo en la Bolsa. Gautier afirmó que "si tuviera un saco lleno de diamantes, se lo daría a Alice Ozy. No tardaría en devolverme más de lo que le entregué".

Pendiente también de la moda, como toda cortesana que se preciara, incluida la marquesa Pompadour, que llegó a ser famosa por sus habilidades como diseñadora, introdujo la costumbre de vestirse de un solo color.

Su último amante fue Gustave Doré. A los 50 años, sólidamente establecida y con un château propio en Suiza, se convirtió en una mujer respetable. Su vejez fue, sin embargo, solitaria.

Donó toda su fortuna, casi tres millones de francos, a una sociedad que favorecía a los hijos de actores pobres.

## Sarah Bernhardt

Sarah Bernhardt (1844-1923), la gran actriz, fue del tipo de seductoras decepcionadas, esto es, las que, a causa de un temprano fracaso amoroso, no pueden entregarse más y se dedican a vivir amoríos diversos, para desesperación, y también deleite, de sus enamorados.

En 1863, en Bruselas, Sarah, con 19 años, se enamoró de Charles Lamoral, príncipe de Ligne. Esta relación le trajo muchas decepciones y un hijo, Mauricio, que nació en 1864. Debido a esta unión sentimental fracasada, Sarah no fue jamás capaz de volver a entregarse.

Uno de sus biógrafos, Heller, contaba de ella: “Es una perpetua insatisfecha. Nunca consigue colmar sus deseos. Dominada constantemente por la impaciencia aspira a algo vagamente absoluto que la fascina irresistiblemente. Sus aventuras sentimentales y sus éxitos artísticos le dejan una sed insaciable de perfeccionamiento. No regula sus caprichos. Los combate satisfaciéndolos siempre. Se embriaga con champaña cuando quiere sentirse dominada por una alegría loca. Se entrega a largas excursiones por el campo. En su casa instala una auténtica casa de fieras y se rodea de un ambiente de constantes excentricidades”.

### GRAN AMANTE DE SU ÉPOCA

La llamaban “la divina”, “la única” o “la voz de oro” y fue una gran dama de la escena, que, como ella misma reconocía, se contó entre las grandes amantes de su época.

Mark Twain dijo alguna vez que había cinco clases de actrices: “Las buenas, las malas, las regulares, las grandes actrices y... Sarah Bernhardt”. Una de sus más emotivas interpretaciones fue Margarita Gautier, de *La dama de las camelias*, a la que dio un gran realismo porque, según se rumoreaba, la misma Sarah, frágil y delgada, estaba enferma. Ella alimentaba los rumores sobre su enfermedad desmayándose en escena y acentuando su lado más lánguido en público. Además, se supo que dormía en un ataúd, para acostumbrarse a la idea de la muerte, que tenía un esqueleto al que llamaba Lázaro y que sobre su mesa se encontraba una calavera en cuya frente Víctor Hugo había escrito unos versos.

Bella, enigmática, encantadora, rebelde y combativa, Sarah vivió la vida como un reto. Octavio Feuillet describió su actitud en los ensayos de la siguiente manera: “Viene a ensayar vestida con cuidada elegancia, pero a su modo. Concluido el acto, da inesperadamente un paso de ballet, salta a la pata coja sobre la escena, se sienta ante el piano y se acompaña con un aire extraño de danza negra que entona con muy bella voz. Luego se levanta y anda a zancadas como los payasos, se echa a reír en nuestras narices, hace sonar en los bolsillos las chokolatinas de las que siempre va aprovisionada, saca un estuche de donde toma un pincelito que se pasa por los labios para avivar el rojo, muestra sus dientes blancos como almendras frescas y empieza a comer”. Seducía con su voz, pero también con sus ojos, que no eran muy grandes, pero sí de un azul profundo con

brillos dorados y dotados de una gran expresividad. Ella lo sabía y nos legó un buen consejo de seducción: "El primer beso, sabedlo, no se da con la boca, sino con los ojos".

## LOS AIRADOS INICIOS

Sarah, hija de Julia van Hard, una mujer que vivió su vida y tuvo varias hijas de hombres diferentes que nacieron en diversas ciudades europeas, empezó su carrera con un sonado escándalo: le fascinaba el teatro y, en una ocasión, acudió con su hermana pequeña, Regina, que tropezó con la falda de una famosa actriz de la época, Natalia. La actriz, muy engreída y orgullosa, empujó a la niña, que se hirió en una ceja. La reacción de Sarah fue propinarle dos bofetadas. (Desde pequeña Sarah tenía propensión a la ira y era conocida por «marcar», cuando la contrariaban, la cara de sus compañeras de estudios.) El hecho de que no pidiera perdón a la actriz, a pesar de los consejos de sus allegados, le sirvió para empezar a ser popular y para que la echaran de la *Comédie Française*. Sarah no se amilanó y se marchó a Londres, donde triunfó. Ella renovó el teatro: la declamación, la forma de colocarse en el escenario, los gestos...

Con el tiempo, Sara Bernard, se llamaría Sarah Bernhardt y volvería a ser famosa en París gracias a un ardid: hizo creer a la famosa actriz Agar que su amante estaba agonizando y así consiguió sustituirla, en la gran gala de la Ópera, para recitar *La Marsellesa*.

A principios de 1882, conoció al joven griego Aristidis Damala, de 25 años, doce menos que ella, un muchacho tan hermoso como poco dotado intelectualmente. Era adicto a la morfina y Sarah lo adoptó por un tiempo, incluso lo convirtió en actor, otorgándole papeles protagonistas que hasta entonces habían sido de Philippe Garnier, un colega. Damala, cansado de debérselo todo a una mujer, huyó a África con el ejército. Cuando regresó a París, todo había terminado entre ellos, aunque Sarah le cuidó porque estaba enfermo. Aristidis murió en 1889.

Después de este capricho amoroso, que le costó un buen disgusto, apareció Jean Richepin, cinco años más joven que ella, hijo de un médico y nacido en Argelia, pero educado en París. La relación tampoco duró demasiado.

## LA FALSA BIOGRAFÍA DE SARAH

En 1883, Sarah protagonizó otro escándalo por culpa de una amiga que la traicionó: Marie Colombier. Marie, que recibió clases junto a Sarah en el conservatorio y estuvo con ella de gira en 1880, *escribió Les memoires de Sarah Barnum*, donde contaba indiscreciones de la famosa actriz.

Colombier pretextaba que el libro no tenía nada que ver con Sarah y declinó la "invitación" a que se batiera en duelo por ella un hombre de su elección. Sarah se presentó en casa de la ex actriz –era consciente de que con la publicación de ese libro su carrera se hundiría - armada de un puñal y un escudo. Marie desapareció discretamente. Bernhard estaba enfurecida. El hijo de Sarah, un amigo suyo y Richepin ayudaron a Sarah

a destrozar todo lo que encontró a su paso: muebles y porcelanas, mientras Richepin destripaba divanes y colchones. Jean escribió un libelo contra Colombier bajo el seudónimo de Michepin. Si bien los críticos guardaron en un principio un respetuoso silencio, con el arranque de furia de Sarah empezaron a tomar partido a favor y en contra. Un articulista escribió de ella: “Esta mujer, que vive de la publicidad, ahora por la publicidad muere: mal aconsejada ha sido, verdaderamente, la Bernhardt, para levantar tanto revuelo en torno al libro de su ex compañera: poco a poco, el desierto se hará en torno a Sarah y podrá llamársela Sahara”.

El público admiraba a Sarah y también se sorprendía con ella, como hizo constar un crítico: “Sarah no es un ser, sino un conjunto de seres. Podría meterse en un convento, inocularse la rabia, descubrir el Polo, asesinar a un rey, casarse con un emperador negro: no causaría sorpresa”.

Por culpa del déficit del teatro Ambigú, que había comprado, Sarah se vio obligada a sacar en subasta sus famosas joyas. Como otros tantos artistas, ganaba mucho dinero pero gastaba más de lo que ingresaba. En 1884, su estrella volvió a brillar con el éxito de *Teodora*, la luchadora emperatriz de Bizancio. Tenía 40 años.

A fines de abril de 1886, Sarah y su compañía se embarcaron en Burdeos rumbo a Río de Janeiro, donde participaron en una extenuante *tournee*, que incluyó Brasil, Argentina y Chile, entre otros países sudamericanos, y Estados Unidos.

## LOS RUSOS LLORAN

Sarah poseía el don de la seducción dentro y fuera del escenario. Es célebre la anécdota de que hizo llorar de emoción a doscientos rusos con un poema recitado en francés. El duque ruso, que pidió al embajador francés un libro donde figurara el poema, nunca supo que Sarah había recitado la tabla de multiplicar.

Tenía cientos de admiradores, algunos totalmente incondicionales, como el señor Benatre, que le escribió numerosas cartas de amor y montaba guardia horas y horas frente al hotel donde Sarah vivía. Al final fue internado en un manicomio.

En 1899, Sarah conoció a Edmond Rostand; ambos se quedaron mutuamente fascinados. Él, que era un autor de éxito gracias a *Cyrano de Bergerac*, le escribió una obra en verso basada en el hijo de Napoleón, *L'Aiglon* (El aguilucho). A los 50 años, Sarah se sometía a variados y duros tratamientos de belleza para poder encarnar, de forma creíble, el papel de hijo de Napoleón. Un periodista narró así sus padecimientos: “Sarah entra en su rico, elegante y cómodo camerino al menos tres horas antes de comenzar el espectáculo y allí se recluye con su robusta y fiel doncella, que además es una excelente masajista. Sarah se entrega, gimiente, a los formidables golpes; tal vez grita de dolor mientras la fámula la amasa y le aplasta la nuca con sus gruesos pulgares, y le tensa la carne de los omóplatos, y le pellizca las caderas, y le mete los puños en los costados, y después le toma la piel del estómago y la retuerce, la enrolla, la alisa y la empuja hacia las costillas y hacia la pelvis.

»Concluido el masaje, es necesario e indispensable desnudarla, por lo que la doncella toma a Sarah y la arroja a una bañera de agua helada. El frío le atraviesa los huesos, le coagula la sangre, le hace dar diente con diente. El caso es que tantas veces como tiene ella la sensación de convertirse en una jovencita otras tantas tiene de morir.

»Pero se trata de un remedio soberano contra las arrugas. Y, luego de la inmersión helada, la camarera restriega el cuerpo de su señora con un guante de crines impregnado de alcohol, le da fricciones con una toalla de tela gruesa y por fin la perfuma. Después, todavía le quedaba una hora de trabajo de maquillaje y caracterización.»

A una joven actriz que se extrañó de que Sarah todavía se pusiera nerviosa antes de salir a escena le espetó: “Ya verás, querida, cuando tengas talento”.

En 1915, a los 71 años, sufrió la amputación de una pierna, lo que no le impidió seguir trabajando. (Ocultaba este defecto cubriéndose con unas pieles.) En 1922 realizó su última gira; había cumplido su sueño de trabajar hasta el momento final. Murió el 23 de marzo de 1923.

Su consigna, que hizo bordar en sábanas, pañuelos y tarjetas de visita, fue: “A pesar de todo sigo viva”. En su entierro, multitudinario, una joven actriz gritó: “Los inmortales no mueren”. Antes de fallecer, pidió a su hijo Mauricio que se asegurara de que su ataúd estuviera cubierto de lilas.

Sarah dejó un decálogo para mantenerse joven:

Ten un interés capital por la vida.

Ten otros intereses menores que te impidan ser parcial.

Concentra todos tus pensamientos en lo que te es esencial.

Interésate momentáneamente por todos los acontecimientos, pero sin exagerar.

Come cuanto te apetezca y te plazca, pero no todo cuanto puedas.

Bebe mucha agua y muchos zumos de frutas.

Duerme donde y cuando te sientas cansada.

Varias veces al día tómate algunos minutos de descanso, estos pequeños reposos prolongan tu vida.

Busca tu vocación.

Considera el trabajo como un placer y no como un castigo.

### **Vida en la literatura**

Sarah tuvo mucha influencia en los dramaturgos. Oscar Wilde, que la adoraba, escribió *Salomé* para que ella la interpretara, y Marcel Proust la convirtió en la Berma de *En busca del tiempo perdido*. Sigmund Freud, que la vio en *Teodora*, tuvo durante años una fotografía de la actriz colgada en su consultorio.

## **Carolina Otero**

Carolina Otero (1868-1965), llamada en realidad Agustina y conocida como la Bella Otero, Nina o “la sirena de los suicidios”, por la cantidad de



hombres que intentaron, o consiguieron, quitarse la vida por ella, se construyó un pasado a medida para que le sirviera como carta de presentación.

Contó muchas mentiras sobre su infancia, entre ellas que era andaluza (era gallega), y que era hija de una gitana, para cuya creación se inspiró en la cigarrera de Mérimée, que se llamaba Carmencita y de un oficial griego apellidado Carasson, al que su madre conoció en Sevilla. Su presunto padre llevó a Carmencita a Valga, un pueblecito de Pontevedra, para alejarla de las tentaciones.

Papá Carasson se arruinó porque era un jugador empedernido: con esta invención, Carolina ligaba su pasión por el juego con sus orígenes. Carmencita buscó consuelo en los brazos de un amante rico, que, accidentalmente, mató al padre de Carolina dos años más tarde. Todo muy novelesco. Además, la gitana volvió a sus orígenes agrestes y se casó con el asesino de su marido. Los hijos mayores se fueron y los otros, excepto Carolina y un hermano menor, quedaron a cargo de otras personas, incluida la hermana gemela de Carolina (por supuesto, inventada). La madre aborreció a Carolina y a su hermano y les hizo la vida imposible hasta que la chica, que todavía no había cumplido 12 años, huyó.

#### **LA VERDADERA INFANCIA**

En realidad, Carolina Otero era gallega, de Valga, pero lo ocultó porque la muñeira no convenía a su aura y tampoco hubiera podido imputar su “furia española”, como le gustaba llamarla, a una tierra de la que poco se conocía fuera de nuestras fronteras y que tenía un aire más bien bucólico. Si su infancia fue desgraciada se debió a que un tal Venancio Romero la violó brutalmente en 1879, cuando tenía 11 años de edad, y, según contaba, aunque quedó malherida, su madre ni siquiera fue a verla durante su larga convalecencia. De resultas de esta violación, de la que salió con una fractura en la pelvis y graves desgarros, Carolina quedó incapacitada para ser madre.

Cuando se curó, siguió bailando con furia, provocando a los hombres en una especie de venganza, mientras en su pueblo, las gentes, que le echaban la culpa de su desgracia, murmuraban que se estaba buscando ser violada de nuevo... Era la mentalidad de la época. Carolina huyó en cuanto tuvo ocasión y supo labrarse un futuro brillante.

A diferencia de la, al menos aparentemente, discreta Cléo de Mérode, Carolina fue una devoradora de hombres, y también de fortunas, que, tras ganar sumas ingentes con su arte, ingenio y encantos, perdió en la ruleta, incluido su célebre bolero de diamantes con el que previamente Cartier había elaborado varias piezas exquisitas.

Un crupier del casino de Montecarlo contó que en una ocasión en la que Carolina había perdido mucho dinero, recuperó ciento diez mil dólares en veinticuatro horas yéndose a la cama con once caballeros en el cercano hotel de París. El crupier explicó que nunca se ausentó más de media hora de la sala. Cada vez que recibía los correspondientes diez mil

dólares, regresaba, los jugaba a un solo número, perdía y buscaba un nuevo cliente.

Cuentan que la afición al juego de Carolina empezó cuando una vez dejó una moneda olvidada en el rojo. El crupier la retiró y ella pensó que eso significaba que había perdido, por lo que se desentendió completamente. Sin embargo, salió el rojo veintiséis veces seguidas y el crupier, para su sorpresa, le aconsejó que retirara la cantidad ganada, que representaba una buena suma.

## LA DEVORADORA DE DIAMANTES

Éste era otro de los muchos apelativos por los que se conocía a Carolina. Uno de los hombres que más contribuyó a su colección de joyas fue un feo y riquísimo financiero alemán, el barón de Ollstreder, que cada día le regalaba una joya. “Sería difícil encontrar un hombre más feo y aburrido que el barón -decía ella-, pero aún sería más difícil encontrar uno más rico”. Era tan generoso que cuando estaba en la más absoluta de las ruinas, por culpa de ella, aceptó que le prestara cincuenta mil francos a un interés desorbitado. Mediante un documento el barón se comprometía a devolverle cuatrocientos mil cuando su padre muriese. Carolina, dándose las de magnánima, rompió el papel en mil pedazos, perdonándole la deuda, pero su criada los recogió y pegó. Cuando la relación ya había terminado, Carolina no dudó en acudir al tribunal de Berlín para obligar al barón a pagarle. Carolina, que no le soportaba, le hacía «pagar peaje» por su fealdad, exigiéndole joyas. Una vez el barón le obsequió con unos bonitos pendientes de esmeraldas, que ella, prácticamente, le había exigido.

En otra ocasión, Carolina, con el pretexto de que el barón la había dejado sola en el vestíbulo de la Ópera, se fue a pasear con un muy atractivo capitán de Ulanos. Cuando llegó al restaurante, donde la esperaba irritado el barón, fue capaz de reñirle por haberla dejado sola y le recriminó que había tenido que encontrar un coche por su cuenta; además, en ese terrible trago había perdido un pendiente. Aunque se removió cielo con tierra no pudieron encontrarlo. El hombre, desesperado, la consoló como pudo e intentó conseguir su perdón. Ella, al fin, sonrió, pero por la noche rechazó su compañía pretextando una jaqueca. En su habitación la esperaba el militar. Al día siguiente, el barón le regaló un tercer pendiente igual al perdido. Carolina, que había usado un nuevo ardid, tenía ya tres pendientes iguales. Del barón, Nina también recibió un collar de perlas orientales que había pertenecido a Leónide Leblanc, una famosa cortesana del Segundo Imperio.

Otra de las manías de la bella Carolina era robar cucharitas de plata, ceniceros y pequeños adornos y metérselos en el bolsillo. Lo hizo siempre, en sus tiempos de gloria y en su decadencia. Cuando la acusaban, lo negaba airadamente o pretextaba un despiste, a pesar de que la habían pillado in fraganti.

## La sirena de los suicidios

La llamaron así porque los hombres se quitaban la vida nada más darse cuenta de que, debido a la ruina en la que habían caído, no podían ofrecerle lo que ella deseaba.

Entre los que se suicidaron por ella se cuenta Ernest Jurgens, el «creador» de Carolina, que fue quien insufló algo de arte a su baile. Ernest empezó a pasarlo mal cuando ella realizó su apoteósica gira por Estados Unidos y se relacionó, entre otros, con el riquísimo Cornelius Vanderbilt. El 1 de octubre de 1890, día del debut en Nueva York, Jurgens ya había invertido prácticamente toda su fortuna en conseguir que Carolina triunfara. La crítica la aclamó con frases como “su cuerpo frágil parece una bellísima serpiente” (medía más de 1,70 metros, pesaba 51 kilos y sus medidas eran 97-53-92). Posteriormente, un crítico estadounidense calificó cáusticamente su arte: “Ayer vimos cantar y oímos bailar a la señorita Otero”.

Jurgens abandonó a su mujer y a sus hijos por ella, la siguió en sus giras por todo el mundo, se dejó pisotear y se resignó a convertirse casi en su criado cuando Carolina le dijo que estaba harta de sus celos y que no le amaba.

Con Jurgens y Vanderbilt, Carolina siguió un esquema de actuación que sería habitual en sus relaciones con los hombres: por un lado estaba el caballero saliente, capaz ya de las mayores locuras por retenerla y con su patrimonio muy menguado, y por otro, el nuevo amante, al que ella concedía sus favores. Para quitarse de encima a un amante que ya la cansaba o al que había exprimido lo bastante no dudaba en apelar a su “furia española” y a los celos. De todas formas, Carolina supo conservar la amistad de los hombres realmente importantes, como los seis reyes con que estuvo.

Otro de los al menos siete hombres que se suicidaron por ella fue un explorador, Jacques Payen, que se pegó un tiro en el pabellón chino del Bois de Boulogne porque después de ofrecerle diez mil francos por pasar la noche con él Carolina le respondió: “Yo no recibo limosnas”.

Un aristócrata francés, identificado discretamente por los periódicos como monsieur H., dejó una nota en los lavabos del casino de Montecarlo: “Me mato porque no puedo ofrecerte lo que tú mereces”. Se descerrajó un tiro.

El primer hombre que se quitó la vida por ella fue un joven italiano muy guapo, casado recientemente y al que conoció poco antes de su debut, en 1890. El joven intentó por todos los medios, incluso algunos algo agresivos, que ella se fugara con él, al no conseguirlo y amenazarle Carolina con contárselo todo a su esposa. El cuerpo del muchacho apareció al día siguiente ahogado en el Sena. Al segundo suicida no llegó a conocerle. Era un italiano, Mercato, que saltó desde el cuarto piso de un hotel con una nota en el bolsillo: “Puesto que usted no tiene deseos de verme, yo tampoco los tengo de seguir viviendo”.

Horas más tarde de este hecho, el conde polaco Rupievski se pegó un tiro delante de la casa de Carolina en París, frente a la cual había depositado previamente un ramo de flores. Al tener noticia de este suicidio, Carolina exclamó: “Qué desagradable, cada vez que subo las

escaleras casi tengo una crisis nerviosa. Verdaderamente el conde no se ha portado muy bien conmigo”.

El último suicida fue un estudiante de arte, Edmond, al que invitó una vez a su casa porque le daba pena verle medio muerto de hambre y de frío. Antes de irse le dijo que sólo tenía una cosa para darle, y que haría que le recordara siempre. Pocos días después, el joven se tiró bajo las ruedas de su carruaje en el ya fatídico Bois de Boulogne.

Carolina Otero tenía un punto de vulgaridad para los gustos actuales, y de ella decían que no sabía cantar ni bailar, sin embargo, incluso uno de sus críticos más feroces, el maestro Bellini, que llegó a contar, aunque ella siempre lo negó, que le había escupido en la cara, decía: “Pero el talento no lo es todo en el mundo de la escena. La muchacha tenía algo igualmente valioso: fuego en los ojos, en el pelo, y, sobre todo, mucha sensualidad en cada uno de sus movimientos”. Carolina era “sexo puro”, como afirmaría años más tarde otro artista y seductor profesional, Maurice Chevalier.

De las danzas españolas pasó a la ópera y llegó a interpretar *Carmen* con gran éxito y, sorprendentemente, con un notable sentido dramático y musical.

La principal rival de Carolina fue Liane de Pougy, con quien tuvo más de un encontronazo.

## **LOS ESCÁNDALOS Y LAS EXTRAVAGANCIAS**

Carolina fue una mujer lanzada y sin complejos, muy segura de su belleza, arte y sensualidad. En una ocasión se presentó ante un avisado Nicolás II y treinta oficiales que celebraban su coronación tendida sobre una bandeja de plata de dos metros, portada por ocho hombres y cubierta sólo por unas tenues muselinas. Se pidió previamente a los oficiales que se cubrieran los ojos con una cinta negra y cuando miraron la vieron tendida como dormida y con los cabellos negrísimos tapándole el rostro. Empezó a bailar al son de una música suave y lenta. Los únicos adornos que llevaba eran unos valiosos anillos en manos y pies. Se acercó a las llamas de unos velones con lentitud y jugó con las llamas, bailando cadenciosamente, como si quisiera que prendieran sus delicadas ropas y quedar desnuda. Algunos oficiales intentaron cubrirla con su capa para evitar que ardiera, pero ella los apartó: “Las llamas no consumen a la Otero”.

Otra de sus aventuras fue mantener relaciones sexuales con el barón de Lepic a bordo de un globo aerostático en 1909. Fue en París, por supuesto, y Carolina decía que la experiencia era tan magnífica que se la recomendaba a todas las mujeres.

El párroco de su pueblo natal recibió varios regalos peculiares: carísimos vestidos de fiesta con los que elaboró capas y ropajes para vírgenes y santos.

En 1950, Carolina se dirigió al embajador de la “República española” para donar su fortuna a los pobres de Valga, su pueblo natal. Ya no tenía nada.

## MÁS QUE REPÓQUER DE REYES

Su gran amigo, el duque Nikolái Nikolaiévich, solía rogarle: “Arruíname, pero no me dejes, Ninoshka”. Otra de sus grandes conquistas fue Alberto de Mónaco, el propietario del casino de Montecarlo en el que se arruinó, a quien llamaba «*mon Albert*». Carolina jugaba incluso en su casa, donde tenía un pequeño casino.

También fueron devotos suyos el príncipe de Gales y futuro Eduardo VII; el zar Nicolás II, Nicky, a quien conoció en 1897, cuando él llevaba ya tres años en el trono y que le presentó Nikolái; el káiser Guillermo, Willy; Leopoldo de Bélgica, al que llamaba Leo; y Alfonso XIII –no tan triste como nos quiso hacer creer la leyenda-, con quien se llevaba dieciocho años de diferencia.

Carolina fue crítica con sus amantes. Del zar dijo: “Era muy delgado y hundido de hombros, no se había recuperado del todo de su acné adolescente y necesitaba casi siempre un baño. A veces realmente apestaba. Tenía, además, unos puntos de vista muy extraños sobre el sexo; yo desconocía de dónde los había adquirido, pero mucho más tarde me dio un libro escrito por el barón alemán Kraft Ebbing y entonces supe que Nicky se había leído a Ebbing de principio a fin”.

Kraft Ebbing, neurólogo alemán, publicó en 1882 *Psychopatía Sexualis*, donde describía comportamientos sexuales patológicos, entre ellos el masoquismo de Leopoldo Sacher Masoch. ¿Significa la afirmación de Carolina que el zar que era masoquista? Si no es así, ¿a qué tipo de “anomalía” se refería? De Nicolás II se contaba que era un hombre asustadizo desde un atentado que sufrió y que no podía soportar a la zarina y sus conferencias con los monjes negros y sus relaciones con los espíritus.

En lo que se refiere al príncipe de Gales, Carolina afirmaba: “Bertie era un buen amante y le gustaban los chistes picantes, nos reíamos mucho”. Y seguidamente: “De todos los príncipes que conocí era, ¡con diferencia!, el menos generoso, nada comparable con Nicky, ni siquiera con Willy”. Del futuro Eduardo VII, que subió tardíamente al trono dada la longevidad de su madre, la reina Victoria, Carolina recibió la cita más lacónica que se pueda imaginar: sobre una pequeña tarjeta, el príncipe de Gales había dibujado un reloj con las agujas señalando la hora de su cita.

Con todos ellos mantuvo excelentes relaciones, hasta el punto de que cuando Carolina cumplió 30 años, el 4 de noviembre de 1898, se reunieron para celebrarlo el rey Leopoldo II de Bélgica, el príncipe Nicolás II de Montenegro, el gran duque Nikolái Nikolaiévich de Rusia, el príncipe Alberto de Mónaco y el príncipe Eduardo de Gales, que pronto sucedería a su madre como rey de Gran Bretaña.

Después de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución rusa, el panorama de poder en Europa cambió drásticamente y casi todos ellos desaparecieron de la escena por una u otra causa.

## LOS REGALOS

Leopoldo de Bélgica, de quien dijo que era un hombre no demasiado espléndido: “El rey no era muy generoso, aunque yo muy pronto le enseñé a dar. Afortunadamente resultó ser un alumno muy apto en este terreno...”, le regaló varias piezas de joyería y una villa junto al mar en Ostende, Bélgica. Las amantes del rey le llamaban “*mon cher Léo*”.

Recibió otros muchos presentes lujosos: una casa en el mar Negro, de parte de Nicolás II; un collar que perteneció a María Antonieta y otro que fue de la emperatriz Eugenia de Montijo, este último regalo de Vanderbilt (que también le dio un yate, que Carolina perdió en dos ocasiones a la ruleta y el magnate recuperó para ella otras tantas veces); una diadema con treinta diamantes y un servicio de té en oro macizo, obsequio del zar Nicolás; una sarta de perlas negras de dos kilos de peso, regalo de un príncipe oriental; una isla en el océano Pacífico, del emperador de Japón, y joyas, como brazaletes de rubíes o diez cabujones de rubíes con sus correspondientes pendientes...

El zar Nicolás también le regaló una fortuna en bonos del Tesoro ruso. Carolina los conservó hasta su muerte, aunque ya no valían nada, y en sus últimos años intentó negociarlos con el gobierno soviético a través de un abogado comunista.

## EL RETIRO

Carolina se retiró en 1914, poco antes de que estallara la guerra, con 45 años, para evitar la decadencia en el escenario. Todavía conservaba un muy buen aspecto, aunque había engordado un poco y empezaba a tener arrugas. Las más jóvenes de la compañía le pusieron un mote cruel: “La vieja Otárida”.

Se instaló primeramente en una elegante propiedad en Niza llamada Villa Carolina, que acabó vendiendo. Entonces se mudó al hotel Novelty de la rue d'Anglaterre, pretextando que la villa le venía muy grande, y, finalmente, se fue a vivir a una modesta habitación amueblada en Niza, donde transcurrieron sus últimos veinte años. Su «furia española» continuó siendo igual de viva que siempre y amenazaba con su bastón a los fotógrafos que querían retratarla.

No cocinaba, siempre compraba comida hecha que calentaba en un fogón. Una vez a la semana se permitía un lujo: media botella de champán semiseco de Montebello. A pesar de haber acumulado un patrimonio que equivalía a unos 408 millones de euros en dinero, joyas, títulos, propiedades y obras de arte, Carolina murió arruinada a los 97 años. Lejos quedaron aquellas noches en las que podía perder en el juego tres millones de dólares. Vivía gracias a una pensión que, según se comentaba, le pasaba un antiguo admirador, pero que también podría ser de alguna entidad benéfica. Hay indicios de que al menos cobró su pensión hasta 1959, luego pasó a depender de la beneficencia. Nunca logró vencer su ludopatía; cuando tuvo algo más de dinero (igual que protagonizó María Félix protagonizó más tarde en una delirante y edulcorada película sobre su vida), se lo volvió a gastar en su gran vicio.

Ella misma resumió su trayectoria: “He sido esclava de mis pasiones, jamás de los hombres”. Nada más cierto, su vida estuvo tiranizada, sobre todo, por el juego. Carolina tenía clara su valía, como comentó refiriéndose a sus amantes poderosos: “Que los vean de mi brazo les da un estatus, y eso tiene un precio”.

Cuentan que Carolina se enamoró sólo una vez. Él, un dandi, se llamaba Boni de Castellane y era como un dios griego. Además, pertenecía a una familia antigua y tenía dinero, porque estaba casado con una millonaria americana, Anna Gould. Ambos eran expertos en el amor y... ambos cayeron rendidos ante el otro. Se fugaron juntos y vivieron días de pasión, que ella, quitándole importancia porque era un asunto que le dolía, revivió en sus memorias, contadas a madame Valmont encubriendo los nombres, pero no los hechos:

“... Andre Fibromarchant comenzó a hacerme la corte de modo decidido. Según él, era una pasión tan repentina como ardiente la que sentía por mí. Yo no hacía mucho caso de sus discursos, pero le oía complacida. Hasta que un día me dijo que estaba dispuesto a suicidarse si no le escuchaba, y eso ya no me dejó tan insensible. Vino a buscarme, me raptó para llevarme hasta el fin del mundo y me llevó... al hotel Des Réservoirs de Versailles. Fue, sin embargo, encantadora aquella fuga a países lejanos que se terminaba en la primera estación. Aunque yo no me lo tomaba demasiado en serio, pasamos una noche muy agradable: mi amigo sabía decir frases muy bonitas y pintar su amor con palabras calurosas y con voz tan cálida que yo, mujer apasionada, siempre fui muy sensible a él”.

La historia salió mal porque Boni empezó a pedirle dinero prestado, ya que en su rápida huida no había podido llevarse nada y ella comenzó a desconfiar. Él le juró que se lo devolvería todo y que lo necesitaba para comprarse ropa blanca, corbatas y botines.

Al día siguiente le volvió a pedir, esta vez para adquirir un automóvil, a fin de seguir con los planes de fuga. Carolina contestó que era mejor que regresaran a París. Al cabo de dos días, Boni la llamó desde Marsella diciendo que estaba con su mujer, a la que había solicitado dinero para devolverle todo lo que le debía. Ella nunca vio un céntimo de esa deuda. Ahí se acabó la historia.

## **LA RUEDA DEJA DE GIRAR**

Hubo tres ofrendas florales en su entierro: una era obsequio de sus vecinos; la segunda la enviaba una institución de caridad que se ocupaba de artistas del *music hall* caídos en desgracia, y que llevaba la inscripción “La rueda gira”, en la tercera sólo figuraba la palabra “Recuerdos”. Una última leyenda para una maestra de la fábula: se comentó que en su entierro se presentó un caballero en un Rolls-Royce que tenía pintada sobre la puerta una corona real. Se acercó, se quitó una condecoración y la arrojó a la fosa con un beso. Los vecinos de Carolina Otero que asistieron al entierro negaron que este pasaje hubiera sucedido.

### **Las frases de Carolina**

“Sólo tuve dos pasiones en mi vida: una fue ganar, la otra perder”.

“He sido esclava de mis pasiones, jamás de los hombres”.

“Me lo jugué todo y todo lo perdí”.

“Conocí la riqueza y la pobreza y lo haría todo otra vez, incluso para acabar como he acabado”.

“No hay sueño que resista la descarnada luz del día ni el frío estilete de la realidad”.



## Émilienne d'Alençon

Émilienne d'Alençon (1864-1901), fue una de las grandes de la vida parisina de la Belle Époque. Libre, desvergonzada y ávida de dinero y de galanteos, tuvo aventuras con los grandes hombres del momento, entre ellos, el rey Leopoldo de Bélgica.

A Émilienne, bellísima, le gustaba cierta extravagancia en el atuendo. Por esnobismo, lucía muchas veces monóculo y, en ocasiones, vestía totalmente de tafetán rosa con encajes de adorno. El escritor Jean Lorrain la describió una vez como “el helado de frambuesa”. Eran los tiempos de Maxim's, del Folies Bergère y de la ópera; una época despreocupada en las que los ricos y poderosos se dedican al placer y al amor.

Émilienne empezó su carrera estudiando un año actuación en el Conservatorio, cuando aún era muy joven. Lo que decidió su destino fue que a los 15 años huyó de su hogar —situado en Montmartre, pues Émilienne era una parisiense castiza— con un violinista zíngaro del que se enamoró.

Émilienne se vio en la calle y sufrió penalidades durante varios años mientras trabajaba como comparsa en los teatros de París. Las cosas empezaron a irle mejor cuando se fijó en ella el director del Cirque d'Été, Franconi, que vio posibilidades en su bella cara y en su cuerpo proporcionado. Le ofreció realizar un pequeño número, que, con el tiempo, terminó popularizando la propia Émilienne. Por cien francos al mes, una suma que la encandiló, y el vestuario pagado, Émilienne debía presentar a unos conejos amaestrados, que, para lograr un mayor impacto, habían sido teñidos de rosa. Iba vestida con un traje de clown testimonial, que dejaba ver buena parte de las excelencias de su anatomía y que lucía sobre unas mallas de color rosa.

### EL PRIMER PROTECTOR

A la segunda noche de actuación su camerino se llenó de flores. Le llamaron la atención unas que le parecieron horribles: eran orquídeas, y las mandaba un joven aristócrata de linaje, el duque de Uzès, su primer protector. Partieron hacia Londres.

Cuando Émilienne regresó a París, ya estaba lista para actuar en el Folies Bergère. Su primer número fue audaz, porque mostraba sus bien torneadas piernas, algo que en aquella época no era nada habitual.

Uzès fue el primer hombre al que Émilienne arruinó (el duque tuvo que partir al Congo para buscar una nueva fortuna). Tras esta conquista, comenzó a coleccionar amantes ricos y joyas. Al poco tiempo tuvo un golpe de suerte y se convirtió en la amante de Leopoldo II de Bélgica. El rey la invitó a una cacería en Escocia y le presentó a su primo, el príncipe de Gales, diciéndole que era una aristócrata francesa. Empezaba el esplendor de esta bella mujer y su reinado entre los hombres. Sin

embargo, no duró mucho. La guerra acabó con este mundo de lujo. Cuando terminó el conflicto, las bellezas se habían ajado, habían desaparecido muchos personajes famosos o habían perdido poder y Europa tenía que recomponerse.

El destino de Émilienne también fue triste, publicó varios libritos de versos y se casó con un célebre yóquei. Cuando éste murió en la guerra, empezó a consumir drogas. Su estrella se apagó poco a poco y murió olvidada por todos.

## Natalie Clifford Barney

Natalie Clifford Barney (1876-1972), una estadounidense de buena familia, conocida como la Amazona, descubrió la vida cuando viajó a París y comenzó a coleccionar las más bellas mujeres.

Su gran pasión fue la cortesana Liane de Pougy, y su gran amor, la pintora Romaine Brooks, junto a la que pasó cincuenta años de su vida, aunque Romaine, al final, la abandonó por las continuas infidelidades de Natalie, que era mujer de mantener dos o tres relaciones a la vez. Era posesiva: no quería que las mujeres desaparecieran de su vida y las amantes del momento tenían que aguantar la presencia de las anteriores.

Cuando Natalie era ya anciana, escribió, de su puño y letra, una lista en la que dividía sus relaciones más duraderas en tres columnas por orden de importancia: *liaison*, *demi-liaison* y *aventures*. Hay veintisiete nombres. Dolly Wilde (otra de las protagonistas de este libro) está en la categoría de *liaison* junto a Romaine Brooks, Lily de Gramont, Renée Vivien y Olive Custance. Colette aparece como *demi-liaison*, y Eyre de Lanux, con quien estuvo unida durante siete años, figuraba en el apartado de *aventures*.

### MA LIANE

Natalie conoció por primera vez a Liane en el Bois de Boulogne y nada más verla se propuso conquistarla. En aquellos momentos, Natalie no sabía nada del *demi-monde* ni de las relaciones entre mujeres. Era una joven estadounidense hija de una familia bastante acomodada de Dayton (Ohio) que había viajado a París, como otras muchas de su clase, para completar su educación y desarrollar los talentos, encantos y cualidades que le permitieran encontrar un buen marido.

Su primer contacto con el *demi-monde* fue Carmen, una española que le dio algunas nociones sobre el mundo de las grandes cortesanas.

Cuando pidió una cita con Liane, Valtesse fue la encargada de recibir a la enamorada Natalie –que iba vestida con un traje de paje diseñado por ella- en casa de Liane, mientras ésta observaba toda la escena escondida tras una cortina. Emilie Valtesse de La Bigne, apodada Alteza por su relación con Napoleón III, La unión de los artistas, por su viva inclinación por los pintores, o la madame Sevigné de los aposentos particulares, por su saber hacer y su mundo, desempeñó a la perfección su papel. En un

primer momento, Natalie creyó que era su adorada y se arrodilló para ofrecerle el bouquet que le llevaba. (Observemos el detalle: Natalie, una seductora nata y segura de sí misma, no dudó en ser galante y obsequiosa para conseguir a su amor. No siempre las mejores seductoras son mujeres altivas y orgullosas...)

Cuando descubrió el engaño encolerizó, y fue en ese momento en el que apareció Liane para consolarla. Al oído la citó para la mañana siguiente. Todo empezó en una bañera, donde, en palabras de Natalie, Liane parecía una rosa en remojo. Su relación, que fue corta, terminó el mismo año que empezó, en 1899, porque Natalie no podía soportar la vida de cortesana de Liane.

En pleno ataque de desesperación, Natalie aceptó un matrimonio blanco, es decir, sin sexo, con su admirador, un rico heredero de Pittsburgh, quien, deslumbrado, quería estar cerca de ella a toda costa. En un arranque de entrega, Will, que así se llamaba su pretendiente, le llegó a decir: “Yo también amo a las mujeres. Seremos dos a amarlas”. El matrimonio no funcionó porque Will no era tan fuerte como creía.

Natalie inspiró, además de *Idilio sáfico*, de Liane de Pougy, y *Etudes et préludes*, de Renée Vivien, a otros escritores. Fue la Flossie de *Claudine se va*, de Colette, que también habló sobre ella en *Lo puro y lo impuro*; la Evangeline Musset de *Ladies Almanack*, de Djuna Barnes; la Laurette de *L'Ange et les pervers*, de Lucie Delarue-Mardrus, y la Valérie Seymour de *El pozo de la soledad*, de Radcliffe Hall, entre otros. También la mencionaron Hemingway, en *París era una fiesta*; Marguerite Yourcenar en sus memorias y Anaïs Nin en algún episodio de sus *Diarios*.

## EL AMOR ES POESÍA

Natalie prosiguió su camino como seductora y en 1901 conquistó a otra poetisa, Renée Vivien, una inglesa que, en realidad, se llamaba Pauline Tarn. Renée narró su encuentro en el poema *A la mujer amada*, que envió a Natalie:

Temblaba. Largos lirios religiosos y pálidos  
morían en tus manos, como fríos cirios.  
Los perfumes que exhalaban se te escapaban de los dedos.  
En el emocionado soplo de las angustias supremas.  
Alternativamente emanaban de tus claros ropajes  
la agonía y la muerte.  
Sentí temblar en mis enmudecidos labios  
la dulzura y el escalofrío de tu primer beso.  
Bajo tus pasos noté cómo se quebraban los lirios,  
clamando al cielo el orgulloso tedio de los poetas.  
Y entre los brotes de unos sonidos decrecientes y lánguidos,  
te me apareciste, rubia.  
Y con mi espíritu sediento de eternidad, de imposible,  
de infinito, quise modular largamente  
un himno de magia y maravilla.  
Pero la estrofa ascendió tartamuda y lamentable,

reflejo ingenuo, eco pueril, vuelo contrariado,  
hacia tu divinidad.

Natalie hizo muchas locuras y extravagancias por amor. En una ocasión se hizo llevar a la casa de Renée medio desnuda y dentro de una caja de lirios blancos. Otra vez fue con la *mezzosoprano* Emma Calvé – otro de sus amores- hasta la casa de Vivien en París, una vez allí Calvé empezó a cantar el aria *J'ai Perdu Mon Eurydice*, de la ópera de Gluck, mientras Natalie lanzaba flores al balcón de Vivien.

Renée dirigió esta carta a Natalie, llena de cariño y amor, y, también, de una ingenua sumisión. En ella habla de que se han separado y de que teme que Natalie no la eche de menos y que será más feliz si no está presente:

He tenido la alegría esperada de recibir un amable telegrama y una cartita tuya, mi Todo-Pequeño. No podría jamás decirte qué rocío fue sobre mi fiebre de angustia, qué dulzura fresca, qué esperanza... Me ha parecido encontrar un poco de ternura, de verdadera ternura de tu corazón en lo que me decías tan bellamente, y yo estaba feliz en medio de mi sufrimiento. Eres un pequeño ser tan querido, pienso con tanta ternura en todas las pequeñas cosas que hay en ti, en tu pequeña alma misteriosa, mi bonito Todo-Pequeño, ahora tengo miedo de saberte sola por allá abajo. Me parece que debes tener necesidad de mi inútil amor. En ese caso, ¿me telegrafiarás en seguida, verdad, mi alma querida? No te sientas sola, te amo, te amo profundamente, iré desde el momento en que tengas necesidad, iré deprisa, deprisa. Te amo demasiado para abandonarte nunca. Yo volveré, siempre.

Siento casi por primera vez hasta qué punto mi vida está ligada a la tuya. Me faltas atrocemente todos los minutos. Pienso la locura que fue separarnos... y, sin embargo, no, puesto que ya sé hasta qué punto me eres indispensablemente querida. No puedo vivir sin ti, mi rubia Dulzura.

¿Qué pasa por allá abajo? ¿Qué haces? Tengo tanta necesidad de tener noticias tuyas. ¿Está todavía Eva tan apasionadamente bella? Tengo miedo de que no estés triste. Si esto no es una de mis pesadillas de enamorada exiliada, házmelo saber deprisa. Solamente te he dejado partir porque te creía feliz sin mí, de no tenerte obligada a soportar cerca de ti mi continua presencia. Pero iré a tu primera llamada, no lo olvides.

¿Qué haces, Hermosa Visión Rubia? Estoy inquieta por tu alejamiento.

Los días son lentos y largos y pesados. Me parece que hace ya muchos años de tu partida.

Qué dulce pequeña cosa eras esa última mañana. Guardo toda tu belleza en mis ojos nublados. Tengo tu recuerdo apretado contra mi corazón. Doquiera que estés, sea lo que sea lo que hagas, mis brazos estarán estrechándote, siempre, y mis besos permanecerán en tus cabellos. Pienso en el maravilloso misterio que eres. ¿Por qué

no he podido comprenderte, cuando te he amado tan apasionadamente?

Mi alma está en tus manos, guárdala, ten piedad de ella.

Te amo, mi amor, inmutablemente.

Querría decirte infinitas cosas y resulta que ya no encuentro más palabras. Creía que mi amor debería poderse expresar eternamente y lo tienes aquí ya sin aliento.

Pequeña cosa tan dolorosamente querida, te adoro.

Renée, describió en su novela *Une femme m'apparut* a Natalie con el nombre de Lorely: "Lorely es la sacerdotisa pagana de un culto resucitado, la sacerdotisa del amor sin esposo ni amante, como lo fue antaño Psafa, a quien los profanos llaman Safo. Ella te enseñará el amor inmortal de las amigas... Lorely tiene ojos de agua helada y cabellos claro de luna. Tú la amarás y sufrirás a causa de ello. Pero nunca te lamentarás de haberla amado.

»Amaba a Lorely con todo el ímpetu inconsciente del primer amor. La amaba tan ciegamente que no me había preguntado en absoluto si dicho amor era correspondido. Amaba a Lorely y todavía creía que el amor atrae el amor...».

Natalie y Renée decidieron reconstruir Lesbos en París y se reunían en el Temple de l'Amitié, un pequeño templete dórico situado en el jardín de la casa de la rue Jacob 20, que había hecho construir en el siglo XVIII la famosa actriz y cortesana Adrienne LeCouvreur (1692-1730). En él celebraban ritos sáficos en los que participaron Isadora Duncan; Colette, a la que gustaba bailar desnuda, y Mata Hari, que interpretó a lady Godiva, caballo incluido.

Natalie se convirtió en una institución del mundo literario y artístico con su salón, que frecuentaban Rodin, Paul Claudel, Hemingway, Scott y Zelda Fitzgerald, Jean Cocteau y un jovencísimo Truman Capote... Entre las mujeres estaban Renée Vivien, Colette, la duquesa de Clermont-Tonnerre, Isadora Duncan, Djuna Barnes, Radcliffe Hall, Mina Loy, Marguerite Yourcenar, Alla Nazimova –actriz de moda que formó parte de la cadena de amores de Garbo, Dietrich y Acosta- y Dolly Wilde; esporádicamente aparecía Mercedes de Acosta. El reinado de Natalie duró hasta 1940, cuando todos sus amigos se dispersaron debido a la Segunda Guerra Mundial. Luego, Natalie volvió a reemprender la costumbre de organizar reuniones hasta poco antes de su muerte.

## **TODO POR LAS MUJERES**

En el salón de Natalie se potenciaba especialmente a las mujeres y su arte. La tertulia literaria oficial se celebraba los viernes, lo que Paul Valéry llamó "viernes peligrosos". En un círculo más reducido, y en oposición a la Academia Francesa, Natalie fundó la Academia de Mujeres, que proyectó a muchas escritoras y artistas y en la que se discutía de arte y creación y se compartían las obras. Natalie forjó con su salón el ambiente cultural de la época. El grupo de incondicionales fue bautizado por Dolly Wilde como «Los caballeros de la Mesa Redonda de Natalie».

En una de sus rupturas con Natalie, Renée amenazó con suicidarse, pero, finalmente, lo que hizo fue liarse con una baronesa riquísima a quien las lesbianas de París llamaban, por su volumen, la Brioche.

Natalie, como demuestra esta carta, la echaba de menos: “Tan sólo te quiero a ti en la vida, tan sólo te quiero a ti en la muerte... Tan sólo me queda la fuerza para vivir o morir... ven...”.

Se reencontraron y vivieron grandes momentos de felicidad. Viajaron a Lesbos. Natalie, también escribía muchas veces sobre Renée: “Es irresistible como todas aquellas que siguen su naturaleza. Es irresistible como todas aquellas que se atreven a vivir. Es irresistible como el mismo destino”.

Se volvieron a separar porque la Brioche amenazó con presentarse en Lesbos también. Natalie volvió a París y Renée se reunió con su amante en los Países Bajos. Lo siguiente que supo Natalie de Renée, en noviembre de 1909, es que estaba enferma. Cuando se interesó por su estado se enteró de que había muerto y de que, seguramente, se había dejado morir de hambre por amor. También se comentó que en su muerte tuvieron mucho que ver las drogas y el alcohol.

Tras el fallecimiento de su padre, en 1902, Natalie obtuvo la independencia económica y una posición desahogada.

#### **OTRA SEDUCTORA, LUCIE**

En 1909, con 33 años, Natalie era una mujer con muchos admiradores, y, sobre todo, admiradoras. Conoció entonces a Lucie Delarue-Mardrus, conocida como la princesa Amande por su largo cuerpo blanco totalmente depilado. El marido de Lucie se convirtió en uno de los mejores amigos de Natalie. Entre Lucie y Natalie hubo un sentimiento profundo que osciló entre el amor y la amistad. Así recordaba Lucie a Natty en sus memorias: “Una tez como pintada, de formas muy femeninas, con una cabellera rubia casi mágica, la parisina elegancia de esta norteamericana permitía que al cabo de un momento se revelase la mirada de acero de sus ojos que lo ven y lo comprenden todo en un segundo. Para mejor acentuar la falsa impresión que en un principio podía tenerse de ella, era capaz, y ello es algo que todavía posee, de sonrojarse como una novicia tímida”.

El doctor Mardrus, al que Natty llamaba el califa Oeil, tuvo una idea que la horrorizó. Propuso a su mujer: “Quiero hacerte un hijo que será el hijo de los tres”. Natty se opuso totalmente.

En 1910, Natalie publicó *Eparpillements*, en el que confesó alguno de sus secretos: “La mejor vida es la que uno vive creándose a sí mismo y sin procrear”.

El matrimonio introdujo a Natty en los ambientes literarios, donde pronto se hizo un hueco. Entre sus fieles se encontraron Paul Valéry, André Gide y Marcel Schwob.

#### **LILY Y REMY**

Elisabeth de Gramont, duquesa de Clermont-Tonnerre, Lily, que se describió en sus memorias como “una joven ávida de conocimientos”, entró en su vida en 1910, el mismo año en que se casó Liane. Tenía un año más que Natalie y entre sus antepasados se contaba una de las amantes preferidas de Enrique IV, Corisande. No aprendió a leer hasta los siete años, pero de joven intentó resarcirse del tiempo perdido.

Natalie y Lily fueron amantes durante varios años y la amistad entre las dos continuó hasta la muerte de la duquesa, en 1954. Lily quería mucho a Dolly Wilde, a la que Natalie protegía, y se preocupaba y la consolaba cuando la veía mal, pero a veces se ponía nerviosa con la grosería que en ciertas ocasiones mostraba en público la sobrina de Oscar Wilde.

También por aquella época, Natalie empezó a relacionarse con Remy de Gourmont, un hombre brillante que la admiraba, pero al que le costó lograr conocerle en persona porque tartamudeaba algo y tenía la cara marcada por las cicatrices producidas por una afección en la piel. De su amistad quedaron como constancia sus *Cartas a la Amazona*. La amistad entre ambos duró hasta la muerte de él.

#### **“LA ÚNICA QUE VERDADERAMENTE IMPORTÓ”, ROMAINÉ**

Cuando hablaba de las mujeres que amó, Natty ponía delante el posesivo. Liane de Pougy llamaba a Natalie *Moonbeam*, Flossie y Natty. Liane era «*mon Ange*», como también lo fueron posteriormente Renée y Romaine Brooks, a quien Natalie recordaba como su único gran amor. Lucie Delarue-Mardrus llamaba a Natalie “mi gozo y mi dolor, mi vida y mi muerte, ¡mi zorra rubia!”

La pintora Romaine Brooks, nacida en 1874, era norteamericana como Natalie, pero no tuvo la vida confortable de ésta. Sus padres la dejaron en Nueva York al cuidado de una planchadora. A los siete años vendía periódicos en la calle. La recogió una tía suya, pero su madre no la dejó en paz: la acosaba, le impedía pintar y le hacía la vida imposible. Romaine fue a París en 1895. Vivió como pudo y se casó, pero su matrimonio con John Ellingham Brooks fue desgraciado y duró muy poco. Lo único que consiguió Romaine fue una buena pensión y cierta estabilidad económica. Se cortó el pelo, empezó a vestir ropas masculinas, se dedicó a pintar y tuvo algunas aventuras con varios hombres, entre ellos Gabriele d’Annunzio.

Tras varios fracasos se refugió en la pintura. Natalie se convirtió, desde 1915, en su único amor durante medio siglo. La artista aceptó como pudo los devaneos de Natalie, siempre y cuando fueran breves.

Por su habilidad para captar la verdadera apariencia de sus modelos, Romaine fue llamada “la ladrona de almas”. Cuentan que una dama se le quejó al ver su retrato: “No me ha embellecido”, le espetó, a lo que la pintora le respondió: “No, pero la he ennoblecido”.

Romaine y Natalie vivieron prácticamente juntas: habitaban dos casas separadas que se conectaban a través de un comedor común. Llamaron a la villa Trait d’Union. En 1925 Romaine empezó a destacar por su arte y logró exponer en Londres, Nueva York y París.

Romaine rompió totalmente con Natalie el 3 de mayo de 1969, cuando ambas eran ya nonagenarias, harta de las constantes infidelidades de su compañera. Seguramente en esta ruptura tuvo mucho que ver el último amor de Natalie, Gisèle.

## EL INTERMEDIO DE LA GUERRA

Durante la Segunda Guerra Mundial, Natalie escribió *Pensamientos de una amazona*, donde no ocultaba su orientación sexual. Vivió de espaldas a la guerra, se preocupaba más por el estado de su jardín que por los obuses que caían sobre París, y en varias ocasiones manifestó su simpatía por el gobierno de Vichy.

Entre las relaciones más breves estuvieron también la escritora Djuna Barnes, con quien mantuvo una gran amistad, y Colette, de la que decía que amaba “a un hombre a la vez para asegurarse su esclavitud”. Entre sus amigos se contaron Gertrude Stein, Pierre Louÿs, Rainer Maria Rilke y Anatole France.

Cuando finalizó la contienda vinieron años duros para Natty: en 1953 murió Liane, que a pesar de los esfuerzos de la Amazona no accedió a verla de nuevo, y un año después desaparecieron Colette y Lily de Clermont-Tonnerre.

En 1958, con 82 años, conquistó a Gisèle, de 58, una mujer casada y con hijos y nietos que compaginaba como podía su vida familiar con su aventura. La relación fue secreta durante siete años, hasta que el marido, que apreciaba a Natalie, descubrió la verdadera naturaleza de sus relaciones y le pidió que dejara en paz a su esposa. Ella no se amilanó: “Yo también le ruego que deje en paz a su mujer y que jamás vuelva a hablarme en ese tono. Olvida usted que soy la Amazona y que siempre tengo la última palabra”. Estaba en lo cierto. Aunque ella no podía saberlo, el pobre hombre murió de un infarto al cabo de tres meses.

En 1970, la Amazona tuvo que dejar su casa en la calle Jacob, en la que tantos años y amores había vivido; Berthe, su fiel criada, ama de llaves, recepcionista, telefonista, administradora, cocinera y mujer de confianza, a la que le costó mucho aceptar las inclinaciones de su señora —aunque al final lo superó con naturalidad y fuerza—, enfermó, y, lo peor de todo, Romaine Brooks murió. Gisèle consiguió ocultárselo durante tres meses.

Natalie murió el 2 de febrero de 1972. Fue enterrada en el cementerio de Passy, no lejos de la tumba de Renée Vivien. Gisèle, falleció un año después.

Para su epitafio, Natalie dejó escrito: "Fue amiga del hombre y amante de la mujer, lo cual para la gente llena de ardor y de energía es mejor que lo contrario".

## Sin prejuicios

Natalie era una mujer guapa, inteligente, alegre, independiente, encantadora y libre que disfrutaba de la vida y estaba más allá de



prejuicios y manías. En su autobiografía escribió: “El amigo de la familia ha venido a contarme lo que se complacen en decir sobre mí: cosas tan repugnantes que hay que compadecer a los espíritus que las han concebido. Nuestros sentimientos y nuestros actos se vulgarizan al devenir públicos y nuestra pureza de intención tiene problemas para recuperarse después de haber pasado por ciertos cerebros. Llamar a las cosas por su nombre parece convertirlas en anónimas. El mundo es un espejo deformante que nos refleja irreconocibles.

»Cuando el amigo de la familia, tras haber cumplido con su “penoso deber” se marchó y yo me encontraba sola, me miré sin vergüenza: nunca se ha reprochado a los albinos los ojos rojizos y los cabellos blanquecinos, ¿por qué tendría que reprocharme ser lesbiana? Es un asunto de mi propia naturaleza; mi rareza no es un vicio, no ha sido “querida” y no daña a nadie. ¿Qué me importa, después de todo, que ellos me denigren o que me juzguen según sus prejuicios? Sus “tabúes” han doblegado las cabezas de los que les sobrepasaban, cortado las alas a tantos impulsos, que deben ser despreciados. Los que se llaman a sí mismos virtuosos cometen la injusticia de compadecerse de los diferentes, de la suerte de los que ellos reprueban.

»Si un ser es tan desinteresado para compadecerse de otro a despecho de sus consideraciones mundanas, ¿qué es lo que hace que madame tal o madame cual no le salude ya por la calle? No hay lugar para cualquier otra cosa en tal amor. Sus alegrías y sus dolores hacen una soledad donde el alma vuela sola [...]. En tanto que viva, el amor a lo Bello será mi guía [...].

»¿Me crearon mis padres así tal como soy para que ahora renuncie a ser yo misma? Esta alusión a la pena de mis padres llegó a preocuparme. Que el amigo de la familia se haya pues asegurado en todo caso de que el mundo me parece preferible a la vida alegre [*demi-monde*, juego de palabras difícil de traducir], pero que ni el uno ni la otra llegarían a convenirme. Necesitaría por tanto encontrar o fundar un medio de acuerdo a mis aspiraciones: un mundo compuesto por todos aquellos que buscan fijar y llevar su vida a través de un arte o un amor capaz de convertirlos en puras presencias. Es con ellos solos que podría entenderme y al fin expresarme libremente entre espíritus libres [...]. Seamos snobs, pero snobs al revés de nuestro mundo que no admite más que los valores preestablecidos; descubramos verdaderos valores que por sí solos nos inspiren o nos interpreten. Me plegaría a sus leyes mucho más estrictas que los deberes mundanos, que protegen sus torres de egoísmos con un fría filantropía probando que ellos nunca han encontrado a nadie”.

## Liane de Pougy

La mujer más bella del siglo, según Edmond de Goncourt, Liane de Pougy (1869-1950), fue la más directa rival de la Bella Otero, aunque Liane tenía un refinamiento y una cultura de la que carecía Carolina. Viajó por Grecia, Turquía y Egipto y se interesó por las culturas de Oriente Próximo.

Liane, Anne Marie Chassaigne, era una mujer alta y delgada, en contraste con las mujeres opulentas que se llevaban en la época. Además de célebre cortesana, fue poetisa y escritora.

Empezó su carrera en el Folies Bergère, donde la conoció el príncipe de Gales, su primer amante. Coleccionó protectores, entre ellos el rey de Portugal, varios autores de moda y, por supuesto, los participantes en todos los «saraos»: William Vanderbilt, Leopoldo II de Bélgica y Alberto de Mónaco. Fue famosa en París y en toda Europa y también fue amante de lord Carnavon, Henri Bernstein e innumerables condes, duques y príncipes de las familias reales europeas. Se decía de ella que, además de haber iniciado al primogénito de los Vanderbilt, también lo había hecho con la primogénita.

Estuvo tan cotizada que pasar un cuarto de hora con ella costaba ciento veinte mil francos.

### LA FORJA DE UNA CORTESANA

Liane se casó a los 16 años con el teniente Armand. Tuvieron un hijo y fueron felices durante varios años, pero él se ausentaba a menudo por sus continuos viajes. En una ocasión, volvió inesperadamente y se encontró a su mujer en la cama con otro. El teniente disparó sobre su mujer adúltera y le dejó una cicatriz en la nalga.

Liane, a pesar de que confesaba no tener la chispa de Émilienne d'Alençon, fue una mujer atrevida. Cuando iba a actuar por primera vez en el Folies no dudó en escribir al príncipe de Gales: "Señor, debuto pasado mañana en el Folies Bergère. Sería para mí la más bella consagración si usted se dignara apadrinar estos primeros pasos con su presencia". Al príncipe le hizo gracia su atrevimiento, tanto que fue al debut y luego la invitó a cenar en Maxim's. Éste fue su nacimiento para el gran mundo.

Pese a ser más bien delgada y no encajar con el gusto que entonces se llevaba, circunstancia que ella misma reconoció, "nunca tuve la belleza de Carolina Otero, ni la simpatía de L'Alençon", como escribió en sus *Cahiers bleues*, una narración de sus andanzas que escribió en su diario privado entre 1919 y 1941, fue una mujer de mucho éxito. Sin embargo, esa afirmación suya parece más bien falsa modestia, pues su hermosura era calificada de etérea y causaba sensación allí donde fuera. En sus memorias también recordaba con nostalgia "los deditos ágiles" de Natalie Barney...

A su confesor, con gran sentido dramático, le dijo: "Padre, excepto robar y matar he hecho de todo".

La evolución de Liane es muy curiosa: alumna del Sagrado Corazón, esposa y madre; prostituta de lujo, princesa húngara desheredada y monja devota.

## SABIOS CONSEJOS

Otra cortesana, Valtesse de La Bigne, su primera amiga en el *demi-monde* y su consejera y confidente, le dio un valioso consejo: «Una buena puta debe dedicarse a contar las moscas del techo mientras finge disfrutar. Una ganadora debe aburrirse debajo de su cliente». Liane no lo tuvo difícil, pues aunque era bisexual, siempre prefirió a las mujeres. Fascinada por el encanto de Liane, Valtesse, que era bisexual por oficio y lesbiana por placer, la instruyó en la vida del *demi-monde* y en los trucos de las cortesanas.

(Valtesse de La Bigne, la más famosa cortesana del Segundo Imperio y, entre otros, amante de Napoleón III, fue una de las mujeres en las que se inspiró Emile Zola para escribir *Naná*. Se cuenta una sabrosa anécdota al respecto. Zola, que no conocía el ambiente de las *demi-mondaines*, consiguió que Gervex persuadiera a Valtesse para que invitara a comer en su mansión al escritor. Apabullado por la recargada y rica decoración, Zola empezó a pasear admirado por las habitaciones tomando muchas notas y sin prestar atención al resto de invitados. El escritor no tomó parte en ninguna conversación y pasó al comedor como todos cuando se requirió su presencia. Por fin, abrió la boca y, cuando todos esperaban una brillante observación, preguntó: “¿Cuál es la altura de este techo, madame”. Después de comer, le pidió a Valtesse ver su habitación. Ella se negó y pidió a Gervex que no le llevara más a su casa. Seguramente la próxima pregunta de Zola hubiera sido cuánto medía la magnífica cama de bronce con badalquín que Valtesse se había hecho construir.)

En 1897 tuvo lugar el célebre “Duelo de las bellas”, que ha llegado hasta nosotros en dos versiones. Los partidarios de Liane cuentan que Carolina Otero llegó al casino de Montecarlo cubierta de una deslumbrante cascada de esmeraldas que le había regalado uno de sus últimos amantes.

Un poco más tarde, apareció Liane luciendo un vestido de muselina blanca de corte sencillo y una rosa natural adornándole el pecho. Unos metros detrás iba la doncella de Liane con su vestido negro de criada cuajado de diamantes, esmeraldas y rubíes. Otero se retiró, loca de furia, y Liane le robó a su amante berlinés, el barón de Ollstredere.

Otros, sin embargo, atribuyen el triunfo a Carolina Otero: Liane de Pougy llegó una noche a Maxim’s cubierta de joyas: el pelo lleno de rubíes; el pecho cubierto de brillantes y perlas, pulseras en las muñecas... A la noche siguiente, Carolina apareció con un vestido largo y negro de líneas sencillas con los hombros al descubierto. No llevaba ni una sola joya. Al cabo de un rato, apareció la doncella de Carolina ataviada con un vestido idéntico al que lució Liane la noche anterior y cargada de alhajas. Cuentan que Liane intentó suicidarse después de este bochorno. Lo cierto es que, aunque no esté demostrado que intentara quitarse la vida en esta ocasión, no se sabe a ciencia cierta quién fue la vencedora del duelo. (Liane tenía cierta propensión a llamar la atención con intentos de suicidio. Al menos se le contabilizaron cuatro.)

## UN AMOR SÁFICO

Con 29 años, en 1899, Liane conoció a Natalie Clifford, que se prendó de ella, pero su relación no cuajó hasta después porque el padre de Natalie reclamó su presencia en Estados Unidos.

Al cabo de un tiempo, se reencontraron en París. Natalie supo cuándo aparecer y enamoró a su pequeña Liane. A pesar de ese momento de debilidad, Liane tenía claro que necesitaba a los hombres para poder vivir, aunque estuviese aburrida y harta de esa vida: “¡Cómo me aburro! ¡Qué aridez en mi vida! Siempre la misma historia: el Bois, las carreras, la ropa; y para acabar una jornada insípida: ¡la cena! ¡Y vaya cena!... Encerrada en un restaurante estrecho y apestando normalmente a cocina y a tabaco... con amigos, ¡y qué amigos! ¡Si una puede llamar así a las mil y una personas menos interesantes que el azar va filtrando en nuestra existencia! Y todo esto ¿para qué? Para seguir igual... para empezar una y otra vez lo mismo hasta el final”.

Liane le prometió a Natalie que mientras la amara no habría otras mujeres en su vida. Sin embargo, se vieron obligadas a separarse porque a Liane la llamó de repente uno de sus protectores, que poseía un castillo en los alrededores de Roma. Natalie viajó a Italia por su cuenta e indagó sobre el protector de Liane. Su disgusto fue mayúsculo cuando le informaron de que el amante de Liane estaba casado con una mujer muy liberal, y que entre los dos habían acordado llevar “al límite la fidelidad conyugal, al punto de amar sólo a Liane”, en palabras de un marqués romano que conocía las relaciones entre los tres.

Natalie le devolvió a Liane el anillo que le había regalado, una joya encargada en Lalique de esmalte azul turquesa con murciélagos grabados alrededor de una amatista en cuyo interior se había grabado la inscripción: “Me satisface que sufras tanto al comprenderme como al amarme”.

El objetivo de Natalie, a partir de ese momento, fue apartar a Liane de la vida que llevaba. Para conseguirlo, aceptó casarse con Will, un rico heredero de Pittsburgh, al que convenció para que no la tocara nunca y que buscara el placer sexual en otras mujeres. Sin embargo, Will la quería demasiado como para poder aceptar que Natalie le fuera infiel. Se despidieron amigablemente.

## EL FIN DE LA PASIÓN

Valtesse de La Bigne, que pasado su esplendor ejercía de celestina, ofreció a Liane un encantador hijo de buena familia que estaba dispuesto a gastarse quinientos mil francos en ella. Liane vaciló, pues era feliz con Natalie, pero Valtesse le escribió una carta recordándole quién era y cómo debía comportarse una cortesana: “Una cortesana no debe llorar nunca, no debe sufrir nunca. Una cortesana no tiene el derecho de ser ni sentirse como cualquier otra mujer. Debe sofocar cualquier tipo de sentimentalismo y actuar heroicamente. Así pues, no seas sensible, Liane. El día en que me hice cortesana renuncié a eso que llaman la sensibilidad del alma. Para mí no existen ya los deberes, ni responsabilidad alguna que no sea para conmigo misma y mi deseo. ¡Qué independencia, qué libertad

embriagadora! Reflexiona un poco, Liane: basta de principios, basta de moral, basta de religión.

»Una cortesana puede hacerlo todo sin máscaras, sin muecas, sin hipocresías y sin temer reproche o censura alguna, pues nada le afecta. Está fuera de la sociedad y de sus mezquindades. ¿La señalan con el dedo? Quizá en otra época, pero no hoy. Vamos, cortesana de pacotilla y corazón tierno, echa a esa loca que te está causando tanto daño y no hace más que enredarte”.

A Liane le costó mucho decidirse, pero finalmente se despidió de Natalie:

Todo el mundo me dice que te deje partir.

Todo el mundo es sabio y resignado cuando se trata de la pena de los otros.

También mi revuelta contra la sociedad y sus principios y sus leyes y sus falsedades y sus mezquindades no es de ningún modo tan fea en su esencia.

Únicamente el medio es repugnante. Ríete de todo el mundo, y no llorarás más.

No sé qué decirte.

A cada instante, te envío pensamientos que tú debes sentir y comprender.

He soñado contigo esta noche. Contenta a mi despertar por estar aislada y poderte escribir. ¿Y por qué todo esto?

Solamente la bestia debería existir en mí.

Adiós, Natty, te amo.

Valtesse intentó en ese momento una jugada que le falló, sustituir a Liane en el corazón de Natty. Le habló de su experiencia, que era inmensa, de la diversidad de sus talentos y de sus triunfos galantes. Y terminó con una frase que le hizo perder toda oportunidad: “Conmigo será mejor que con Liane”.

## **EL MONSTRUO DE LOS CELOS**

En la relación entre ambas mujeres hubo episodios tormentosos. No sólo Natty sintió celos, sino también Liane, como se puede leer entrelíneas en esta carta de Liane de 1899, cuando ya habían roto y se enteró de que Natty se veía con otra mujer:

Conozco tantas cosas sobre ti. Puaj. Te presentas con el nombre de Flossie. Puaj. No tienes ni el valor de llevar tu nombre ni de mostrarte sin máscara. Si tienes vergüenza de lo que haces, ¿por qué lo haces?

Y yo que te creía tan bella y que creía en ti. Y tú piensas en venir a mí.

Yo valgo más que tú, Flossie-Natty. Soy más guapa, tú eres fea con tu piel amarilla y tus ojos enrojecidos. Tus cabellos, sí, tienen

vergüenza de ti. Tu corazón... no existe. Estás atiborrada de frases, y te creen, y te escuchan.

No quiero volver a pensar en ti hasta dentro de mucho tiempo. Estás sucia en todas partes y por todos lados. No hay nada verdadero en ti. Lo que amaba ya no existe y te reprocho habérmelo hecho descubrir...

Arréglatelas de forma que no te vuelva a encontrar nunca, puesto que levantaré tu máscara delante de todo el mundo.

Adiós.

Ya no creo.

Ya no espero.

Ya no amo.

Y esta tarde voy a venderme a un judío muy rico y muy feo.”

### LIANE DE POUGY, ESCRITORA

Una vez consumada la ruptura, en 1901 Liane de Pougy escribió a Natalie para explicarle la acogida que tuvo *Idilio sáfico*, la novela que escribió pensando en ella:

El *Idilio* ha visto la luz del día y el público arranca, es la palabra, estos jirones de nosotras y de nuestras antiguas aspiraciones. Me escriben hombres y mujeres, todo el que tiene un alma ha sido tocado por nuestra dulzura. El recuerdo más caro y exquisito que me ha sido permitido aflorar es el de esa tarde en que he escrito la palabra fin. (“El fin de cualquier cosa es bueno”, escribió Zaratrusta.) Y nuestro fin, Natty, depura todo lo que había de demasiado humano en Nosotras.

Estábamos en la playa de San... [Tropez] pero no quiero marchitar el nombre de este paisaje de ensueño donde corríamos, muy cerca, muy cerca, la una de la otra... Tú me predecías esto, aquello, y yo quería trabajar todavía siempre, aquí y allí, también.

El mar se hacía silencioso, la noche ensordecía todos los ruidos exteriores como para respetar nuestros fervores ilusorios, el cielo se oscurecía. Tus cabellos, oh, tus bonitos cabellos, Natty, tus cabellos me rozaban, problemas de paralelas que un desorden unía. Bebía tus palabras y me embriagaba con nuestras ideas. La claridad de tus cabellos, el perfume de esta brisa marina, yo vi todo eso aquella noche. Me gusta acordarme de ella... Tú, tú debes ver otras cosas. Yo me he quedado parada allí. ¡Ah!, qué blanda era la arena... haber amado y hundirse súbitamente y desaparecer hasta nosotras mismas.

Voy a casarme, tardo tanto como puedo, pero lo haré. Escríbeme tu dirección de forma legible. Cuando esté casada, te lo haré saber.

Natty, yo querría seguir trabajando. Ayúdame con una pequeña luz espiritual a través de los espacios y a través de todo olvido. Dime qué es lo que hay que leer, escríbeme cada semana, impúlsame.

Mi pequeña amada. Mi dulzura rubia, tengo tu retrato delante de mí. Tú me has hecho dar un gran paso en mi vida. Pero somos tan pequeñas bajo las estrellas.

Monto a caballo dos horas al día, si tú vienes será una nueva sensación para nuestra "unión". Es para acompañar a mi novio y, sobre todo, a mi hijo, que ha aprendido. Natty, ¿qué haces? ¿cuándo volverás? Hasta pronto, mi Natty, mi dulzura rubia, mi pequeña flor de lino, *Moonbeam*. Encanta a las nubes, aclárame un poco; de lejos, es dulce, y de cerca, será todavía más dulce, ¿no crees? mi hermana. Tu sombra cruzará la mía tan dulcemente. Escíbeme al hotel Cecil de Londres, mi prometido me ha remitido tu carta. Él es bueno y no desea nada más que acompañarme paralelamente toda mi vida.

### ÚLTIMO ACTO DEL VODEVIL

La vida de Liane fue de película. En 1910 se casó con el príncipe rumano George Ghika, a quien su familia desheredó por culpa de este matrimonio. Los dos vivieron modestamente en una casa en la Bretaña gracias a las rentas de ella, que administró con mucho cuidado para evitar arruinarse.

Liane siguió trabajando en el Folies Bergère e incluso se planteó debutar como actriz. Pidió su opinión a Sarah Bernhardt, que, gustosa, le ofreció un consejo tan bueno como cruel: "Enseña tus nalgas, que son muy bellas, pero no te lances a la comedia, tu boca habla peor que tu culo". La observación de Bernhardt demuestra que, a pesar de que Liane estaba acomplejada por su cicatriz, que tapaba con adornos y maquillaje, no tenía ningún motivo.

En 1910, Liane decidió convertirse en una mujer totalmente honesta, hecho que se reforzó en 1914 con la muerte de su hijo, que la acercó a la religión.

No se cumplieron así los pronósticos del artículo de la autora de *Claudine*: «Colette cacareó sobre todos los tejados que mi matrimonio con Ghika no iba a durar, que él se casaba por mi dinero y que me arruinaría, que me abandonaría miserable, vieja y sin esperanza. Afortunadamente, sus maldades no han sido más que un fallido augurio».

El matrimonio se rompió finalmente por una infidelidad de Ghika. Liane, que seguía siendo una mujer muy bella, tuvo varios amantes después. Como Ninon, Liane suscitó pasiones hasta muy avanzada edad.

Siguió con su acercamiento a la religión y empezó a prestar ayuda económica a un manicomio en el que se encontraban internadas varias mujeres.

En 1943 ingresó en un convento en Suiza con el nombre de sor Marie-Madeleine de la Pénitence. Se arrepintió de su vida anterior y confesó que "Natalie había sido su mayor pecado". En cambio, ésta afirmó que "Liane fue mi mayor placer sensual". Jean Chalon, amigo y biógrafo de Natalie, contaba que cuando esta mujer, ya anciana, recordaba a su primer gran amor, alzaba los ojos al cielo y suspiraba: "¡Ah, Liane! ¡Mi Liane!".

Cuando murió, con 83 años, Liane todavía tenía mucho dinero y joyas, que legó a la Orden de las Dominicanas.

## Colette

Marcel Proust: «Señora, sus libros son los de un joven Narciso con el alma llena de lujuria».

Colette: «Señor, usted delira. Mi alma está llena de frijoles y panceta».

Así era Colette (1873-1954), provocadora, desmitificadora y auténtica. Merece contarse entre las grandes seductoras de su siglo por las pasiones que despertó, algunas correspondidas, otras no.

Durante toda su vida, Colette estuvo muy influida por su madre, Sido, "el personaje más importante de mi existencia", que crió a sus hijos de manera poco convencional. Defendía, siguiendo las ideas de Charles Fourier, que ninguna pasión natural es perversa, lo único perverso es reprimirla. Fue una madre autoritaria que tuvo muchos años a Colette bajo su yugo. "El vicio es el mal que hacemos sin placer", diría Colette en *Lo puro y lo impuro* (1941). En *Esos placeres* (1931) describía, como una espectadora, diversos tipos de amor. Colette entendió el alma femenina y sus contradicciones y los plasmó con maestría y sensibilidad en sus obras. Siempre partió de su experiencia para escribir sus obras e incidió especialmente en el papel que, por tradición, les tocaba desempeñar a las mujeres en la sociedad, en el amor, en el sexo y en el matrimonio y en su relación con los hombres. De hecho, muchas de sus novelas son autobiográficas.

Su andadura sentimental empezó con su matrimonio con un *bon vivant*, Henri Gauthier-Villars (alias Willy, 1859-1931), un pretendido escritor que la explotó y que usó su talento para hacer que los que le rodeaban escribieran obras para él.

Cuando se casaron, en 1893, ella tenía 20 años y él 34. Para Colette, antes de que se diera cuenta de que abusaba de ella, como narró en *Mis aprendizajes*, Willy fue su vida, y hacía todo por complacerle. Por él empezó a escribir la serie *Claudine*. En un primer momento, él le dijo que no le gustaba lo que había escrito, pero luego releyó la novela y, tras ordenarle que hiciera varios retoques, la publicó con su nombre. «Dieciocho meses después de nuestra boda, monsieur Willy me dijo: "Tendrías que garabatear tus recuerdos de la escuela primaria. No temas los detalles picantes, quizá pueda aprovechar algo... Estamos mal de fondos".»

Willy escatimaba el dinero e incluso contaba las veces que se bañaba Colette, pero la introdujo en los círculos aristocráticos y artísticos y la joven trató a Debussy, Valéry, Toulouse-Lautrec, Marcel Schwob –que fue un gran amigo- y al periodista Jean Lorrain, conocido de las cortesanas del momento, que la llevó a visitar burdeles y a fumaderos de opio.

*Claudine en la escuela*, en gran parte autobiográfica, fue llevada al teatro por Polaire. Monsieur Willy exhibió a Colette y a Polaire en el teatro para dar a entender que eran amantes y creó un completo *merchandising*: postales de Colette vestida de Claudine, cigarrillos Claudine, perfume Claudine y muchos otros productos.



La inexperta Colette aceptó que su marido vendiera los derechos de dos *Claudine* a dos editores, lo que le trajo posteriormente muchos problemas. Willy, para quien Colette fue una más de su larga lista de conquistas, la engañaba constantemente.

## COLETTE Y MISSY

Sin embargo, Colette no le fue a la zaga y también empezó a serle infiel a Willy, cultivando el escándalo. Tuvo aventuras homosexuales, incluso con amantes de Willy, y en el escenario del Moulin Rouge besó apasionadamente en la boca a la marquesa de Belbeuf, Missy (Yssim en la escena). Willy debió soportar los gritos de “cornudo” que le dedicó el público. Durante los seis años que duró la relación con Missy, Colette acudía a las cenas vestida de esmoquin y con una cinta en la que se leía: “Pertenezco a Missy”. Willy alentó estas relaciones. Cuando se encaprichó de Meg Villars, a quien llamaba su hija, disimuló su entusiasmo formando un trío con Colette. Meg, que tenía la edad de Colette cuando conoció a Willy, es decir unos veinte años, era muy del gusto de éste, al que le gustaban jóvenes.

Bonmariage, que conoció a Colette dos años antes del escándalo del Moulin Rouge, dijo de ella que era una “bestia voluptuosa” que “olía a hombre caliente”; “era una gata en celo para quien la vida es una sucesión de tejados”.

El escándalo de las pantomimas de Colette y Missy fue mayúsculo. Durante el estreno de *Rêve d’Egypte* (Sueño egipcio) se produjo un verdadero motín. Así lo resumió un reportero de *Le Figaro*: “Durante el cuarto de hora que duró la pantomima, el tumulto no cesó un solo minuto, y los actores, confrontando la tormenta, prosiguieron con la representación con una perseverancia de una causa mejor”. Al alzarse Colette el sarcófago para una escena de amor con Missy los abucheos subieron de tono, hubo invectivas contra Willy y las mujeres de las primeras filas lanzaron almohadillas al escenario. Missy fue sustituida por Georges Wague en otra pantomima, *Sueño oriental*, pero entonces el público clamó porque saliera “*la marquise*”.

Durante un tiempo Colette estuvo ligada sentimentalmente a la seductora Natalie Clifford Barney: “Natalie, mi marido te besa las manos y yo el resto”, escribió. Colette nunca pudo perdonar a Natalie que la tratara como a una de tantas amantes pasajeras...

En el verano de 1902, Missy y Colette se fueron de vacaciones a un pueblo de pescadores, Le Crotoy. Tenían unos vecinos muy interesantes: Willy y Meg. Al parecer no podían estar lejos los unos de los otros. Colette abandonó a Willy en 1906, cansada de sus infidelidades, incluida una relación paralela con otra mujer a la que mantenía en un piso. Sobre su marido opinó posteriormente: “De él se ha dicho que se parecía a Eduardo VII. En homenaje a una verdad, menos halagadora, sino menos augusta, diría que se parecía, sobre todo, a la reina Victoria”. Willy se pasó el resto de su vida contratando a negros que escribiesen sus novelas e intentando vengarse en “sus obras” de Colette ridiculizando su físico y su personalidad.

En un tiempo en que las mujeres podían permitirse, con cierta discreción, tener amantes, estaba, sin embargo, mal visto divorciarse. Colette vivió unos duros años en los que tuvo que ganarse la vida en un *music hall*. Siempre desafiante, enseñó los pechos en el escenario y protagonizó las obras que ella misma había escrito hasta que se labró una sólida reputación como actriz.

## NUEVO BRILLO SOCIAL

De todas formas, socialmente estaba poco menos que en el ostracismo, ya que sus pantomimas seguían escandalizando. No salió de él hasta que se casó con el barón Henry de Jouvenel, director del periódico *Le Matin*. No está claro como Colette, que en aquella época mostraba noche tras noche el pecho desnudo en *Le chair*, donde su *partenaire* le rasgaba las vestiduras, pudo relacionarse con Henry. Lo cierto es que, gracias a él, inició con éxito una nueva profesión: crítica teatral.

En 1913 tuvieron una hija, Colette de Jouvenel des Ursins, que Colette no deseaba. “He tenido una ratita –le dijo a Wague-. Y he pagado por ello: treinta horas sin respiro, cloroformo y forceps. Es una niña bien hecha y hermosa, con grandes ojos y una greña de pelo”.

Por acompañar a Henry, Colette vivió la Primera Guerra Mundial en el frente de Verdún, desde donde envió crónicas para el diario del que su esposo era director.

Durante un viaje a Italia conoció al poeta Gabriele d’Annunzio, que se convirtió en “un compañero delicioso”, aunque ella siempre negó que hubiera pasado nada entre ambos. En 1920 presentó una demanda contra la antigua esposa de Henry, que seguía usando su nombre y su título. La confusión era tal que en Italia Colette se quedó sin habitación en el hotel Excelsior porque ya había en él una baronesa, Claire Boas, su predecesora; recibía facturas de sombreros comprados por la primera señora de Jouvenel y cuando Claire invitaba a alguien, a menudo se presentaba en casa de Henry y Colette por error. El caso, por causas desconocidas, no siguió adelante y Claire usó el título toda su vida.

A los 47 años, en 1921, se apasionó por el hijo adoptivo de su segundo esposo, Bertrand de Jouvenel, un muchacho de menos de 20 años hijo de Claire Boas. Esta historia la reflejó en su novela *Chéri* (1920), que cuenta la vida de un gigoló y su trágica historia sexual con una cortesana madura.

Después de varias infidelidades mutuas, Henry y Colette se divorciaron en 1925. El siguiente en entrar en escena fue Maurice Goudekot, de 35 años, que tuvo que realizar un largo cortejo antes de encandilar a la escritora. En sus recuerdos, Goudekot, un comerciante judío a quien Colette llamaba su «oscuro Satán», evocaba largas veladas de conversación sobre cualquier tema (excepto literatura), auténticas “orgías de agua mineral, naranjas, pomelo y cigarrillos”. Finalmente consolidaron su relación. Vivieron un tiempo en el sur de Francia y él la acompañó en su gira teatral. En *Chérie* Colette interpretaba a Léa. Sus giras y su divorcio dificultaron su relación con su hija.

Goudekot, que se convirtió en su tercer marido, sufrió la persecución nazi y Colette le acompañó en su periplo tras la caída de Francia. Regresaron a París en septiembre de 1941 y, finalmente, pasaron la guerra allí. Goudekot fue detenido en diciembre y salvó la vida por poco.

Colette padecía artritis y su mal se agudizó durante la guerra. También empezó a perder el oído y Maurice tenía que servirle de intérprete. En 1945 se convirtió en la primera mujer elegida para la Academia Goncourt. Cuando los periodistas le preguntaron qué proyectos tenía contestó: "¡Pero, *mes enfants!* ¿Qué proyectos queréis que tenga? ¡Quisiera amar... tener flores y vivir en un universo tranquilo!". Sus dos últimos años fueron muy malos.

Colette a veces hablaba de la muerte: «¿Crees que moriré pronto?», le preguntaba a Maurice. «No hasta que yo te dé permiso», contestaba él, y ella sonreía.

"Nuestros compañeros perfectos nunca tienen menos de cuatro patas", anotó antes de morir, castigada por la artritis y rodeada de gatos y una corte de admiradores. Falleció el 3 de agosto de 1954 en París.

## Cléo de Mérode

Cléo de Mérode (1875-1966), a diferencia de otras cortesanas de su época, como Liane de Pougy, no se puso un "de" postizo sino que podía llevarlo por derecho, ya que pertenecía a una familia aristocrática de Austria.

A Cléopâtre-Diane de Mérode se la conoce, sobre todo, por su relación con Leopoldo II de Bélgica (1835-1909), quien, debido a su pasión por ella, fue llamado Cleopoldo. Se conocieron en 1896, cuando Cléo, con 21 años, interpretó a Friné en el ballet de la Ópera de Bordeaux.

A pesar de los rumores que los señalaban como amantes, ella siempre negó que hubiera nada entre los dos. Sin embargo, Cléo ha pasado a la historia como la amante predilecta de Leopoldo, que se disputó el título de rey más ríjoso de la época con el príncipe de Gales, futuro Eduardo VII. "El rey —escribió Cléo en sus memorias sobre Leopoldo— tenía un aire imponente. Siempre iba vestido con sobria elegancia, llamaba la atención con su desenvoltura altiva y movimientos distinguidos que no deslucía la ligera cojera a causa de una caída de caballo. Pese a su acento belga, su modo de hablar, sus ideas y su espíritu tenían una impronta muy francesa. Por otro lado, era medio francés, hijo de María de Orléans y sobrino de Luis Felipe. Su gran inteligencia, su jovialidad, su fascinación bonachona le daban una indiscutible seducción y nada impedía que una mujer se enamorase de él. Pero contaba más de 60 años, podía ser mi abuelo y, por encima de todo, yo estaba enamorada de otro y este motivo perentorio me prohibía escucharlo".

Lo cierto es que Leopoldo tuvo una *liaison* con Émilienne d'Alençon y con Blanche Lacroix, y lo único que se sabe con certeza es que persiguió a Cléo de Mérode.

Si atendemos a las memorias de la orgullosa Cléo, publicadas en 1965 con el título *Le Ballet de ma vie*, sólo tuvo dos amores: uno fue el conde

Charles P., con quien tuvo esperanzas de casarse, que se truncaron porque el conde murió joven de tifus, y el otro fue un hombre llamado Luis, diplomático en la embajada de París. Su relación duró poco porque este hombre era muy dado a la infidelidad.

De todas formas, como ocurre con muchas divas actuales, también es posible que Cléo intentara maquillar sus memorias a su conveniencia para hacerlas coincidir con la orgullosa divisa de su aristocrática familia *Plus d'honneur que d'honneurs* (Más honor que honores).

Sea como fuere, durante su reinado en la escena parisiense se murmuró continuamente sobre sus relaciones.

También cuentan que Cléo se resistió a los deseos de conquistarla del maharajá de Kapurtala (India), que se tuvo que resignarse a marcharse con un “no” y dejarla en París junto a un enorme diamante engarzado en el anillo que le ofreció para formalizar su compromiso. El maharajá se casó posteriormente con la española Anita Delgado. Cléo tuvo muchas proposiciones de matrimonio, que rechazó siempre, y, como toda cortesana que se precie, fue causante de varios duelos y hasta de un intento de suicidio: el de un armenio que resultó menos templado que el maharajá.

Cléo de Mérode, aristócrata, bailarina clásica, estrella de variedades y cortesana fue una de las hermosas aves nocturnas que Toulouse-Lautrec retrató en sus litografías. Cléo tenía el cuello largo, un rostro fino, ojos claros y una voz sugestiva. En cuanto a su cintura, era diminuta, como correspondía a los cánones de aquellos tiempos. A diferencia de otras *demi-mondaines* asistió al colegio varios años y recibió una esmerada educación, ya que su madre, que era una mujer cultivada y una excelente pianista, siempre quiso que complementara su belleza con la sensibilidad y la cultura.

Entró en la Ópera gracias a la influencia de una amiga de su madre, con quien se trasladó a París después de que se separara de su padre. Allí ejerció de bailarina en el coro y llegó a interpretar papeles expresamente creados para ella, como el de Friné, la famosa cortesana de la Grecia antigua, que interpretó en el Teatro del Casino de Royan, donde logró un gran éxito.

Sin embargo, sus compañeras de baile y los directores no se hicieron eco de su triunfo. Lo más comentado fue su famoso “desnudo”, conseguido gracias a una malla rosa que daba el pego contemplada a distancia y con un fondo oscuro. Cléo no llegó a explotar nunca su potencial artístico debido al éxito y a los agasajos que recibió en seguida por su gran belleza. A los 12 años, el pintor Georges Cain le pidió que posara como condesa Guiccioli en un cuadro que representaba el primer encuentro entre Lord Byron y su célebre amante italiana.

Las calumnias acompañaron toda la vida a la bella bailarina. Se llegó a comentar que su distintivo peinado en bandós, que adoptó más o menos a los 20 años de edad, se debía a que tenía unas orejas horribles, o, aún peor, porque el rey de Bélgica se las había cortado cuando la sorprendió con un amante. Debido a todas estas difamaciones, Cléo batalló toda su vida contra su fama. En 1950, con 75 años, demandó a Simone de Beauvoir porque en uno de sus libros la había calificado de *demi-mondaine*.

La historia de amor y pasión entre Cléo y Leopoldo II se inició cuando éste se disputaba con el también veterano príncipe de Gales, el título de conquistador europeo. La noche del encuentro, en 1896, el rey se prendó de ella y cuando tuvo una oportunidad la llamó: “¡Señorita de Meróde!”, y empezó a galantearla diciendo que se sentía muy dichoso de poderla admirar personalmente. Luego pasó al ataque directo. Al día siguiente, cuando Cléo volvió de su clase de baile se encontró al rey esperándola en su salón y le pidió que cuando volviera a la Ópera le dejara entrar en el saloncillo de las bailarinas.

Cléo estaba entre la espada y la pared, pero, según contó, su inseparable madre la aconsejó para que pudiera salir con bien de la situación. Vestida de pastorcillo para intervenir en el ballet *La maldita*, Cléo no se separó del rey, quien, por otra parte, para su irritación, no pudo zafarse tampoco de las autoridades y de todos los que querían atraer su atención, aunque siempre tuvo al pastorcillo colgado de su brazo... Los titulares del día siguiente fueron concluyentes: “Cléo de Mérode, reina de la belleza, ha conquistado al rey de los belgas”. ¿Verdad o mentira? El secreto a voces murió con la misteriosa Cléo.

En su gira americana, Cléo consiguió sustanciosos beneficios. En Nueva York, por ejemplo, ganó el equivalente a mil quinientos francos por día, una cantidad enorme. Fue recibida por una multitud de periodistas, a los que la diva, con un vestido de encaje totalmente de blanco, abrigo de mohair y un gran sombrero de blondas y cintas, respondió amablemente. Ante su camerino se agrupaban las celebridades americanas, entre ellos el magnate Hearst, que se ofreció para llevarla de paseo en su yate junto a su madre, que siempre la acompañaba. Cuando la madre de Cléo murió, se dedicó al trabajo y renovó su repertorio con danzas javanasas y camboyanas inspiradas en grabados, ya que nunca estuvo en Oriente.

Vino una época de giras y viajes sin fin, principalmente por Europa, obteniendo grandes triunfos, como en los dos templos de la Belle Époque: el salón Margherita de Roma y el salón Margherita de Nápoles. Un periodista lo resumió de forma irreverente: “*Gloria in excelsis, Cléo!*”.

Entre sus triunfos sonados estuvo ganar la competición de belleza que realizó el editor de la revista parisiense *Illustration*. El periodista reunió los retratos de las mujeres más hermosas de la época, las ciento treinta artistas más famosas, y los expuso en el vestíbulo de otro diario de la cadena, el *Eclair*. Invitó al público a dar su voto: cerca de la mitad de las siete mil personas que participaron se lo otorgaron a Cléo, que venció a Carolina Otero, Sarah Bernhardt, Cécile Sorel y Nellie Melba, entre otras.

## **SU AMIGO EUGENIO**

Entre las extravagancias de Cléo destaca su preocupación por Eugenio, que era un saquito de mano de cuero en forma de bolsa en el que transportaba sus joyas. Como otras cortesanas, Cléo las coleccionaba y salía con alhajas auténticas en sus representaciones. Eugenio era confiado a menudo a la secretaria de Cléo, María Briot, que tuvo un sobresalto mayúsculo cuando se dio cuenta de que lo había olvidado en la

habitación de un hotel de Malmoe (Suecia), que ni siquiera estaba cerrada con llave. Lo recuperaron intacto...

Cléo se pasó de la Ópera a la opereta y también al cine experimental y durante la Primera Guerra Mundial bailó para los heridos, tomó parte en la gala de la Cruz Roja y donó la recaudación de la opereta *Judith* y la alegoría lírico-dramática *Jardín de Francia* a los artistas víctimas de la guerra.

Una vez finalizada la contienda, Cléo volvió a la escena y triunfó en el ballet moderno. Había perdido la juventud, pero no la belleza y el talento. Junto al joven bailarín Serge Peretti, que tenía un estilo clásico muy puro, bailó diversas obras con música de Liszt, Ravel y Schumann.

Una de sus últimas apariciones fue en 1934, cuando revivió algunas de sus más célebres actuaciones en *Revista de 1900*. La crítica dijo de ella: “Cléo de Mérode, la bella Cléo de la leyenda, reaparece y baila un vals de vértigo... Se premia con una verdadera ovación su inverosímil agilidad, su gracia todavía juvenil, su línea elástica. Es toda la época feliz de 1900 la que revive: sin preocupaciones, ni complicaciones, ni afanes...”.

Murió a los 91 años de edad. En 1965, poco antes de su fallecimiento, *Blanco y negro* publicó un reportaje sobre ella, ya olvidada y sólo dedicada a dar clases de baile, asegurando que se trataba de la B.B. de la Belle Époque, e intentaba reflexionar, con algún deje de piedad, sobre lo efímero de la gloria.

Según su biógrafo Maurice Duplay: “Mademoiselle Cléopâtre-Diane de Mérode resistió el asalto de los años como en otra época Ninon de Lenclos o la amante del divino Platón, Archeanassa, las cuales, a una edad muy avanzada, hacían todavía palpitar los corazones...”.

### **El desnudo de Cléo**

El célebre desnudo cincelado por el escultor J. A. Falguière (1831-1900), famoso por sus monumentos oficiales y sus desnudos, no corresponde a Cléo de Mérode. La cortesana posó para él en varias ocasiones, pero con la condición de que sólo modelara su cara. Finalmente, el artista esculpió el rostro de la cortesana y lo unió al cuerpo de otra mujer. Cuando exhibió esta estatua en 1896 causó una honda impresión, pues aparecía “desnuda” una de las mujeres más deseadas de la época.

## **Mata Hari**

Mata Hari (1876-1917), fue una mujer misteriosa y peligrosa que aprovechó su belleza en beneficio propio y también, como otras muchas artistas de la época, para «crear» su propia historia, o, mejor dicho, sus propias historias, porque inventó varias versiones de su pasado. Contó al mundo que era la hija de un brahmín, un sacerdote budista, y que desde niña había participado en los secretos del hinduismo y se había iniciado en las danzas sagradas de la India: el *devandasisher* y el *kandaswami*.

Otra versión que dio de su vida es que había nacido en la India y que conocía el Ganges y Benarés, además de haberse colado en los templos para poder contemplar las danzas de las bailarinas sin que la vieran, ya que esto le hubiera costado la vida. Un diario publicó que había nacido en Java.

Otro relato fue que era hija de una bailarina de 14 años de un templo que murió durante el parto y que la criaron las sacerdotisas, que le enseñaron las danzas sagradas de Siva. Según esta versión, bailó por primera vez desnuda a los 13 años ante el altar del templo hindú.

Colette, que tuvo oportunidad de conocerla, ya que ambas formaron parte del círculo de Natalie Clifford Barney, opinaba de ella que “apenas si podía decirse realmente que bailaba; pero sabía desnudarse pausadamente, y sabía mover aquel cuerpo alto, delgado y gallardo como jamás se había visto hacerlo anteriormente en París”.

El nombre verdadero de esta seductora era Margaretha Geertruida Zelle, y tanto su pasado como sus danzas las inventó ella misma. Mata Hari rasgó el rígido corsé victoriano para introducir en los escenarios el semidesnudo primero y luego el *strip-tease*.

Mata Hari, sorprendentemente, era una mujer muy poco alegre. Louis Dumur, que la trató mucho y escribió el prefacio de una biografía de la bailarina publicada en 1930, aseguró que jamás había conocido a otra mujer tan melancólica: “Lo que desconcertaba en esta mujer mimada, dotada de talento, gracia, belleza y celebridad, era su íntima e inexorable tristeza. Permanecía horas enteras en una butaca, callada, soñando íntimamente. Jamás la vi sonreír. Era supersticiosa. Un día, al desnudarse, se le cayó un brazalete de jade. Se puso pálida y gritó: ‘Esto me anuncia una desgracia, una gran desgracia. Ya lo verá usted. Guárdese este brazalete. No quiero volverlo a ver’. Y así era en todo”.

## **Marido por anuncio**

En realidad, Margaretha era hija de un sombrerero de Holanda, un burgués que le dio la mejor educación posible. La familia se rompió cuando el padre se fue a la ruina en 1890. Los progenitores de Margaretha se separaron y cuando la madre murió, nueve meses después, se hizo cargo de ella su padrino, que la envió a la escuela para maestras de niños desamparados de Leyden. Allí tuvo su primer tropiezo, pues el director, el señor Wybrandus Haanstra, se enamoró de ella. Para impedir el idilio, su padrino la envió con un pariente a La Haya. En la alegre capital empezó a relacionarse y cometió una locura producto de su fascinación por los hombres con uniforme. Contestó a un anuncio que ponía: “Oficial con permiso, de las Indias Orientales Holandesas, desearía encontrar chica de buen carácter para fines matrimoniales”. John MacLeod y Margaretha se casaron seis días después de conocerse. Él era veinte años mayor que ella y, después de las duras condiciones en las que había vivido, no podía creer la suerte que había tenido.

La futura Mata Hari esperaba una vida llena de aventura en las colonias y se encontró con todo lo contrario, escasas diversiones y

salidas. Meses antes de partir a las Indias ya tenía un hijo, Norman, nacido en 1897. Un año después, dio a luz una niña, Jeanne Louise.

El período más feliz de Margaretha fue cuando trasladaron a MacLeod a Médan (Francia), donde le nombraron comandante de la guarnición. Allí pudo asistir a recepciones oficiales, que le encantaban, aunque la falta del “buen carácter” que había dicho tener para casarse empezó a notarse. Se ganó algunas enemistades, lo que repercutió negativamente sobre la posición y la carrera de su esposo.

Llegaron a perderse el respeto hasta el punto de que era una vez que él estuvo fuera varios meses, le escribió: “Si tú supieras cómo tu carta tonta y superficial me ha irritado te avergonzarías. Pero haciendo tonterías no tienes, afortunadamente para ti, sentido del honor. Tú eres lo suficientemente estúpida y superficial como para no escribir una carta interesante”.

Les iba mal económicamente y Margaretha se quejaba de que su marido la obligaba a pedir dinero y a conseguirlo como fuera, aunque tuviera que perder la dignidad. Su hijo Norman murió en extrañas circunstancias (se sospechó que envenenado por un soldado indígena a quien MacLeod había castigado con severidad).

El comandante escribió a su hermana: “Hace falta sustraer a la pequeña de la influencia infecta de su viciosa madre, con la que estaría perdida para siempre”. Para divorciarse, MacLeod la acusó de adulterio. Aunque a Margaretha le gustaba que los hombres la galantearan, no está demostrado que engañara a su marido.

En vida de Margaretha, cuando tenía 31 años, aparecieron dos biografías, una escrita por su padre titulada *La novela de Mata Hari, historia de la vida de mi hija y mis quejas contra su ex marido*, y una segunda, un libelo, llamada *La verdad desnuda sobre Mata Hari*, que fue el origen de un proceso por difamación.

Su padre contó en el libro que MacLeod la pegaba diariamente, que la azotaba, le escupía en la cara y la amenazaba con la pistola... Cuando consiguieron el divorcio, Margaretha dejó a su hija con su padre.

## **NACE OJO DEL DÍA**

Después de llevar una vida errática y de intentar varias veces triunfar, en 1903, con 27 años, llegó a París dispuesta a lograr el éxito. Primero probó suerte como modelo y luego decidió convertirse en Mata Hari (Ojo del día). El escritor Dumur la describió así: “Alta, esbelta, yergue en su cuello maravilloso, mórbido y ambarino un rostro fascinador, de óvalo perfecto, en el que resalta cierta expresión sibilina y tentadora. La boca, dibujada con vigor, forma una línea móvil, desdeñosa, muy carnal, bajo una nariz recta, fina, cuyas alas palpitan sobre los dos hoyuelos de sombra de la comisura de los labios. Su mirada es enigmática y se pierde en el vacío. Los cabellos, muy negros, son vaporosos; divididos en dos bandos, dan a la cara un marco de tenebrosas ondulaciones. La piel es cálida, áurea, con reflejos de bronce. El conjunto resulta voluptuoso, perturbador, lleno de inesperadas seducciones de una belleza mágica, de una pureza asombrosa de líneas”.



Mata Hari se presentó en el Museo Guimet de París y triunfó. Encandilaba a los hombres con sus movimientos y su belleza, aunque, en realidad, jamás había estudiado baile. Un pintor que la retrató desnuda cuando Mata Hari empezaba su carrera, dijo que sus piernas eran muy bellas y su cuerpo también, pero que tenía el pecho “cansado”. Mata Hari bailaba casi desnuda, pero siempre con el pecho cubierto. Era derrochadora y parecía no tener nunca bastante dinero.

Ésta es la crónica de su debut escrita por Éric Le Nabour: “Cuatro bailarinas hicieron su aparición y comenzaron a moverse en medio de un escenario en el que se distinguían la estatua de Siva, rodeada por un círculo de llamas de metal, y la de Subramaja, dios de la guerra. Unas lámparas iluminaban con un vago resplandor sus rostros hieráticos e inquietantes. Entonces apareció la bayadera Mata Hari.

»Los invitados, al verla, contuvieron la respiración. Vestida con sus velos de seda, la joven se movía con una lentitud oriental ante sus hechizados ojos. Elegante, delgada, medio desnuda, los brazaletes que llevaba en los tobillos y en las muñecas espejeaban bajo la luz de los candelabros; dos cúpulas de metal sostenían sus pechos, con su cabello negro, abundante, adornado con una diadema. Mata Hari ejecutó entonces una danza sagrada en honor a Siva, y, un segundo después – armada con una lanza y un puñal-, en honor al dios guerrero Subramaja.

»Uno a uno se fue desprendiendo de sus velos. El vientre ahora estaba desnudo y sólo tenía un cinturón que rodeaba sus caderas y bajaba hasta el pubis. En la sala, los hombres no podían quitar sus ojos del cuerpo diáfano que se ondulaba frente a ellos, movido por una extraña música de la que se ignoraba su procedencia”.

»Dumur describió así este primer encuentro con el público: “El vientre se inflaba, la piel se retorció, llamaba, se ofrecía... Mata Hari se entregaba. Se doblaba, se estiraba, se levantaba, se giraba, gravitaba, se mostraba de perfil, de frente, de espaldas, a veces delgada como una media luna y a veces como una luna llena, mostrando vuelta tras vuelta la línea arqueada de su espalda, prolongada por la misteriosa raya de los muslos o los resplandecientes lóbulos de los pechos... Una embriaguez de hachís colmaba la sala. En la penumbra azul se escuchaban respiraciones ahogadas, suspiros, jadeos, estertores.

»La música, punzante, exasperaba los nervios de los invitados. Las bailarinas que acompañaban a la bayadera comenzaron a gritar. Se creó una atmósfera opresiva. Mata Hari giraba cada vez más rápido en esa escenografía de cartón piedra que todos habían olvidado que era la de un museo parisino.

»Finalmente, quitándose los últimos velos, Mata Hari, “desnuda y exhausta”, se dejó caer a los pies del dios Siva, como un naufrago encalla en la arena y acepta abandonar la ola”.

Mata Hari triunfó ante el mundo. Fue solicitada para bailar en salones particulares y en los grandes escenarios de Montecarlo, Viena, El Cairo, París...

Era seductora por naturaleza, pero no sabía retener a sus amantes, quizá porque en cuanto se la conocía perdía el misterio tan característico en ella, quizá por su falta de alegría no se esforzaba en retener.

## EL AMOR ES PERDICIÓN

Su verdadero amor fue Vladímir de Maslov, Vladime, un hombre mucho más joven que ella miembro del primer regimiento imperial, un grupo enviado por el zar al frente francés. Una visita a Maslov, que estaba en Vittel combatiendo, fue una de las pruebas que usaron en su contra para condenarla por espía. Nadie creyó que fuera a verle a él, sino que la acusaron de haber ido al frente para obtener información.

Su última actuación fue en 1914, con 38 años, en La Haya y no tuvo mucho éxito. A partir de ese momento, sin que se sepa muy bien cómo, se dejó envolver por la trama de espionaje que le costó la vida. Algunos historiadores sostienen que 1912 fue el año en el que se inició en el espionaje. La versión más difundida fue que pertenecía al servicio alemán, aunque éstos, para los que Mata Hari era H21, no le reconocían ningún valor como espía, y en los informes constaba que nunca había revelado nada importante. En Berlín le enseñaron tácticas como el empleo de tinta simpática, sonsacar información sin que se note y el uso del sexo para ganarse la confianza de los militares.

Mata Hari, como otros muchos espías, intentó el doble juego de entrevistarse con un miembro del contraespionaje francés, el comandante Ladoux, a fin de proponerle su colaboración para obtener secretos del alto mando alemán a favor de Francia. El oficial desconfió de ella, pero le siguió el juego. El destino de la bailarina estaba sellado. Tuvo una oportunidad de salvarse en Barcelona, donde el político catalán Emilio Junoy le advirtió del peligro que corría y le propuso quedarse a vivir con él, pero Mata Hari decidió regresar a París.

La detuvieron el 3 de enero de 1917, cuarenta días después de su llegada a la capital francesa, en su suite del hotel Elysée Palace. Estaba desayunando en la cama. Estuvo detenida ocho meses en la cárcel de Saint-Lazare, en la celda número 12. No recibió ninguna ayuda porque su encarcelamiento se llevó en secreto, si no, seguramente, algunos de sus amantes y admiradores se hubieran interesado por ella. En prisión, donde sólo la dejaban salir al patio diez minutos cada día, conoció a sor Leónide, que la acompañó en su último viaje.

Corrió entre el pueblo el rumor de que había bailado desnuda en la prisión, como también de que, antes de ser encarcelada, se bañaba en leche mientras los niños de París pasaban hambre por la guerra, pero sólo eran eso: rumores.

En el juicio la acusaron de haber recibido treinta mil francos del jefe del servicio de espionaje alemán por cumplir una misión de confianza. Mata Hari reconoció haber recibido esa suma:

-Es exacto que me entregó treinta mil francos, pero sólo fue en pago de mis favores. Era mi amante.

-La suma resulta, como regalo galante, algo excesiva.

-No para mí, nunca me dio menos.

Le hablaron sobre sus relaciones con otros dos jefes del servicio alemán, cosa que reconoció, pero añadió que no tenía la culpa de que ellos hubieran destinado dinero oficial a pagar sus servicios. Se defendió con argumentos tan peregrinos como que era una mujer confundida que

había tratado de ayudar a poner fin a la guerra, que su objetivo era trabajar para franceses e ingleses y que si no había dicho nada sobre su trabajo para los alemanes fue porque se le había olvidado.

Su última conquista fue su abogado Clounet. Pese a sus esfuerzos y a que la reina Guillermina de Holanda intercedió por ella, la sentencia de muerte se leyó el 24 de julio de 1917. Uno de los jueces, después de firmar la sentencia, exclamó: “Es horrible tener que condenar a muerte en plena juventud a una criatura tan seductora y de tan asombrosa inteligencia, pero sus intrigas han sido causa de desastres tan enormes que yo la haría fusilar doce veces si fuera posible”.

Cuando leyeron el veredicto, nadie observó ningún cambio en la expresión de su rostro. Decían de ella que había despreciado la vida y que, llegado el momento, despreciaba la muerte.

El doctor Brazlem contó el despertar del día señalado para la ejecución: “Cuando aquella madrugada entramos en la celda número 12 para despertarla y anunciarle que su última hora había llegado, estoy seguro de que habríamos logrado hacerla bailar sin dificultad. En madrugadas como ésta, ¿qué no habrán visto los guardianes de la prisión? Reos tranquilos, temerarios, fanfarrones o anonadados que caminan hacia el patíbulo. Lo que aquella mañana vieron y probablemente no volverán a ver nunca más es una mujer alegre, traviesa, infantil”.

Clounet le sugirió que para librarse de la condesa dijera que estaba embarazada. Ella se rió a carcajadas. Sor Leónide, que lloraba desconsolada, fue animada por la propia Mata Hari: “Ya verá, hermana, qué bella muerte”.

Antes de sacarla de la cárcel le preguntaron:

-¿Tiene alguna declaración que hacer?

-No, si tuviera algo que decir, no lo diría.

El abogado Clounet no atinaba a moverse, besaba a Mata Hari y decía que no podía acompañarla. Finalmente, ante la amenaza de que se irían sin él, pudo moverse. Mata Hari ayudó a bajar del coche a sor Leónide. Se dejó atar por la cintura al poste, pero rechazó la venda que le ofrecieron. Agitó su pañuelo al aire para despedirse. Algunos biógrafos consignaron que sus últimas palabras fueron: “No es el público al que estoy acostumbrada, pero haré lo posible para que el último espectáculo sea el mejor”. Doce soldados del pelotón estaban frente a ella a la espera de cumplir la ejecución. Cuando el oficial levantó el sable, sonaron disparos y Mata Hari cayó al suelo.

La fusilaron a pesar de que en ese momento ya era inofensiva. Nadie reclamó su cuerpo, por lo que lo embalsamaron y lo legaron a una escuela de medicina.

Mata Hari dejó tres cartas que confió al director de la prisión: una para su hija, otra para el capitán Maslow y otra para una persona de la que nunca se ha sabido la identidad.

Clounet, su abogado, declaró años después que no era inocente, pero que tampoco era culpable hasta el punto de merecer la muerte. Por su lado, el capitán Fritz Carl Roegels, experto en los servicios secretos alemanes, escribió: “Mata Hari prestó grandes servicios al Segundo Reich. Fue el correo de nuestros informadores en el extranjero. Les llevaba dinero, cheques, órdenes, recibía noticias de ellos y nos retransmitía lo

esencial. Previamente había recibido adiestramiento de Berlín. Ella fue la mejor espía al servicio de Alemania”. La historia de la relación de Mata Hari con el espionaje es confusa y contradictoria. Probablemente nunca se sabía la verdad.

Margaretha se convirtió en un mito gracias a las películas interpretadas por Greta Garbo y Jeanne Moreau en 1931 y 1965, respectivamente.

Ochenta años después de ser ejecutada, el grupo de inteligencia británico M15 reveló la identidad de los amantes de los que obtuvo sus informaciones. Fueron veinticuatro, entre ellos el mayor Arnold Kalle, jefe militar alemán en Madrid; Adolphe-Pierre Messimy, ministro de guerra francés, y Alfred Kiepert, un latifundista alemán. Los expedientes secretos descubrían que había tenido relaciones con el compositor Giacomo Puccini y con el barón Henri de Rothschild.

## Lou Andreas-Salomé

Fue admirada y amada por los genios de su época, pero ella prefería las relaciones intelectuales a las físicas. Lou Andreas-Salomé (1861-1937), de origen ruso, sedujo a Friedrich Nietzsche, que sólo la amó a ella y al que le inspiró su colosal poema filosófico *Así habló Zaratrusta*, y al filósofo Paul Rée, con quienes coincidió cuando tenía 20 años. (Nietzsche pidió la mano de Lou por mediación de Rée, pero ella le rechazó; Lou y sus dos filósofos vivieron juntos un tiempo y formaron un *ménage* metafísico al que llamaban la “Santísima Trinidad”.); a Rainer Maria Rilke, con el que mantuvo una relación de madre-hijo que empezó en 1897; a Sigmund Freud, al que conoció en 1911 y con el que tuvo más que una amistad, aunque nunca hubo sexo entre ellos; a Ferdinand Tonnier, sociólogo; a Poul Bjerre, psicoterapeuta, y a German Ebbinghaus, psicólogo experimental. En los círculos intelectuales centroeuropeos se decía que quien conocía a Lou traía a los nueve meses un libro al mundo.

Las relaciones de Lou estuvieron siempre marcadas por el gran ardor que ponían los hombres y el retraimiento de ella. Lou fue virgen hasta los 30 años, porque aunque se casó con 26 con Friedrich Carl Andreas, uno de los introductores del orientalismo en Europa, en su matrimonio no hubo relaciones sexuales, a pesar de los intentos desesperados de Andreas, que llegó a clavarse un cuchillo en el pecho ante sus negativas.

Lou creía en la entrega total... de las almas, como le escribió a Rilke: “Quiero alcanzar mi plenitud en ti como la plegaria del niño en la sonora alegría de la mañana, como un fuego de artificio en la soledad estrellada. Quiero ser tú. No quiero tener ningún sueño en que tú no estés, ningún deseo que tú no puedas o no quieras satisfacer. No haré nada que no sea para honrarte, no cultivaré ninguna flor que no sea para adornarte”. Freud la describió como “una mujer con inteligencia temible”.

Lou y Friedrich Carl Andreas permanecieron casados cuarenta y tres años. Ella consiguió ser famosa mundialmente, pues fue la primera psicoanalista distinguida y la única mujer que Freud aceptó en su escogido círculo de la Sociedad Psicoanalítica. Se dedicó a escribir libros y al psicoanálisis como psicoanalista y como investigadora.

En 1951, catorce años después de su muerte, se publicó en Alemania *Mirada retrospectiva*, su autobiografía, que sirvió a Liliana Cavani para documentarse para su película *Más allá del bien y del mal* (1977).

## Alma Mahler

Aunque estuvo casada con el arquitecto Walter Gropius, fundador de la Bauhaus, y con el escritor Franz Werfel, muy reconocido en su época, Alma Schindler (1879-1964), hija del conocido pintor Schindler, ha pasado a la historia como Alma Mahler. Entre sus amantes se contaron los pintores Oskar Kokoschka y Gustav Klimt. Franz Werfel, su marido, dijo en 1934, cuando Alma tenía 55 años, refiriéndose al sacerdote y teólogo Johannes Hollensteiner: “Es la última locura de Alma...”. Johannes tenía 37 años y, a pesar de que el hombre parecía destinado a ser el próximo cardenal de Viena, Alma consiguió que colgase los hábitos por ella. “Sois la primera y seréis la última”, le dijo el padre.

Alma consiguió que el dominante Mahler se convirtiera finalmente en dominado, que Kokoschka no se resignara jamás a perderla y que Werfel escribiera de ella: “Pertenece a ese grupo muy reducido de hechiceros vivos”.

Sobre Hollensteiner escribió en su diario íntimo, antes de censurar cualquier aparición de él, “todo en mí me pide que me someta a él, pero me siento obligada a rechazar mis propios deseos. Es el primer hombre que me ha conquistado”.

La fuerza de Alma consistía en que jamás se entregó por completo, que se hizo valorar como si fuera una preciosa joya y que se hizo querer y, además, era capaz de lograr que su pareja se sintiera como un dios, porque era como el otro quería que fuera, o así al menos fue con su primer marido, Gustav Mahler. Incluso los hombres que no fueron correspondidos, como el biólogo Paul Kammerer, afirmaban que les insuflaba fuerzas: “Cuando estoy con ella, acumulo la energía que preciso para producir”, declaró.

Con 20 años era una magnífica pianista y ya había escrito varios *lieder* y fragmentos instrumentales y operísticos. Era una mujer muy hermosa, alta, opulenta, de rasgos perfectos y ojos azules. Su principal atractivo estaba en su personalidad, pues era brillante, culta, original y seductora.

A los 22 años conoció a Gustav Mahler, que era director de la Ópera de Viena, le doblaba la edad y era un hombre por el que podía llegar a sentir una gran pasión. Hasta ese momento, la música de ella, a pesar de sus múltiples coqueteos, había sido lo más importante, pero Mahler le pidió que se le entregara por completo, renunciando a todo; ella accedió.

La anulación de Alma empezó con una dura carta que le dirigió su marido:

Alma, mi niña, estaremos unidos en nuestro amor y en nuestro corazón... pero ¿también en nuestras ideas? Mi Alma, ¿cuáles son tus ideas?, ¿quizá el capítulo relativo a las mujeres de Schopenhauer? [...]

Sigo dando vueltas a esa obsesión que se ha fijado en esa cabecita que yo tanto amo respecto a que deseas seguir siendo tú misma. Tú escribes: "Tú y mi música", ¡perdóname pero también tenemos que discutir eso! ¿Cómo te imaginas la vida matrimonial de un hombre y una mujer que son los dos compositores? ¿Tienes alguna idea de lo ridícula y, con el tiempo, lo degradante que llegaría a ser inevitablemente para nosotros dos una relación tan competitiva como ésta? ¿Qué va a ocurrir si, justo cuando te llega la inspiración, te ves obligada a atender la casa o cualquier quehacer que se presentara, dado que, como tú has escrito, quisieras evitarme las menudencias de la vida cotidiana? ¿Significaría la destrucción de tu vida [...] si tuvieras que renunciar a tu música por completo a cambio de poseerme y de ser mía [...]?

Y la espeluznante conclusión:

Tú no debes tener más que una sola profesión: la de hacerme feliz. Tienes que renunciar a todo eso que es superficial (todo lo que concierne a tu personalidad y tu trabajo. Debes entregarte a mí sin condiciones, debes someter tu vida futura en todos sus detalles a mis deseos y necesidades, y no debes desear nada más que mi amor.

Después de una noche de insomnio y llanto, ella accedió. Se casaron el 9 de marzo de 1902, pero a lo largo de sus diez años de matrimonio ella siempre fue desgraciada y alimentó algunas formas de rebelión, como mantener un candente romance con Walter Gropius, que se descubrió porque éste, en un descuido, envió a Gustav una carta de amor dirigida a Alma.

Fue entonces cuando Gustav se dio cuenta de cuánto la quería y empezó a escuchar sus composiciones y la animó a seguir creando, pero ya era tarde, demasiado tarde. De dominante se convirtió en dominado.

Ella le prometió quedarse junto a él y abandonar a Gropius. Lo primero lo hizo, lo segundo, no. Al cabo de poco tiempo, Mahler enfermó de amigdalitis, se le declaró una septicemia y medio año después murió. El rumor que corrió es que Alma le había matado con su desamor.

La hechicera Alma, de rasgos perfectos, sólo tenía un defecto: era sorda de un oído, pero si eso era una desventaja entre un grupo numeroso de gente, ante un interlocutor único lo disimulaba, y parecía que lo escuchara como si estuviera bebiendo sus palabras.

En una Viena brillante en la que las vienesas ocuparon en la sociedad el lugar que las francesas cultas tuvieron en el siglo XVIII, la cultura adquirió carácter femenino. Alma hubiera podido ser una de las más brillantes impulsoras de este fenómeno si su marido no la hubiera frenado.

## **PRIMEROS ESCARCEOS CON EL AMOR**

Antes de enamorarse de Mahler, Alma vivió un apasionado romance con el pintor Gustav Klimt. Ella tenía 17 años y él, 35. La madre de Alma intentó poner tierra de por medio para que el pintor se olvidara de su hija,

pero Klimt las siguió por Italia. La señora Moll toleró su presencia hasta que en el diario de su hija descubrió la narración de un beso...

El compositor Alexander von Zemlinski fue el siguiente en ocupar el corazón de Alma. Ella acudió a sus clases de música, deseosa de triunfar. La relación entre ambos se inició cuando Alma dejó de asistir a clase y él fue a su casa para hacerla trabajar allí. Zemlinski estaba deslumbrado: "Te amo, pero eres demasiado hermosa para mí. Pudiera ser que hombres como yo merezcan felicidad semejante, pero no la consiguen jamás".

Ella, inconsciente amante deseosa de saberlo todo sobre su amado, le hizo confesar que tuvo relaciones físicas con una mujer de la que decían que había sido su amante. Alma cedió a otra de sus pasiones: los celos patológicos. Era tan celosa que jamás tuvo amigas.

### **ENTREGA SIN LÍMITES**

Alma empezó a maltratar a Zemlinski y a decirle que ella le daba más de lo que él le entregaba. Alma era así, no concebía que no se le «dieran» por entero, aunque ella mantuviera sus reservas. Además, Alma vivía en la contradicción. Se sinceró en su diario: "Si él no se me entrega por entero, mis nervios sufrirán muchísimo, pero si se me entrega todo entero, las consecuencias serán enojosas. Lo uno y lo otro es peligroso. Yo deseo locamente sus abrazos, jamás olvidaré el contacto de su mano en lo más profundo de mí misma, ¡como un torrente de fuego! ¡Enorme ha sido la felicidad que me ha inundado! ¡Así pues, uno puede ser completamente feliz! ¡Existe la felicidad completa! Lo he aprendido en los brazos de mi amante. Con una pequeña [palabra ilegible] más, yo habría estado en el séptimo cielo. Una vez más, todo en él es sagrado.

Desearía arrodillarme delante de él y abrazar su vientre desnudo, abrazarlo todo, todo! ¡Amén!".

Entonces conoció a Mahler y su destino cambió. Se debatió entre ambos durante un tiempo, pero el recuerdo de Alex palideció. Finalmente le ofreció ser su amiga. En su diario escribió: "¡qué pena para mí! ¡Este maravilloso profesor...". Egoísta hasta la muerte, ella acababa de rechazar a un hombre que estaba loco por ella...

Durante su desgraciado y aburrido matrimonio empezó a abusar de la bebida y en los últimos 30 años de su vida tomaba una botella diaria de Benedictine.

### **ENCUENTRO CON GROPIUS**

Alma y Walter Gropius se conocieron en 1910 en Tobelbad (Austria), donde Alma tomaba las aguas, una de las actividades favoritas de los pudientes de la época. "He vivido una noche –escribió Alma- que sólo fue turbada por la luz del amanecer y por el dulce canto del ruiseñor. A mi lado yacía un hombre joven y hermoso. Y esta noche, dos almas se encontraron y dos cuerpos se olvidaron de todo."

A pesar de que Mahler cambió cuando pensó que estaba a punto de perderla, o quizá por eso, porque el genio altivo se había derrumbado a su

vez, Alma no dejó a Gropius ni volvió a amar a Mahler en su pedestal. Él actuaba como sumiso y le escribía tiernas cartas: «No puedo abandonar tu puerta, me es imposible, desearía permanecer mucho tiempo allí, de pie, hasta que pueda percibir el dulce susurro de tu aliento y de tu vida. Que seas bendita, querida, todo lo que de ti me llega. Cada latido de mi corazón es para ti». Fue entonces cuando la instó a seguir componiendo. Tarde, demasiado tarde, como bien sabía Alma, que, después de la muerte de su marido, dejó la música para siempre.

Alma cuidó a Mahler en sus últimos meses de vida e hizo que Gropius se deshiciera en celos cuando le confesó que dio a su marido su ternura siempre que la necesitó y que se entregó a él. Cuando se separaban, aunque sólo fuera cuarenta y ocho horas por compromisos profesionales de él, Mahler le escribía ardientes cartas de amor: “¡Créeme, estoy enfermo de amor... Si sigues estando lejos de mí durante una semana, yo, seguramente habré muerto. Almschi, si tú me abandonas, yo me extinguiría como la llama de una antorcha privada de aire”.

Mahler falleció a los 51 años de edad, el 18 de mayo de 1911. A mediados de agosto, Gropius retornó a Berlín. Su relación se enfrió y Alma conoció a Oskar Kokoschka, que en aquel momento tenía 24 años. “Tú restituyes la vida a los inútiles”, la aclamó él, que, como otros amantes de Alma, sentía como su fuerza crecía a su lado. Al día siguiente de conocerla le escribió: “Hacedme el sacrificio de convertirlos en mi mujer: en secreto mientras yo sea pobre”.

## LA VENGANZA DE KOKOSCHKA

Oskar la pintó muchas veces. Ella le dijo que se casaría con él cuando hubiera creado una obra maestra. Él era posesivo, celoso y exigente y cuando se despedía por la noche se paseaba por debajo de sus ventanas hasta bien entrada la madrugada para asegurarse de que no acudía otro hombre. A los tres años de relación, Alma le abandonó.

Cuando a principios de 1915, Alma le dejó Kokoschka enloqueció y mandó copiar sus rasgos en una muñeca de tamaño natural. Convivió con ella durante un año y después la decapitó en una enloquecida fiesta.

Alma y Gropius, que estaba movilizado, se casaron el 18 de agosto de 1915, años después de su primer encuentro. Su matrimonio duró poco porque ella no estaba hecha para soportar la lejanía de un esposo soldado y porque se enamoró de Franz Werfel, que era diez años menor que ella. Durante tres meses compartieron veladas culturales con otros amigos hasta que una noche, a finales de 1917, después de un concierto, Franz la acompañó a su casa y despertó en su dormitorio.

“Estoy en plena demencia —escribió ella—, si fuese veinte años más joven, lo abandonaría todo para marcharme con él. Pero sólo puedo seguirle con la mirada, con el corazón desgarrado, cuando él, elegido de los dioses, prosigue su ruta.”

A los 39 años, Alma alumbró un hijo. No sabía si era de Gropius o de Werfel, pero intentó involucrar a ambos en su maternidad. Su marido descubrió que Alma y Werfel eran amantes cuando la sorprendió



discutiendo con Werfel por teléfono sobre el nombre que iban a ponerle al niño.

Tras divorciarse de Gropius, Alma y Franz contrajeron matrimonio el 8 de julio de 1929. Ella seguía conservando su belleza y su atractivo.

Entre tanto, Alma conoció varias tragedias. Por un lado el hundimiento de su mundo, como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, el tratado de Versalles y el nazismo, y, por otro, el fallecimiento de tres hijos: una niña de cinco años, Putzi, hija de Mahler, de difteria; un bebé, hijo de Werfel, que padeció encefalitis durante diez meses, y su hija adolescente, Manon, hija de Gropius y nacida en 1916, que tuvo poliomielitis y agonizó durante un año hasta que murió el lunes de Pascua de 1935.

Cuando el poder de Hitler creció, Alma siguió a Werfel, que era judío, en su huida por Francia. Con más de 60 años cruzó a pie los Pirineos. Werfel, que no soportó el exilio, languideció poco a poco en California, donde se instalaron. Abusaba de la bebida y del tabaco y sufrió dos crisis cardíacas. Murió el 25 de agosto de 1945. Por esa época ella ya bebía una botella de Benedictine al día.

Su empleo final fue el de viuda, de Mahler por supuesto, aunque los maliciosos la bautizaron con el nombre de “la viuda de los Quatz’arts”.<sup>7</sup> Vestía siempre de negro y llevaba muchas joyas. Vivía en un apartamento en Nueva York, en el que puso una biblioteca, un salón de música, un retrato de Mahler encima del piano y un gran número de obras de arte colgadas de las paredes.

Había llegado a una conclusión: “En realidad, yo jamás he amado de verdad la música de Mahler, jamás me ha interesado realmente lo que escribía Werfel, pero Kokoschka, sí, Kokoschka siempre me ha impresionado”. (De Gropius no habló nunca porque jamás comprendió qué hacía.) En los últimos tiempos, Kokoschka quiso verla pero ella se negó, no quería destruir el recuerdo que él tenía de ella. Entonces, ante su negativa, le envió un telegrama: “Querida Alma, estamos eternamente unidos en *La novia del viento*”, que Oskar había pintado en 1914.

Al final de su vida, Alma escribió: “He tenido el privilegio de dar a mis dones creativos otra vida en mentes más grandes que la mía. Lejos quedaron los sueños de los 20 años cuando quería “ser alguien, una persona real, reconocida y capaz de grandes cosas”».

Murió de neumonía a los 85 años de edad, el 11 de diciembre de 1964. No fue enterrada junto a ninguno de sus maridos, sino al lado de su hija Manon.

---

<sup>7</sup> Cuatro artes.

SIGLO XX

En el siglo XX destacaron mujeres totalmente liberadas, pero no siempre comprendidas, como Isadora Duncan, Dolly Wilde y Anaïs Nin.

Durante los años veinte, Hollywood se convirtió en la meca del cine y también del pecado, y nunca abandonó ninguna de estas dos posiciones. Los escándalos en Hollywood y en el mundo del espectáculo en general han sido continuos y han llegado hasta nuestros días: el sexo adicto Errol Flynn y sus fiestas, en las que tocaba el piano con su miembro; la guionista Mercedes de Acosta y su legión de conquistas femeninas; la locura de Frances Farmer, una estrella a la que le arruinaron la vida por rebelde; Fatty Arbuckle y la muerte de una aspirante a actriz por culpa de una bárbara penetración con una botella; Mae West y sus boxeadores; Joan Crawford y sus relaciones homosexuales; el asesinato del gángster Stompanato por la hija de Lana Turner; el matrimonio de púgiles Ava Gardner y Frank Sinatra; los numerosos amores de Grace Kelly; los maridos millonarios y otros *affaires* de Zsa Zsa Gabor y la confesión de adicción al sexo de Cybill Shepherd.

A partir del siglo XX las mujeres han jugado con una ventaja: por fin tienen medios de contracepción totalmente eficaces y, también, formas de protegerse contra las enfermedades de transmisión sexual, sida incluido.

Margaret Sanger fue quien inició el movimiento de control de la natalidad en Estados Unidos, y entre 1922 y 1927 publicó artículos sobre la sexualidad de la mujer.

## Isadora Duncan

La bailarina Isadora Duncan (1878-1927), que se llamaba en realidad Ángela, pero encontraba más sugestivo su nuevo nombre, fue una de las mujeres más libres de su época y revolucionó la danza. Amó a muchos hombres, aunque desde la muerte de sus hijos, que se ahogaron en el Sena en 1913, lo hizo con más tristeza que alegría.

Isadora, que bailaba descalza y envuelta en una túnica transparente, defendía que la danza tenía que estar vinculada a la naturaleza. Se inspiró para sus bailes en las figuras de las ánforas griegas y en los movimientos del mar, de las hojas y de los árboles impulsados por el viento.

Su lema era “vive sin límites”, y lo llevó a cabo a pesar de las desgracias que le tocaron vivir. Practicaba el amor libre y tuvo entre sus manos amantes a Mercedes de Acosta, Gabriele d’Annunzio, que la llamaba “la diosa de la naturaleza”, el pintor Iván Miroski, el actor húngaro Oscar Beregi, el brillante profesor de historia del arte en Heidelberg Heinrich Thode y el actor Gordon Craig. Éste fue uno de sus grandes amores. Estaba casado y tenía cinco hijos, pero abandonó a su familia por ella. Tuvieron una hija en común, Deirdre (1906).

## NECESIDAD DE AMOR

Isadora era una mujer seductora que estaba rodeada de amigos, entre los que se contaban intelectuales, pintores y poetas, además de muchos admiradores. Durante su vida, empezó a rumorearse que acarreaba la desgracia a los que la querían. El primero en morir fue Iván Miroski, a causa de unas fiebres extrañas, después fallecieron sus hijos y el último en perecer fue Serguéi Esenin.

Tuvo una turbulenta relación con el millonario Eugene Singer, magnate del imperio de las máquinas de coser e hijo del inventor de la famosa máquina Singer. Eugene, de 41 años, era un hombre de modales aristocráticos al que le interesaba el arte y ayudaba a los artistas. Gracias a su mecenazgo, Isadora pudo inaugurar una escuela de danza en Francia. Tuvieron un hijo en 1910, Patrick.

La relación se rompió cuando murieron los hijos de Isadora en un trágico accidente. Isadora, a partir de ese momento, perdió el norte y empezó a serle infiel sistemáticamente. Eugene la dejó cuando en el transcurso de un baile de disfraces la encontró en una habitación con el dramaturgo Henry Bataille.

Isadora y Serguéi Esenin, uno de sus más atormentados amores, se conocieron en abril de 1921, cuando ella viajó a Rusia para abrir una escuela auspiciada por el gobierno. Isadora no sabía ruso y él no hablaba otra lengua, por lo que se comunicaban mediante gestos y un idioma de su invención. El «ángel oscuro» de Isadora, diecisiete años más joven que ella, bebía sin medida y la maltrataba cuando estaba ebrio. Las peleas y las reconciliaciones fueron constantes entre ellos.

Se casaron en 1922. Ésta fue la única forma de que él pudiera acompañarla en su gira por Estados Unidos. Isadora, admiradísima en Rusia incluso por los grandes de la danza, fracasó con su gira americana y escandalizó al público enseñando los pechos y defendiendo el comunismo. Además, la prensa se refería a ellos como “la bailarina roja y su gigoló”. Las relaciones con el poeta se deterioraron mucho.

Isadora, por falta de fondos, tuvo que abandonar su proyecto de edificar un templo en Rusia dedicado a la enseñanza de la danza. Regresaron a Moscú en septiembre de 1923 y se separaron definitivamente en diciembre del año siguiente. Él ya mostraba los primeros síntomas de delirio que le llevó a ahorcarse en 1925 y sufría frecuentes ataques epilépticos.

Isadora murió dos años después que él, desnucada por culpa de un chal que se enredó en la rueda de un Bugatti en el que la paseaba uno de sus admiradores.

## Frieda Lawrence

El autor de *El amante de Lady Chatterley*, el no velista inglés D. H. Lawrence (1885-1930), fue toda su vida un hombre débil y enfermo, perseguido por la pobreza y el rechazo público, debido a la inmoralidad de sus obras, y consumido por la tuberculosis que terminó matándole. Su

mala salud le había dejado prácticamente impotente, como el protagonista de su célebre novela.

En un denodado esfuerzo por demostrarse a sí mismo que no era homosexual, en 1912 inició una relación adúltera con la aristócrata germana Frieda von Richthofen (1879-1956), esposa del profesor de lenguas Ernest Weekly. Tras el divorcio de Frieda, contrajeron matrimonio en 1914.

Frieda estaba amargada por haber perdido la custodia de sus tres hijos, a los que no pudo ver durante seis años. Era prima del célebre Barón Rojo, el as de la aviación alemana durante la Primera Guerra Mundial, lo que supuso que el matrimonio fuera acusado de espionaje por sus vecinos (decían que se dedicaban a transmitir mensajes a los U-Bootes, los submarinos germanos). El matrimonio, que siempre vivió en la extrema pobreza, fue infeliz; Frieda era una mujer grande y vigorosa, apasionada y repleta de un deseo sexual que el débil y atormentado Lawrence no podía satisfacer. Muchas veces Lawrence la maltrataba físicamente, aunque por otra parte era el escritor quien se encargaba de las tareas del hogar y llevaba diariamente a su esposa al desayuno a la cama.

Mientras estuvo casada con Weekly, Frieda tuvo una apasionada aventura con el psicoanalista austriaco Otto Gross, que también era amante de su hermana Else. Gross, al que Freud consideraba loco, era practicante del sexo libre, y organizó una relación cuadrangular con su esposa Friedel y las dos hermanas Richtofen. Fue Gross quien inventó para Frieda el mote de “pequeño caballo turco”, por su pasión por el sexo anal, y la calificaba como diosa del sexo “liberada de toda falsa vergüenza y fingida cristiandad”.

## UN HOMBRE POCO DOTADO SEXUALMENTE

Su relación con Lawrence estuvo repleta de infidelidades, cometidas, conocidas y consentidas por ambas partes. Frieda tuvo muchos amantes anónimos, y otros muy conocidos, como E. M. Forster, Bertrand Russell, Katherine Mansfield y su esposo John Middleton, con los que el matrimonio mantuvo una relación cuadrangular. Lawrence tuvo durante la guerra un *affaire* con Lady Ottoline Morrell y otro con el rico Cecil Gray, quien dijo del escritor que “su presencia física era débil e insignificante y su potencia sexual era exclusivamente cerebral”. Por eso, aunque Lawrence se veía atraído por hombres rudos, campesinos, obreros y soldados, no mantenía relaciones sexuales con ellos. Durante esa época, el matrimonio vivió un triángulo amoroso (de los que tanto sabía Frieda) con la poeta norteamericana Hilda Doolittle.

Tras la guerra, el matrimonio, sin un penique en el bolsillo, dio la vuelta al mundo, mientras la salud del escritor empeoraba. En 1925 conocieron al italiano Angelo Ravagli, un atildado y emplumado teniente de *bersaglieri* (infantería ligera), bajito y atractivo, que fascinó a ambos y que sirvió de inspiración al escritor para el protagonista masculino de *El amante de Lady Chatterley*. Angelo se convirtió de forma inmediata en amante de Frieda; por su parte, a Lawrence le gustaba la esposa de Angelo,

Serafina, pero su enfermedad le había incapacitado totalmente para el sexo.

El escritor falleció en 1930. Frieda compró un rancho en Taos, Nuevo México, y se casó con Angelo, que mantuvo sus relaciones con su ex esposa Serafina. Luego Frieda y su esposo tuvieron otra relación triangular con la millonaria Dorothy Horgan. En el ambiente bohemio de Taos, el rancho de Frieda se convirtió en una especie de comuna dedicada al amor libre, hasta 1956, año en que falleció Frieda.

## Sister Aimee

Conocida como la “rubia bomba sexual evangelista”, Sister Aimee (1890-1944), llamada Aimee Semple McPherson por matrimonio y Aimee Elizabeth Kennedy por nacimiento, fue una atractiva superestrella evangelista que coleccionó seguidores y escándalos sexuales a partes iguales. Fue una de las primeras evangelistas en usar la radio como medio de propaganda y fundó The Foursquare Gospel Church, que actualmente tiene unos dos millones de seguidores por todo el mundo.

La madre de Aimee, que la consagró al servicio de Dios pocas semanas después de que naciera, se escandalizó y horrorizó cuando Aimee mostró interés en ser actriz. Se lo prohibió tajantemente.

A los 17 años, Aimee se casó con el predicador Robert Semple, al que acompañó en su gira por Canadá y Estados Unidos. En 1910 fueron a China y él murió de malaria. Con una hija que Robert no llegó a conocer, Aimee volvió a Estados Unidos, y en 1912 se casó con Harold McPherson, el cajero de una tienda de comestibles. Su hijo Rolf Kennedy nació un año después. Aimee empezó su carrera mediática como predicadora, a pesar de la oposición de su nuevo marido.

En 1918, Aimee ya era una estrella: se había instalado en Los Ángeles y cuidaba mucho su imagen: joyas, pelo rubio, creaciones de París, maquillaje... Todo al servicio de un espectáculo religioso increíble para promocionar su propio credo. En una ocasión entró en la iglesia montada en una moto y vestida con un traje de policía. Harold y Aimee se divorciaron en 1921. Dos años después, Sister Aimee había reunido seguidores y capital suficiente como para construir en California el Angelus Temple, con capacidad para 5.300 personas. En 1924, empezó las emisiones radiofónicas desde el templo y fundó su propia radio, KFSG (Kall Four Square Gospel).

### **UNA PECADORA**

Aimee tenía un gran sentido del espectáculo y facilidad de palabra, pero su primer error, a pesar de lo que predicaba, lo cometió cuando se fugó en 1926 con Kenneth Ormiston, un técnico de su emisora de radio. Fue al mar a nadar y no volvió. La acompañaba su secretaria, que se quedó esperando en la orilla en vano.

Cuando finalmente regresó, tras cinco semanas en las que sus seguidores estuvieron buscando infructuosamente su cuerpo en el mar, contó una fantástica historia sobre un secuestro. Aimee salió con bien de este lance, desempeñando el papel de pecadora arrepentida e incluso vio fortalecida su fama.

En 1931, con 40 años, se enamoró de un cantante diez años más joven, David Hutton Jr., que interpretaba el papel de faraón en uno de sus espectáculos bíblicos. Se casaron, pero la felicidad duró poco porque el novio fue reclamado por los tribunales acusado de romper una promesa de matrimonio. Le condenaron a pagar cinco mil dólares. Al oír la sentencia, la predicadora se desmayó con tan mala suerte que se fracturó el cráneo.

Se divorciaron en 1934 y ella se fue de gira por Europa, mientras él inició una carrera de éxito como cantante en los *night club*. Su tarjeta de presentación era: "El hombre de Aimee".

Aunque siguió con sus aventuras, Aimee fue más discreta. Uno de sus amantes, un joven cómico llamado Milton Berle, contó que su apartamento era un "nido de amor" en el que había un altar frente al cual habían mantenido relaciones sexuales. Los rumores la perseguían...

Murió en 1944 a causa de una "sobredosis accidental" de barbitúricos. Su iglesia tenía más de ochenta mil miembros. Actualmente, The Foursquare Gospel Church tiene unos dos millones de adeptos repartidos en setenta y cuatro países y más de veinticinco mil iglesias.

## Edna St. Vincent Millay

Edna St. Vincent Millay (1892-1950) fue una de las primeras poetas en ganar el premio Pulitzer (1923). La obra ganadora se titulaba *El tañedor de arpa*. Esta mujer brillante de la era del jazz, que escribía una poesía lírica y vitalista, aunque con el tiempo se volvió más reivindicativa, fue conocida también por sus idilios y por la capacidad de seducción de su voz tanto con las multitudes como con los hombres y con las mujeres, con las que se inició en las relaciones amorosas.

Era muy delgada, con grandes pechos, pelirroja, de ojos verdes y con algunas poses estudiadas de Sarah Bernhardt. Indudablemente llamaba mucho la atención. Era una chica *It* (con algo), como la actriz Clara Bow, que fue la inspiradora y la imagen del concepto.

Edna se crió junto a su madre divorciada y a sus dos hermanas en un ambiente liberal y de confianza en el que su madre desarrolló las inquietudes artísticas de sus hijas. Su familia era de recursos limitados por lo que tuvieron que recurrir a un amigo para que Edna pudiera ingresar en la prestigiosa escuela femenina Vassar, donde hizo sus primeras conquistas. Mientras estudiaba, se mantuvo con lo que ganaba con su poesía, ya que publicó su primer libro de poemas, *Renascense*, en 1912, con sólo 19 años, alcanzando muy pronto el éxito. En plena depresión americana fue capaz de vender 35.000 copias de uno de sus libros. Durante la década de los veinte fue una de las poetas más populares.

Después de graduarse, en 1917, Edna, a quien sus amigos más íntimos llamaban Vincent, se estableció en Nueva York, donde trabajó para *Vanity Fair* haciendo gags satíricos bajo el seudónimo Nancy Boyd. Mantuvo su primera relación amorosa con un hombre, Floyd Dell, que intentó “rescatarla” de su homosexualidad, que le contrariaba; continuó escribiendo y publicando sus poesías con éxito, dedicándose a su estilo de vida bohemio, sedujo a hombres y a mujeres, tuvo un *affaire* con un hombre casado, viajó por Europa por encargo de *Vanity Fair* y, finalmente, en 1923, se casó con un rico importador de Nueva York, Eugene Boiesevain, un viudo de 43 años. Estuvieron casados durante veintiséis años, hasta la muerte de Eugene en 1949, con infidelidades de Edna a discreción y con algún desliz de él, más para probar que el matrimonio era abierto que para otra cosa.

Eugene se hizo cargo de la organización del hogar y de la carrera literaria de Edna, que en 1922 publicó un libro de poesías sobre la sexualidad femenina, *A Few Figs from Thistles*, en el que reivindicaba el placer de las mujeres y su derecho a la infidelidad. Edna era una mujer compleja que expresaba su individualidad a través de su sexualidad y que no quería vivir el papel que le había tocado sólo por ser mujer.

Entre sus amantes se contaron el poeta George Dillon, catorce años más joven que ella, al que fue a ver a París en 1928 y al que dedicó una serie de sonetos, composición poética en la que destacó; el crítico Edmund Wilson; el editor de *Vanity Fair*, John Peale Bishop, y el poeta Arthur Davison Ficke.

Edna sabía seducir y dejar a sus conquistas con delicadeza, por lo que muchos de sus amantes se convirtieron en amigos después. Cuando se hizo adicta a la morfina, su marido la cuidó y tuvo mucha paciencia con ella. Al final de su vida, un editor le propuso publicar sus poemas amorosos con un texto que explicase quién se los había inspirado y bajo qué circunstancias, sin reflexionar, sin duda, que estas revelaciones podrían ocupar quince veces más que los propios poemas. Edna declinó la propuesta coquetamente.

A Eugene le diagnosticaron un cáncer de pulmón en 1949 y murió al poco tiempo. Edna falleció un año después a consecuencia de una caída por las escaleras (se sospecha que debida a que estaba drogada o ebria, o ambas cosas).

## Dolly Wilde

De su famosísimo tío, Oscar Wilde, Dolly heredó la sensibilidad, el temperamento, la brillantez, la facilidad para las frases geniales, sus ojos grises azulados y, también, la desgracia de ser continuamente comparada con él, “el Wilde en femenino”, la llamaban, además de cierta tendencia a la autodestrucción.

Dolly Wilde (1895-1941), que era adorada por sus amigos y causaba sensación por su facilidad de palabra, su agilidad mental y su magnetismo, murió a los 46 años de sobredosis, después de una larga trayectoria con el alcohol, la heroína y el paraldehído. De su tío también



heredó las manos, que eran, según sus admiradores y admiradoras, bellas, estilizadas e inconfundibles. El talento de Dolly no cuajó en ninguna obra, aunque sí quedan de ella muchas cartas, especialmente dirigidas a su gran amor, Natalie Clifford Barney, que no la correspondió totalmente y contribuyó, a su pesar, a su caída. Dolly fue durante mucho tiempo la segunda amante en importancia de Natalie.

Con su costumbre de mantener siempre dos o tres relaciones a la vez, Natty hizo desgraciada a Dolly, que, por otra parte, debido a su carácter solitario y esquivo, a veces se apartaba totalmente de ella y también la hacía sufrir. Ese comportamiento de Dolly tuvo su origen en su tensa situación familiar: a menudo la apartaban de la familia para luego llamarla y a veces era ella la que huía.

Dorothy Irene Wilde no tuvo un ambiente hogareño demasiado estable. Nació el año en que surgió el escándalo de la homosexualidad de su tío Oscar, su padre estaba acomplejado por el éxito de su hermano y nunca hizo nada en la vida y su abuela materna no estaba muy bien de la cabeza. Dolly pasó gran parte de su vida adulta intentando conseguir una vida hogareña junto a Natalie.

## **INICIACIÓN A LA VIDA**

Su vida se «inició» en junio de 1927 en París cuando conoció a Natalie, que era dieciocho años mayor que ella. Su relación fue tan intensa como tormentosa y duró catorce años. Berthe Cleyrergue, mujer de confianza de Natalie, fue amiga y confidente de Dolly, ya que tenían una edad parecida. Berthe salvó del suicidio en varias ocasiones a Dolly: la iba a buscar a las habitaciones de los hoteles donde había intentado poner fin a su vida, muchas veces con más histrionismo que medios, y se la llevaba a la casa de la rue Jacob hasta que se recuperaba.

Pero Dolly era fascinante. He aquí una descripción de una amiga suya, la novelista Rosamond Harcourt-Smith: “Era como una pantera: suave, elegante, insinuante y, por supuesto, de garras afiladas. Sus enormes ojos parecían uvas de invernadero antes de perder el color azul al madurar. Cuando estaba contenta tenían un brillo aterciopelado, pero cuando se enfadaba las pupilas se retraían con la misma rapidez fascinante que las de un papagayo y aquellas uvas azuladas se convertían en esquirlas de cristal”.

Para responder a las infidelidades de Natalie y aumentar su autoestima, Dolly recurría a conquistas de emergencia, coqueteaba con hombres de todas las edades y condición, a los que no dejaba nunca profundizar.

También «jugaba», de manera peligrosa, con el suicidio. En 1931 Natalie se fugó con una actriz. Dolly se abrió una vena en el hotel Astoria. Antes, en señal de rebeldía, lanzó por la ventana una gran cantidad de libras esterlinas. En 1934 volvió a intentar quitarse la vida, salvándose por poco.

A Dolly, gran conversadora, le preocupaba muy poco la forma de vestir, fumaba en público para provocar, avergonzaba a sus interlocutores con bromas pesadas –lo que según sus amigos formaba parte de su

encanto- y era una gran conversadora. Sobre su forma de vestir da idea la siguiente anécdota: se disponía a salir a una cena y Natalie le dijo: “Dolly, tienes que cambiarte, vas llena de manchas”, a lo que ella respondió: “Los leones no cambian de piel”. Dolly tenía la facultad de hacer reír a carcajadas a los que la rodeaban gracias a su rápido ingenio.

A veces, sin embargo, era cruel, como cuando convenció a Allannah Harper, quien por otro lado la apreciaba mucho, de que se pusiera un disfraz de conejo color rosa demasiado ceñido que le había regalado el Aga Khan y que bailara delante de los invitados. Dolly hizo comentarios del estilo “sólo Allannah conseguiría del hombre más rico del mundo un disfraz de conejo por todo regalo”.

Una de las cosas que más gustaba a Dolly era estar en la cama, no sólo para disfrutar de sus conquistas, sino para gozar de la soledad y de la lectura, o simplemente para intentar encontrarse mejor. Su salud siempre fue muy frágil. Entre los problemas de salud a los que se enfrentó estuvieron orzuelos; quistes en los ojos; desmayos; gripe virulenta cada temporada; dolor de oídos; sarpullidos alérgicos; quemaduras por el sol; difteria; dolores de cabeza; ataques de nervios y su particular tortura, el insomnio.

Vivía del dinero de las demás asistentes al salón de Natalie y, especialmente, del dinero de ella, pues apenas tenía ingresos propios.

Dolly mantuvo una especial competencia con Romaine Brooks, la pareja casi vitalicia de Natalie; ambas llegaron a coincidir viviendo en la casa del número 20 de la rue Jacob. Al principio se enfrentaron y lucharon para alejar a la otra (“echa a esa rata de debajo de tu falda”, llegó a pedir Romaine), pero luego empezaron a apreciarse. Romaine hacía llegar a Dolly dinero y cuando Natalie la traicionaba, palabras de consuelo.

## **SUS EVASIONES**

Entre las pasiones de Dolly estaba conducir a toda velocidad, lo que le daba sensación de despreocupación e intensa felicidad. Aprendió a conducir llevando una ambulancia durante la Primera Guerra Mundial. Nunca tuvo coche, siempre lo pidió prestado y durante mucho tiempo fue, gozosamente, la chófer no oficial de Natalie. Por eso cuando apareció Nadine Hwang, abogada militar china y travesti, en la vida de Natalie y se convirtió en su conductora y secretaria se sintió muy herida. Nadine estaba también tan celosa de Dolly que escribió una carta a Natalie pidiéndole que la echara porque había adquirido ¡150 kilos de opio!

Aparte de la velocidad, las drogas tuvieron un papel muy relevante en la vida de Dolly ya que la ayudaban a evadirse. Berthe Cleyrergue contó que en una cena en la rue Jacob Dolly se inyectó heroína en el muslo por debajo de la mesa pensando que nadie podía verla. No era la primera vez que hacía algo tan descarado en público.

Dolly, en sus desapariciones, escribía sensuales cartas a Natalie:

¡Ay, cariño, qué triste! He caído en el pecado. Anoche con un cielo estrellado al otro lado de mi ventana y la inquietante oscuridad dominada por tu presencia, me asaltaron los deseos más furiosos...

No fue que me dejase vencer con languidez ante tu recuerdo, Natalie, sino esa pasión irresistible, temblorosa y estática, que te eleva en la cresta de la imaginación del amor, y que al final te deja agitada y exhausta con el corazón golpeando alocado contra el costado... y con todo mi conocimiento te poseí con tanta profundidad y de forma tan real como si estuvieras allí. Esa luz cegadora que como la posesión es demasiado rápida y se siente con demasiada intensidad... busqué el alivio rápido en exceso y eras tú la que esta vez me aliviabas con tu propio deseo y me colmabas de ese placer que tan bien recuerdo. Qué fuerza la de tu amor cuando lo hacías; me hiciste gritar, cariño...

En una de sus múltiples separaciones, Natalie compró a Dolly un billete de avión y la envió al aeropuerto, pero ella decidió no embarcar y volvió al domicilio, donde encontró a su cruel amante comiendo desafortunadamente dulces y llorando sobre ellos. Dolly Wilde se sintió reconfortada.

A los 35 años, a causa del alcohol, el cuerpo de Dolly se había ensanchado, con lo que su parecido con Oscar aumentó. Es por esa época cuando abandonó el champán, que consumía en cantidades descomunales tanto en celebraciones públicas como privadas, por el vino tinto y la ginebra, que bebía también en exceso. Su salud empeoró y le detectaron un cáncer en el pecho.

Murió a la misma edad que su padre y su tío... Una camarera de piso del apartahotel Twenty Chessa Place abrió con la llave maestra la puerta del apartamento 83 y la encontró muerta. Las circunstancias de su muerte por sobredosis no quedaron claras: se especuló con que había sido un suicidio, un accidente o incluso un asesinato, ya que tenía un fuerte golpe en la cara y su postura era extraña. De todas formas, no le quedaba mucho de vida, pues a pesar de que los quistes que tenía en el pecho se habían reducido, al parecer, gracias a sus terapias con hierbas, el cáncer se había extendido a los pulmones.

## Anaïs Nin

Anaïs Nin (1903-1977) llamaba la atención por sus ideas, por su forma de moverse, por su inteligencia y por su particular forma de vestir. Se pasó la vida intentando crear novelas y relatos, pero el diario que llevaba desde su adolescencia, que le impedía escribir nada más, se convirtió finalmente en su obra maestra; constaba de 35.000 páginas a mano y 150 volúmenes. "Me niego a vivir en el mundo ordinario como una mujer ordinaria. A establecer relaciones ordinarias. Necesito el éxtasis. Soy una neurótica, en el sentido de que vivo en mi mundo. No me adaptaré al mundo. Me adapto a mí misma" (16 de abril de 1920). En su diario, Anaïs lo contó todo con gran sinceridad y detalle.

Dos de los episodios más tormentosos de su vida fueron su relación con Henry Miller (1891-1980) y el incesto que cometió con su padre cuando se reencontraron muchos años después de que Joaquín Nin

hubiera abandonado a su madre, Rosa Culmell, a ella misma –que le adoraba- y a sus dos hermanos. De hecho, Anaïs empezó a escribir su diario durante un viaje a Nueva York el año que su padre las dejó, 1914. Tenía 11 años.

### **HENRY Y JUNE**

La parte de los diarios que recoge la película *Henry y June*, que sirvió para desvelar las intimidades de la pareja y de la esposa de Henry, es la correspondiente a 1931 y 1932. Otra parte candente es la titulada *Incesto*, que cuenta sus relaciones con su padre desde el verano de 1933 hasta 1934. Por expreso deseo de su autora, este volumen de su diario no fue publicado íntegro hasta 1992.

Su padre le pidió expresamente que no escribiera esta historia, pero ella, que usaba su diario como confesor, la narró. Anaïs sólo interrumpió la escritura de su diario en dos ocasiones: cuando tuvo el encuentro con su padre y cuando Otto Rank, su psicoanalista y amante, le recomendó que lo dejara porque era mejor para su tratamiento.

En un principio, los diarios de Anaïs se editaron fragmentados y expurgados porque la escritora no quería herir a su marido, Hugh Guiler, con quien se había casado a los 19 años. Sólo se publicaron íntegramente en 1986, cuando su esposo murió. Incluso en sus épocas de mayor libertad sexual, Anaïs intentaba no hacer daño a Hugh, ya que le quería, y ella a él, pero aunque en el momento de casarse Hugh, que era ocho años mayor, tenía más experiencia sexual no estaba dotado del mismo talento para el sexo que Anaïs.

Anaïs Nin y Henry Miller se conocieron en 1931 en la casa que Anaïs poseía en Louveciennes, donde fue a vivir con su marido Hugh Guiler cuando tras el crack del 29 el matrimonio tuvo que recortar gastos. Miller, que pasaba de los 40 y vivía de dar sablazos a sus amigos, se convirtió en su amante en marzo de 1932. Fue el despertar sexual de Anaïs Nin, que se dio cuenta de que con su marido las cosas no funcionaban todo lo bien que cabía esperar.

Esto es lo que escribió Henry después de su primera relación sexual: “Salí hecho pedazos de nuestro encuentro. Voy y vengo, nadando en un océano de sangre, de tu sangre andaluza, destilada y venenosa”. Anaïs, según le confesó a su analista, tuvo un orgasmo, algo que le costaba conseguir. Henry mordía a Anaïs: “Eres mi comida y mi bebida, todo el sistema sanguíneo”.

Anaïs dio dinero a Henry para que se mudara a un apartamento en el suburbio obrero de Clichy, y le llevaba a Louveciennes mientras su marido trabajaba en el banco para hacer el amor en el lecho marital. Luego se paseaba ante Hugh con la ropa interior manchada de haber hecho el amor. Tenía necesidad de probarse a sí misma y de experimentar nuevas sensaciones.

## MUTUA NECESIDAD

En esta carta de marzo de 1932, al principio de su relación, puede verse cómo la necesitaba Henry:

... Terriblemente, terriblemente vivo, afligido, absolutamente consciente de que te necesito... He de verte. Te veo brillante y maravillosa y al mismo tiempo le he escrito a June y me siento desgarrado, pero tú lo entenderás, debes entenderlo. Anaïs, no te apartes de mí. Me envuelves como una llama brillante. Anaïs, por Dios, si supieras lo que siento en este momento.

Quiero conocerte mejor. Te quiero. Te quise cuando viniste a sentarte a mi cama –esa segunda tarde fue toda como una cálida neblina- y de nuevo oigo como pronuncias mi nombre, con ese extraño acento tuyo. Despiertas en mí tal mezcla de sentimientos que no sé cómo acercarme a ti. Ven a mí, aproxímate a mí. Será de lo más hermoso, te lo prometo.

[...]

Tienes un sentido del humor delicioso; lo adoro. Quiero verte reír siempre: Te lo mereces. He pensado en sitios a donde deberíamos ir juntos, sitios oscuros, aquí y allí, en París, por el simple hecho de decir “aquí vine con Anaïs”, “aquí comimos, bailamos o nos emborrachamos juntos”. ¡Ay, verte borracha alguna vez, qué privilegio! Casi me da miedo de proponértelo; pero Anaïs, cuando pienso cómo te aprietas contra mí, cuán ansiosamente abres las piernas y qué húmeda estás, Dios, me vuelvo loco de pensar en cómo serías cuando todo se disuelve.

Ayer pensé en ti, en cómo ciñes las piernas en torno a mí, de pie, en cómo se tambalea la habitación, en cómo caigo sobre ti en la oscuridad sin saber nada. Y me estremecí y gemí de placer. Pienso que si he de pasar todo el fin de semana sin verte, resultará intolerable.

Si es preciso, iré a Versalles el domingo –lo que sea, pero he de verte. No temas tratarme con frialdad. Me bastará con estar cerca de ti, con mirarte admirado. Te quiero, eso es todo.

## ADMIRACIÓN, PASIÓN Y SEXO

Anaïs y Henry fundamentaron su relación en la admiración mutua, en la crítica de la obra del otro y en el sexo. Los encuentros sexuales entre los dos eran salvajes y a menudo acababan marcados por mordiscos y arañazos. Si no estaban juntos, se escribían a menudo cartas llenas de pasión.

Además de su relación con Henry, Anaïs tuvo otros amantes, algunos de ellos en la misma época. No se sentía culpable, sabía compartimentar muy bien sus sentimientos: “Es absolutamente cierto que nunca pienso en Hugh cuando estoy con Allendy o con Henry, como tampoco pienso en Henry cuando estoy con Allendy. Una especie de separación tiene lugar en ese momento -una totalidad pasajera-, que impide cualquier duda o

parálisis. Es sólo después, cuando se revela la mezcla y el conflicto. No veo nada malo en acostarme con Henry en la cama de Hugh, como tampoco vería nada malo en entregarme a Allendy en la misma cama. No tengo ninguna moralidad. Sé que la gente se horroriza, pero no yo. Ninguna moralidad mientras el daño hecho no se manifieste por sí mismo [...].

»Sería infinitamente estúpido que, por amor de Hugh, volviera a mi vida neurótica, vacía y desasosegada de los años anteriores a mi encuentro con Henry. Ahora experimento una continua plenitud que también me permite dar plenitud a Hugh. Deseo que Hugh pudiera creerme, entenderme, perdonarme. Ve mi contento, mi salud, mi productividad. Y estoy aún más preocupada por su felicidad que por la de cualquier otra persona” (octubre de 1932).

En junio de 1932, Anaïs escribía embriagadoras y sensuales descripciones:

“Una noche de verano. Henry y yo cenamos en un pequeño restaurante abierto de par en par a la calle. Formamos parte de la calle. El vino que desciende por mi garganta desciende por muchas gargantas. El calor del día es como la mano de un hombre en un pecho. Envuelve tanto la calle como el restaurante. El vino nos suelta a todos, a Henry y a mí, a la calle, al restaurante y al mundo. Gritos y risas de los estudiantes que se preparan para el baile de Quartz Arts. Llevan trajes bárbaros, de piel roja, con plumas y pasan en autobuses y coches abarrotados.

»-Esta noche quiero hacértelo todo –dice Henry-. Quiero colocarte sobre esta mesa y joderte delante de todo el mundo. Estoy chiflado por ti, Anaïs. Estoy loco por ti. Después de cenar nos vamos al hotel Anjou. Te voy a enseñar cosas nuevas.”

Henry, a su vez, le escribía cartas apasionadas:

28 de julio de 1932

Anaïs:

Fue la carta más larga que jamás recibiste, ¿verdad? Te amo, y eso es lo único que me anima. Te amo, y quiero que vuelvas aquí. Mujer, podría ir y traerte a rastras de los pelos. Ésta es la carta más corta que jamás he escrito. ¡Te amo! Voy a acostarme y a soñar contigo. Me causas un sarpullido como el producido por un exceso de calor. Estoy excitado desde que te fuiste. No valgo para nada.

Henry.

En ese año de locura, Anaïs fue amante de su primo; de Allendy, su primer psicoanalista; de Henry y también se acostaba con su marido. Un día hizo el amor con los cuatro, uno después de otro y luego se retiró a su habitación para masturbarse y escribir. Henry, mientras, tenía aventuras con prostitutas.

## **UN MATRIMONIO FALLIDO**

La convivencia entre Henry y June (Mara o Mona en sus novelas), casados de 1924 a 1932 aunque con paréntesis en los que no se vieron,

fue extraña y tensa. June, que había sido una prometedora actriz a quien habían comparado con Greta Garbo, trabajó como cabaretera y llegó a prostituirse para hacer posible que Henry escribiera.

En una ocasión, June invitó a una amiga lesbiana, Jean Kronski, supuestamente una princesa huérfana de la casa de los Romanov, escultora, pintora y poeta, a vivir con ellos en un sótano de Brooklyn. Paranoica, por las noches trataba de sujetar las paredes de su habitación para que no se desplomaran sobre ella. Miller veía en ella a una veinteañera asustada, guapa, pero con un cuerpo delgado y masculino.

Vivían en la suciedad: las camisas sucias servían de toallas, el suelo estaba lleno de colillas, los platos sucios se amontonaban y cuando no había más remedio los lavaban en una bañera... En 1927 las dos se fueron a París. El manuscrito que escribió Henry en aquella época se convirtió en la base de *Crazy Cock*, y luego de otras novelas más importantes.

## **ANAÏS Y JUNE**

Anaïs y June empezaron a tratarse en octubre de 1932. Anaïs tenía enormes ojos negros almendrados, larga y fina nariz, boca roja, rostro ovalado y blanquecino, y cabello de azabache, mientras June era rubia pálida, tenía las cejas depiladas y una sonrisa diabólica. Fascinaba a Anaïs, que quería ser como ella: "June es mi aventura y mi pasión, pero Henry es mi amor", escribió Anaïs. Henry estaba celoso de la creciente intimidad de la escritora con June y veía que la perdía.

Anaïs escribió sobre esta enigmática mujer: "Tu belleza me ahoga, me ahoga el alma. Cuando tu belleza me quema me disuelvo como nunca lo hice ante un hombre... Te siento dentro de mí. Siento que mi propia voz se hace más pesada, como si te estuviera bebiendo".

June tenía aura de mujer fatal, y de hecho lo era: un anciano al que sacó hasta el último centavo, Pop Roland, se mató por ella.

June finalmente les abandonó a finales de 1933. Se casó con un joven, Stradford Corbett, agente de seguros. Después de la guerra la relación entre los dos terminó. Fue ingresada en un manicomio. Le aplicaron *electroshock*. Las secuelas de un tratamiento brutal, en el que le rompieron varios huesos, fueron una pierna más corta que la otra y daños en los músculos del corazón y de la espalda.

Mientras, la relación entre Anaïs y Henry se fue apagando ante la negativa de ella a divorciarse de Hugh.

## **EL PADRE AMADO**

En julio de 1933 Anaïs escribió algunas impresiones de su encuentro con su padre basándose en unas notas que había tomado un mes antes, en el transcurso de las vacaciones en Valescure: "Y sus caricias fueron penetrantes, sutiles: pero yo no podía, quise escapar de él. De nuevo me eché sobre él y sentí la dureza de su pene. Lo descubrió y lo acaricié con mi mano. Vi como se estremecía de deseo.

»Con una extraña violencia, me levanté la *négligé* y me puse encima de él.

»-Toi, Anaïs! Je n'ai plus de dieu! [¡Tú, Anaïs! He perdido a Dios].

»Extasiado su rostro, y yo frenética por el deseo de unirme con él. Ondulándome, acariciándolo, pegada a su cuerpo. Su espasmo fue tremendo con todo su ser. Se vació por entero dentro de mí... Y mi entrega fue inmensa, con todo mi ser, sólo con aquel rincón de miedo que me impedía el supremo espasmo. (...)

»Me fui a mi cuarto, envenenada. Soplaban incesante el mistral, seco y cálido. Así llevaba días, desde que llegué. Destrozaba mis nervios. No pensé en nada. Me sentía dividida, esa división me mataba, la lucha por sentir la alegría, una alegría inalcanzable. La irrealidad opresiva. De nuevo la vida retrocediendo, eludiéndome. Tenía al hombre que amaba en mis pensamientos; lo tenía en mis brazos, en mi cuerpo. El hombre que busqué por todo el mundo, que marcó mi niñez y me perseguía. Había amado fragmentos de él en otros hombres: la brillantez de John, la compasión de Allendy, las abstracciones de Artaud, la fuerza creativa y el dinamismo de Henry. ¡Y el todo estaba allí, tan bello de cara y cuerpo, tan ardiente, con una mayor fuerza, todo unificado, sintetizado, más brillante, más abstracto, con mayor fuerza y sensualidad! Este amor de hombre, por las semejanzas entre nosotros, por la relación de sangre, atrofiaba mi alegría. Y de este modo, la vida hacía conmigo su viejo truco de disolución, de pérdida de lo palpable, de lo normal. Soplaban el viento mistral y se destruían las formas y los sabores. El esperma era un veneno, un amor que era veneno...».

La escritora estaba sorprendida de haber encontrado en su padre un hombre con más potencia que Miller, a pesar de que Joaquín, durante las vacaciones, tuvo un ataque de lumbago. "La noche siguiente se sintió más libre para moverse y se puso encima. Me penetró tres y cuatro veces, sin parar, sin retirarse. Su nueva fuerza, su nuevo deseo y nuevo triunfo se sucedían como oleadas. Me sumergí en el placer sin clímax, velado y difuso, en la bruma de las caricias y languideces, en la excitación continuada, experimentando por fin la pasión por este hombre, una pasión fundada en el respeto y la admiración."

Dos años después de dejar a su padre, conoció a Gonzalo More, al que describió como "el divinamente hermoso, tan parecido a un dios": "... fui infinita y completamente consciente del fuego del amor, hasta el punto de que casi caigo de rodillas para bendecir a no sé quién porque, en verdad, puedo decir que he conocido las cimas más altas de la pasión, de la pasión absoluta, sensual y mística. Que ambos, Henry y Gonzalo, de maneras distintas, hayan sido los amantes más maravillosos, que he dado y recibido todas las caricias posibles a los seres humanos, que es la máxima alegría que puede experimentarse en la tierra. Amor. Pasión. Ternura".

## LA ESCRITORA ANAÏS

Henry, que nunca dejó de apoyarla, le escribió una carta el 30 de julio de 1941 animándola a publicar su diario:



Te equivocas al hacerte ilusiones sobre la actitud de los americanos. Serás aceptada bastante bien, magníficamente, cuando aparezca tu obra maestra. Es decir el Diario. El resto de tus escritos despista a la gente. No libres ninguna batalla por defender tus obras menores. Concentra todos tus esfuerzos en la gran obra. Te he estado diciendo esto una y otra vez. Sé que tengo razón. Te lo repito, si emplearas toda tu energía en la exclusiva tarea de conseguir publicar el Diario, aunque sea por partes, fragmento a fragmento, te sentirías mejor, y obtendrías una buena acogida. Hasta ahora has tenido la excusa de tu falta de dinero para publicarlo. Pero eso apenas se sostiene ya. Yo soy tu única carga, por lo menos eso supongo. ¿No puedes emplear en la publicación del Diario el dinero que sueles reservar para mí? ¿Qué te lo impide? Desde un principio he sido total partidario de que hicieras eso, unos cuantos volúmenes a la vez, y en la lengua original, sin cambios ni supresiones. Tienes que creer en tu obra, en su valor en conjunto. Si no lo haces tú, ¿quién lo hará? Lo que ahora necesitas es la oportunidad que tan magnánimamente me diste. Quiero ayudarte. Creo que tu Diario es realmente más importante que toda mi obra junta. Y si no, desde luego tan importante. Yo dejaría de pensar en editores y editoriales. Debemos hacerlo nosotros mismos. Más adelante vendrán a ti, ya lo verás. Son tan condenadamente insignificantes que es realmente ridículo preocuparse de si les gusta o no tu obra. No le veo la gracia a sus posibles elogios. Y las críticas tampoco significan nada. Sólo una cosa cuenta, la estima de nuestros iguales. Si tenemos fe y voluntad, con el tiempo los otros las tendrán también. Debes admitir que ha habido otros motivos además de los financieros para tu vacilación. Pero toda tu vida la has dedicado a la composición de esta obra, y, estés o no de acuerdo, no puedes sustraerte indefinidamente a su publicación.

## Peggy Guggenheim

Cuando Peggy ya era mayor el director de orquesta Thomas Schippers le preguntó: "Señora Guggenheim, ¿cuántos maridos ha tenido?", a lo que ella contestó: "¿Se refiere a los míos propios o a los de otras?".

Peggy Guggenheim (1898-1979) fanfarroneaba de haberse acostado con más de mil hombres, entre ellos muchos artistas de renombre como Max Ernst, John Cage e Yves Tanguy. Sus dos grandes pasiones fueron los hombres y el arte, aunque la segunda, al final, le dio más satisfacciones que la primera. Su colección de trescientas piezas, que se exhibe actualmente por deseo suyo en el Museo Peggy Guggenheim de Venecia, está valorada en trescientos cincuenta millones de dólares.

Los años dorados de Peggy fueron, por diversas razones, los locos años veinte en París, cuando se relacionó con la bohemia y ayudó a artistas como Marcel Duchamp y Constantin Brancusi; los años treinta, en los que se trasladó a Londres, abrió una galería de arte moderno y compró

gran cantidad de obras de pintores surrealistas y de arte moderno en general hasta lograr reunir una importante colección, y los años cuarenta en Nueva York, ciudad a la que se trasladó, alarmada por la tensa situación que se vivía en Europa, para poner a salvo su colección y a su familia y amigos, y donde impulsó la carrera de los nuevos pintores norteamericanos, como Mark Rothko, Robert Motherwell y Jackson Pollock.

## **GRANDES AMORES**

Peggy tuvo siete amores. El primero fue Laurence Vail, un escritor bohemio que vivía de rentas y era hijo de Gertrude Vail, famosa alpinista que fue una de las primeras mujeres en escalar el Mont Blanc. Para infundirse valor y pedirle a Peggy que se casara con él tuvo que subirse a la torre Eiffel. Luego desapareció y hubo que ir a buscarlo a Normandía para que llegara a tiempo a la boda. Tuvieron dos hijos, Sindbad y Pegeen, con los que Peggy nunca llegó a mantener una relación demasiado estrecha. Vail la presentó a destacados artistas como Djuna Barnes, Marcel Duchamp o James Joyce.

El marido de Peggy se reveló como un perfecto machista, a pesar de su actitud encantadora en público. Las peleas se hicieron insoportables y él llegó a maltratarla físicamente. Se divorciaron en 1930. Peggy mantuvo una relación con Douglas Garman, un intelectual que tradujo a Karl Marx al inglés.

Más tarde, se enamoró de John Holms, un culto inglés casado y alcohólico, aunque tranquilo. Fue el gran amor de su vida. Vivieron juntos hasta que en 1934 él murió tras una operación sin importancia que se complicó.

Tuvo entonces romances con el escritor Samuel Beckett, el pintor surrealista Yves Tanguy y Max Ernst, que se convirtió en su segundo marido en 1942. La relación con Ernst fue tormentosa y marcada por las infidelidades y los celos: “Paz era la única cosa que Max necesitaba para pintar, y el amor era la única cosa que yo necesitaba para vivir –escribió Peggy-. Como ninguno de los dos daba al otro lo que deseaba, nuestra relación estaba condenada al fracaso”. Ernst se enamoró de una de las treinta y una artistas que había expuesto Guggenheim en su galería neoyorquina, Art of this Century, inaugurada en 1942.

Tras su divorcio de Ernst en 1946, volvió a Europa y se instaló con su colección en el Palazzo Venier dei Leoni, en Venecia.

En Venecia se enamoró de un italiano veinte años menor que ella, Raoul. Cuando él murió tres años después de iniciada la relación, Peggy se dedicó a su colección de arte, a sus amados y famosos perros y a cultivar su pasión por el vestir, mezcla de originalidad, elegancia y extravagancia.

En los años sesenta, Peggy abandonó el coleccionismo y se concentró en mostrar lo que poseía organizando exposiciones en museos de Europa y América. Un año antes de su fallecimiento, los venecianos organizaron una gran fiesta para celebrar su ochenta cumpleaños. Al descender de su

góndola, Peggy descubrió una bandera en la que estaban escritas estas palabras: “*A l’ultima dogaressa*”.<sup>8</sup> El tratamiento la hizo feliz.

Cuando falleció, dejó a sus hijos y nietos un millón y medio de dólares, pero ninguna obra de arte importante; quería que se mantuvieran juntas, siguiendo el orden que ella había dispuesto, y en el palacio de Venecia, donde las guardaba, y legó el edificio y la colección a la Solomon R. Guggenheim Foundation, que le aseguró que su colección nunca se dividiría.

### La pasión por la moda

Si Peggy tuvo su máxima pasión en el arte y fue independiente gracias a su herencia, Coco Chanel, llamada en realidad Gabrielle, dedicó su vida a la elegancia y al estilo y consiguió triunfar gracias a las aportaciones iniciales de sus amantes.

Gabrielle Chanel (1883-1971) vivió con Etienne Balsan en la propiedad que éste tenía cerca de Compiègne. En la casa, y en la cama de Balsan, también estaba otra mujer, Émilienne d’Alençon. Lejos de estar celosas una de la otra se apoyaron. Si Émilienne invertía sus ingresos en ropas lujosas y en otros caprichos, Gabrielle instaló, en 1909, en el apartamento parisino de Balsan una sombrerería. D’Alençon ayudó a su amiga luciendo sus creaciones en Maxim’s y en las carreras cercanas al Bois de Boulogne.

En 1910, Coco abrió su primera tienda en la rue Cambon número 21 gracias a su nuevo amante, Arthur Capel, un millonario que la financió. Esta boutique parisina fue la más famosa de todo el imperio de Coco. Sus primeras propuestas, muy vanguardistas y rompedoras, aunque luego se volvió muy conservadora, la llevaron a conseguir la fama en 1913. Coco consiguió así evadir un casi seguro destino como *cocotte* aprovechando su oportunidad de prosperar, pero el precio que pagó por su éxito fue la soledad.

## Clara Bow

La pelirroja Clara Bow (1905-1965), una de las grandes estrellas del cine mudo, fue «*The It girl*» –la chica con “algo” o “con encanto”- desde que intervino en la película del mismo título (1927). Gary Cooper participó en esta película e hizo un pequeño papel en *Alas* (1928), ganadora del Oscar al mejor film en la primera edición de los premios. Clara le echó el ojo a Cooper en una fiesta, se encaprichó de él y se lo llevó a su mansión de Beverly Hills. Clara quedó satisfecha con el galán y no tuvo que coger su coche por la mañana en busca de otro hombre que lograra satisfacerla, como solía hacer, según los rumores, cuando su conquista no estaba a la altura de sus demandas. Es más, la actriz confió a sus amigas que Coop “podía funcionar toda la noche y seguir aún por la mañana”. Bow impuso la presencia de Cooper en sus películas: seductor tanto dentro como fuera

---

<sup>8</sup> El último dogo de Venecia, Ludovico Manin, fue destituido el 12 de mayo de 1797, cuando se abolió la constitución de la Serenísima República. El dogo, palabra derivada de *dux* (jefe), era la máxima autoridad de la República.

de la pantalla, alternaba a Clara con otras amantes, como Lupe Vélez o Evelyn Brent, hoy día olvidada.

Fue Clara quien introdujo el sexo en las pantallas y la noción de *sex appeal*, y quien abrió las puertas a posteriores seductoras como Mae West o Marilyn Monroe. De Bow decían que era “la real policía montada del sexo que siempre conseguía a su hombre al final de cada película”. Tanto dentro como fuera de la pantalla... Tenía talento para expresar las emociones ante la cámara y para ser natural. En una ocasión le preguntó al director Frank Tuttle, según contó él mismo: “¿Quiere que lllore?”. Y se quitó el chicle de la boca, se lo pegó detrás de la oreja y se puso a llorar.

La “desvergonzada”, chispeante y sexy Clara se ganó fama de devoradora de hombres, al parecer justificada. Independiente y libre, llegó a acostarse con todos los jugadores de un equipo de fútbol americano, Thundering Herd, entre quien estaba John Wayne, que era desconocido en aquella época y todavía se llamaba Marion Morrison. Clara también fue conocida por sus excesos alcohólicos.

Hollywood era tolerante con sus estrellas siempre y cuando fueran rentables y sus escándalos no perjudicaran las taquillas. Clara, cuyo nombre está indisolublemente ligado a los años veinte, encarnó por primera vez el sexo en la gran pantalla y fue la máxima expresión de la *flapper*, la mujer liberada, independiente, desenfadada, atrevida, segura de sí misma, inteligente y razonable, bonita...

Nacida en Brooklyn, y de origen humilde: su padre trabajaba de camarero y su madre sufría continuos problemas mentales, se definió a sí misma como “la chica con peor aspecto de la calle”.

Detrás de su imagen chispeante, se encontraba una mujer que había sufrido mucho y que se volcó en el cine, primero como espectadora y luego como protagonista, para olvidar. Tanto su madre como su abuela eran enfermas mentales y su padre no estaba interesado ni en el matrimonio ni en los hijos. Clara se convirtió en una niña solitaria, hipersensitiva y madura para su edad. Su madre, que solía recibir hombres en su casa, escondía a su hija en un armario en esos momentos.

El destino de Clara dio un giro cuando ganó un concurso de belleza organizado por una revista neoyorquina, cuyo premio era visitar un estudio de cine de la ciudad y aparecer como figurante en un título menor. B. P. Schulberg se fijó en ella y se convirtió en su mentor. Cuando Schulberg se alió con la Paramount también Clara viajó a la costa oeste. Después de varios papeles pequeños, interpretó por primera vez a *flapper* y empezó a brillar en películas como *It*. Frente a mujeres netamente europeas, como Theda Bara o Greta Garbo, Bow aportaba un erotismo más accesible y una imagen más americana, fresca y desenfadada. Entre sus películas de aquellos primeros años se cuentan *Amor de París* (1925) y *Días de colegial* (1925).

## LA BOMBA PELIRROJA

Entre 1927 y 1931 fue una de las actrices más taquilleras de Hollywood, en gran parte gracias a sus escándalos. “Hacíamos lo que nos apetecía – recordaba años después-. Nos acostábamos tarde, vestíamos de la forma

que queríamos. Ahora las estrellas son más juiciosas y acaban con mejor salud, pero nosotras nos divertíamos mucho más.” En su época de máxima popularidad, recibía cuarenta y cinco mil cartas de fans al mes.

Uno de los escándalos de “la más ardiente hija del jazz”, como también la llamaban, fue cuando se destapó que la terapia que recibía para curar sus nervios del atractivo médico William Earl Pearson consistía en un remedio que le inyectaba en dosis nocturnas... Lo descubrió el detective que la esposa del especialista había contratado cuando sorprendió a la pareja en el pabellón chino que Clara poseía en su mansión de Beverly Hills. La despechada esposa logró arrancar a Clara treinta mil dólares.

En 1930, cuando su secretaria Daisy De Voe vendió todo el historial amoroso de Bow a la revista *Graphic*, se produjo otro gran alboroto en el mundo del cine y en la prensa. Pacientemente, Daisy había anotado todos los hombres que pasaron por el pabellón chino, entre ellos Eddie Cantor, Bela Lugosi, Rex Bell y el ya citado equipo de fútbol. A los Thundering Herd, Clara les obsequió con pitilleras y gemelos de oro y les proporcionó bebidas de contrabando. La batalla legal y de improperios se saldó con el ingreso en la cárcel de De Voe, acusada de sustraer grandes sumas de dinero de la cuenta de la estrella.

La carrera de Clara se disipó entre escándalos; problemas de sonido que hicieron difícil su paso al cine sonoro por su marcado acento de Brooklyn; problemas de peso; la ola de puritanismo que invadió Hollywood; deudas de juego, el escandaloso juicio contra su ex secretaria, seguido de cerca por la prensa, y una crisis personal. La Paramount la abandonó, no tenía familia ni amigos a los que confiarse y el mundo del cine dejó de ser un lugar donde refugiarse.

Años después, cuando su fama se había esfumado, reflexionó: “Ser un símbolo sexual es una pesada carga que llevar, sobre todo cuando una está cansada, lastimada y aturdida”. Aún protagonizó películas sonoras, como *Sangre roja* (1932) y *Hoopla* (1933), pero cuando sufrió una crisis nerviosa durante el rodaje de su última película, decidió abandonar el cine. Tenía 27 años.

En 1931, en un intento de refrescar y limpiar su imagen y de encontrar la estabilidad, Clara se casó con el actor especialista en westerns Rex Bell, futuro gobernador de Nevada, al que había conocido cuando ambos rodaban la película *Fiel a la marina* (1930). Estuvieron casados hasta la muerte de ella, el 26 de septiembre de 1965, a causa de un ataque al corazón, aunque en los últimos años Bow pasó largas temporadas ingresada en un sanatorio debido a sus problemas mentales.

## Greta Garbo

Greta Garbo (1905-1990), que fue una niña desamparada y huérfana a los 14 años, pasó de ser una ruda campesina a una diosa. Nunca logró aclimatarse del todo a Hollywood y tenía fama de huraña, pues no era muy dada a conversar y tampoco tenía demasiada cultura.

Garbo tuvo su época de gloria en los años treinta, cuando interpretó a mujeres famosas como Mata Hari, Margarita Gautier y Ana Karenina.

Greta Garbo y Marlene Dietrich, que mantuvieron trayectorias similares en cuanto a amantes se refiere, no se encontraron en Hollywood, a pesar de lo que Greta se esforzó en hacer creer, sino que se habían conocido en Berlín, donde fueron amantes. (Greta, camino de Hollywood, pasó una temporada en Berlín.)

Si la bailarina y actriz de cabaret Valeska Gert, que intervenía en *Bajo la máscara del placer* (1925), fue la que llevó a Greta al más salvaje reducto del lesbianismo berlinés, El ratón blanco, según el libro de Diana McLellan, *Greta & Marlene. Safo va a Hollywood*, fue otra actriz de la película, Marlene Dietrich —que interpretaba un papel secundario, aunque siempre negó su aparición en el film—, una apasionada bisexual que conocía a la perfección la noche de Berlín, la que acompañó a todo tipo de bares a Garbo y la ayudó a descubrir su sexualidad.

Greta salió muy malparada de la relación, pues Marlene hizo todo tipo de comentarios despectivos sobre ella. Marlene descubrió que la hermosa Greta era provinciana e ignorante y así se lo hizo saber a todas las personas de su círculo una vez se le pasó la pasión por la novedad.

Treinta años más tarde, Marlene dio una descripción íntima sobre Greta a un grupo de amigos: «Garbo era grandísima allí abajo y llevaba ropa interior sucia». Seguramente este tipo de comentarios hundieron a la tímida Greta, que siempre estuvo acomplejada por el tamaño de sus genitales.

Por esa razón, Greta nunca pudo perdonar a Marlene y evitó cuidadosamente coincidir con ella en público y en privado. Sin embargo, ambas formaron parte de la “cadena de margaritas internacional”, como maliciosamente llamó Truman Capote al juego de conectar actores, actrices y famosos varios mediante su paso por la cama de otros en el menor número de eslabones posibles. El comodín de este juego era Mercedes de Acosta, que había seducido a todas las grandes mujeres de la época, aunque a la que amaba era a Greta Garbo, que no la trató todo lo bien que cabría esperar.

## **TAN CERCA, TAN LEJOS**

Greta coleccionó amantes femeninas y masculinos, pero siempre actuaba igual; cuando la relación se hacía demasiado absorbente o seria, desaparecía. Tampoco toleraba la indiscreción: cuando alguna de sus amantes hablaba de más sobre ella, se alejaba y le retiraba la palabra, para siempre.

Greta Garbo desembarcó en Estados Unidos con Mauritz Stiller, Moje, su descubridor, su director, su mentor y su pareja, el 6 de julio de 1925, dispuesta a conquistar Hollywood. Ella lo consiguió y él no supo adaptarse y se hundió en el olvido. De su paupérrima infancia, transcurrida en gran parte en la cocina del Ejército de Salvación, donde comía, cantaba himnos, actuaba en obras y participaba en todo tipo de actividades, Greta heredó un fuerte sentido de la vergüenza y del pecado que le dio más color a su vida sexual. De esta educación represiva y del fiasco de su relación con Marlene, también desarrolló la tendencia a disfrazar sus

orígenes, disimular sus tendencias sexuales y aislar a sus amantes. El secreto era su divisa (incluso prefería hacer el amor en la oscuridad).

La llegada de Garbo a los platós no fue muy brillante. Durante el rodaje de *El torrente* su compañero Ricardo Cortez la llamó “una especie de individuo desgarrado”; el departamento de vestuario se reía de su sobria ropa interior de algodón. Otra vez su ropa interior... La película, a pesar de todos los recelos de sus compañeros de rodaje, triunfó. La segunda película de Garbo, *La tierra de todos* (1926), iba a ser dirigida, para alegría suya, por Stiller, pero se pasó del presupuesto y le despidieron.

Greta conoció a John Gilbert durante el rodaje de *El demonio y la carne* (1927). Entre ellos hubo tal atracción que el director, Clarence Brown, declaró: “Después de terminar una escena con ellos me sentía como un intruso. Tenía que marcharme y dejarles acabar lo que estaban haciendo”.

Años después se rumoreó que su relación fue en gran parte un montaje publicitario. Lo cierto, según los testigos, es que Greta enloquecía con los besos de John en las escenas de amor. Como ella empezó a llamarle Yackie –diminutivo de Jack-, él la llamaba burlonamente Flicka (niñita) o svenska flicka (niñita sueca). Sorprendentemente, John Gilbert se convertiría también en amante de Marlene Dietrich en 1934.

Se cuenta que en los primeros tiempos de su relación, Stiller estuvo a punto de pillarlos en pleno acto sexual en casa del actor. Mientras Greta se vestía a toda prisa en la terraza, John enseñó la casa al director para hacer tiempo. La excusa fue que habían estado contemplando la espléndida vista de Beverly Hills. Moje, celoso, empezó a abofetear a Gilbert. En 1927, Stiller regresó a Suecia, desencantado, y murió un año después.

El amor de Greta por John fue pasajero. En cuanto a él, una versión de los hechos cuenta que la amó siempre, la otra, que en realidad sólo quería aprovecharse de su creciente fama y por eso quiso casarse con ella. En todo caso rompieron. Cuando el despechado Gilbert se casó en 1929 con la estrella de Broadway Ina Claire, Greta quiso detener la boda y gritó que todo el mundo sabía que Gilbert era suyo.

Garbo no olvidó del todo a Gilbert y batalló para que el actor, ya en el ocaso, porque nunca consiguió adaptarse al cine sonoro y cada vez bebía más, fuera el coprotagonista de *La reina Cristina de Suecia* (1933). Gilbert murió de un ataque al corazón en 1936.

Lilyan Tashman, una conocida seductora, fue quien pulió a Greta y la ayudó a vencer el pudor y la vergüenza que le habían inculcado su familia y el Ejército de Salvación. Lilyan arrinconaba a las mujeres en los cuartos de baño y las convencía para que tuvieran relaciones sexuales, haciendo uso de un estilo amatorio directo y preciso y utilizando frases del estilo de “si todo el mundo lo hace”. Al parecer, consiguió varias “conversiones” al lesbianismo con su habilidad. Lilyan reconcilió a Greta con el sexo y con las relaciones esporádicas, aunque Greta siempre prefirió el secreto. Si en privado mantenía maliciosas conversaciones con sus amantes sobre sexo, en público no soportaba ninguna mención.

Salka Viertel, que la cuidaba celosamente, le comentó que Lilyan había hablado de sus relaciones y Greta rompió con ella para siempre.

Quien quisiera estar cerca de Greta, fuera amigo, amante o compañero de trabajo, debía saber mantener la boca cerrada.

Después, en 1929, apareció en la vida de Greta Fifi D'Orsay. Se convirtieron en inseparables y fueron amantes hasta el 16 de febrero de 1930, cuando apareció un artículo que sugería que eran algo más que amigas: "Cuánto durará esto, no se sabe, pero las dos "chicas" son, sin duda, una pareja pintoresca; tan diferentes y tan extranjeras ambas". Greta llegó a la conclusión de que Fifi la había traicionado y rompió con ella.

### **LA FIEL GUARDIANA SALKA**

Para llegar hasta Garbo, de la que estaba encaprichada, Mercedes de Acosta tuvo que sortear a su fiel guardiana y cancerbera, Salka Viertel. Lo consiguió gracias a una amistad común.

Garbo y Mercedes empezaron su relación en 1931. Antes, Mercedes tuvo que pasar varias pruebas, entre ellas permanecer durante varias horas en silencio junto a Greta.

Se fueron juntas a pasar las vacaciones a Silver Lake; allí, Mercedes tuvo la oportunidad de contemplar como la seria sueca se convertía en una comedianta y la hacía morir de risa. Nadaron, pescaron, cocinaron y vieron las estrellas desde el bote... Mercedes dijo a Cecil Beaton que "Greta era como una loca, como una cierva, como un animalillo corriendo arriba y abajo por las rocas, sujetándose a ellas, colgándose de los brazos y gritando de alegría".

A la vuelta, Mercedes le regaló uno de sus libros de poemas dedicado:

En recuerdo de una casa en un lago, tu risa, tus suspiros,  
y por el Cielo y el Infierno que he visto en tus ojos.  
Por el Amor, fuerte como la verdad, profundo como el mar,  
y por la Llama Blanca que hay en ti y que me iluminó.

Tras pasar unas cuantas temporadas juntas, la Divina desapareció, tal como era su costumbre. Mercedes se quedó desolada y expectante, pero a partir de entonces lo único que consiguió de Greta fueron migajas de cariño.

### **TALLULAH BANKHEAD**

Otra de las pretendientes de Greta fue la actriz Tallulah Bankhead (1902-1968). La fascinante Tallulah se preguntaba por qué no estaba con ella Garbo. Intentó llegar a Greta a través de Salka y su marido. Para agradar a Salka, le presentó a Libby Holman, entre otras mujeres divertidas, y a él le halagó doblemente: por su parte intelectual y por su lado juerguista.

Tallulah era otra devoradora de Hollywood, hambrienta de sexo y cariño y especialista en frases lapidarias. En una ocasión contó: "Me violaron en el camino de entrada a una casa cuando tenía 12 años. Fue



una experiencia terrible, porque había mucha grava”. Su padre era un congresista de Alabama que se convirtió en 1936 en portavoz de la Cámara de Representantes. Sus influencias en Washington le sirvieron siempre para ayudar a amigos en apuros.

Eva Le Gallienne, pieza valiosa de la «cadena de margaritas internacional», fue quien sedujo a Tallulah cuando ésta tenía 17 años. Tallulah, escandalosa y libre, no tenía problemas para expresar lo que pensaba: “No sé lo que soy, cariño. He probado diversas variedades de sexo. Chupar a una mujer me da rigidez de cuello, chupársela a un hombre me da dolor de mandíbula y el sexo convencional me da claustrofobia”.

Finalmente, Tallulah conoció a Greta y se dedicó a hacer el payaso para impresionarla. La hizo reír como una loca, pero fracasó en su intento de seducirla.

Tallulah y Marlene Dietrich se convirtieron en aliadas y cómplices y durante un breve período fueron amantes. Tallulah, que era mucho más exhibicionista y descarada que Marlene, se ponía en el vello púbico el polvo dorado para el pelo que usaba Marlene y se lo enseñaba a todos los que pasaban diciendo: “Adivinad que he estado haciendo”.

Tallulah era una chica mala, muy mala. Cuando conocía a un hombre nuevo gritaba: “¡Eh, oye! Me he acostado con todos los hombres de esta mesa, ahora me voy a acostar contigo”.

No consiguió convertirse en una de las reinas de Hollywood porque era demasiado indiscreta y provocadora, pero a punto estuvo de interpretar a Scarlett O’Hara, aunque David O. Selznick consideró que era demasiado mayor para dar vida a la Scarlett joven. A finales de 1932, Louis Mayer la despidió y le reprochó sus relaciones. Lejos de arrepentirse, Tallulah le informó de que se había acostado con seis de sus mayores estrellas, incluidas Barbara Stanwyck y Joan Crawford.

Tallulah triunfó en Broadway, especialmente con *The Little Foxes*, de Lillian Hellman, en 1939.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Tallulah juró abandonar la bebida para que sus oraciones por Gran Bretaña fueran oídas. En lugar de alcohol bebía un destilado de amoníaco con Coca-Cola (años más tarde descubrió que el destilado contenía un 65 por 100 de alcohol). También empezó a usar drogas que tomaba en supositorios. Al parecer, se administraba uno y se caía al suelo como un zombi.

A mediados de los años cincuenta su carrera decayó. Bebía dos botellas al día de Old Grand Dad. Murió en 1968 de gripe asiática. Sus últimas palabras fueron: “Codeína, bourbon”.

## LA RUPTURA CON MERCEDES

Después de una época de felicidad, Greta se alejó de Mercedes. En la ruptura tuvo mucho que ver Salka Viertel. Mercedes, que no superó el abandono de Greta, se obsesionó con ella empezó a perseguirla y asfixiarla.

El fracaso de *La mujer de las dos caras* (1942) hizo que Greta se retirara del cine. Los numerosos intentos por parte de Hollywood para que

rodara otra película fueron en vano. En 1943, Garbo tuvo una aventura con Gilbert Roland, un actor que se parecía a John Gilbert y servía en las Fuerzas Aéreas. El actor escribió a Salka diciéndole que se iba a la guerra al día siguiente y rogaba ver a Greta un momento. Salka concertó el encuentro. Cenaron juntos y luego se acostaron. Él le dio a ella un anillo de oro y se quedó sus bragas de seda con la inicial G. Se vieron algunas veces más, en permisos posteriores que le concedieron a Gilbert.

Greta, por esa época, empezó a obsesionarse con su aspecto: las arrugas en su labio superior, producto de lo mucho que fumaba, la flacidez de su cara, sus rasgos endurecidos por la edad... todo lo cual la llevó a realizar su primera huida-retirada del mundo, mudándose a Nueva York, a un apartamento algo lúgubre. Bebía mucho, y a mediados de los años cincuenta estaba a menudo agresiva o aletargada.

Cecil Beaton, homosexual convencido antes de conocer a Garbo, también cayó a sus pies. Le rogó que posara para él, a lo que no accedió, pero a cambio le dio una rosa amarilla y le dijo: "Eres como un joven griego. Si fuera un muchacho habría hecho eso contigo". Él enmarcó la rosa y la colgó sobre su cama, donde permaneció hasta su muerte, cincuenta años después.

Mercedes y Beaton se aliaron en espera de que Greta se cansara de los Schlee, Georges y Valentina, una encantadora diseñadora de moda a la que Greta lanzó al estrellato luciendo sus creaciones (solían ir vestidas igual, agarrando cada una de un brazo a Georges). Georges, un hombre rudo, era cruel con Garbo de la misma forma que ella mortificaba a Mercedes. Con Beaton, la Divina empezó a acostarse en 1947, cuando habían transcurrido cinco años desde su retirada de las pantallas de cine.

Garbo, que había adquirido la nacionalidad norteamericana en 1951, y Georges fueron a París en 1964. Él murió de un ataque al corazón y Greta desapareció. Valentina se hizo cargo del cuerpo dos días después. Desde ese momento, Valentina y Greta se enemistaron para siempre. Las dos mujeres vivían a unos pocos pisos de distancia en el mismo edificio y durante toda su vida hicieron todo lo posible para no encontrarse. Un día de septiembre de 1989, Garbo entró en el portal de su casa, oyó que Valentina había muerto y se puso a llorar desconsoladamente.

Greta Garbo murió un año después. Sus últimos años de vida fueron muy difíciles: sufrió una mastectomía y un ataque al corazón, además de tener que someterse a diálisis tres veces por semana desde los años ochenta. Anímicamente se lamentaba por no haber tenido a nadie con ella para compartir su vida.

## Mercedes de Acosta

Mercedes de Acosta (1893-1968), escritora, poeta y guionista hispanocubana nacida en Nueva York, tenía una personalidad arrolladora. Sedujo a gran parte de las grandes mujeres de su época: Eva Le Gallienne, Marlene Dietrich, Greta Garbo, Alla Nazimova e Isadora Duncan, y se vanagloriaba de su capacidad de seducción: "Puedo quitarle cualquier mujer a cualquier hombre". Probablemente fuera cierto, pues

Mercedes estuvo con todas las grandes. Acosta se enfrentaba a cada nueva conquista con un plan completo que llevaba a cabo con encanto, exquisitez e insistencia. Además, como quedó claro en su encuentro con Marlene, poseía unas notables habilidades amorosas.

Mercedes, vegetariana, abstemia y budista vestía siempre de blanco y negro, por lo que Garbo la apodó “black and white”. Viajó por medio mundo y su interés por la religión la llevó a aceptar en su círculo de amistades a gurús más que dudosos, uno de los cuales intentó convencer a Garbo para que se casara con él.

Recientemente, han salido a la luz las cartas que Mercedes de Acosta envió a su amiga Greta Garbo. Las entregó en 1960 al director del Museo Rosenbach –el museo de libros antiguos en el que, entre otros tesoros, está guardado el manuscrito original de *Ulises*, de James Joyce- con la condición de que no se abriera la correspondencia hasta diez años después de la muerte de Mercedes o de Greta. En total son 55 cartas, 14 postales y 10 telegramas. Las cartas, si bien interesantes, no fueron tan reveladoras como se esperaba, pues sólo dejaban claro que las dos mujeres habían mantenido una larga amistad llena de altibajos. Sin embargo, los biógrafos de Greta Garbo suelen creer en la veracidad de las relaciones homosexuales de la Divina. Al parecer, Mercedes, a instancias de Greta, hizo desaparecer las misivas pertenecientes al período más apasionado de ambas.

## ISADORA DUNCAN Y ALLA NAZIMOVA

Uno de los primeros amores de Mercedes de Acosta fue Isadora Duncan, dieciséis años mayor que ella, quien le escribió poemas sensuales. Se habían conocido en 1915 en Amagansett (Nueva York). Isadora, que estaba fascinada por Mercedes y que llegó a bailar para ella en un granero, estaba arruinada y todavía muy afectada por la muerte de sus dos hijos, ahogados en el Sena en 1913 tras caer al río dentro de un coche. La envolvente Mercedes le dio amor y consuelo.

Por esa época, Mercedes también mantenía relaciones con Alla Nazimova (1879-1945), llegada directamente en 1906 del teatro ruso para asaltar Broadway, donde triunfó con su majestuosidad y su voz, que fue definida como el tañido de un arpa, y, posteriormente, Hollywood.

Albert Capellani consagró a Nazimova con tres largometrajes: *Eye for Eye* (1918); *Fuera de la niebla* (1919) y *El farol rojo* (1919). Nazimova fue una actriz elegante e hierática que triunfó también como *La dama de las camelias* (1921), junto a Rodolfo Valentino, el actor que ella pidió que interpretara el papel masculino.

Alla creó en su casa, una impresionante villa de estilo español en Sunset Boulevard, un auténtico edén para las estrellas de la época, especialmente para la comunidad lesbiana, que era conocido como “El jardín de Alla”, en el que se hablaba, se bebía vodka (a pesar de la Ley Seca) y se fumaban cigarrillos árabes de los que se sospechaba que contenían cocaína.

Nazimova fracasó estrepitosamente con otra producción, *Salomé* (1923), que fue abucheada y tildada de ridícula. En 1925 dejó la industria

del cine por Broadway, pues ya no podía invertir en sus películas, en las que volcaba su creatividad pero que no producían beneficios. En los años cuarenta rodó algunos largometrajes para ganar algo de dinero.

## **EVA LE GALLIENNE**

La actriz Eva Le Gallienne y Mercedes de Acosta protagonizaron una gran historia de amor cargada de romanticismo barroco. En 1920-1921 la vida parecía no poder irles mejor: De Acosta acababa de publicar sus primeros libros de poesía, *Moods* y *Archways of Life*, la novena enmienda concedió a las mujeres norteamericanas el derecho al voto y Le Gallienne obtuvo un gran éxito con la producción teatral *Liliom*, de Ferenc Molnár. Eva y Mercedes fueron amantes y alegres compañeras durante cinco años. Cuando se separaron momentáneamente por la gira de Eva, ambas se escribieron apasionadas cartas.

Presionada por su madre, Mercedes se casó en 1920 con el pintor Abraham Poole, que provenía de una adinerada familia de Chicago. El matrimonio fue un sin sentido de principio a fin y Mercedes pasó la noche de bodas refugiada junto a su madre.

En 1922, Mercedes se libró de su marido y viajó junto a Eva Le Gallienne a París, que en aquellos momentos era el reino de Vita Sackville West y su locura, Violet Trefusis; Gertrude Stein y Alice B. Toklas y Natalie Clifford Barney y su nutrido ramo de conquistas. Su marido se reunió con ellas y al cabo de un tiempo de disimulo terminó dándose cuenta de que entre Mercedes y Eva había algo más que una simple amistad. Despechado, se lo puso muy difícil a ambas.

Después de esto, la relación entre las dos mujeres entró en un nuevo período y tuvieron varias aventuras. En 1925, en una de sus separaciones, Mercedes de Acosta desembarcó en el salón literario de Natalie Clifford Barney y se dedicó a hacer de celestina entre Alla Nazimova y Dolly Wilde.

Después de varios encuentros y desencuentros, la relación entre Mercedes y Eva se terminó definitivamente cuando Eva conoció en 1925 a la escenógrafa de Noël Coward, Gladys Calthrop, y se enamoraron. Eva sustituyó el amor a Mercedes por un odio feroz. Mercedes, a partir de ese momento, urdió una estrategia: ayudar a su marido a encontrar tipos interesantes de mujer que pintar. Su táctica era acercarse a cualquier actriz que le gustara, invitarla al estudio de Abram por un tiempo para que éste pudiera pintarla y una vez allí seducirla.

## **NATACHA RAMBOVA**

Mercedes se embarcó en una relación con Natacha Rambova, la esposa de Rodolfo Valentino, muerto en 1926 de peritonitis, que le ayudaba artísticamente convocando a los muertos, especialmente a una antigua egipcia, Meselope. Natacha llevó sus habilidades espiritistas al extremo de que escribió una película de Valentino, *Cobra*, por la noche al dictado de un espíritu y llevó los resultados al rodaje a la mañana siguiente.

Hartos de la influencia de Natacha, el estudio le hizo firmar un contrato a Valentino en el que se prohibía la presencia de su esposa en el estudio. La relación de Natacha y Mercedes duró toda la vida.

Mercedes y Abram se divorciaron en 1935, cuando él se fugó con una modelo.

## **GRETA GARBO**

Las memorias de Mercedes, *Here lies the heart* (Aquí está el corazón), publicadas en 1960, le costaron que Greta jamás quisiera volver a verla y le dejara de hablar. Mercedes la describió tal como la vio por primera vez en 1922: "Un día, en el lobby del hotel Pera Palace vi una de las mujeres más impresionantes que jamás se me había presentado ante los ojos. Sus rasgos y sus movimientos eran tan distinguidos y aristocráticos que decidí que era una princesa rusa refugiada. El recepcionista dijo que no sabía su nombre, pero que pensaba que era una actriz sueca [...]. Después la vi varias veces en la calle. Yo estaba terriblemente turbada con sus ojos y deseaba hablar con ella, pero no tuve valor [...]. Me pesó tener que dejar Constantinopla sin haber hablado con ella, pero a veces el destino es más amable de lo que pensamos, o quizá es que no podemos escapar a nuestro destino".

Las presentaron finalmente en Hollywood en 1931, adonde Mercedes, que por aquel entonces tenía 38 años, llegó contratada como guionista. "Cuando nos dimos la mano y me sonrió sentí que la había conocido toda mi vida; de hecho, en muchas encarnaciones previas." La actriz, de 26 años, alabó un pesado brazalete con que se adornaba la escritora. "Lo compré para ti en Berlín", respondió Mercedes al tiempo que se lo sacaba y se lo regalaba.

De las "semanas encantadas" que pasaron juntas, en palabras de la guionista, quedan fotos de Garbo en *topless*. Cuando Greta Garbo regresó a Suecia en el verano de 1932, Mercedes escribió: "Hollywood me parecía vacío sin ella".

Marlene Dietrich, que se presentó en casa de Mercedes, la cortejó de la misma manera envolvente con que solía hacerlo la propia Mercedes, le envió docenas de ramos de flores y la consoló. Marlene y Mercedes fueron amantes durante un año. Luego, pasaron a ser amigas, ya que el gran amor de Mercedes fue la Divina.

Marlene partió a Europa y Greta retornó a Estados Unidos. Greta y Mercedes reanudaron relación, pero sin tanta pasión. Cuando se separaron continuaron comunicándose por carta. Garbo se volvió de pronto más cariñosa y la llamaba "cariño", "pequeña", "dulce niña", "querido muchacho", "querido/a señor/a" o "señorita Merc". La relación entre ambas, ya muy distanciadas, concluyó al publicar Mercedes publicó su libro de memorias, muy discreto. Garbo le retiró la palabra.

Hubo otras mujeres en la vida de Mercedes, entre ellas Adele Astaire, hermana de Fred. Luego fue cayendo en el olvido y murió pobre en Nueva York el 9 de mayo de 1968.

"Nunca seré totalmente sometida ni mi verdadero secreto será entendido por completo. Acaso mi cuerpo sea poseído apasionada y

violentemente, ¡pero mi espíritu, siempre virgen, vagará eternamente sin haber sido conquistado!", afirmó en una ocasión.

## Marlene Dietrich

"A cualquier mujer le gustaría ser fiel. Lo difícil es hallar el hombre a quien serle fiel", declaró en una ocasión Marlene Dietrich (1901-1992), llamada en realidad Magdalena von Losch. A pesar de esta frase, Marlene sólo se fue fiel a sí misma desde los tiempos en que vivía alegremente en Berlín y disfrutaba de la noche. Marlene era crítica consigo misma: "No es que mis piernas sean tan hermosas. Soy yo la que sabe qué hacer con ellas". En todo caso, las aseguró por un millón de dólares.

Klaus Kinski contó en sus memorias que una antigua novia suya, Edith Edwards, tuvo una relación con Marlene cuando ambas estaban empezando: "Marlene rompió las bragas de Edith entre bastidores de un teatro de Berlín y, usando sólo la boca, la llevó al orgasmo".

La alegre Marlene, un torbellino en Berlín, guardaba en su pasado un matrimonio anterior al que la unió con Rudolf Emilian Sieber, que fue cuidadosamente silenciado. Todos los indicios apuntan a que Marlene estuvo casada con Otto Katz, un sexy poeta comunista ocho años mayor que ella que trabajaba como ayudante de producción. Marlene contrajo matrimonio con este judío comunista recalcitrante que fue espía en Moscú, que recolectó fondos e, incluso, organizó asesinatos políticos a mediados de los años veinte.

Marlene se preparó para el mundo del espectáculo desde la adolescencia. De niña estudió canto y música y sabía tocar el violín, pero su carrera se truncó con 16 años, al lesionarse una muñeca. Su dedicación a la música le deformó los pulgares, que estaban curvados hacia atrás, algo que la acomplexaba enormemente. Dietrich odiaba sus manos, fuertes y de dedos cortos, y se las hacía retocar en las fotografías siempre que podía.

Siendo aún una niña, y augurando su futura ambivalencia sexual, se llamaba a sí misma Paul; llegó a debutar como violinista vestida de hombre.

Se inició en el amor con su profesor de violín y con la periodista Gerda Huber, quien, además, la instruyó sobre Goethe y Karl Marx.

### **LAS GRANDES PASIONES DE MARLENE DIETRICH**

Las tres grandes pasiones de Dietrich eran: hacer el amor, ya fuera con hombres o con mujeres, cocinar para sus amantes nutritivos platos de su patria y tocar la sierra musical, habilidad que le enseñó Igo Sym, un músico bávaro.

Marlene empezó a destacar en los clubes nocturnos alemanes de los años veinte gracias a su sensualidad. Llamó la atención por vestir esmoquin de caballero en los clubes, lo que le daba un aspecto muy especial, y por sus bailes, sobre todo un sensual tango que bailó con

Carola Noher, la actriz de la producción original de *La ópera de tres centavos*, en el baile de gala de Eugen Robert, director del teatro Tribune.

Marlene estudió interpretación con Max Reinhardt y debutó en el cine en 1919. Compaginó durante toda la década el cine y el cabaret. En 1924 se casó con Rudolf Sieber. Durante su matrimonio, Marlene tuvo una hija, María, a la que de pequeña le decía que era suya y sólo suya (nunca quedó claro quién era su padre), y mantuvo un tórrido romance con el actor vienés Willi Forst. Sieber intentó contraatacar amenazando a Marlene con tener sus propias relaciones extramaritales, a lo que la propia Marlene animó. En Berlín coincidió con Greta Garbo, con la que, como ya se hemos contado tuvo un *affaire*.

En 1929 Sieber y Dietrich vivían ya separados y cada uno por su cuenta. Eran buenos amigos y viajaban juntos con sus amantes. No se divorciaron y el matrimonio duró hasta la muerte de él, ocurrida en 1976.

## LOLA-LOLA

Marlene triunfó con *El ángel azul* —la primera película importante del cine sonoro alemán— como Lola-Lola, la prostituta que esclaviza a un digno profesor. Von Sternberg, el director de la película, encontró a su Lola cuando vio a Marlene en una comedia musical, *Dos corbatas de lazo*: unas largas piernas, una pose cínica, unos ojos entrecerrados con descaro y voluptuosidad, una seductora voz ronca...

Sternberg aseguró que la magia ya estaba de modo letal en Marlene: "No le di nada que ella no tuviera. Lo único que hice fue potenciar sus atributos, hacerlos más visibles para que todos los notaran".

Marlene viajó a Hollywood antes incluso del estreno alemán del film, en enero de 1930. En Hollywood una maquilladora con talento, Dotty Ponedel, perfiló su imagen: le proporcionó sus altas cejas, largas pestañas, la línea blanca bajo su párpado inferior para abrirle los ojos y las sombras que perfeccionaban su nariz y sus mejillas. Cuentan que Marlene incluso se extrajo un par de muelas para resaltar sus pómulos.

Marlene y Von Sternberg coincidieron en los años treinta en seis ocasiones; además de en *El ángel azul*, trabajaron en *Marruecos* (1930), con Gary Cooper, por el que fue nominada al Oscar, *Fatalidad* (1931), *El expreso de Shanghai* (1932), *La Venus rubia* (1932), con Cary Grant, *Capricho imperial* (1934) y *El diablo es una mujer* (1935).

En 1932, Marlene empezó a lucir pantalones en público y desde ese momento Josef von Sternberg, su particular pigmalion, incluyó en cada una de sus películas al menos una escena en la que Marlene apareciera con pantalones, mostrando ese glamour ambiguo tan característico suyo.

John Gilbert, ex de Greta Garbo, cayó en sus garras en 1934. A partir de ese momento, Marlene coleccionó amantes de la meca del cine y sus amigas fueron conocidas con el apelativo de "las costureras de Marlene", alegres vividoras bisexuales que se divertían con el sexo y las conquistas.

## LA SEDUCCIÓN ES CONTROL

Marlene disfrutaba seduciendo a los directores, actores u hombres importantes de las películas en las que intervenía, era su forma de dominarlos mientras duraba el rodaje, ya fueran Josef von Sternberg, Gary Cooper, Maurice Chevalier (algunos de sus primeros amantes en Hollywood); Mercedes de Acosta, a la que persiguió después de que Garbo la abandonara; John Wayne o Yul Brynner. También sedujo a Douglas Fairbanks Jr., Erich Maria Remarque, el general Patton, Richard Burton, Burt Bacharach, Hemingway, Noël Coward, Orson Welles, Alberto Giacometti, Edith Piaf y la cantante Marti Stevens.

La hija de Marlene, María, odiaba a Mercedes y la llamaba “la Drácula española” y “encaprichada latina”. Mientras que para referirse a Greta, Dietrich usaba el despectivo término “esa otra mujer”, mientras que Mercedes, para no contradecir los deseos de Garbo de que no hablaran de Marlene, la llamaba “la niña escandinava”. A Dietrich se le atribuyeron liaisons con varias de las mujeres más eminentes del momento, entre ellas Claudette Colbert y Lili Damita, esposa de Errol Flynn. En 1936, el año de la muerte de John Gilbert, Marlene tuvo un romance con Douglas Fairbanks, que se acababa de divorciar de Joan Crawford.

Películas importantes de esa época fueron *Ángel* (1937), de Ernst Lubitsch, y el western *Arizona* (1939), de George Marshall.

En 1941 tuvo un explosivo *affaire* con Jean Gabin, que acabó convirtiéndose en su cuidadora. Pero a Marlene le gustaba jugar y conquistar, y al mismo tiempo que se veía con Jean se citaba con George Raft en los camerinos de la Warner. En una ocasión en la que almorzaba con George, telefoneó a Jean, coqueteando con él en francés y preguntándole, juguetona, cómo le había ido con su novia la noche anterior. Marlene iba traduciendo para que George se enterara de la conversación, y a Jean, que era muy celoso, no le gustó el hecho de exponer sus intimidades. Gabin la abandonó poco después.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Josef Goebbels, ministro de propaganda, quiso que Marlene volviera a Alemania para interpretar películas a favor del Tercer Reich, pero Marlene no quiso saber nada de los nazis y apoyó la causa aliada.

Siguió destacando en filmes como *Pánico en la escena* (1950), de Alfred Hitchcock; *Encubridora* (1952), de Fritz Lang; *Testigo de cargo* (1957), de Billy Wilder, y *Sed de mal* (1958), de Orson Welles.

## ÚLTIMOS AMANTES

A principios de los sesenta abandonó el cine —porque, debido a su edad, los papeles que le ofrecían eran más modestos y estaban peor pagados— para dedicarse al teatro en Broadway y en Las Vegas.

Según su hija, Marlene tuvo un pequeño romance con John F. Kennedy poco antes de su asesinato en 1963. El mundo de Marlene empezó a hundirse poco a poco: perdió la vida en un accidente aéreo una escritora de libros infantiles con la que había mantenido una larga relación



y el mismo año en que murió Kennedy falleció Edith Piaf. También murió, atropellado por un tren que intentaba coger mientras se alejaba de la estación, un actor polaco, Zbigniew Cybulski, con el que vivió un apasionado romance.

A los 73 años Marlene seguía disfrutando del amor, acompañada en sus giras por una joven canadiense llamada Ginette Vachon. Murió a los 91 años en París. Pasó sus últimos años postrada en cama porque sus piernas eran tan frágiles que no podían sostenerla.

Para el recuerdo queda su *sex appeal*. De ella decían que tenía sexo pero no tenía género. Jean Cocteau la definió así: “Marlene Dietrich... Tu nombre empieza como una caricia y acaba como un latigazo”.

## Mae West

“El buen sexo es como el bridge, si no tienes un buen compañero, es mejor que tengas una buena mano.” Ésta y otras frases rompedoras y picantes salieron del ingenio de Mae West (1893-1980), que caricaturizaba a la mujer fatal en sus películas, con sus andares exagerados de pantera, y que escribía sus propios guiones. Suficientemente conocida es su frase: “¿Llevas una pistola en el bolsillo o es que te alegras de verme?”.

Mujer volcada en el placer, es fácil encontrar entre sus frases, referencias al sexo. “Muchos hombres, muy poco tiempo” o “He escrito esta historia yo misma. Es sobre una chica que perdió su reputación pero nunca la echó de menos”. En una de sus primeras películas le preguntaron: “¿Has encontrado alguna vez un hombre que te haga feliz?”. “Sí –respondió ella- montones de veces.” Mae era una devoradora. Ya a los 14 años la llamaban “Baby Vamp”.

Fue educada para ser libre. Su madre, Matilda, le regaló su primer diamante y le enseñó que estaba bien disfrutar de los placeres de la vida, como los hombres, siempre y cuando pusiera por delante su carrera. Con su padre, un holgazán borracho y ex boxeador, se llevó peor. Por su influencia, despreció toda su vida a los fumadores y a los bebedores y, también, cayó siempre bajo la fascinación de los boxeadores y de los hombres de apariencia fuerte. En eso fue discreta, porque, aunque coleccionaba amantes, no los escogía entre los de su profesión –excepto George Raft y alguno más cuya identidad intentó siempre ocultar, sino entre boxeadores, culturistas u hombres de aspecto muy masculino. No asistía a las fiestas de Hollywood y sólo se la podía ver de vez en cuando en los combates de sus preferidos. Tuvo una larga relación con su chófer, un conocido boxeador, Chalky Wright. Ya lo decía ella con orgullo: “He estado en más rodillas que una servilleta”.

### NIÑA PRECOZ

Con siete años, su madre la llevó a un concurso infantil, en el que ganó la medalla de oro. Consecuencia de este éxito su padre le construyó un

pequeño escenario para que pudiera ensayar, pero por culpa de sus actuaciones, Mae perdió muchas clases y no terminó sus estudios.

No era particularmente buena cantando o bailando, pero el estilo desvergonzado y la excentricidad de esta morena de aires algo masculinos fueron bien recibidos en los espectáculos de vodevil.

De acuerdo con la forma de pensar de su madre, que hizo suya, Mae empezó a tener amantes a los 16 años, pero no se dejó atrapar nunca; jamás pasó una noche entera en la cama con un hombre. En 1911 se casó. Su intención era sólo acostarse con un bailarín, Frank Wallace, pero las otras chicas la convencieron de que necesitaba una licencia matrimonial para protegerse si se quedaba embarazada. Se arrepintió pronto de este matrimonio y se lo ocultó a su madre durante toda su vida.

A los 28 años, Mae se «convirtió» en rubia y en 1920 empezó a escribir obras de teatro con la ayuda de algunos amigos, aunque las firmó sola. Cabe destacar *Sex*, la historia del ascenso de una prostituta de un burdel de Montreal, y *The Drag*, una comedia homosexual. Por producir *Sex*, en 1926, pasó nueve días en prisión.

Llegó a Hollywood en 1932, después del éxito obtenido con *Diamond Lil* cuatro años antes y algunos escándalos por el contenido de sus obras, con 39 años y siendo casi una completa desconocida.

Su primera película como estrella, *Lady Lou* (1933), que adaptó de su obra *Diamond Lil*, batió récords de taquilla y salvó a la Paramount de la bancarrota.

## UNA CAZATALENTOS

Mae reclutó a Cary Grant por el pasillo. Le encontró por casualidad y preguntó por él a uno de los jefes de la compañía, Emanuel Cohen: «¿Quién es ése?». «¡Cary Grant. Está rodando *Madame Butterfly*». «Por mí como si rueda *Blancanieves* –respondió Mae-. Si sabe hablar me lo quedo».

La película fue nominada al Oscar al mejor film, pero ganó *Cabalgata*. Grant lanzó su carrera junto a Mae, con la que mantuvo una duradera amistad. Repitieron en la película más popular de Mae, *No soy ningún ángel* (1933).

Sin embargo, la moral de la época al fin pudo con ella y se le echó encima en su tercera película, *No es pecado* (1934). Se formaron piquetes que paseaban al lado de las vallas publicitarias con pancartas en las que se leía: “Sí lo es”. El resultado es que tuvieron que cambiar el título por el de *Belle of the Nineties*. y que el jefe de publicidad de la Paramount se encontró con cincuenta papagayos a los que habían enseñado a decir una y otra vez: “No es pecado”, “No es pecado” y que ahora no le servían para nada

En 1934 Mae era la mujer mejor pagada de Estados Unidos. Pero las ligas para la moralidad no se lo iban a poner fácil. El código Hays para el cine, que prohibía, entre otros, besos en la boca o que un hombre y una mujer estuvieran sentados sobre una cama sin que al menos uno de los dos tocara el suelo con un pie, le trajo muchos problemas. Algunas de sus películas fueron retiradas y no pudieron volver a verse hasta 1960. Sorteó

como pudo la censura, pero, poco a poco, debido a las dificultades, se vio obligada a retirarse de la gran pantalla. Siguió interpretando a Diamond Lil o a otros personajes parecidos en *night clubs*, en el teatro, donde no había tantas cortapisas, o en reuniones privadas. “Creo en la censura – manifestó al respecto–, al fin y al cabo he hecho una fortuna a costa de ella.”

En 1959 le hicieron una entrevista para la televisión que nunca se emitió, debido, entre otras cosas, a que contó que tenía un espejo sobre la cama porque le gustaba ver qué estaba haciendo, y que cuando contrató a los nuevos guardaespaldas, después de que la robaran, esperaba que no fueran sólo las pistolas lo que causaba semejantes bultos.

Sus réplicas eran brillantes y podían ser muy malvadas: “Su madre debió tirarlo y quedarse con la cigüeña”; “errar es humano, pero te hace sentir divina”; “los hombres son todos iguales, excepto el que una ha escogido, que es diferente”; “no tengas mucho tiempo a un hombre en suspenso, es seguro que encontrará la respuesta en otro lugar”; “normalmente evito las tentaciones, a no ser que no pueda resistirlas” o “el amor no es una emoción o un instinto, es un arte”.

Otro ejemplo: «Oh, miss West, he oído hablar mucho de usted». «Sí, cielo, pero no puedes probar nada», o «Daría la mitad de mi vida sólo por un beso.» «Entonces bésame dos veces.»

## EL CREPÚSCULO DE LA DIOSA

Su última película fue *Sextette* (1977), de la que escribió el guión. Tenía 84 años, olvidaba sus líneas y estaba sorda, por lo que tuvieron que ponerle un auricular para que pudieran apuntarle. Fue muy criticada por querer parecer a su edad una joven mujer sexy, pero aunque el film fue un fracaso, tenía mucho del estilo Mae, caracterizado, sobre todo, por la creencia de que las mujeres pueden tener fuertes libidos sea cual sea su edad y por llevar las riendas, de forma tan humorística como lenguaraz, de su sexualidad, de los hombres y de su vida.

Timothy Dalton explicó una jugosa anécdota sobre el rodaje. Tenía que entrar en la habitación nupcial con ella, que era su esposa, y decir: “Oh, querida, me siento como el primer hombre que pisó la luna”. Mae no podía recordar la respuesta: “Es un pequeño paso para el hombre y un gran salto hacia la habitación”. Repitieron y repitieron la toma, hasta que al final Mae respondió: “En un minuto te sentirás como si hubieras aterrizado en Venus”. Y entraron juntos.

Para mantenerse joven pasó toda su vida escondiéndose del sol, bañándose en agua embotellada, practicando sexo cada día (al menos hasta los 70 años, posteriormente no hay noticias sobre si bajó la frecuencia) y administrándose un enema también diariamente.

Joan Crawford contó, seguramente exagerando, que en los años setenta la vio y que tenía tanto maquillaje encima que parecía un actor de Kabuki, que llevaba una goma elástica en la cintura para que no se notara que no tenía curvas y que tapaba su joroba con una peluca postiza rubia... Además, Crawford añadió que la veterana actriz no le dirigió la palabra,

tendió una uña curvada y pintada de rojo hacia ella y se la quedó mirando de reojo con la mirada perdida de un pez.

En agosto de 1980, Mae sufrió una apoplejía. Sobrevivió hasta noviembre, pero tuvo una recaída y murió el 22 de ese mismo mes.

## Joan Crawford

Joan Crawford (1904-1977), llamada en realidad Lucille Fay LeSueur, fue una estrella por excelencia. Actuaba y se sentía como tal. Crawford fue famosa por sus innumerables conquistas y por sus cuatro matrimonios. Su hija adoptiva, Christina, hizo un retrato corrosivo de ella en un bestseller escandaloso, *Queridísima mamá* (1978), que después dio lugar a una película de Frank Perry interpretada por Faye Dunaway. En este libro sobre su madre, Christina contaba el afán de perfeccionismo de Crawford, que la llevó a presionar excesivamente a sus hijos adoptivos, y sus traumas personales por no poder tener hijos propios y por no lograr mantener una relación estable. Christina denunciaba el maltrato psicológico que había sufrido de la estrella.

En su testamento, Joan no dejó nada a Christina y Christopher, sus dos hijos mayores, de los que se distanció mucho, y a sus otros dos hijos adoptivos sólo les legó ciento cincuenta y cinco mil dólares para repartir.

A principios de los años veinte, cuando todavía era conocida como Lucille, solía acudir a divertirse a los bares de gays y de lesbianas de Harlem, como otras muchas mujeres, entre ellas la cantante melódica Libby Holman; la amante de esta última, la heredera de Du Pont, Louise Carpenter, y la actriz Bea Lillie, que había alquilado “el jardín de Alla” y aparecía a menudo junto a las “cuatro Amazonas de Algonquin”, o sea, Eva Le Gallienne, Tallulah Bankhead, Estelle Winwood y Blythe Daly.

Joan debutó en el cine en 1925. Lejos de conformarse con hacer el papel de chica atractiva, quiso forjarse una reputación como actriz. Su primer intento fue *Vírgenes modernas* (Harry Beaumont, 1928), donde encarnó la despreocupación de los tiempos del charlestón, que la Depresión truncaría. Su segundo paso para consolidar su carrera fue un papel destinado en principio a Norma Shearer en *Pagada* (Sam Wood, 1931). Después de estos films, y aupada por películas como *Gran hotel* (1932) y *Johnny Guitar* (1953), Joan Crawford se convirtió en la estrella por definición. Cambió dos veces de estudio: dejó la Metro en 1943 por la Warner y luego se pasó en 1951 a la RKO. Ganó un Oscar en 1945 por *Alma en suplicio*.

Da idea de la forma de pensar de la gran estrella su particular campaña patriótica después del crack del 29. En 1932, desde las páginas de *Photoplay*, Joan animaba a gastar y de paso justificaba el sueldo de los actores diciendo que el deber de una estrella era mantener el estilo de vida que el público asociaba con su posición. Se rodeó de lujos y declaró: “Yo, Joan Crawford, creo en el dólar. Todo lo que gano lo gasto”.

### LAS BODAS DE JOAN

Joan se casó por primera vez en 1924 con James Welton. Su relación sólo duró un año. Su segundo enlace fue con el actor Douglas Fairbanks Jr. (1929-1933).

Desde que se casó con Fairbanks, Crawford se hizo una maniática de la formalidad. Invitaba a Tallulah Bankhead a una cena “estrictamente informal” y cuando aparecía con unos pantalones anchos se encontraba a Joan vestida de gala y la mesa puesta con tarjetas señalando el lugar de cada invitado. Era la forma que tenía Crawford de luchar contra sus orígenes modestos.

Su siguiente *liaison* se produjo de forma rocambolesca. Franchot Tone empezó a contar historias ordinarias sobre Joan Crawford para divertir a Tallulah Bankhead en casa de ésta, entre ellas que Douglas Fairbanks Jr. había intentado recuperar negativos de viejas películas porno de Joan durante su luna de miel.

Billy Haines, casero de Tallulah Bankhead, le contestó que cuando la viera seguramente se enamoraría de ella. Así fue, Tone se convirtió en el tercer marido de Joan y estuvo casado con ella desde 1935 a 1939. Actuaron juntos en siete películas, entre ellas *Vivimos hoy* (1933) o *Así ama la mujer* (1934).

Tallulah y Crawford eran buenas amigas. Se gustaron toda la vida y, en una ocasión, la deslenguada Bankhead contó a Louis Mayer que se habían acostado juntas. No fue una gran pasión, pues Joan, casada con Douglas, estaba empezando su apasionada aventura con Clark Gable, otro de los grandes conquistadores de Hollywood. Gable y Crawford rodaron ocho películas juntos, entre las que cabe destacar *Amor en venta* (1931) y *Tierra de pasión* (1932).

Su cuarto marido fue el actor Phillip Terry, al que había conocido en 1937 cuando éste apareció en *Maniquí*, de Frank Borzage, interpretando un papel secundario. La boda fue en 1942 y el divorcio en 1946.

Su quinto y último esposo fue el multimillonario presidente de la Pepsi Cola Alfred Steele, con quien se casó en 1955 y del que enviudó en 1959. Durante un tiempo asumió la presidencia de la poderosa compañía.

La carrera de Crawford empezó a declinar debido a su alcoholismo – bebía vodka-, sus ocupaciones empresariales y su religiosidad (se había introducido en la iglesia de la Cienciología en los años setenta).

## ENEMIGA VITALICIA

Con Bette Davis, Crawford tuvo una profunda enemistad desde que se dijeron lindezas de todo tipo. Si Joan afirmaba de Bette: “Quítale los ojos saltones, el cigarrillo y sus agudezas, ¿qué te queda? Es una farsante, pero me imagino que al público le gusta eso”, Davis iba más allá en sus críticas y afirmaba sobre Joan con desprecio: “Se ha acostado con todas las estrellas masculinas de la Metro, a excepción de Lassie”.

Aunque sólo coincidieron en un film, *¿Qué fue de Baby Jane?* (1962), última película importante de Joan Crawford, lucharon toda su vida por los mismos papeles. Crawford, que en el fondo admiraba a Davis, intentó ganarse su amistad enviándole regalos, pero no lo consiguió. La manía que Davis tenía a Crawford rayaba la locura. En 1985, Bette donó

cincuenta y nueve álbumes de recortes a la biblioteca de la Universidad de Boston. Todas las fotos que había de Crawford tenían los dientes pintados de negro. Seguramente el odio era recíproco... Si Joan declaraba: "Me encanta interpretar perras. Hay mucho de perra en toda mujer, y mucho en cada hombre", Bette la destrozaba con sus declaraciones: "¿Por qué soy tan buena interpretando a perras? Creo que es porque no soy una perra. Quizá por eso miss Crawford siempre interpreta a damas".

En su última película, *Trog* (1970), Joan era una caricatura de sí misma. Murió en 1977 de cáncer de páncreas.

## Vivien Leigh

Vivien Leigh (1913-1967) fue la inolvidable intérprete de mujeres como lady Hamilton, en la película del mismo nombre rodada en 1941, Cleopatra (*César y Cleopatra*, 1945) y, por supuesto, la Scarlet O'Hara de *Lo que el viento se llevó* (1939).

En 1932, Vivien se casó con el abogado Herbert Leigh Holman, del que tomó su apellido y con el que tuvo a su única hija, Suzanne. Destacada actriz de teatro, conoció en el teatro Old Vic al shakesperiano Laurence Olivier, con el que intervino en varias producciones. Se enamoraron. El amor entre Laurence Olivier y Vivien Leigh se fue haciendo cada vez más popular, pero tuvieron que sortear numerosas dificultades, ya que cuando se conocieron, el primer marido de Vivien no parecía muy dispuesto a concederle el divorcio debido a sus ideas conservadoras (no aceptaba esta solución como forma de resolver su crisis matrimonial y apenas le importaban los intereses artísticos de Vivien). Laurence, por su parte, estaba casado con la también actriz Jill Esmond, que se encontraba a punto de dar a luz un niño y con la que no tenía nada en común, pues casi al principio del matrimonio le hizo saber que no le interesaba y se dedicó a sus aventuras lésbicas.

Laurence y Vivien definitivamente se casaron en 1940. Cuando se celebró la boda ya habían dejado atrás sus mejores tiempos como pareja.

Su unión sentimental con el actor duró hasta 1960, si bien, en la primavera de 1949, Vivien le confesó a Olivier que ya no le quería. Laurence también se cansó de ella y le molestaba profundamente tanto la dependencia emocional de Vivien, una mujer muy insegura, como su insomnio.

Además, Vivien era sexualmente activa, mientras Laurence era más bien todo lo contrario. Él mismo ponía una pintoresca excusa a sus fracasos: "En los primeros años de Vivien como actriz de teatro, le faltaba la pasión, el brillo, el calor necesarios para hacer que la chispa prendiera en el escenario. Por eso, en los momentos en que se sentía tristemente decepcionada ante los resultados de mis esfuerzos amorosos en la intimidad, era difícil hacerle comprender que todo esto ya lo había puesto en mi actuación, y que uno no puede ser un atleta en dos campos distintos al mismo tiempo".

Vivien tuvo varias aventuras extraconyugales y se enamoró de Peter Finch, un atractivo actor australiano al que Vivien, en sus delirios, a veces

confundía con Olivier. Por su parte, a Laurence se le atribuye una relación de diez años, aunque con intermitencias, con el cómico Danny Kaye.

Vivien Leigh falleció el 7 de julio de 1967 en Londres a causa de una tuberculosis que se le había manifestado por primera vez en 1950, pero que había ocultado a todo el mundo. Tenía sólo 53 años.

## Ava Gardner

Quizá las palabras de Frank Sinatra (1915-1998) sean las que mejor definan sus sentimientos hacia Ava Gardner (1922-1990), su segunda esposa: "Era simplemente mi vida". En cuanto a Ava Gardner, que sentía la misma atracción fatal por él, hay una célebre anécdota. En el rodaje de *Mogambo* (1953) le preguntaron cómo una mujer como ella se podía casar con un hombre que pesaba 50 kilos y ella respondió: "En Frank hay 7 kilos de hombre y 43 de pene". Durante toda su vida, Ava recibió el día de su cumpleaños un bouquet de flores de parte de Sinatra, que dejaba marchitar en su dormitorio hasta que llegaba el siguiente.

Ava, que tenía fama de devoradora de hombres, llegó virgen a su primer matrimonio con Mickey Rooney en 1942 debido a la rígida educación materna. Fue una relación desastrosa porque ella necesitaba un amigo y compañía y él se iba de juerga cada noche. Con su siguiente marido, Artie Shaw, duró también sólo un año. A pesar de estos fracasos, mantuvo la amistad con ellos durante el resto de su vida. Después vino Frank y, entre medias, una larga lista de amantes, como Robert Mitchum y su protector, Howard Hughes.

Sinatra se prendó de Ava en cuanto la vio en una revista en 1948. Se encontraron por primera vez cuando Ava aún estaba casada con Mickey Rooney; el galanteador Sinatra no perdió el tiempo y le susurró al oído que era una lástima que estuviera casada. Él también lo estaba, con Nancy Barbato, pero entre los dos sólo había el yugo matrimonial y tres hijos. Sinatra disfrutaba siempre que podía de aventuras con otras mujeres. Cuando se volvieron a encontrar, en 1949, Frank no atravesaba por un buen momento en su carrera artística: tenía problemas de voz y estaba deprimido. Tardaron algún tiempo en acostarse, pero el resultado, en palabras de Ava, fue inolvidable: "¡Oh, Dios, fue mágico! Nos convertimos en amantes para siempre, eternamente". Y es que sus diferencias, como Ava contó, no eran sexuales: "En la cama siempre era fantástico; los problemas eran siempre fuera de la cama".

La carrera de Ava estaba en pleno ascenso. Alcanzó la fama con *Forajidos*, junto a Burt Lancaster, y ya había rodado *Venus era mujer*. Dentro de su irregular carrera hubo películas en las que su talento como actriz destacó, como *La noche de la iguana* (1964), donde interpretaba a la propietaria de un bar hambrienta de sexo y alcohol, pero lo cierto es que tanto directores como espectadores preferían fijarse en su belleza.

## LOCOS DE CELOS

Juntos no podían estar porque se parecían demasiado: los dos eran explosivos, les gustaba el alcohol y eran terriblemente celosos: Ava se volvía loca si él miraba a otra mujer y Frank tenía celos retrospectivos de los maridos y amantes de ella. No supieron encontrar la paz y las peleas fueron constantes, pero separados tampoco podían vivir. Ava fue la que mejor describió el fuerte lazo que había entre los dos en sus memorias, *Ava Gardner. Con su propia voz*: "Podíamos estar en diferentes ciudades, en distintos países, pero nunca estábamos separados. Y, de vez en cuando, Frank me llamaría a Madrid, Londres, Roma, Nueva York, donde quiera que estuviese, y diría: "Ava, intentémoslo de nuevo". Y yo diría: "¡Vale!", y lo dejaría todo, a veces incluso un papel en una película. Y sería maravilloso, pero no duraba más de veinticuatro horas. Y me iría otra vez corriendo, corriendo de verdad. Nunca lográbamos entender del todo por qué no había funcionado y por qué nunca podía funcionar". Aparte del alcohol, tenían en común su pasión por las fiestas, el boxeo y la comida italiana.

Antes de casarse, Sinatra intentó suicidarse al menos en dos ocasiones después de dos fuertes peleas con Ava en las que ella le había dejado. Así lo contó, poco antes de morir, uno de sus mejores amigos, Manie Sachs: "Una noche llegué a casa y me lo encontré medio inconsciente en el suelo de la cocina: el gas estaba abierto. Conseguí reanimarle y me pidió perdón, me juró que nunca más volvería a intentarlo. También me rogó que no se lo dijese a Ava".

## UNA INDOMABLE

Ava era una mujer independiente, libre, de fuerte carácter, que lió su primer cigarrillo a los ocho años y no dejó el vicio durante toda su vida: "Era muy difícil dominar a Ava debido a su esencial fuerza de carácter, a su honradez y a esa belleza casi irreal", recordaba Gregory Peck. Ella fue mucho más equilibrada que Sinatra y, aunque le gustaba el mundo del cine, se lo tomaba más como una forma de vivir (bien) que otra cosa: "Soy estrella de Hollywood y, a pesar de ello, nunca me he cortado las venas, ni he tomado pastillas para dormir, y eso hoy día es todo una hazaña".

En 1950, Ava vivió en Tossa de Mar (Gerona) un romance con el torero Mario Cabré, con quien rodó *Pandora y el holandés errante*. Para él fue un gran amor que le inspiró poemas y libros, pero para ella fue sólo una aventura, sobre todo cuando Sinatra, celosísimo, fue a recogerla con una promesa de matrimonio. Hubo quien le sugirió a Frank que en vez de un anillo de bodas le regalase a Ava unos guantes de boxeo. Mario no la olvidó nunca; en su recuerdo escribió el apasionado libro de poemas *Danza mortal*.

El idilio de Ava con España terminó cuando quisieron hacerle pagar un millón de dólares en impuestos. Ava abandonó el país después de una entrevista con el ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, al que llamó «señor Bragas» durante toda la reunión.



Ava y Frank Sinatra se casaron en 1951, después de que Nancy, a regañadientes y a precio de oro, accediera a concederle el divorcio a Sinatra. Pasaron la luna de miel en La Habana, entonces feudo de Fulgencio Batista y de los norteamericanos ricos fascinados por su combinación de burdel y casino.

Profesionalmente, las cosas empezaron a irle mejor a Sinatra gracias a la película *De aquí a la eternidad*, estrenada el 5 de agosto de 1953 (Ava presionó todo lo que pudo para que consiguiera ese papel). Debido al éxito del film, Frank volvió a grabar discos de éxito.

Anunciaron su separación el 27 de octubre de 1953 después de muchas peleas, dos abortos voluntarios de Ava y el rodaje de *Mogambo* (1953) en África, película por la que fue candidata al Oscar y que disparó los celos de Sinatra, ya que Ava mantuvo un romance con su ídolo Clark Gable, al que admiraba desde niña. Un mes después de confirmar su ruptura Frank se cortó las venas. Fue salvado in extremis por su anfitrión, que le encontró desangrándose en la cocina.

Según comentaba todo Hollywood, nunca dejaron de quererse. La fuerte atracción que había entre los dos nunca se rompió. En 1959, durante el rodaje de *La hora final*, Sinatra voló a Australia para pasar un par de días, con sus noches, junto a su ex esposa.

Frank se consoló, parcialmente, de su separación con Ava gracias a Marilyn Monroe. "Si Marilyn no hubiera muerto, Frank se habría casado con ella", declaró un amigo del cantante. "Sinatra sentía una mezcla de atracción y compasión por ella. El matrimonio hubiera sido una forma de salvarla de su peor enemigo: ella misma".

Después de Frank, Ava mantuvo romances sonados con Luis Miguel Dominguín, Walter Chiari y George C. Scott, pero nunca se volvió a casar. Frank sí, con una jovencísima Mia Farrow, que le acusó de crueldad mental, y, en 1976, con Barbara, ex mujer de Zeppo Marx, quien, a pesar de que nadie pensaba que estaba a su altura, le dio estabilidad.

Después de vivir en varias partes del mundo (Madrid, Londres, París, Italia...), Ava se estableció definitivamente en Londres en 1968.

A mediados de los ochenta sufrió una apoplejía de la que no se recuperó totalmente. Murió en enero de 1990 de neumonía. Sinatra no acudió a su entierro para no convertirlo en un circo, pero se ocupó de las flores del funeral...

### **Bailando bajo el signo de la muerte de Mario Cabré**

Resbalando majestuosa y levísima  
por una superficie de arpas sin triángulos  
que sus plantas tendían absorbiendo el sonido.  
Sus plantas -domadoras de vértigos-  
sobre el dulce abismo de la fantasía.  
Despreocupándose de guardar equilibrios  
-desmenuzados en porciones simétricas-  
que no estuvieran dentro  
de su área sentimental.

Nunca tuvo sus pasos amarrados  
al tronco de la escarcha.  
Un ardiente derroche de embriaguez medida  
renovaba la incesante desaparición  
de vibrátiles arquitecturas.  
La igualdad justa y emotiva de su ser  
-lanzado y recogido  
recogido y lanzado-  
moraba en la rica ordenación imaginaria.  
¡Qué ramo de poses distintas!  
¡Cuánta riqueza en rápida transformación!  
¡Qué sortilegio  
al quedar convertida su anímica estructura  
en palacios nubosos  
-tan llenos de figuras corpóreas-  
que ya no se movían!  
El lago ensimismado de las tablas  
realzaba su cuerpo  
-de alabastro hecho carne-  
en el frágil flotar de sus evoluciones.  
Discípula del aire.  
Maestra de las hojas, las aves y las aguas  
en la academia -sin barra- de las estaciones.  
Torrente de cumbres  
en busca de llanos,  
para ir y venir a su antojo  
con la tímida ofrenda -variación en jazmín-  
de aquellas concepciones que anidan en la ráfaga.  
Por primera vez  
el conjunto desvaneciente de la danza  
adquiría eternidades escultóricas.  
No podía perderse  
aquella afinidad de los sentidos.  
Eran los efluvios que dejaba su aura  
con la finura triste  
de un violín nostálgico y desierto.  
Envuelta en un sueño de pálidos tules.  
Danzando sobre alfombras de ríos y sauces  
bailes etéreos, perfumados de estrellas,  
atraía compases, de fuerza irresistible  
para hipnotizar  
la curva latente de su cuerpo.  
De sus brazos surgían plenitudes de auroras;  
primaveras y rosas; pajarillos y espumas,  
y soberbios racimos de pasiones en mímica.  
Y ella lo deshojaba todo,  
con la exquisita gracia  
de un movimiento.  
¡Qué cansancio de antiguas campanas,  
llenó la redondez

lirio, onda o beso  
de su garganta en tímidas esperas!  
El matiz agónico de la lejanía  
hizo un nido de acordes profundos  
para mecer la caracola de sus oídos,  
¡Presagio del acercamiento emboscado...!  
Pero su voz -sonido entre sombras acariciantes-  
anhelaba conocer la transparencia  
de la vibración más sensible.  
La fortaleza de las rocas y los aluviones,  
la vigilia constante de los ecos.

## Lana Turner

“Lo único malo de los hombres es que no los tengo siempre cerca de mí”, dijo Lana Turner (1921-1995), de la que contaban que había instalado en su camerino una cama de matrimonio y había distribuido espejos por todas partes para aprovechar el tiempo muerto de los rodajes.

Lana Turner iba de romance en romance y de marido en marido. Entre sus amantes estuvieron Frank Sinatra, Howard Hughes, Errol Flynn, Clark Gable, Tyrone Power, Fernando Lamas y Johnny Stompanato, a quien conoció en 1957, cuando Lana fue candidata a ganar el Oscar, y al que mató su hija Cheryl Crane, de 14 años, en 1958. Sus maridos fueron Artie Shaw (1940), con el que se casó cuando ya era una estrella, aunque siguiese siendo una jovencita inocente de 19 años; el actor Stephen Crane (1943-1944); el millonario Bob Topping (1948-1952); Lex Barker (1953-1957), el popular Tarzán; Fred May (1960-1962); Robert Eaton (1965-1969) y Ronald Dante (1969-1972).

En el juicio a Cheryl por el asesinato de Johnny Stompanato salieron a la luz las cartas entre Johnny y Lana. Eran cartas de un fuerte contenido sexual en las que quedaba claro que a Lana le gustaban las relaciones sadomasoquistas. Excediéndose en lo que para ella no era más que un juego sexual, algunos de sus maridos la maltrataron: uno la abofeteó en público, otro la tiró por unas escaleras y otro más la roció de champán en Ciro's.

Las relaciones insanas de Lana con los hombres venían desde su matrimonio con Artie Shaw, quien le dejó claro desde un principio que no la consideraba su igual intelectualmente hablando. Le exigió que vistiera ropas más discretas, que no se maquillara y que estuviera cerca de él para servirle cuando la necesitara. Artie, además, estaba permanentemente celoso y desconfiaba de Lana cuando iba a rodar. El matrimonio no duró siquiera un año.

La carrera de Lana Turner, que empezó como Pin-Up<sup>9</sup> y era conocida como La chica del suéter, no podía ir mejor. Trabajó en *El extraño caso del doctor Jekyll* (1941), de Victor Fleming, *Quiero a este hombre* (1941), con Clark Gable, *Senda prohibida* (1941) y, sobre todo, *El cartero siempre*

---

<sup>9</sup> Chica escultural y sutilmente provocativa que aparecía en los carteles de los años cuarenta y cincuenta.

*llama dos veces* (1946), papel que la elevó al estatus de superestrella, que confirmó en *Cautivos del mal* (1952), junto a Kirk Douglas.

A partir de ese año, rompió su contrato con la MGM. Vinieron después *Vidas borrascosas* (1957), de Mark Robson, y por cuyo papel obtuvo una candidatura al Oscar, aunque la estatuilla se la llevó finalmente Joanne Woodward por *Las tres caras de Eva*, y, tras superar el juicio por la muerte de Stompanato, *Imitación a la vida* (1959), de Douglas Sirk.

## **AMO Y SUMISA**

La relación entre Lana Turner y Johnny Valentine, más conocido como Johnny Stompanato, antiguo guardaespaldas del gángster Mickey Cohen, empezó cuando él consiguió su número de teléfono y la llamó. Hacía poco que Lana se había separado del «ex Tarzán» Lex Barker. Las malas lenguas contaron que Stompanato consiguió una cita a ciegas con ella recurriendo a amigos comunes y a su amigo Oscar (en alusión a los 30 centímetros de la estatuilla). Lana contó en sus memorias que quedó con él después de que la persiguiera románticamente con ramos y ramos de flores y la llamara cada día. Lana, por aquel entonces, y tras una fulgurante carrera, estaba entre las diez mujeres mejor pagadas de Estados Unidos. Su romance con Stompanato duró quince meses.

Lana, cuando tuvo que irse a Londres por motivos de trabajo, le escribió que añoraba los “dulces tormentos” con los que la castigaba Johnny. Le envió un billete de avión y lo instaló en una hermosa casa situada en la “calle de los millonarios”. Johnny se sentía seguro y la seguía de cerca. Según declaró Lana, la amenazó con mutilarla: “Te haré tanto daño que te convertirás en un ser repulsivo y tendrás que esconderte para siempre”. Llegó a apuntar con una pistola a Sean Connery en el plató para que se mantuviera lejos de ella.

Cuando se separaban, Lana le mandaba ansiosas cartas de amor reclamando sus caricias “tan salvajes que me hacen daño... es todo tan terrible, pero al mismo tiempo tan bello... Soy tuya y te necesito, MI HOMBRE”. En los hoteles donde se veían, los huéspedes se quejaban de su ruidosa forma de hacer el amor.

## **THE HAPPENING**

Una noche de junio de 1958 Lana y Johnny discutieron amargamente, ella se había negado a seguir pagando sus deudas de juego y planeaba dejarle. Según declararon después en el juicio madre e hija, él la insultó y la pegó. Cheryl oyó como gritaba: “Voy a rajarte y después haré otro tanto con tu madre y tu hija... esto es lo que voy a hacer ahora mismo”. Cheryl corrió a la cocina, cogió un cuchillo y acudió a ayudar a su madre. Le clavó el cuchillo a Johnny en el estómago. En el tribunal, Lana interpretó su papel muy bien, estuvo a punto de desmayarse durante su declaración: “Traté de insuflar aire entre sus labios entreabiertos... mi boca contra la suya. Estaba muriéndose”.

Cheryl fue declarada inocente por homicidio justificado. Lana supo reconducir su carrera y cosechó todavía muchos éxitos. En su primera película después de *The Happening* (como llamaban Cheryl y ella a la muerte de Stompanato), *Retrato en negro*, el público aplaudía y gritaba: “Estamos contigo, Lana”.

Lana murió en 1995 víctima de un cáncer de garganta después de haber rehecho su vida y haberse casado tres veces más.

## Grace Kelly

A pesar de su imagen de rubia gélida, Grace Kelly (1929-1982) fue en sus tiempos de Hollywood una chica mala y ardiente, lo que le jugó más de una mala pasada, incluso cuando ya estaba casada con Rainiero de Mónaco.

Grace Kelly y David Niven, veinte años mayor que ella, mantuvieron un romance poco conocido. Acabaron como amigos y Niven fue invitado a muchas celebraciones en Mónaco. En los famosos Bailes de la Rosa le situaban en la mesa presidencial. Rainiero, concededor de la fama de conquistador de Niven, le hizo una pregunta curiosa:

-¿Cuál de todas sus conquistas hollywoodienses le dejó mejor sabor de boca?

-Grace –fue la sincera respuesta.

El príncipe palideció y Niven intentó arreglarlo lo mejor que pudo:

-Hummmmmmm, Gracie... Gracie Fields.

No volvieron a invitarle a ninguna fiesta.

En sus memorias, Zsa Zsa Gabor se despachó a gusto con Grace, a quien conoció en Hollywood: “Incluso entonces me percaté de que Grace tenía más novios en un mes de los que yo había tenido en toda mi vida. Aunque había subido al estrellato como una casta reina de hielo, Grace se iba a la cama con cualquiera que le gustara en el momento. Conrad Hilton me contó una vez que Grace había vivido con uno de sus catadores de vino en una pequeña habitación del Waldorf Astoria, y también me dijo que se había hecho arreglar la nariz”.

Uno de sus amantes, Gary Cooper, la recordaba así: “Era muy guapa. A los hombres podía parecerles fría como un pez, pero esa equivocada impresión se mantenía sólo hasta que se desnudaba”.

### INDISCRECIÓN MATERNA

De los amoríos de Grace hay constancia por su indiscreta y despistada madre, Margaret, que a los pocos días de anunciarse el compromiso matrimonial de su hija con Rainiero dio la lista a la prensa: Harper Davis, Don Richardson, Gene Lyons, Gary Cooper, Clark Gable, Bing Crosby, William Holden, Ray Milland, el modisto Oleg Cassini y Jean-Pierre Aumont, viudo de María Montez y diecinueve años mayor que ella, un antiguo amor con el que Grace estaba viviendo una segunda «luna de miel» poco antes de conocer a Rainiero.

En realidad, como Marilyn y como otras muchas actrices inseguras de sí mismas, lo que buscaba Grace era comprensión, cariño y amor. Era hija de una familia acomodada –su padre era un hombre importante en el sector de la construcción- que se codeaba con la flor y nata de la sociedad. Grace recibió una educación estricta y conservadora. Cuando terminó sus estudios, Grace se matriculó en la American Academy of Dramatic Arts y realizó varios trabajos como modelo publicitaria. Fue en Nueva York donde perdió la virginidad, con 18 años, como cuenta Luis Gasca en su libro *Grace Kelly, el cisne herido*.

Seguidamente, Grace se enamoró de uno de sus profesores de arte dramático, Don Richardson, y mantuvo con él una relación muy apasionada durante 1948. Los padres de Grace evitaron su boda con el profesor oponiéndose férreamente. Las malas lenguas cuentan que Grace le fue repetidamente infiel. Primero con el gerente del hotel Waldorf Astoria y luego con el príncipe Ali Kan. Todo se supo porque el príncipe tenía la costumbre de obsequiar a las mujeres con las que no se había acostado «sólo» con una pitillera de oro. A Grace le regaló un brazalete de oro macizo adornado con esmeraldas y varios vestidos de alta costura. Don rompió con ella.

En 1951 se enamoró del actor Gene Lyons y estuvo a punto de casarse con él, pero le dejó cuando le propusieron rodar *Solo ante el peligro* (1952), con Gary Cooper, que se convirtió en su nueva conquista. Fue la película que la lanzó a la fama. Más tarde se convirtió en la musa de Alfred Hitchcock.

## EL CUENTO DE HADAS

Después de ganar el Oscar a la mejor actriz en 1955 por *La angustia de vivir*, durante el rodaje de la cual mantuvo un tórrido romance con William Holden, la invitaron a participar en el Festival de Cine de Cannes; allí, el príncipe de Mónaco quiso conocerla. Le enseñó el palacio y quedó muy impresionado por su belleza y su elegancia. Poco a poco fueron conociéndose. Rainiero, incluso, llegó a viajar a Hollywood y a Filadelfia, donde visitó a la familia de Grace. Le regaló a Grace un espectacular anillo de compromiso de diamantes, que ella llevó en su última película en Hollywood, *Alta sociedad* (1956).

Se casaron en abril de 1956. (En la boda, la madre de Rainiero, Carlota, acudió acompañada de René Girier, un conocido ladrón de joyas. Durante la semana de celebración, desaparecieron las de varios invitados, entre ellas las de la madre de Grace. Todos sospecharon del acompañante de Carlota, pero no se pudo comprobar.) Rainiero diseñó su uniforme para el enlace, que iba adornado con plumas de avestruz. La nota triste del enlace fue que las familias reales europeas se negaron a asistir. En especial, la reina de Inglaterra, que jamás aceptó a Grace (años después, cuando los príncipes monegascos acudieron a la boda de Carlos y Diana, los alojó en un hotel).

Desde que se convirtió en la esposa de Rainiero, Grace se concentró en su papel de digna y encumbrada princesa y en el objetivo común con su marido de relanzar el principado, tanto en lo económico como en lo

turístico. De común acuerdo con su marido renunció al cine, dejando como legado películas como *La ventana indiscreta* (1954), *Crimen perfecto* (1954), con Ray Milland, *Atrapa a un ladrón* (1955) y *Alta sociedad* (1956). Años más tarde, Hitchcock la llamó para protagonizar *Marnie, la ladrona*, pero aunque Grace se mostró ilusionada, Rainiero no lo creyó conveniente y finalmente la película fue protagonizada por Tippi Hedren.

Rainiero era uno de los soberanos mejor pagados del mundo: cobraba anualmente 5.280.000 dólares (más dinero que la reina de Inglaterra) y como renta de sus propiedades privadas recibía seiscientos mil dólares por año. La fortuna personal de Rainiero ascendía a ochocientos millones de dólares; los gastos de 10.456.000 dólares anuales de mantenimiento del palacio corrían por cuenta del Estado.

El matrimonio, a pesar de la imagen de estabilidad y felicidad que transmitía al mundo, estuvo en peligro más de una vez. Grace se quejaba de que Rainiero no la amaba, no la escuchaba y no tenían contacto físico. Según una biografía publicada en 1995 por Robert Lacey, Grace se consolaba haciéndose admirar por hombres más jóvenes que ella, como el director de cine Robert Dornhelm, con quien se llevaba treinta años, o un ejecutivo de 29 años, Jeffrey Martin Fitzgerald, al que conoció en el Concorde y con el que se encontraba en sus visitas a Nueva York. Se ha especulado mucho sobre si estos encuentros eran tan inocentes como los más devotos biógrafos de la princesa han hecho creer.

El 14 de septiembre de 1982 Grace y su hija Estefanía sufrieron un grave accidente de coche. Grace murió a consecuencia de las heridas. Tenía 52 años.

### **Los herederos de mamá**

Carolina (1957), Alberto (1958) y Estefanía (1965) han seguido diferentes trayectorias. Si Alberto ha sido más discreto, a pesar de que en 2002 los rumores sobre su homosexualidad se vieron en gran parte confirmados cuando acudió a unos juegos de invierno para gays, Carolina y Estefanía han ido de escándalo en escándalo. La mayor de los Grimaldi se casó con un playboy, Philippe Junot, diecisiete años mayor que ella. Carolina pareció redimirse tras su boda con Stefano Casiraghi, pero éste se mató en un accidente de catamarán. Luego se supo que había sido infiel a Carolina desde el primer momento y que tenía grandes deudas. Carolina volvió a encontrar la paz con Ernesto de Hannover, con quien contrajo matrimonio en 1999.

Estefanía conquistó a los hijos de Belmondo y Delón y llegó a emparejarse con Mario Oliver, un hombre muy poco recomendable que estaba acusado por violación. La rebelde hija de Rainiero se enamoró de Daniel Ducruet, que abandonó a su familia por ella. Se casaron en 1995. El matrimonio duró poco porque en agosto de 1996 Ducruet apareció en una revista haciendo el amor con una ex miss Bélgica, Fili Houteman. Estefanía fue madre en julio de 1998 de una niña, posiblemente de otro de sus guardaespaldas, Jean Raimond.

## Mineko Iwasaki

Mineko Iwasaki (1949) es la geisha que Arthur Golden entrevistó para escribir su célebre *Memorias de una geisha*, que se convirtió en un bestseller y se publicó en treinta países. En el momento en que se realizaron las entrevistas, Mineko ya no ejercía y estaba casada y tenía una hija.

Fue en 1992 cuando Golden publicó la novelización de la vida de Mineko. Diez años más tarde, ella escribió su respuesta, *Vida de una geisha*, y demandó a Arthur Golden por incumplir las condiciones de su acuerdo y desvelar su identidad. Mineko quería permanecer en el anonimato para dejar al margen a su familia, ya que la comunidad de las geishas ha estado protegida durante más de trescientos años por un código de silencio.

Las geishas no son prostitutas sino artistas que entretienen a los hombres con su talento. Son seductoras cortesananas que, si hemos de creer lo que cuentan las pocas que se han atrevido a hablar, no venden sus favores sexuales. En las *okiyas*, las posadas donde viven, las enseñan a tocar el shamisen, la flauta, a cantar, a conversar, poesía, arreglos florales, caligrafía y, sobre todo, la ceremonia del té, que en Japón es muy importante. También divierten a los clientes con juegos de ingenio o relacionados con la bebida y contando historias. Su público son hombres de las altas esferas.

Algo de secretismo sigue rodeando la profesión, pues Arthur Golden narró que durante el *mizuage*, la ceremonia de iniciación de las geishas — que sucede alrededor de los 14 años—, los clientes importantes pujaban en subasta por su virginidad, confesión que supuestamente le hizo Mineko. Sin embargo, ésta quiso dejar bien claro en su libro que Golden había mentido sobre este punto.

### ÉXITO TEMPRANO

Mineko Iwasaki fue una importante geisha del distrito de Gion Kobu, en Kioto. Era joven y había conseguido el éxito y nadie podía imaginar que fuera a retirarse. Con 29 años estaba considerada la mejor geisha del distrito y regentaba la casa de geishas Iwasaki. Mineko encontraba asfixiante el código arcaico por el que se regían, además, por su constitución delicada tenía problemas para desempeñar su profesión, ya que pesaba 45 kilos y sólo el quimono y los adornos para el cabello suelen alcanzar los 20 kilos.

Para formar una familia, Mineko hubo de retirarse y embalar los preciosos quimonos, de un valor incalculable, propiedad de la casa, y los adornos.

En Gion Kobu no se referían a ellas mismas como geishas, que significa artistas, sino como *geiko* o “mujer del arte”. *Maiko* es “mujer de danza” y es la aprendiz de *geiko*. Empezó a instruirse en las artes de la danza y el ceremonial con cinco años. A los diez, fue legalmente adoptada



por la familia de geishas Iwasaki y tomó su apellido. Se convirtió en la *atotori*, la heredera de la casa y sucesora. A la edad de 15 años era aprendiz de geisha y a los 21 se ganó ser una *geiko*.

El resto de *geikos* vive en la *okiya* un período estipulado, entre cinco y siete años, para resarcir económicamente a la *okiya* de todo lo que ha invertido en ella. Después se independizan y se instalan por su cuenta, aunque continúan manteniendo una relación comercial con la *okiya* que las apadrinó, que las avisa cuando la necesitan para que hagan de anfitrionas de las fiestas privadas que celebran sus clientes. La *okiya* es el lugar donde viven las geishas y a ella no pueden acceder los hombres. Las fiestas se celebran en la *ochaya*.

El deber de una *geiko* es agradar al anfitrión y aprender a disimular sus emociones y lo que le agrada o disgusta bajo una máscara de amabilidad. Los honorarios se calculan por unidades de tiempo, normalmente de quince minutos cada una, que se conocen como *hanadai* (dinero de flor). Además de pagar lo que cuesta estar con una *geiko*, los hombres dejan una propina en metálico que es para la geisha. Los honorarios son altos: por una actuación de un cuarto de hora, Mineko llegaba a recibir cerca de mil quinientos dólares.

"Danna" es el nombre que recibía el hombre elegido, especie de protector, que corría con gran parte de los gastos de la geisha a cambio de disfrutar de su intimidad. Las geishas sólo tenían un «danna» a la vez y su relación solía durar bastante tiempo. Además, debían aprender diversas artes, como el *hsie-Tsun*, masaje que relaja los músculos y elimina las tensiones, y que es uno de sus conocimientos más apreciados, o a maquillarse. El maquillaje de las geishas es conocido con el nombre de Tez blanca, pues con este color la cara destaca más (en la cultura japonesa la blancura de la piel es un importante signo de belleza). Sobre esta tez pálida destacan los pequeños labios rojos y las mejillas, de un rosa melocotón, al igual que el contorno de los ojos. Las cejas se repasan con rojo y se acaban con negro. Antiguamente, el maquillaje blanco, que se aplica dejando sin pintar tres franjas verticales en la parte posterior del cuello para acentuar su longitud y su fragilidad, ya que la nuca es para los japoneses un punto muy erótico, contenía cinc, que era muy dañino para la piel, pero los actuales son mejores. Las geishas llevan tres líneas en el cuello cuando llevan el kimono formal y dos si van vestidas con ropa corriente.

## Zsa Zsa Gabor

Zsa Zsa Gabor (1917 o 1919), cuyo verdadero nombre es Sari, es una exótica húngara que destacó en películas como *Moulin Rouge* (1952), *Tres amores* (1953) y *Sed de mal* (1958), pero que adquirió la fama, sobre todo, por su condición de sex symbol y sus nueve maridos, aparte de sus incontables romances: "Para una chica inteligente, los hombres no son un problema, son la respuesta", decía esta mujer libre que, sin embargo, confesaba que se había acostumbrado a vivir con un hombre.

Zsa Zsa fue miss Hungría en 1936. Para poder huir de su casa y vivir a su aire, se casó muy joven, en 1937, con el turco Burhan Belge, director de prensa del ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía, que le pareció un personaje romántico salido de una novela francesa. Su matrimonio no se consumó, según explicó ella en sus memorias, porque a su marido, musulmán devoto, le causaba repugnancia que ella tratara familiarmente a su perro *Mishka*, considerado un animal impuro por su religión.

Fue amante de Kemal Atatürk, fundador y primer presidente de la República de Turquía, durante seis meses y quedó deslumbrada por su poder. Después de él todos los hombres le supieron a poco. En 1941 se divorció de Belge, volvió a Hungría y partió con su madre y su hermana Eva a Estados Unidos. Al poco tiempo conoció a Charles Chaplin y se vieron unas cuantas veces. Según Zsa Zsa, se divertían mucho juntos, pero un día el actor la llamó para decirle que era demasiado inteligente para él. Como despedida le regaló un cocker spaniel. En sus memorias Zsa Zsa escribió que ella y su hermana, pobres de solemnidad, lo alimentaban con las orquídeas que les regalaban sus galanes.

#### INICIO DE LA COLECCIÓN DE MILLONARIOS

Zsa Zsa conoció a su segundo marido, Conrad Hilton, magnate de la cadena de hoteles del mismo nombre, en diciembre de 1941. Durante su primer baile, Conrad le ofreció veinte mil dólares para que le acompañara a Miami, pero ella, ofendida, se negó. Aunque contrajeron matrimonio en 1942, Conrad, que tenía casi 60 años, siempre desconfió de Zsa Zsa y creyó que se había casado por su dinero (en sus memorias Zsa Zsa negó este punto vehementemente, aunque años después se desdijo). Zsa Zsa renovó el vestuario de él y luchó por convertirlo en un hombre con estilo, pero las relaciones entre los dos nunca fueron buenas, ya que Conrad quería que ella corriera a encontrarse con él en la ciudad en la que se le antojara. Tuvieron un hijo y se divorciaron en 1947.

Entre los hombres de los que no fue amante, se contaron Howard Hughes, Errol Flynn, que la invitó a acostarse con él una noche: “Cuando despiertes por la mañana, mirarás por la ventana y verás los sementales, y luego verás qué semental soy yo” (sin comentarios), y Elie de Rothschild, al que dio un número de habitación falso para escapar. Durante el rodaje de *Moulin Rouge*, el príncipe Felipe de Edimburgo le pidió, a través de su representante, concertar una entrevista, pero Zsa Zsa, que en aquel momento se hallaba felizmente casada con George Sanders, no accedió. Tampoco fue amante de lord Mountbatten, aunque, en esta ocasión, porque John Huston reclamó la presencia de la actriz en el plató urgentemente y el lance quedó inacabado.

Zsa Zsa conoció a Greta Garbo, según sus palabras su “único coqueteo con una mujer atractiva”, pero no acabó en la cama con ella. Con quien sí tuvo una *liaison* fue con Richard Nixon, como reveló una de las escritoras que la ayudaron a escribir su autobiografía, Wendy Leigh. De él, le dijo en confianza a esta mujer que “tenía un gran cerebro, pero te aseguro que no era la parte más grande de su cuerpo”. Otra de sus aventuras fue con Nicky, el hijo de Conrad y primer marido de Liz Taylor,

que cuando supo que su matrimonio con su padre estaba roto, tuvo una aventura con ella. Pero de quien se enamoró Zsa Zsa nada más verle en el cine por primera vez en la película *Soberbi* fue de George Sanders. Se casaron en 1949. George Sanders, que posteriormente sería el vitriólico Addison de Witt en *Eva al desnudo*, fue para ella un hermano, un hijo, un amante e, incluso, un “abuelo”, un hombre encantador que sabía cómo tratar a las mujeres y cómo desesperarlas. Durante sus primeros tiempos de casados, él sufrió algunos ataques de celos. En uno de ellos, suspendió a Zsa Zsa en el vacío y estuvo a punto de dejarla caer. Sin embargo, él no tuvo ningún empacho en contarle que se había acostado con Marilyn Monroe porque se había presentado en su casa cubierta sólo por un precioso abrigo de marta cebellina, y él, «evidentemente», había pensado: “¿Quién soy yo para no hacerle el amor a una mujer así?”.

Sanders intentó convertir a Zsa Zsa en una mujer de su casa, tradicional y hogareña, a pesar de que años después recordaría: “Cada época tiene su madame Pompadour, su lady Hamilton, su reina de Saba, su Cleopatra y no me sorprendería que la historia señalara a Zsa Zsa como el prototipo del siglo xx, perteneciente a este grupo selecto”.

## LA FAMA

En 1951, de la noche a la mañana, Zsa Zsa se hizo famosa gracias a un programa de televisión en el que dio muestras de su rápido ingenio y su vocación de Vamp. Debía leer las cartas de los telespectadores y responderlas. Fue un auténtico bombazo. A la pregunta: “Acabo de romper mi compromiso, ¿debo devolver el anillo?”, respondió: “Sí, una mujer siempre debe devolver el anillo. Pero quédate con la piedra”, y a la consulta: «¿Cree que es bueno tener una familia numerosa», Zsa Zsa contestó: “Oh, sí, yo creo en las familias grandes, las mujeres deberían tener por lo menos tres esposos”. En poco tiempo fue portada de las revistas *Life* y *Paris Match* y empezó su carrera en el cine.

En 1952 Zsa Zsa inició un romance con el playboy dominicano Porfirio Rubirosa, que, en cierta ocasión, llenó de rosas la habitación del hotel de Zsa Zsa y pidió una habitación contigua a la de ella para poder abrir las puertas intermedias. Zsa Zsa se fue a París para promocionar su carrera como actriz, que estaba en su mejor momento después del éxito de *Moulin Rouge*, y para rodar una película con Fernandel, pero su tórrido romance con Rubirosa no la ayudó demasiado en su trayectoria profesional. En sus memorias afirmó: “De entre todas las vidas que he vivido hasta ahora, mi vida con Rubirosa fue la más excitante”. Compartían la pasión por la vida. De Rubirosa destacaba su destreza sexual, debida más a su “poderoso deseo, su calidez y su sensibilidad que a su anatomía”. Pasaron varios años juntos en París. El punto negro es que cuando Rubirosa se ponía celoso podía ser realmente violento. Llegó a pegar a Zsa Zsa, que tenía un concepto particularmente equivocado del amor: “Un hombre sólo pega a una mujer si la ama profundamente”.

En 1953, George, que no aguantaba las infidelidades de su esposa, pidió el divorcio. Rubirosa hizo honor a su fama de mantenido casándose con la millonaria Barbara Hutton. El matrimonio duró setenta y dos días.

Rubi llamaba continuamente a Zsa Zsa para pedirle que volviera con él e incluso pasó parte de su luna de miel con ella. El divorcio con George se hizo efectivo en 1954, aunque continuaron siendo amantes toda la vida. Él se casó con la hermana de Zsa Zsa, Magda, pero no fue un matrimonio feliz. Zsa Zsa, que siempre se preocupó por George, no supo ver que se encontraba en un estado de ánimo tan bajo que pensaba en el suicidio. El actor, efectivamente, se quitó la vida en 1972. (Dos semanas antes, Zsa Zsa lo había visitado sin darse cuenta de su estado real.)

## **SIGUE LA COLECCIÓN DE MILLONARIOS**

A finales de los sesenta, empezó a cortejarla el millonario Hal Hayes. Quería casarse a toda costa con ella y llegó a anunciar su compromiso y a regalarle un diamante de cuarenta quilates. Zsa Zsa no accedió. Con quien tuvo un lance especialmente desafortunado fue con Frank Sinatra. Sinatra, que llamaba sir al camarero del restaurante, para pasmo de Zsa Zsa, no se quitó el sombrero durante toda la velada para tapar su incipiente calva. Tras la cena fueron a una fiesta y luego Frank la acompañó a casa. “No me marcharé a casa hasta que hagas el amor conmigo”, le dijo. Se puso tan pesado, que accedió a las pretensiones del cantante (según la versión de Zsa Zsa, se encontraba en una situación muy delicada porque en la casa estaba su hija Francesca Hilton, de sólo ocho años). Le odió toda la vida por ello. También fue amante de Richard Burton, al que igualó en pericia y pasión con Rubirosa, y de Sean Connery, al que definió como más romántico que sexual.

El cuarto marido de Zsa Zsa fue Herbert Hutner. Se casó con el presidente de la Struthers Wells Corporation de Nueva York en noviembre de 1962. Él intentó alejarla del cine, per su vida en común era aburrida, carente de retos y Herbert, que era atento y amable con ella, estaba demasiado maravillado de que fuera su esposa como para satisfacerla.

Siempre con talento para cazar a maridos millonarios, Zsa Zsa se volvió a casar en 1966 con Joshua Cosden, magnate del petróleo de Texas que tenía apariencia de “príncipe tejano”. El matrimonio se rompió al año siguiente. En 1975 contrajo matrimonio con el millonario Jack Ryan, inventor de la Barbie. Ella tenía 55 años y él 48. En 1976 se divorció de Ryan y se casó con el abogado que había gestionado su divorcio, Michael O’Hara, un hombre de 1,93 metros, ojos verdes y piel dorada que la enamoró a simple vista. Se divorció de O’Hara en 1982 y, en 1983, se casó por un día con el playboy Felipe de Alba, que se presentó como el duque de Alba. El matrimonio no fue legal porque lo realizaron en un barco que estaba a menos de 12,3 millas de la costa. En 1986 se desposó con el príncipe alemán Frederick von Anhalt. Se convirtió en princesa de Anhalt y duquesa de Sajonia. En su cortejo, Frederick le enviaba diariamente noventa rosas mezcladas con orquídeas y cartas de amor.

En 1989, Zsa Zsa fue juzgada en un juicio que duró varias semanas por abofetear a un policía que había detenido su Rolls Royce por tener la matrícula caducada. Por su actitud beligerante, el juez la condenó a setenta y dos horas de cárcel, una multa y ciento veinte horas de trabajo comunitario.

Para sacar partido a su éxito con los hombres, Zsa Zsa escribió *La guía completa para hombres de Zsa Zsa Gabor* y *Cómo atrapar a un hombre, cómo mantener a un hombre, cómo deshacerse de un hombre*. Ha seguido interpretando el papel de gran seductora hasta el final, aunque sus últimas actuaciones han sido calificadas de cómicas debido al deterioro general de su físico.

## Traci Lords

Christy Lee Nussman, conocida como Traci Lords (1968), vivió una infancia traumática: fue violada por su padre, un alcohólico, huyó de su casa a los 12, su madre se divorció cuando Traci tenía 14 años y con 15 años, en una playa de Malibú, Jim South le ofreció la oportunidad de ganar mucho dinero posando desnuda. Fue la mascota del mes de octubre de *Penthouse* en 1984.

Su primera película porno fue *What Gets Me Hot*. Le pagaron diez mil dólares por cuatro días de rodaje. Le salía más a cuenta hacer películas que dedicarse a las fotos porno, como hizo en un principio. "Empecé a posar desnuda para ganar dinero, pero me tenía que acostar con tipos asquerosos para conseguir más sesiones fotográficas. Pronto decidí que era más rentable acostarse diariamente con tipos delante de una cámara de cine o de vídeo y que me pagasen por ello. Sin intermediarios."

Traci declaró: "Cuando tengo relaciones delante de la cámara estoy entregada y realmente disfruto de las escenas. De hecho, casi me corro. Después de eso, cuando regreso a casa, me paso toda la noche follando con mi novio. Soy una ninfómana". Traci se hizo novia de Tom Byron.

Sólo en 1984 intervino en casi veinte películas de primera línea, y al año siguiente fueron aún más. Consiguió imponerse como la número uno de la profesión y trabajó con los mejores. Montó su propia productora, Traci Lords Company, y fundó y administró su club de fans.

La sorpresa vino cuando se descubrió que Traci había rodado películas porno siendo menor de edad. El FBI la fue a ver a su casa de Malibú, que se había comprado a principios de año, en el verano de 1986.

Traci dejó el porno e intentó abrirse camino en el cine "serio". Estudió en el Lee Strasberg Institute. Su máximo logro fue un papel en *Cry Baby, el lágrima* (1989), de John Waters. Optó luego al personaje femenino de *Dick Tracy*, que finalmente se quedó Madonna, y al papel de sofisticada vividora que acaba mal de *Casino*, que interpretó Sharon Stone. Obtuvo un pequeño papel en *Virtuosity* (1995), donde cantó su canción *Fallen Angel*, y grabó dos discos.

## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Anger, Kenneth, *Hollywood Babilonia*, Barcelona, Tusquets, 1986.
- Berbell, Carlos: *Influyentes amantes de la historia*, Madrid, Ediciones Rueda, 1997.
- Breton, Guy: *Historias de amor de la historia de Francia*, Barcelona, Bruguera, 1973.
- Epton, Nina: *El amor y los franceses*, Barcelona, Plaza & Janés, 1965.
- Fisas, Carlos: *Apasionadas y apasionantes. Historias insólitas de amor, sexo, vida y muerte*, Barcelona, Martínez Roca, 2002.
- : *Erotismo en la historia*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999.
- : *Historia de las historias de amor*, Barcelona, Planeta, 1992.
- Foster, Barbara: *Triángulos amorosos; el ménage à trois de la antigüedad hasta nuestros días*, Madrid, Piados Ibérica, 1999.
- González Cremona, Juan Manuel: *Amantes de los reyes de Francia*, Barcelona, Planeta, 1996.
- Griffin, Susan: *Las cortesanas: un catálogo de sus virtudes*, Barcelona, Ediciones B, 2003.
- Howe, Cliff : *Amantes y libertinos*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1969.
- Leguina, Joaquín: *Malvadas y virtuosas. Retratos de mujeres inquietantes*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000.
- Lewandowski, Herbert: *Las costumbres y el amor en la antigua Roma*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1973.
- Madrazo, Cecilia B.: *Amantes y cortesanas. Secretos de alcoba y escándalos amorosos*, San Andrés de la Barca, Círculo Latino, 2004.
- Martín-Cano, F.: *Causas de la prostitución en la Prehistoria*, Barcelona, Omnia. Mensa España números 92 y 93, 2001.
- Misrahi, Alicia: *De amor y de odio. Las grandes pasiones a través de la correspondencia*, Océano, Barcelona, 2001.
- Montanelli, Indro: *Historia de Roma*, Barcelona, Plaza & Janés, 1992.
- Montero, Rosa: *Pasiones: amores y desamores que han cambiado la historia*, Madrid, Aguilar, 1999.

—: *Historias de mujeres*, Madrid, Alfaguara, 1998.

Orlandi, Enzo (director): *Las inmortales*, Madrid, Editorial Prensa Española, 1971.

Queralt del Hierro, María Pilar: *Madres e hijas en la historia*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.

Rounding, Virginia: *Grandes Horizontales. The Lives and Legends of Four Nineteenth-Century Courtesans*, Londres, Bloomsbury, 2003.

Sáinz de Robles, Federico Carlos: *Enigmas de cincuenta mujeres inolvidables*, Barcelona, Daimon, 1961.

Solé, José María: *Los pícaros Borbones*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.

Verlichak, Carmen: *Las diosas de la Belle Epoque y de los años locos*, Buenos Aires, Atlántida, 1996.

Vila-San-Juan, José Luis: *Grandes seductoras*, Barcelona, Planeta, 1993.

VV.AA.: *Amores de película. Grandes pasiones que han hecho historia*, El País Aguilar, Madrid, 2002.

Wallace, Irving: *Las ninfómanas y otras maníacas*, Barcelona, Grijalbo, 1977.

## **BIBLIOGRAFÍA ESPECÍFICA**

TEODORA DE BIZANCIO

Herrin, Judith: *Mujeres en púrpura*, Madrid, Taurus, 2002.

VERONICA FRANCO

Rosenthal, Margaret F.: *The Honest Courtesan: Veronica Franco, Citizen and Writer in Sixteenth-Century Venice*, Chicago, University of Chicago Press, 1992.

MARGARITA DE VALOIS

Luján, Néstor: *Margot, la reina de corazones*, Barcelona, Planeta, 1994.

NELL GWYN

Parker, Derek: *Nell Gwyn*, Gloucestershire, Sutton Publishing, 2002.

MADAME DU BARRY

Díaz-Plaza, Fernando: *Madame Du Barry*, Barcelona, Planeta, 1993.

Reboux, Paul: *Madame Du Barry*, Barcelona, Iberia, 1944.

JOSEFINA BONAPARTE

Gulland, Sandra: *Josefina Bonaparte*, Barcelona, Grijalbo, 2002.

JULIE RÉCAMIER

Cabal, Juan: *La emperatriz Josefina y Madame Récamier*, Barcelona, Editorial Juventud, 1957.

GEORGE SAND

Jack, Belinda: *George Sand*, Barcelona, Javier Vergara, 2002.

LOLA MONTES

Scholz, Víctor: *Lola Montes: El rey y la bailarina*, Barcelona, AHR, Historia Mayor, 1962.

CÉLESTE MOGADOR

Mogador, Céleste: *Memoirs of a Courtesan in Nineteenth-Century Paris*, University of Nebraska Press, 2001.

SARAH BERNHARDT

Gold, Arthur y Fizdale Robert: *La divina Sarah: una biografía de Sarah Bernhardt*, Madrid, Piados Ibérica, 1993.

CAROLINA OTERO

Posadas, Carmen: *La bella Otero*, Barcelona, Planeta, 2002.

NATALIE CLIFFORD BARNEY

Rodríguez, Suzanne: *Natalie Barney*, Barcelona, Circe Ediciones, 2004.

Jay, Carla: *The Amazon and the Page: Natalie Clifford Barney and Renée Vivien*, Indiana University Press, 1988.

Chalon, Jean: *Portrait d'une séductrice*, París, Stock, 1976.

LIANE DE POUGY

Chalon, Jean: *Liane de Pougy, Courtisane, princesse et sainte*, París, Flammarion, 1993.

Jacob, Max y Salomon, Reinach: *Lettres a Liane de Pougy*, París, Plon, 1989.

VALTESSE DE LA BIGNE

De La Bigne, Yolaine: *Valtesse de La Bigne ou Le pouvoir de la volupté*, Perrin, 1993.

COLETTE

Colette: *Mis aprendizajes*, Barcelona, Ediciones del Bronce, 2000.

Lottman, Herbert R.: *Colette*, Barcelona, Circe, 1992.

MATA HARI



Dumarcet, Lionel: *El caso Mata Hari*, Barcelona, De Vecchi, 2000.

Warren Howe, Russell: *Mata Hari*, Madrid, Punto de Lectura, 2002.

LOU ANDREAS-SALOMÉ

Michaud, Stéphane: *Lou Andreas-Salomé, la aliada de la vida*, Barcelona, Crítica, 2001.

ALMA MAHLER

Giroud, Françoise: *Alma Mahler o el arte de ser amada*, Barcelona, Noguer Ediciones, 1990.

ISADORA DUNCAN

Lever, Maurice: *Isadora*, Barcelona, Circe, 1989.

DOLLY WILDE

Schenkar, Joan: *La importancia de llamarse Dolly Wilde*, Barcelona, Lumen, 2002.

ANAÏS NIN

Barillé, Elisabeth: *Anaïs Nin, desnuda bajo la máscara*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992.

Nin, Anaïs: *Incesto. Diario amoroso*, Madrid, Siruela, 1995.

—: *Henry y June*, Madrid, Salvat, 1994.

PEGGY GUGGENHEIM

Gill, Anton: *Peggy Guggenheim, confesiones de una adicta al arte*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002.

GRETA GARBO

Gronowicz, Antoni: *Garbo*, Barcelona, Grijalbo, 1990.

MARLENE DIETRICH

McLellan, Diana: *Greta & Marlene. Safo va a Hollywood*, Madrid, T&B Editores, 2002.

MINEKO IWASAKI

Golden, Arthur: *Memorias de una geisha*, Barcelona, Ediciones B, 2001.

Iwasaki, Mineko: *Vida de una geisha, la verdadera historia*, Barcelona, Ediciones B, 2002.

ZSA ZSA GABOR

Gabor, Zsa Zsa y Leigh, Wendy: *Zsa Zsa Gabor: una vida es poco*, Barcelona, Grijalbo, 1992.

